







PARA TI...

LIBRO SEGUNDO

OBRAS COMPLETAS

DE

EDUARDO ZAMACOIS

I.—La alegria de andar. (*Croquis de un viaje por tierras de Puerto Rico y Cuba, Estados Unidos, Centro-América y América del Sur.*)

II.—Europa se va... (*Novela.*)

III.—El otro. (*Idem.*)

IV.—Duelo a muerte. (*Idem.*)

V.—Memorias de una cortesana. (*Idem.*)

VI.—La opinion ajena. (*Idem.*)

VII.—Punto-Negro. (*Idem.*)

VIII.—El seductor. (*Idem.*)

IX.—Sobre el abismo. (*Idem.*)

X.—Confesiones de un niño decente. (*Autobiografía.*)

XI.—Tik-Nay (*El payaso inimitable*). (*Novela.*)

XII.—Memorias de un vagon de ferrocarril. (*Idem.*)

XIII.—El misterio de un hombre pequeñito. (*Idem.*)

XIV.—Para ti... (Libro I.) (*Novelas.*)

XV.—Para ti... (Libro II.) (*Idem.*)

EN PRENSA

Una vida extraordinaria. (*Novela.*)

EDUARDO ZAMACOIS

OBRAS COMPLETAS

XV

PARA TI...

LIBRO SEGUNDO

La caida - La virtud se paga - El hijo - Historia de artistas - Los ojos frios - Una buena accion

NOVELAS

UNICA EDICION REFUNDIDA POR EL AUTOR



RENACIMIENTO
San Marcos, 42
MADRID



IMPRENTA LATINA. - COVARRUBIAS, 9. - TELEFONO 23-67-J.

PARA TI...

Desde mucho tiempo hace me tentaba el deseo de rotular así un libro. Es un título original, poético porque es indeciso, misterioso porque parece aludir a una mujer, y, expresivo, sin embargo, como el gesto señalador de un dedo índice.

PARA TI...

Seguramente, dentro del lector curioso, una voz solícita inquiere:

—¿Para quién?...

Y como mi conciencia no sabría contestar honradamente a tal pregunta, de su ignorancia y silencio nacen, precisamente, la belleza y la angustia de este nombre extraño:

PARA TI...

A veces, parece una esperanza, una invitación a vivir; también podría ser un recuerdo. En realidad, es una «dedicatoria». ¿Al ideal? No. ¿A una amante?... Tampoco. Más bien, al horizonte, a las terribles sirenas del Deseo, al Tiempo, donde unos segundos vibraron todas las imágenes de amor, de curiosidad y de ambición, que, sucesiva-

mente, se agarraron a nuestras pobres almas y las estremecieron, como a los árboles el viento los despeina y sacude.

Ante el espíritu movedizo del artista el mundo va explayando la fertilidad inexhausta de sus invenciones: unas veces nos interesarán las perspectivas de un viaje, otras será un alto empeño lo que nos ciegue, o una mujer la que, poniéndonos la nieve tibia de sus dedos sobre los párpados, se erija en gomecillo nuestro y nos lleve tras sí, esclavos y felices. Hasta que la ilusión pasajera naufraga, y, apenas huye, cuando de nuevo sentimos rodar la Vida, solemne, enorme, como el Espacio donde se produce y como el Tiempo que la devana; substancialmente inaccesible al llanto y a la risa, perpétuamente fatal y serena, semejante a un río sin fondo ni orillas...

Cada uno de esos momentos fugitivos, asombrosamente pequeños, en que la vida universal se desmenuza, arranca a la inspiración del escritor un cuento o un drama; su espíritu, cambiante, ágil y protéico, como la misma realidad, alternativamente se empequeñece o se engalla, llora, canta o protesta; y como los dominios de la lírica son tan vastos, siempre deslizará algo muy suyo, muy íntimo, en lo que escriba. Y ese algo ¿cómo negarlo? es una mujer.

A Ella, a la eternal, a la insustituíble, a la que primero fué madre para nosotros, y luego amante y más tarde, en la otoñada triste de nuestra historia, compañera de cabellos blancos; a la que, cambiando de figura y de nombre, en su esencia evangélica fué siempre la misma, y sin fatigas un año y otro caminó a nuestro lado; hacia Ella, única y múltiple, los productores de belleza levantan sus almas.

Mil veces, la Ilusión, al presentársenos una mujer, dijo:

—He aquí la que buscabas...

Y, siempre el Deseo, peregrino eterno, repuso después:

—Tampoco era ésta...

Y, mientras, el «prurito de amar», inapresable mariposa, resbalaba de una boca a otra boca, del zafiro de unos ojos azules al pavor de unos ojos negros, y si rompía la red de unos cabellos de ébano era para enredarse entre los hilos de una trenza de sol.

PARA TI...

Este libro, fruto de estados de alma muy diferentes, no es para Tí, mujer.

Es para todas las que fueron; para todas las que son; para la que, tal vez, llegue mañana...

¡Título triste! Tu emoción es sed.

LA CAIDA

LA CAIDA

I

La joven penetró en el zaguán rápidamente, perseguida por la neblina, mitad lluvia finísima, mitad nieve, que empapaba las calles; y allí se detuvo un momento, encorvada hacia adelante, mientras sacudía con un brusco trepidar de hombros las gotas de agua prendidas al terciopelo de su capa, y golpeaba el suelo con sus piececitos fríos para restablecer en ellos el calor de la circulación y desentumecerlos. Después acercóse a una puertecilla de cristales.

—Buenas tardes...

Acudió la portera.

—Buenas tardes, señorita Guadalupe.

Era una mujer pequeñuca y redonda, que miraba a su interlocutora sonriente y humilde, como significándola que sabía agradecer sus propinas.

—¿Está?

—Sí, señorita: llegó hace un momento.

—Gracias; hasta después...

Saludó con un gesto distraído, pero afable y cordialísimo de innata distinción, y comenzó a subir la es-

calera, en aquella parte muy ancha y de mármol. Guadalupe llegó al piso entresuelo, al principal. A partir de allí, los peldaños, cubiertos por un paso de alfombra, roja, se estrechaban considerablemente retorciéndose en suave espiral. Guadalupe ascendía diligente y sin agarrarse al pasamanos. Bajo su amplia capa negra, su cuerpo delgado repetía una ondulación larga, exquisitamente lasciva; en los fáciles revuelos de la falda gris columbrábase el arranque de sus piernas presas en medias sedeñas de color nogal, y un frufruteo aromoso de mujer elegante llenaba el silencio de la escalera; en las muñecas, alrededor del cuello, las pulseras y los cintillos tintineantes musitaban su canción de oro; sobre la artística gorra blanca que tocaba su cabeza, de cabellos negrísimos, tremolaba una magnífica amazona verde, joyante y alegre como un grito vernal.

Al llegar al quinto piso, Guadalupe se detuvo, y en la paz que instantáneamente se produjo a su alrededor, sus labios respiraron con un largo anhelo de fatiga. En el rellano superior abrióse una puerta y un hombre salió presuroso a la escalera. Su voz fué blanda, agasajadora, como una caricia.

—¿Eres tú, Lupita?

—Yo misma.

—¡Oh, cómo te he conocido!...

Ella, lentamente, con esa lentitud cazurra de los chicos que esperan a ser tomados en brazos, aún subió algunos peldaños, mientras él bajó, casi de un brinco, todos los restantes. Entretallóla fuertemente por la cintura y la besó amoroso en los labios. Ella preguntó, feliz:

—¿Es verdad que me sentiste llegar?

—Sí, te sentí... te adiviné.

Y continuaba besándola exaltado.

—Me lo aseguró el corazón, antes de que me lo dijesen los oídos.

Seguidamente la levantó en brazos, ahincando sus manos sobre aquellas partes más turgentes y amadas, y sin esfuerzo la llevó hasta su estudio. Ella reía:

—¡Qué bien se sube así!

Valentín depositó su carga entre los almohadones de un diván turco, muelle y amplio como un lecho. Después cerró la puerta del taller.

Era éste una habitación vastísima, con techo de cristales y cuatro largos ventanales que en las tardes de sol rebrillaban con policromía cegadora, cual si hechos estuviesen de plata y de diamantes. Cubría el suelo una espesa alfombra color musgo; delante de la chimenea, donde ardía un recio fuego de encina, un magnífico tigre disecado miraba al hogar, y las llamas avivaban el sanguinario carmín de sus fauces abiertas, y fingían sobre su lomo ondulante palpitaciones temibles de vida. Embalsamaba el ambiente cálido un intenso olor a violetas. De las paredes, cubiertas de papel rojo obscuro, pendían armaduras, panoplias, alcatifas tunecinas de ardientes colores, paisajes, interiores, desnudos de mujer... todo abocetado y en desconcierto amable.

Sobre un caballete campeaba el cuadro con que Valentín esperaba triunfar en la próxima Exposición. Titulábase «La caída», y aun no estaba concluído. Representaba un rincón agreste; a la puesta del sol: los árboles centenarios, con los negros troncos rugosos mordidos por la verdina; el herbazal, crecido y lozano, y, agarrada a las grietas de

un viejo muro, una hiedra frondosa, de tallos invasores y pujantes. En primer término, y medio arrodillada, surgía la figura de una joven campesina: el desorden de su corpiño y de sus cabellos, y su actitud implorante, decían su angustia y lo mucho que debió de correr antes de llegar allí. Al fondo, tras unas matas, alzábase conquistadora la figura de un cazador; y una gran sonrisa cruel de lujuria que va a saciarse iluminaba su rostro barbudo y faunesco. La feliz disposición de ambas figuras daba al cuadro expresión terminante. No, la niña perseguida no podría defenderse: la hiedra marañera, en su ansia de escalar el muro, la invitaba al abrazo; a sus pies, fatigados en la huída, los altos herbazales se enredaban, alcahuetes; a su alrededor, el silencio, las sombras nocherniegas, los viejos árboles pletóricos de savias nuevas, cantaban un epitalamio enervante de infinitas y misteriosas voces. Todo, tierra, cielos, boscaje, se conjuraba, en conflagración voluptuosa, contra la virgen. Ante ella, la figura del violador, en quien repentinamente los secretos jugos vitales de la madre naturaleza parecían haberse hecho carne y voz, erguíase dotada del irresistible poder genésico de la especie.

Guadalupe, sin moverse del diván, contemplaba el cuadro para el cual sirvió de modelo. Valentín había vuelto a coger los pinceles.

—¿Has trabajado mucho desde ayer?—preguntó la joven.

—Muy poco.

—¿Por qué?...

—¡Psch!... Ni yo mismo lo sé. Anoche estuvo aquí Carlos Dupont...

—Vendría a pedirte dinero.

—Cincuenta pesetas.

—¿Y se las diste?

—Naturalmente. Después llegó Juanito Ruiz; ya le conoces; el maldito no piensa más que en divertirse...

Se interrumpió para dar una pincelada difícil, y continuó:

—Mañana celebraremos aquí un pequeño banquete. Seremos seis. Juanito traerá a Delfina y a Loreto. Yo, no necesito decirlo, cuento contigo.

Calló otra vez, distraído por su obra. Guadalupe se levantó, sacó de una pitillera de oro y cristal, que había sobre una mesa, un cigarrillo egipcio, y volvió a sentarse: las piernas extendidas, el busto perezosamente apoyado contra los almohadones del diván. Sus ojos negros se posaron en el artista y allí se detuvieron absortos, cubriéndole bajo un nimbo de ternura y agradecimiento.

Guadalupe Ballesteros tenía veintitrés años; su madre murió dejándola niña y su padre, a poco de enviudar, introdujo en su casa a cierta mujerzuela, con quien, desde muy antiguo, mantenía relaciones. Este encumbramiento insólito convirtió a la lumia, gárrula y soez, en madrastra insoportable. Una ola de disgusto y de repugnante inmoralidad invadió el hogar, antes recogido y honesto, dándole aires villanos de mancebía. Una tras otra, las dos hermanas mayores de Guadalupe huyeron de allí por caminos misteriosos de perdición, y ella misma, harta de sufrir, desapareció con su novio. Abandonada por éste, la joven tuvo otro amante, que la sedujo, prometiendo llevarla a la Argentina, donde se casarían, y que, al cabo, se fué solo.

Una tarde, uno de esos días aciagos en que un simple cambio atmosférico, tal vez, aviva en nosotros la llaga de

los recuerdos y de los dolores, Guadalupe quiso ver su casa; sabía que su padre y su coima estaban ausentes; aquella visita sería para ella un baño purificador, un retorno saludable a los años niños. Para que las criadas, que salieron a recibirla y no la conocían, la dejasen entrar, Guadalupe hubo de sufrir la vergüenza de decir quién era.

Después, precipitadamente, recorrió las habitaciones: en su dormitorio todo había cambiado; la mayor parte de los muebles del gabinete y del despacho también eran nuevos; en las paredes, ni de su madre, ni de sus hermanas, ni de ella, quedaban retratos. Era la labor continua de la querida grosera, que, para triunfar mejor del hombre con quien vivía, iba aislándole cautelosamente de su pasado.

De aquella casa, adonde no volvería, Guadalupe Ballesteros salió llorando, como de un paraíso perdido. Durante dos años vivió descendiendo la cuesta dulce del pecado; su alma, sin embargo, continuaba siendo buena y no se avillanaba; el asco que la producían las brutalidades de las orgías era para ella lavado redentor.

Su encuentro con el anciano conde Merino marcó para Guadalupe el principio de una rehabilitación. La munificencia del aristócrata apartó de la joven la preocupación torturante del porvenir: él la vistió, la regaló alhajas costosas y la instaló confortablemente en un entresuelo de la calle de Almagro, adonde sólo iba a visitarla dos veces por semana. Guadalupe, casi feliz, compró un piano, llenó la casa de pájaros, de flores y de libros, y ni un momento reparó en que su protector era demasiado viejo. Aquel ambiente de vagancia y de arte refinó su espíritu; pasaba los

días leyendo novelas, que exaltaban su fantasía con la descripción de sentimientos extremados y desusadas aventuras, y de noche frecuentaba los teatros. Este estado, casi morboso, de hiperestesia, dió a su rostro y a las líneas de su cuerpo una belleza enfermiza: palidecieron sus mejillas, hondas ojeras violáceas y perversas rodearon la profundidad tenebrosa de los ojos, y de sus cabellos negros, partidos místicamente sobre la frente, pareció exhalarse una evaporación de melancolía.

A Valentín Elizarbi le conoció en el teatro Español, un lunes de moda. La juventud, las aficiones artísticas y la bonitura delicada, casi femenina, del marquesito de San Julián, la emocionaron agradablemente. Quedaron amigos y citados para la noche siguiente, en el teatro de la Comedia, donde había un estreno. Valentín Elizarbi aprovechó la ocasión para descubrir a la joven algunas intimidades de su vida. Como otros aristócratas de su edad se desperecían por los automóviles o los caballos, a él le apasionaba la pintura, y tenía un estudio precioso, una especie de hostal de amor, muy amoral, muy parisino, adonde concurrían artistas y en el que toda mujer elegante y bonita era bien recibida.

—¿Por qué no va usted a visitarlo una tarde?—propuso Valentín—; yo, si tiene usted un poquito de paciencia, me comprometo a hacerla un buen retrato.

Guadalupe sonrió evasivamente; en aquellos días no podía ir a ninguna parte; necesitaba arreglarse varios trajes... Dijo esto porque, en el fondo, el marquesito de San Julián la interesaba mucho, y temía perder en su estimación si se abandonaba a él demasiado pronto.

Noches después, Rosina Storchio, que cantaba «Manón», les reunió en el Real. Valentín habló a Guadalupe con entusiasmo del cuadro que pensaba llevar a la próxima Exposición.

—Lo titulo «La caída». ¡Ah! ¡Si quisiera usted servirme de modelo!...

La explicó el asunto y sus ojos, llenos de la hermosura de Guadalupe, ardían de entusiasmo. La joven, cautivada por los preliminares, un poco novelescos, de aquel lance de arte y de amor, consintió.

¡Había tanta diferencia entre la juventud impaciente de Valentín y el cariño mesurado y casi paternal del anciano conde Merino!... Al otro día, Guadalupe fué al estudio de San Julián; el marquesito se mostró locuaz, respetuoso y galante, y no empezó el cuadro.

La tarde siguiente la pasaron bebiendo «champagne» y fumando cigarrillos egipcios. A la otra noche la doncella de Guadalupe Ballesteros esperó a su señorita inútilmente: la señorita no fué a dormir.

II

El camarero acabó de aderezar la mesa colocada para el banquete en el centro del estudio.

—¿A qué hora debo volver?—preguntó.

—No vengas hasta mañana—repuso Valentín—, porque esa puerta no la abre esta noche ni un mandato judicial.

Dos arcos voltáicos vertían sobre la elegante amplitud del taller una catarata de luz cenital; de la oscuridad color musgo de la alfombra, la mesa del festín emergía alegre, con su mantel blanquísimo, sus canastillas de flores y sus finas porcelanas; dentro de las copas, las servilletas de los comensales fueron plegadas en formas grotescas. En el hogar crepitaba un fuego violento y a sus llamaradas el dorso mimbreante del tigre parecía alargarse y recogerse, y en sus fauces bermejas había amenazantes temblores; en las paredes, los marcos dorados de los cuadros y las panoplias guerreras brillaban ardientes. A un lado, y como presidiendo la fiesta, «La caída», el lienzo favorito del marquesito de San Julián, recordaba la lucha epopéyica, eternamente fecundadora, de los dos sexos.

—Son las nueve y media—dijo Valentín—, y Juanito Ruiz no ha venido. ¿Qué os parece? ¿Le esperamos o no?...

Y, como nadie contestase, agregó, galante:

—Responde tú, Delfina; tú que tienes más motivos para echarle de menos que nosotros.

—Por mí—exclamó la interpelada—no se retrase la cena. Yo tengo hambre.

—Y yo también—añadió Loreto, sentándose a la mesa.

—¡Admirable ingenuidad!—dijo Carlos Dupont—; sí, tenéis razón; cenemos; el amor vendrá más tarde, con los postres. La hora del amor y la del coñac coinciden siempre, lo tengo observado; son emociones que llegan a nosotros en la misma botella... Y que las señoras me perdonen...

El «menú» era frívolo y apetitoso: una sopa de cangrejos y tres capones a «la Broche»; el resto lo componían ostras, percebes, langostinos y fiambres variados. Sobre la chimenea, una doble hilera de botellas de Jerez y «champagne», señalaban a los comensales el camino del país del ensueño.

Carlos Dupont ocupó la cabecera de la mesa, entre Loreto y Delfina; Guadalupe Ballesteros y Valentín se instalaron en el extremo opuesto, un poco separados de los otros, como para demostrarles que su amor les bastaba.

Sin dejar de hablar, Dupont comía rápidamente, con voracidad rabiosa.

—Si viene tu Juanito—decía a Delfina—te vas con él; no quiero celos.

Representaba cuarenta y cinco años. Era un hombre de mediana estatura y atlético. Sobre su cabeza grande, de dios Pan, erizábase una melena casi rojiza, fuerte y crespa; tenía la frente espaciosa, las cejas bien pobladas, la nariz larga, carnosa y aguileña; una barba faunesca, ardiente como una brasa, afirmaba la expresión del rostro

ancho, lleno de sangre. La mirada húmeda de sus pupilas amarillentas, su cuello macizo, sus manos peludas y de uñas cuadradas, descubrían en Carlos Dupont al hombre impulsivo, groseramente sensual, dotado de un extraordinario poder genésico.

Todo cuanto decía Dupont lo reía Delfina.

—¿Es cierto, Carlitos, que nació usted en Francia?—preguntó.

—Sí, es cierto: en Burdeos. Mi padre era francés, mi madre, española.

Bosquejó frívolamente su vida, insinuando con pericia ligera y mundana algunos detalles pintorescos. Loreto le miraba asombrada, con una curiosidad que equivalía a una simpatía.

—¿Usted—dijo—es pintor?

—Yo soy de todo—repuso Dupont—y entiendo de todo algo; en París he pintado y he servido de modelo a Rodin; en Italia he tocado el violín; también sé hacer juegos de manos...

Guadalupe le miraba atentamente, olvidándose de comer. Una leve expresión de disgusto amohinaba sus labios. Valentín la interrogó en voz baja:

—¿En qué piensas? ¿Te molesta Carlos?

Ella se estremeció y repuso, poniendo sus labios tan cerca del oído del marquesito, que le besaba al hablar:

—Sí; es grosero; me da miedo y asco... Delfina y Loreto, sin embargo... mira, parecen embobadas con él...

Como alguien observase que Delfina estaba un poco triste, Carlos Dupont se echó a reir. Para él todos los caminos conducían al buen humor.

—La melancolía—prosiguió—ha inspirado tantas obras de arte y fué tantas veces manantial de poesía, que los

hombres, aun sin motivo concreto, juzgaron bella y de buen tono mostrarse tristes de cuando en cuando. ¡Pobres diablos!... Para mí, lo único realmente hermoso es una mujer, una buena carcajada y un buen vaso de vino.

Las mujeres celebraron con risas bulliciosas el epicureismo de Dupont. Delfina, sofocada por el vino que bebió en abundancia, se quitó el boa, que arrojó sobre un diván. Era una belleza de cuarenta años, alta y lucia, carirredonda, con ojos saltones y brillantes. La conversación desenfadada del francés mordía su sensualidad, exaltaba el latir de sus sienes, acarminaba sus mejillas carnosas. A cada rato, inconscientemente, echando de menos a Juanito Ruiz, sus miradas se dirigían a la puerta. Dupont disculpaba al ausente.

—Me consta que la quiere a usted—decía—; él mismo me lo ha asegurado; lo cual no me extraña... y no me extraña porque soy fumador. A veces estamos fumándonos una colilla con tanto gusto, que no la cambiaríamos por el mejor cigarro. ¡Esto, los hombres, lo saben bien!... Pues con las mujeres sucede algo igual: hay quien no trocaría una jamona por una colegiala...

Mientras Carlos Dupont hablaba, Loreto no cesaba de mirarle, pendiente de sus labios. Apenas contaba diez y seis años y era la primera vez que cenaba en compañía de gentes distinguidas; esta circunstancia y la modestia de su vestido la cohibían; comía mesuradamente y copiando a Delfina, a quien el trato frecuente con hombres de mundo infundiera distinción, y en su deseo de parecer simpática cuidaba de tener una sonrisa afable para cuanto hicieran o dijesen los demás.

De pronto, el francés reparó en ella, y la fragilidad y aniñada lozanía de su extremada juventud le interesaron.

—¿Ha tenido algún amante esta criatura?—preguntó.

Delfina lanzó una carcajada cínica.

—No pida usted gollerías—dijo—; a todos los que estamos aquí les duelen los dientes de morder en la manzana simbólica.

Loreto enrojeció y bajó los párpados pudorosamente. Era menudita y delgada; tenía el pelo rubio y cortado a media melena, como los pajes medioevales; sus ojos, azules, eran pequeños, pero muy vivaces y expresivos; la nariz, respingueña; los labios, gruesecillos y muy rojos. Pero su belleza mayor eran sus manos, diminutas, blancas, de finos dedos terminados en uñas naturalmente rosadas y pulidas.

Las heteras de fuste, y aun las lumias de peor estofa, suelen ofrecer al observador rasgos físicos, anhelos de grandeza o elegancias de ademán, delatores de un origen patricio; nacidas, tal vez, de la unión fortuíta de un aristócrata con una camarera, guardan de la noble estirpe de donde proceden una o varias cualidades, que son para ellas como una ejecutoria de nobleza.

Conocedor de esto Carlos Dupont cogió una de las manos de Loreto y se la llevó a los labios, mientras murmuraba cómicamente, como en un rezo:

—Manos distinguidas, pequeñas, blancas; manos de reina o de abadesa; manos nacidas para mandarnos o para bendecir y rezar por nosotros... ¿por qué línea de bastardía habéis llegado a mí?...

Poco a poco los vapores de la comida y del vino fueron desentumeciendo la sensualidad de los comensales; las palabras y los movimientos se enardecían. A los postres, y con la llegada de los licores y del café, la alegría estalló. Guadalupe empezó a cantar; Valentín abrió el piano; Car-

los Dupont, sin moverse de la mesa, había cogido a Loreto y a Delfina por el talle, y las atraía hacia sí, hablándolas al oído, besándolas indistintamente, glotón y triunfal.

Loreto, siempre un poco cohibida, le llamaba «don Carlos»; Delfina, «Carlitos».

—¿Y tú por qué no me llamas como ésta, en diminutivo?—exclamó Dupont.

—No me atrevo.

—Te parece una adulación excesiva, ¿verdad? ¡Tienes razón!... Puedo ser tu padre.

—No, señor; no es que sea usted viejo.

—¿Entonces?

—Es... es...

Y se detenía, balbuciente y roja.

—¡Acaba!—gritó Dupont.

Entre dientes, con acento perceptible apenas, la niña murmuró:

—Es que así... cuando usted me mira... no sé... parece que me da usted miedo.

Con un brusco movimiento, Loreto se estrechó contra Dupont, como refugiándose en él; Delfina empezó a palmotear y a reir.

—Cuando una mujer tiene miedo a un hombre—exclamó—es que empieza a enamorarse de él. ¡Chico, qué fortuna la tuya! Loreto está por ti.

La niña permaneció inmóvil, la linda cabecita rubia, un poco trastornada por el vino, apoyada sobre el pecho de Dupont. Orondo y dominador como un sultán, el francés la besaba en los cabellos largamente.

—Si se ha enamorado de mí—decía—no la pesará. Yo soy un hombre experto, que eleva el amor a la categoría de ciencia, pues sé que en el momento del supremo abrazo

cada actitud tiene una importancia, cada caricia un mérito, cada azote o cada pellizco un valor voluptuoso. ¡Pobre Loreto! Lo que deploro es que otro tunante, seguramente menos ducho que yo en tales materias, me haya birlado el dulce papel de iniciador.

Según hablaba, dejaba resbalar una mano hambrienta y velluda por las caderas opulentas y sonantes de Delfina, y una gran sonrisa acarminaba sus mejillas y su nariz.

—No te apures, Delfina—repetía—; aunque Juanito Ruiz no venga, no te apures. Yo le reemplazaré. Carlos Dupont es un verdadero sacerdote que, cuando tiene que celebrar en el altar del amor la misa de la vida, no se olvida de nadie.

Tiró su servilleta sobre un plato y enlazó a Loreto por la cintura.

—Bailemos—exclamó—; Delfina bailará con Guadalupe.

Al raudo compás de un belicoso pasodoble que el marquesito de San Julián comenzó a tocar, las dos parejas giraron veloces alrededor de la mesa, como persiguiéndose; Loreto balanceábase felina, oprimiendo su vientre contra Dupont; de cuando en cuando los bailarines interrumpían su loca danza para beber.

Después las mujeres juzgaron muy original tejer con las flores esparcidas por el mantel dos coronas, que ciñeron a las frentes de Valentín y Dupont. El marquesito, completamente borracho, reía, de codos sobre el teclado del piano; el francés, recio, congestionado y peludo, bajo su corona de flores parecía un sátiro.

Dupont propuso reproducir algunos cuadros clásicos: «El juicio de París», por ejemplo.

Para ello era indispensable desnudarse; pero las mujeres protestaron.

—No, no; no estamos en Grecia; aquí, en Madrid, hace mucho frío.

Guadalupe se había instalado sobre las rodillas de San Julián; sin saber por qué, la disgustaba que Valentín tocase el piano mientras los demás, imprudentes, se sobajeaban y divertían. También la molestaba que su querido hubiese bebido tanto; estaba hecho un zote; no brillaba y las mujeres no reparaban en él; además, la diligencia que Loreto y Delfina ponían en complacer a Carlos Dupont implicaba una especie de desdén hacia el marquesito.

El francés explicaba a Delfina y a Loreto el asunto del cuadro «La caída», y sus comentarios debían de ser ingeniosos, porque ellas reían como locas.

—Cuidadito de burlarse de eso—exclamó Guadalupe severamente—, porque la mujer pintada ahí soy yo.

Dupont, borracho y galante, rectificó:

—Ninguno de nosotros se burla de usted, Lupita; ¡poco a poco!... Que ni estas señoritas ni yo somos capaces de pagar en mala moneda la hospitalidad que aquí se nos dispensa. De quien nos burlamos... ¡es del artista!...

Y agregó, dirigiéndose con paso vacilante hacia San Julián:

—Chico... a tu lienzo le falta expresión; yo te lo aseguro; está bien compuesto, pero... ¡le falta expresión!...

Valentín, siempre de buen humor, se encogía de hombros. Fué preciso que Guadalupe Ballesteros saliera a su defensa.

—¿Qué defecto le encuentra usted?—exclamó— ¡Porque yo no le hallo ninguno!

—¿No?—replicó Dupont—. Voy a decírselo: la figura de ella, de «la perseguida», es magistral; conformes; el gesto,

la actitud suplicante de las manos, todo... Pero... ¡él!...

Se interrumpió para reir.

—El, permítame usted que lo diga, es un amante frío, un hombre que no siente esa exaltación desbocada a que es acreedora toda mujer bonita. Fíjese usted... está helado, cuando debía parecer un tigre...

Delfina afirmó, apoyándose quizás en recuerdos:

—Es verdad, es verdad...

Dupont concluyó:

—¡Evidentemente!... Si esa pastorcita cae será por su gusto, no porque la obliguen a caer. ¡Para mí, que se escapa!... Desengáñese usted, Lupita: los hombres, yo por lo menos, cuando encuentran una presa tan apetecible como esa, suelen mostrarse mucho más expresivos.

La zarabanda continuó; Valentín volvió al piano y las parejas reanudaron el baile; después cantaron a coro trozos de zarzuelas. De pronto, Carlos Dupont y Loreto desaparecieron por la puertecilla que conducía al cuarto de baño. Delfina, inconscientemente celosa, iba a seguirles.

—¡Déjales!—exclamó San Julián, riendo—. No seas egoísta.

Ella se detuvo, un poco humillada, sin saber qué decir. ¡Ah, si Juanito Ruiz hubiese venido!... Guadalupe y el marquesito se habían sentado en un diván; tenían frío y sueño. Valentín buscó una manta y con ella se envolvieron los dos. La joven quiso oponer algún reparo, mas él la interrumpió con un gesto. ¿Qué tenía aquello de censurable? ¿No estaban en su casa?...

Resonó la voz de Carlos Dupont, que gritaba desde dentro:

—¡Ven, Delfina, ven!... ¡Sólo yo me acuerdo de ti!

Como perdiz que acude al reclamo, la interpelada des-

apareció. Hubo un gran silencio; silencio de fatiga. En el hogar ya no quedaba fuego.

—Ese Dupont—murmuró Guadalupe—me repugna; es un cínico; abusa. Yo creo que la confianza que le hemos dado aquí no le autorizaba a tanto.

El marquesito no respondió; dormía. Sin moverse del diván, la joven buscó en la pared la llavecita de la luz eléctrica, y las lámparas se apagaron. Entonces vió que una tenue claridad neblinosa manchaba la cristalería de los ventanales, y oyó cantar la lluvia. Amanecía.

III

Al trasponer el automóvil la famosa Puerta de Hierro el «chauffeur» preguntó:

—¿Corremos un poco?

Guadalupe se apresuró a responder:

—Sí, vamos más deprisa, aunque no mucho. Me dan miedo las curvas.

Instantáneamente el automóvil aceleró su marcha, en una especie de vuelo terrero raudo y suave, cual si dos alas invisibles lo llevasen. Guadalupe Ballesteros miró al conde Merino.

—¿No te parece que vamos mejor así?

Galante, el anciano repuso:

—Siempre lo que tú prefieras ha de parecerme a mí lo mejor.

La mañana, aunque hermosa y de mayo, era fresca. El conde se ajustó bien sobre la frente su gorra de paño gris y sepultó sus manos delgadas, algo temblorosas en los cálidos bolsillos de su gabán de pieles. Era un viejecito de mediana estatura, cenceño y como encogido dentro de sus hombros, levantados en un gesto de frío; cortaba su rostro exangüe y de aquilino perfil un bigote blanco; sobre sus mejillas flácidas el desdén cavó dos arrugas profundas. Esta marcada expresión de hastío era todo un poema

de filosofía pesimista. No es raro que los fuertes, al llegar a viejos, desprecien a la humanidad, pues durante cuarenta o cincuenta años sólo vieron ante sí gentes pedigüeñas y suplicantes, que iban a solicitar algo de su bondad y apenas lo obtuvieron les volvieron la espalda, sin dedicarles ni siquiera el perfume de un agradecimiento; por cuanto la humanidad dejó en ellos una doble impresión de mansedumbre y bajeza, primero, y de ingratitud después. Esto explicaba la displicencia incurable que amargaba el semblante del conde Merino, quien a fuer de hombre rico y generoso había sido muy bueno; la bondad es un lujo que únicamente los muy fuertes pueden permitirse.

A su lado, Guadalupe, inmóvil y gallarda bajo los flotantes velos de su gorra de automovilista, contemplaba los amenos panoramas que iban devanándose a uno y otro lado del camino. El cielo era de un intenso azul; el sol bruñía el follaje nuevo de los árboles, abrillantaba la verde lozanía de los herbazales tempranos, reía en la extensión gris y ondulante de la carretera. Un regocijo enorme, unánime, llenaba el espacio. Y ante este maravilloso acorde de la vida vencedora, Guadalupe miró instintivamente al conde y le halló más blandengue y caído que nunca. ¡Qué lívida, qué avellanada y reducida parecía su figura sobre el verde insolente de aquel gran fondo primaveral!... El tiempo los separaba, y no podía ser de otro modo; tuvo frío, miedo... ¡Oh, nunca coincidirían, nunca!

Para Guadalupe la vida era algo fresco y dulce, que deseaba beber a buchadas largas; para el conde, cargado de recuerdos, desengañado y sin sed, la vida era un vómito.

A mediodía llegaron a El Pardo y allí almorzaron. Mien-

tras el conde, que tenía la conversación abundante y graciosa, discreteaba amablemente para divertir a la joven, ésta caía en un desasosiego impreciso y recóndito. Aquel largo paseo al sol había exaltado sus nervios ariscos y despertado en su memoria recuerdos malsanos de antiguos quebrantos morales y de lecturas. ¿Por qué no era feliz? Tenía salud, belleza, dinero, libertad... ¿Hay en nuestra pobre vida algo mejor?... No, ciertamente. Y, sin embargo, se aburría con un fastidio que sentía hormiguear a lo largo de sus miembros. Si no apetecía nada, ¿por qué esta inquietud? Y si deseaba algo, ¿cómo su deseo no se definía imprimiendo con ello a su inútil vivir un ideal y una orientación?

Experimentó un violento estremecimiento de cólera y tiró su tenedor sobre el mantel. El conde Merino, que la observaba, preguntó suavemente:

—¿Qué tienes?

—Nada.

Su respuesta desabrida, cortante, tuvo la sequedad de un rencor.

—Hace días—prosiguió el anciano—que estás muy nerviosa. Yo no quiero fiscalizar tus actos, ya lo sabes, ni obligarte a nada...; pero creo que debías higienizar tu vida, acostarte temprano, pasear al sol...

Guadalupe Ballesteros sintió ganas de llorar.

—Mis sufrimientos—dijo—no se curan con baños de sol...

Blandamente, para no exaltarla, como si hablase con un niño, él replicó:

—¿Y qué sufrimientos son los tuyos?

Calló Guadalupe porque no lo sabía; era ésta una pregunta que solía proponerse varias veces por semana, y ante la cual siempre acababa por encogerse de hombros.

Reanudó sus meditaciones. Al conde, que la había redimido de la miseria, le dedicaba un afecto filial, todo agradecimiento y misericordia; nada más; y, por lo mismo, se aburría, como suele aburrirse la mejor de las hijas al lado de su padre. Pensó en el marquesito de San Julián, en cuyo estudio durmió la noche anterior.

A Valentín le quería; evocó su figura; era joven, era elegante, y con aquellos trajes de pana que, a imitación de los artistas bohemios de Montmartre, se vestía para trabajar, estaba muy bien. Pero... ¿le quería?... Alternativamente, según los recuerdos iban pasando por el telar de la memoria, la conciencia respondía: «Sí... no... sí». La duda cruel triunfaba; de pronto los largos ojos negros de Guadalupe se mojaron de lágrimas; nadie vivía en su corazón; dentro de su cuerpo, su pobre alma desamorada temblaba de frío.

Durante el regreso a Madrid esta situación moral persistió; el correr veloz y silencioso del automóvil parecía extinguir en Guadalupe toda noción de deber; sentíase desligada de la realidad, alejada de todo, cual si volase por los aires. A cada momento la misma reflexión epicúrea volvía a su espíritu: hay que aprovechar la vida, ya que es tan breve...

Aún no eran las dos de la tarde cuando llegaron a Madrid. Al enfrontar el hospital de la Princesa vieron a don Federico Oliva, que les llamaba con la mano. Detúvose el automóvil y don Federico se acercó, balanceando su vientre redondo; entre sus largas patillas blancas, su rostro, grueso y desbigotado, según la moda inglesa, daba muestras de gran emoción.

—Venís de dar un paseíto, ¿eh?... ¡Dichosos vosotros!

¿Sabéis lo que sucede? Yo todavía estoy aterrado. ¿Os acordáis de Amparito?

—¿La rubia, la amiga de Pepe Regajo?—preguntó Merino.

—Esa. Ha muerto.

Guadalupe se incorporó a medias, llevándose las manos a la frente, fuera de sí, lívida.

—¿Ha muerto?—repitió.

—Sí, hija mía; anoche, murió de repente, del corazón. La noticia cayó en el Casino como una bomba; en seguida todos los que estábamos allí fuimos a su casa.

—¡Era muy simpática!—exclamó el conde suspirando, con un suspiro lleno de recuerdos y misericordioso como una oración.

—Si queréis verla—agregó don Federico—, podéis ir; yo vengo ahora de allí.

—Sí, vamos, vamos...—balbuceó Guadalupe llorando.

El conde y don Federico se dieron la mano.

—Mañana—dijo éste—te espero en casa. Tomaremos café y conocerás mi fonógrafo. He comprado un cilindro impresionado por Caruso; una maravilla; te aseguro que merece oirse.

Despidióse el conde de Guadalupe en la calle de Génova; tenía que ir al Supremo. La joven continuó en el automóvil hacia la calle de Lagasca, donde vivió Amparito.

Allí encontró a Loreto y a Delfina, que acababan de llegar, y a Dolores Moncada, a quien, por morena, sus íntimos, que eran muchos, llamaban familiarmente «Lolita Carbón». Todas acompañaron a Guadalupe a la alcoba, convertida en capilla ardiente. Allí estaba Amparito, vestida con el hábito de Nuestra Señora del Carmen. En el

índice de su mano derecha lucía una lanzadera de diamantes y rubíes, tan apretada al dedo, que nadie pudo quitársela; el semblante, ligeramente azulado, formaba raro contraste con los cabellos rubios, de un rubio violento. Guadalupe y sus amigas contemplaron respetuosamente aquella cabeza, sobre la que pasaron tantos labios y en la que vivieron tantas historias, y después, silenciosas, regresaron al gabinete. Guadalupe se enjubaba los ojos.

—¡Pobre Amparito! ¿Quién lo hubiera creído?... Hace tres días la vi en Apolo.

—¿Llevaba un sombrero encarnado con amazonas blancas?—preguntó Lolita Carbón.

—Sí; con un broche de oro.

—El mismo. ¿Sabéis quién se lo regaló?... Cristino Duval: le costó quinientas pesetas.

—Di que se lo compró a cambio de algún favor—interrumpió Delfina ásperamente—; no digas que se lo regaló.

—¿Estás reñida con Cristino?

—Como que es un tío.

—Conmigo se ha portado siempre bien—repuso Lolita.

—Pues conmigo, no—insistió Delfina—; es muy tacaño; por cuanto digo que ese sombrero no se lo regalaría a Amparito por su linda cara.

—¡Toma! Pues por su linda cara, precisamente, habrá sido.

—¡Pero no por vérsela—gritó Delfina irritada—por vérsela sólo, no, que eso es poco! Habrá sido por mucho más...

Loreto propuso ir al comedor, a beber una copita de Jerez. También había pastas; estaban metidas en un pa-

quete, según salieron de la tienda. Sin duda, la pobre Amparito las compró la víspera y no llegó a probarlas.

El comedor era una habitación alegre y bien amueblada; una ola de cuadros, de platos multicolores y de tarjetas postales, invadía las paredes hasta cerca del techo. En un ángulo, prendida artísticamente entre los pliegues de un mantón filipino, había una guitarra.

Al principio, las cuatro mujeres volvieron a quedar silenciosas; el recuerdo de la muerte las torturaba. Pero el vino era bueno, las pastas sabrosas; aquel ligero piscolabis las reanimó, y sus almas recobraron pronto esa despreocupación rebelde, alegría única de los que no esperan nada.

Hablaron de sus amigos, que esto entre ellas era hablar de negocios. Delfina mostrábase muy descontenta de su suerte, y envidiaba la de Guadalupe.

—Tú no sabes lo que tienes con el conde—decía—. ¿Que necesitas un traje?... ¡Bueno! ¡Como si necesitas tres! Se los encargas a la modista y en paz; él lo paga todo. Pero vivir, como nosotras, a «lo que sale», es horrible.

Lolita Carbón mostrábase desdeñosa, impávida, ante el enigma del porvenir; según trasegaba, crecía su optimismo. En teniendo para comer... y eso, mientras se es bonita, nunca falta, todo está bien.

—¡A propósito!—exclamó—; esta noche irán a buscarme Jacinto Mora y tres amigos suyos, para ir, en automóvil, a la Cuesta de las Perdices. Creo que faltará una mujer. La pobre Amparito, a no haberse muerto, hubiera venido.

—Si quieres llevarme...—repuso Loreto.

—¿Por qué no? Ya sabes mis señas; ve a buscarme.

—¡Iré, ya lo creo!... Mira por dónde voy a tener dinero mañana.

Guadalupe advirtió que Loreto estaba muy pálida.

Delfina se echó a reir; Loreto se entregaba al amor con demasiada buena fe; hacía mal...

—Con esa vida—agregó—una chiquilla tan finita y delicaducha como tú, no dura dos años.

Loreto reía satisfecha; sus amigas tenían razón en cuanto decían, pero la culpa no era suya, sino de Alfonso, que no la dejaba dormir.

Lolita Carbón volvió a llenar su copa.

—Lo mismo me sucede a mí con «el mío»—exclamó—; lo que él quiere, eso ha de ser; no puedo negarle nada.

Hablando así experimentaban una complacencia indefinible en reconocer que se rendían a discreción y como esclavas, a los caprichos del único amante de quien no recibían dinero.

Guadalupe Ballesteros se levantó para marcharse; estaba nerviosa, casi enferma.

—¿Te vas?—preguntó Lolita.

—Sí; tengo frío...

—Pues te acompaño. ¿Viniste en coche?

—En automóvil.

—Mejor.

Delfina y Loreto no debían moverse de allí; esperaban a unos amigos. Además, la casa no podía quedarse sola, a merced del primero que llegase.

—La madre de Amparito, ¿sabe lo ocurrido?—interrogó Guadalupe.

—Sí; la hemos telegrafiado a Segovia, donde reside. La esperamos mañana.

Al despedirse de Lolita, Loreto preguntó:

—¿A qué hora he de ir a buscarte?

—De siete a ocho; no faltes.

—Seré puntual.

Guadalupe y Lolita Carbón salieron.

—¿Dónde vas?—preguntó Dolores.

—A ver a Valentín.

—¿Al estudio?

—Sí. Yo me quedaré allí, y luego el «chauffeur» te dejará en tu casa.

Durante el camino, Guadalupe Ballesteros no habló palabra. Una torva melancolía, una desesperación sin nombre, llenaba su alma. «Todo es igual a todo—pensaba—y todo es humo...» Su padre, que abandonó a sus hijas por una ramera; San Julián, el conde, los muchos hombres que conoció y los que aún, por su desgracia, necesitaría conocer, ¿qué merecían sino desprecio?... Y para acabar como finó Amparito, tanta vergüenza, tanta inquietud. El honor, el deber... ¡Bah! Sólo el placer es positivo, sólo las pequeñas alegrías que vamos encontrando a nuestro paso no engañan. Y concluyó: la vida vale bien poco cuando, apenas nacidos, tenemos tan cerca a la muerte.

IV

La portería estaba cerrada; Guadalupe golpeó con sus artejos rosados los cristales de la puerta y nadie contestó.

—Hice mal en despedir tan pronto el automóvil—pensó.

Salió a la calle y saludó con un movimiento de cabeza a la dueña de una lechería situada en la misma casa.

—Usted dispense... ¿Ha visto usted a la portera de aquí?

—No, señora.

Guadalupe iba a interrogarla por San Julián, pero no se atrevió; era exponerse a una mala contestación: la vecina la miraba descaradamente, con esa hostilidad que sienten hacia las cortesanas las mujeres del pueblo.

Guadalupe temió recibir en pleno rostro el latigazo de una grosería, y entró de nuevo en el zaguán. Comenzó a subir la escalera, esta vez muy despacio, porque estaba triste y para los temperamentos nerviosos no hay nada que pese tanto como la tristeza.

Ascendía trabajosamente, apoyándose mucho sobre cada pierna; y en los rellanos se detenía para mirar por el hueco de la escalera, como midiendo el camino andado. Cuando llegó al penúltimo piso, se detuvo, sorprendida de que Valentín no acudiese a recibirla.

—No me habrá oído—pensó—; como he subido tan despacio...

Y a continuación:

—Es que no está.

Pero así como no hay jugador que, por el hecho de perder, no siga jugando, así Guadalupe, por lo mismo que había subido mucho para llegar allí, continuó subiendo, aunque sin fe; lo propio acontece en otros lances de la vida; que primero son los hombres quienes inician y dirigen los negocios, y luego son éstos, con sus intereses creados, los que timonean y llevan a los hombres por donde nunca hubiesen querido ir.

Guadalupe empujó la puerta del taller, y sus manos ensortijadas apartaron los pesados cortinajes de felpa musgo que la cubrían. En el estudio, Carlos Dupont, sentado ante un velador, se disponía a comer.

—Adelante, Lupita—exclamó el francés levantándose.

—¿Está Valentín?

—No, pero no importa; llega usted a tiempo de tomar un bocadillo.

—Muchas gracias; no tengo apetito; lo que tengo es sed, mucha sed; traigo la boca seca. Si me diese usted un poco de agua...

—Con mucho gusto.

—Gracias.

Se dejó caer en un diván y cerró los ojos, apretándolos mucho; al abrirlos sintió ese escozor que suelen dejar en los párpados los largos paseos al aire libre. Dupont reapareció; traía sobre un plato una gran copa cristalina llena de agua.

—La señorita manda.

Hizo una reverencia, cómicamente exagerada, de aca-

tamiento; se había puesto una servilleta sobre el hombro; parecía un camarero. Viéndole de aquella traza, Guadalupe se echó a reir. Bebió.

—Gracias—dijo—; que siempre que tenga usted sed encuentre un agua tan limpia como ésta. No le deseo otro mal.

—¿No me da usted propina?

—Pídasela usted a Valentín.

—Será mañana, porque hoy no espero verle. A mediodía recibió una carta, no sé de quién, y tuvo que marcharse. Ya ve usted: su almuerzo va a ser para mí.

Guadalupe se mordió los labios. ¿Qué hacer? ¿Dónde pasar el resto de la tarde?

—¡Cuánto lo siento!—murmuró.

—¿Necesitaba usted verle?

—Con más urgencia que nunca.

—Todos los hombres son iguales—exclamó Dupont campechano—; jamás saben estar donde hacen verdadera falta; por eso hay tantos adulterios.

Volvió a instalarse delante del velador y se escanció vino, levantando mucho la botella; al caer, el líquido sagrado cantaba alegre y espumeante dentro de la copa.

—Con que...—repitió—¿no quiere usted imitarme?

—Muchas gracias, Carlos; le acompañaré a usted para que no almuerce solo, pero no me obligue a comer nada.

—Si estuviese aquí Valentín...

—Entonces, tal vez....

—Me gusta la franqueza.

Se había puesto una servilleta alrededor del cuello en previsión de que alguna gota de sopa pudiera mancharle la corbata; y sobre la tela blanca, su cabeza, siempre alegre y glotona, parecía más grande y más roja. Sus manos

velludas iban activamente del plato a la boca, empuñaban la botella del vino, se crispaban voraces sobre el pan.

—No quiero nada con ustedes, los enamorados—exclamó jovial—; yo estoy persuadido de que el amor, según lo entienden lós sentimentales, es una debilidad; repare usted en que los débiles, los tristes, los solitarios, son los que tienen más desarrollado el sentido amativo.

Guadalupe explicó la causa de su quebranto: el conde Merino la había llevado en su automóvil a El Pardo, donde almorzaron. Aquel paseo, lejos de distraerla, la irritó, no sabía por qué. Al volver supo la muerte repentina de Amparito, y esto acabó de exasperarla. Fué a verla; estaba horrible; los ojos entreabiertos, las mejillas azuladas, los labios cárdenos, casi negros... Después, allí mismo, Delfina, Loreto y Lolita Carbón, empezaron a hablar de sus amigos y a disputar; ¡qué grosería!... La vida, realmente, no vale ni el agua del bautismo.

Y concluyó:

—Hoy es uno de esos días en que nada me parece mal, porque nada, tampoco, me parece bien...

Carlos Dupont continuaba engullendo animadamente, y poco a poco sus mejillas se acarminaban; ardían los gruesos labios voraces bajo el bosque de las barbas bermejas; una expresión lasciva y húmeda bruñía el cristal de sus anchas pupilas amarillentas. A intervalos, entre sorbo de vino y bocado de pan, miraba a Guadalupe: era alta, elegante, felina, de una belleza frágil y apetecible por todo extremo. Y, además, aquella boquirrita roja y ardiente de vampiresa, y aquellos largos ojos bañados en la sombra violeta del deleite y del insomnio...

—Me voy—exclamó Guadalupe repentinamente.

Y quedó sorprendida de oirse, cual si aquellas palabras se la hubiesen escapado.

—¿Dónde va usted?—indagó Dupont.

—A casa.

—¿Tan pronto?

—Es decir... quizás entre antes en alguna iglesia; pero no... iré a casa inmediatamente. Va mi modista y he de darla dinero.

—Mal hecho.

Y prosiguió con aquel verbo paradójico y colorista que caracterizaba su conversación:

—Yo contraigo todos los meses muchas, muchísimas deudas, que constituyen para mí una especie de sobresueldo; acaso sean ellas mi ingreso mejor. Pues bien; esas deudas se eternizan; algunas me acompañan desde mi primera juventud... Y no las pago; a veces porque, francamente, no ando sobrado de dinero; otras, por reflexión bondadosa, por filantropía...

Guadalupe miraba a su colocutor irónicamente.

—No se burle usted—exclamó el francés—, que ello es como lo digo: en la mitad de las ocasiones no saldo mis deudas por un alarde de caridad. Considere usted que si todos pagásemos puntualmente nuestras cuentas, los cobradores de las casas de comercio, que no tienen otro oficio que ese, cobrar, serían despedidos por inútiles. Hay, de consiguiente, numerosas familias que viven precisamente de nuestra informalidad y de nuestro poco dinero. ¡Oh! Aseguro a usted que cuando desenvuelvo mi teoría ante los representantes de mis acreedores, los pobres diablos se apresuran a recoger sus facturas y salen de mi casa bendiciéndome.

Guadalupe sonreía, pareciéndole que el fondo de todos

aquellos disparates era muy agradable. Al cabo, la conversación de Dupont fué decayendo y, por intervalos, una gran quietud invadía el estudio. Era una especie de sopor; Guadalupe lo sentía llegar, agarrarse como algo material y palpable a sus miembros, aflojar los dedos de sus manos uno a uno. El sol poniente hería los cristales más altos de los ventanales, y a través de la doble red de cortinas colocadas horizontalmente para modificar la luz, se derramaba una claridad suave y blanca; en las paredes, los lienzos inconcluídos, las estatuas, las panoplias, las armaduras con sus formas humanas, hablaban el idioma misterioso de los museos.

Los ojos de Guadalupe se detuvieron en «La caída». Su fondo rústico, de una exuberancia virgiliana, atizó en su memoria las impresiones campestres de aquel día. Tienen los bosques, especialmente a la hora del crepúsculo, una grandiosidad hierática, a la vez melancólica y dulce: los árboles que viven y no se mueven y abren sus brazos y los retuercen como en un esfuerzo para romper la esclavitud de sus raíces; los herbazales que han protegido la marcha astuta de las serpientes; las hiedras con alma de mujer, rampantes, caprichosas, flexibles, pero en realidad dominadoras y vampiresas... A todo parece extenderse el enigma religioso de la madre tierra, en cuya matriz milenaria la gesta eternal de la vida y la muerte hila el porvenir.

La figura de la pastorcita era un símbolo suplicante del sexo, todo voluptuosidad, que siempre y nunca consiente en ser violado, y así añade con su negativa a su belleza un encanto más. La feliz actitud que el marquesito de San Julián supo dar a la figura, recordó a Guadalupe su primera falta; aquel gesto reproducido por el cuadro, lo tuvo ella una vez...

Repentinamente miró a Carlos Dupont, que tenía fijo en ella el poder de su mirada amarillenta. El francés había acabado de comer, y se levantó. Un momento permaneció así, sobre sus piernas abiertas, mientras encendía un cigarro puro; después, con lentos pasos, se acercó a Guadalupe.

—Usted no ha querido acompañarme—dijo—, y ha hecho mal; el almuerzo estaba muy bueno.

Sentóse junto a la joven y los muelles del diván gimieron bajo su cuerpo macizo; estaba rojo; un mador saludable, brillante, cubría su frente. Fumaba despacio; de cuando en cuando, sofocado, soplaba reciamente y el humo del tabaco subía muy alto. Guadalupe le miraba inquieta; un vago temor la invadía. Hizo ademán de levantarse. Tranquilamente, con sencilla familiaridad, Dupont la cogió por un brazo.

—¿Ya se marcha usted?...

—Sí... hoy el conde va a mi casa y quiero que me encuentre allí.

—¡Ah! ¿El amor del buen conde tiene días fijos?

—Es bisemanal.

Dupont rió malicioso y, sin soltar a Guadalupe:

—Quédese usted—repitió.

—¿Cree usted que vendrá Valentín?

—No. Por eso, precisamente, ruego a usted que no se vaya.

La idea de que aquella mujer, de formas ondulantes y lamidas, iba a desnudarse momentos después delante de otro hombre, alborozaba su carne; una llama rojiza, casi cruel, iba enardeciendo sus pupilas. Repentinamente su exaltación creció.

—Quédese, Guadalupe—insistió—; usted no me quiere, ya

lo sé; no hay motivos... pero también estoy seguro de que al pobre conde no le quiere usted más que a mí...

Esto era cierto. Guadalupe tuvo miedo, el gran miedo lívido de los peligros irremediables. Algo magnético, fascinador, la retenía paralizada en el diván; la respiración cálida y anhelante del francés, quemaba su rostro. Recordó la noche en que, una tras otra, Loreto y Delfina se le rindieron, y comprendió sus éxitos. De las mujeres, siempre inclinadas a la admiración, triunfan fácilmente el prestigio de los grandes artistas, la hermosura apolina de algún comediante o la recia figura del aventurero que llegue a ellas nimbado de heroísmo. Pero también hay hombres en quienes parece haber encarnado el genio de la especie y que obtienen del amor inesperados favores con sólo mostrarse. No tienen talento extraordinario, ni belleza desusada, ni hazañoso historial; y, sin embargo, las mujeres se dan a ellos sin lucha, como en un encanto. Y es que adivinan su poder genésico; es que sus ojos miran como no pueden mirar la mayoría de los hombres; es que de su carne se desprende, cual un olor de macho en celo, una omnipotente fascinación sexual; es que por su voz, misteriosamente, reclama su derecho a nacer la humanidad futura. A despecho de las civilizaciones, el prestigio del sátiro se perpetúa; son su aliento y la gula carnal de sus labios rojos los que vencen, que no la sofistería galante de sus palabras. En esto, como en todo, Grecia triunfa. Eternamente, a los sones del alegre caramillo pánico, las mujeres acudirán desnudas a celebrar en el altar del dios cornudo y barbón, el culto deleitoso que eterniza la vida.

Débilmente, Guadalupe trató de resistir; inconscientemente sus brazos se abrían, sus ojos se cerraban; su

misma tristeza la llevaba al pecado; quería y no quería abandonarse. ¿Qué era aquello?... Sintióse besuqueada glotonamente, empujada hacia atrás; sobre sus nalgas, bajo el desorden de las faldas revueltas, las manos del violador se ahincaron triunfales.

V

TRANSCURRIERON muchos días sin que Guadalupe Ballesteros pudiese volver al estudio; era un odio terrible hacia cuantos objetos había en el taller, lo que la separaba de allí; que ella detestaba a Dupont, y el aborrecimiento que una persona inspira trasciende a los muebles que usa y a los lugares que frecuenta.

También abominaba de sí misma. ¿Por qué cayó? ¿Cómo se entregó sin resistencia? ¿De dónde provino aquel lascivo quebranto que repentinamente la dejara indefensa? ¿Es que hay hombres cuyas pupilas dan el amor, como los ojos de los «jettatores», según la vulgar superstición italiana, dan la muerte?... En muchas mujeres, la vergüenza de haber sido livianas suele adquirir aspectos de rencor. En Guadalupe no era así, pues no la importaba que Carlos Dupont la hubiese visto desnuda, que al cabo desnudarse constituía para ella una profesión; su odio, por tanto, estaba desligado de todo otro sentimiento, y era limpio, cristalino, como gota de quintaesenciado veneno.

Todos los hombres acostumbran a burlarse de las mujeres que se les rindieron, públicamente los canallas, en secreto y con ambagiosidades hipócritas, los que presumen de circunspectos y caballerosos; y si esto hacen aun con

aquellas mismas amadas que les costaron mucho dinero o el trabajo de un laborioso y difícil cortejo, ¿a qué límites de grosería no extremarán sus chacotas refiriéndose a las que se entregaron sin lucha y como locas?... Y esta idea de desprecio caía sobre la hoguera de odios de Guadalupe como ráfaga huracanada, y la enardecía y llevaba a las nubes.

Una noche en el teatro Apolo, Delfina preguntó a Guadalupe por Dupont; en sus ojos había burla y malicia.

—Hace dos semanas que no le veo—repuso Guadalupe indiferente.

—¿De veras?

—¿Por qué había de negarlo?... ¿Te ha dicho algo de mí?

Su corazón despechado latía con tal violencia, que su martilleo lo sentía en la espalda.

—Me dijo, pero no hay que hacerle caso—continuó Delfina—, que tienes unos pantalones preciosos de seda rosa con tules blancos. Yo, le respondí: «¿Y tú, cómo lo sabes?...» Y contestó sonriendo, como quien, sin decir nada, quiere expresar mucho: «Porque un día que pasé por delante de su casa, los vi colgados en el balcón.»

—¡Qué idiota!

—¡Bah!... Ya le conocemos; lo que siento es haber sido suya así... porque sí... ¡En fin!...

Continuaron despellejándole; Guadalupe porque le aborrecía sinceramente; Delfina, llevada de ese odio—odio de despecho—que suelen sentir las mujeres hacia el hombre que nunca las dedicó mucha atención.

Este rencor hubiera ido apaciguándose en Guadalupe, a no ser por el marquesito de San Julián, quien, a cada momento, inocentemente, hablaba de Dupont: «Carlos ha

ido esta tarde a pedirme dinero...» «Carlos me ha presentado a una amiguita suya y quiere celebrar con nosotros dos un día de campo...»

Valentín, a pesar de reconocer que el francés era un vago que le explotaba y usaba de su dinero y hasta de su apellido para sus pequeños negocios, no sabía prescindir de él. Sus mismas aficiones artísticas y sus cortos viajes al extranjero, le inspiraban cierta simpatía admirativa hacia Dupont que había recorrido Europa y conocía íntimamente los secretos de Montmartre. Dupont, pobre, mal vestido, sin hogar, dominaba no obstante y acaso por esto mismo, al marquesito, rico y artista. Valentín, con su juventud frívola, respetaba al francés, que adquirió luchando por la vida un abundante caudal de experiencia, y sabía hablar de todo atinadamente. Y es que los amigos suelen ser, entre sí, como las manecillas de los relojes: poco importa que el minutero sea mayor y airosamente dé doce vueltas a la esfera, mientras el horario sólo da una, pues siempre será éste, con su cachaza segura, el más importante. Así son los hombres que se mueven mucho y vanamente, con respecto a los tardos... pero discretos y oportunos.

Esta tutela o jefatura que el francés ejercía sobre Valentín, exasperó el odio que Guadalupe le dedicaba. Mientras ella no iba al estudio por no ver el diván donde cayó estúpidamente, el francés frecuentaba el taller y disponía de él a su capricho y como dueño. En su despecho, la joven pensó confesárselo todo a San Julián, pero se abstuvo; su espíritu quimerista, tan inclinado a los lances novelescos, tenía miedo a los dramas reales. En este horror a la sangre, Guadalupe Ballesteros era perfectamente vulgar.

La primera vez que cediendo a instancias, ya suplicantes, ora coléricas, del marquesito, volvió al estudio, su emoción fué tan recia, su rencor la mordió tan hondo y tan firme, que rompió a llorar. Ante este arrebato inesperado, Valentín se quedó atónito.

—¿Qué es eso, qué te sucede?—exclamó.

Ella trató de recobrarse, para tranquilizarle: aquello no era nada, había tenido un disgustillo con el conde y estaba muy nerviosa.

—Déjame—suplicó—no me hables; callada estoy mejor.

Valentín encendió su pipa y se puso a pintar; a ratos volvía la cabeza para mirar a Guadalupe, que fumaba cigarrillos egipcios tendida en un diván. Cuando la falta de luz obligó a San Julián a dejar los pinceles, llamaron a la puerta del taller.

—Quien sea es de casa—dijo el marquesito—porque ha llamado con la mano.

Guadalupe se había incorporado, los labios entreabiertos, los ojos llenos de espanto. Esta actitud obligó al marquesito a preguntar:

—¿Quién es?

La voz de Carlos Dupont respondió:

—Soy yo; abre...

Guadalupe Ballesteros levantóse, terrible y vibrante como una serpiente.

—No le abras—murmuró.

—Pero...

—¡No quiero verle!...

El gesto con que señalaba a la puerta era tan imperioso, que San Julián no se atrevió a replicar. Entonces gritó:

—¡Perdona, Carlos; no puedo abrir!

—Pero hombre...—repuso el francés.

Con los nudillos golpeaba la puerta; después se le oyó reir.

—¿Es que no estás solo?

—No; me acompaña una cara bonita.

—¿La conozco yo?

En pie delante de Valentín, Guadalupe le hacía, con las manos y la cabeza, gestos negativos desesperados.

—¡No—repuso San Julián—no la conoces!... Adiós.

Fuera, en la escalera, resonaron pasos que se alejaban y el cuchicheo risueño de dos voces.

—Ese—dijo Valentín—no venía solo. ¡Demonio de hombre!...

Y como en sus palabras hubiese un remordimiento de no haber recibido a Dupont, Guadalupe Ballesteros le miró con rabia.

—¿Por qué no has querido dejarle entrar?—añadió San Julián.

—¡Porque no quiero verle!—gritó la joven.

Aquel acento terminante de odio, preocupó a Valentín; un rato permaneció suspenso, mirando a Guadalupe, sin hallar el motivo verosímil de su cólera.

—Es raro—dijo.

—¿El qué?

—Ese odio; nunca te he visto así.

—Pues le aborrezco, le detesto... es un hombre de quien no quiero oir hablar.

Se ahogaba y a punto estuvo de confesar su secreto; quizás, haciéndolo así, respiraría mejor; pero calló: estaba cierta de que San Julián la quería, y todo hombre fuertemente enamorado lleva dentro un salvaje; tuvo miedo...

El marquesito se acercó a ella y con voz de amenaza, registrándola los ojos fijamente:

—¿Acaso Dupont ha intentado?...

—No.

—¡Júralo!—gritó, acercando a los labios de Guadalupe sus dedos índices, puestos en cruz.

Ella, sin vacilar, los besó.

—Lo juro—dijo.

Cuando se marchó, parecía risueña; advirtió que Valentín se hallaba preocupado y quiso distraerle; pero su precaución fué tardía; el marquesito ya estaba celoso.

Desde aquella tarde, fué San Julián quien ladinamente procuró que Guadalupe y Dupont no volvieran a verse, y si alguien pronunciaba el nombre del francés, el marquesito sentía en sus entrañas un retorcimiento.

Los celos son complejos, pues provienen no sólo del amor, sino también del orgullo, de la vanidad, del miedo a la opinión ajena, y hasta de la costumbre. San Julián que desde el primer momento se habituó a ver en Guadalupe a la querida oficial del conde Merino, no podía permitir que nadie, fuera del conde, pusiera en ella sus manos. Esta idea le enfurecía, y no era sólo por egoísmo vanidoso, sino también por verdadero amor, que nada hiere al hombre tanto como aquello que lastima a la carne amada.

Inútilmente batalló por arrancar de su espíritu la densa tiniebla de aquella obsesión; la herida estaba siempre allí, sangrando, y todo iba a dar en ella. Cuanto más empeño ponía Guadalupe en mostrarse jovial, más se afianzaba en Valentín la sospecha de que Dupont había intentado, cuando no obtenido, la posesión de la joven. De esto los amantes nunca llegaron a hablar, y el mismo

cuidado que ponían en no pronunciar, ni aun incidentalmente, el nombre del francés, echaba entre ambos una sombra fría. Varios días Valentín espió a Dupont, siguiéndole paso a paso a través de su vivir bohemio, y pudo convencerse de que el francés no veía a Guadalupe; ésta, por su parte, observaba una conducta perfectamente regular y apenas salía de casa, como no fuese para ir al teatro o al estudio del marquesito. Las inquietudes, por tanto, de San Julián no hallaron ningún motivo sobre qué fundarse. Una tarde en que Valentín estaba trabajando, llegó Guadalupe al taller; parecía muy nerviosa.

—Acabo de ver a tu amigo Carlos—dijo.

Las dos sílabas de este nombre habían vibrado entre sus labios de un modo extraño. San Julián experimentó una emoción íntima, fría, de miedo y de cólera, y repuso:

—¿Te ha saludado?

—Sí; me preguntó por tí; me dijo que habías vendido «La caída»... ¿Quién es el comprador?

—Un judío holandés. Pero la venta no se ha realizado. Antes que ceder mi obra a bajo precio, prefiero regalársela al mismo Dupont... y eso que a él no le entusiasma mi cuadro. ¿Te acuerdas?

Aparentando tranquilidad, la joven repuso:

—¿De qué?

Con intención sondeadora Valentín prosiguió:

—Hace tiempo, la noche en que estuvimos aquí cenando con Delfina y Loreto... Carlos dijo que en mi cuadro la figura de la mujer estaba bien, pero que a la del hombre le faltaba calor, expresión... Según él, un galán, si quiere lograr sus deseos, necesita atacar mejor. ¿Qué opinas tú?

Guadalupe no respondió; San Julián continuó pintando.

La joven, sentada en un sillón, los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos, parecía mirarlo fijamente; en realidad no le veía; su pensamiento divagaba muy lejos de allí; recordaba... Y, al recordar, la vergüenza de su estúpida caída se hincaba en su amor propio como un cuchillo. Lo que tan sin combate la había precipitado entre los brazos de Carlos Dupont, no era únicamente la capacidad fascinadora del francés: fueron su melancolía de aquella tarde, la conversación del conde, la muerte repentina de Amparito y el no haber hallado al marquesito de San Julián en el estudio, los que triunfaron de su voluntad.

Recompuso la escena: ella descansaba en el diván; Dupont terminó de comer y se acercó: estaba rojo. Volvió a sentir sobre su brazo la presión de aquella mano velluda y corta, que la sujetó cuando ella, obedeciendo acaso a un presentimiento, quiso marcharse. Después, siguiendo el curso de su alucinación, creyó percibir sobre el rostro la caliente respiración del sátiro, y una mueca grimosa contrajo sus labios y desorbitó sus pupilas. Todo su cuerpo grácil tembló.

San Julián, que la espiaba atento, exclamó:

—¡Magnífico gesto!... ¿En qué pensabas?

Guadalupe, le miró balbuciente, pronta a caer de rodillas, porque no estaba segura de haber dicho algo en voz alta. El añadió:

—Ha sido un gesto magistral. Te aseguro que cuando me servías de modelo para «La caída», no tuviste ninguno semejante.

VI

Los mozos de la estación que trajeron la caja se habían marchado, y ésta quedó en el centro del estudio, larga y estrecha como un ataúd, con sus tablas mal unidas, por cuyas junturas asomaban briznas de paja. El marquesito de San Julián cogió un martillo y un formón, y empezó a abrirla. La empresa no era fácil y requería una gran solidez de puños; así Valentín, poco acostumbrado a los ejercicios físicos, apenas comenzó su tarea cuando ya estaba jadeante, despeinado y bañado en copioso sudor. Sus pies, calzados con finas botas de charol, resbalaban en la alfombra; crispadas sobre los mangos del formón y del martillo, sus manos blancas se amorataban con el esfuerzo. Acabó, en un sacudimiento de cólera, por arrancarse de un tirón el cuello de la camisa y tirarlo al suelo.

La curiosidad, sin embargo, de ver pronto el maniquí guardado en la caja, le animó a seguir trabajando. El martillo bataneaba ruidosamente sobre el mango del formón, que hundía su poderoso diente de acero entre las uniones de las tablas, y uno tras otro los largos clavos con que el embalador afirmó el cajón eran arrancados de la madera con chirrido desapacible. Cuando la tapa cedió, aparecieron bajo un colchón de pajas y virutas los

contornos del maniquí. Aquel muñeco amarillento, perfectamente formado y de tamaño natural, parecía un cadáver.

San Julián lo levantó, lo puso de pie y comenzó a vestirlo con arreglo al tipo que necesitaba para el cuadro que estaba pintando: brodequines de color, pantalón negro y camisa con cuello y puños blancos. Poseído de afán pueril, como la niña que viste una muñeca, Valentín se entretuvo en hacer con la corbata del maniquí un lazo elegante; púsole además, y para suavizar los perfiles siempre un poco duros de la madera, un chaleco de terciopelo carmesí, una americana y un viejo gabán «a cuadros», que perteneció a Dupont.

Ya era tarde y las sombras vesperales invadían el estudio; la claridad cobarde, neblinosa, que revertía de los ventanales, agonizaba en los cortinajes obscuros y en la amplitud color musgo de la alfombra; sobre la techumbre de cristales tamborileaba la lluvia. Valentín iba a dar luz cuando oyó en la escalera un frufruteo de faldas y pasos livianos y menudos de mujer. Sin duda era Guadalupe. Entonces el marquesito, a quien su preocupación celosa no daba cuartel, concibió una idea extravagante, folletinesca, y de un golpe derribó el maniquí al suelo. El muñeco cayó pesadamente hacia atrás, las piernas extendidas, los brazos en cruz, como un hombre muerto.

En aquel instante aparecía al otro extremo del taller la figura alta y grácil, envuelta en pieles, de Guadalupe Ballesteros. Para impedir que se acercase, el marquesito, con desatentados pasos, la salió al encuentro. La joven lanzó un grito, un gran grito de tragedia, y con sus finas manos blancas, cuajadas de sortijas, se tapó los ojos. Ante ella acababa de alzarse un drama sangriento: vió a

Valentín que avanzaba despechugado, los cabellos en desorden, como quien vuelve de sostener un terrible cuerpo a cuerpo; y al fondo, boca arriba, el cadáver de un hombre...

Guadalupe cayó de rodillas. San Julián respiraba anhelante, fingiendo una gran agitación, y su jadeo de fiera llenaba la quietud del estudio. «Si me engañó—pensaba el marquesito—ahora lo sabré; y si mis sospechas son injustas, tiempo tengo de quedar bien confesando que todo fué una broma...»

Con este propósito llegóse a Guadalupe, y trabándola fuertemente por los brazos:

—Sí—dijo—, le he matado... Le maté peleando con él noblemente, cara a cara... Dupont te deseaba y te hizo suya... Y aquel deseo ardiente que ambos pusimos en ti, refluyó después sobre nosotros convertido en odio. Yo no podía vivir así. Sobraba uno de los dos; el más cobarde, el más débil; ¡¡él!!...

Una violentísima trepidación de terror sacudía los hombros de Guadalupe. Su alma enloquecida experimentaba simultáneamente emociones contrarias y terribles. Al principio sólo tuvo miedo, un miedo inenarrable, que envió toda su sangre, hecha hielo, al corazón; pero al mismo tiempo la valentía de San Julián que, por su amor, había llegado al crimen, la reanimó. El recuerdo de esos asesinatos espeluznantes que agitan a Londres y París, pasó por su memoria; se creyó acusada, perseguida, convertida en heroína de folletín. Trató de incorporarse.

—Hiciste bien—gritó, presa de repentina energía—; también, a poder, le hubiese matado... ¡Oh! ¡Y con cuanto gusto!...

Había visto la caja donde estuvo encerrado el maniquí, y asociando ideas, añadió:

—¿Qué quieres de mí?... Soy tuya, te adoro; yo te ayudaré a ocultar su cadáver...

En sus pupilas ardía una expresión tan sincera de odio satisfecho, que Valentín sintió recrudecerse sus celos y una oleada quemante de sangre cegarle los ojos. Sus manos se crisparon coléricas, una lividez mortal cubrió sus mejillas. La farsa, al devanarse, se convertía en tragedia.

—¿Hice bien en matarle, verdad?—balbuceó el marquesito clavando en la joven una mirada penetrante.

—Sí—repuso ella—, sí; era un miserable.

—¿Te amaba?

—No; pero un día..

—Sigue:

—¿No te lo refirió él?

—Sí... pero quiero oirlo de tus labios; sigue.

Sus dedos se aferraban a los brazos de Guadalupe, magullando su carne. Ella prosiguió valerosamente, hallando complacencia subidísima en aquel sufrimiento.

—Fué una tarde, aquí mismo. Yo no le quería, no le quise nunca..., pero fuí suya, una vez.

Si esta revelación hubiese llegado por caminos suaves, acaso Valentín hubiera podido soportarla; pero surgió tan bruscamente que, desconcertado, el marquesito lanzó un grito gutural y retrocedió algunos pasos.

—¡Suya!—repitió.

Los celos nublaron su razón; perdió el oído, la noción de las cosas, como si su conciencia hubiese saltado en pedazos. Sólo subsistía en él un un instinto, un deseo: ma-

tar; todas sus energías físicas y morales se habían aunado en una sola e incontrastable fuerza destructora.

Empezó a correr desatentado, y sus miradas iban de una panoplia a otra, buscando un arma. De pronto, vió el martillo, y lo cogió.

—¡Ah, miserable, miserable!...

Paralizada por el terror, Guadalupe ni siquiera intentó huir. Temblando, apoyada contra la pared, los brazos extendidos hacia adelante en un gesto de humildad y de defensa instintiva, esperó. En su aturdimiento no sabía precisamente lo que San Julián se proponía hacer. Pero cuando le vió dirigirse hacia ella con los labios lívidos cubiertos de espuma y los ojos desorbitados, la infeliz comprendió que iba a morir, y empezó a correr. Aquella cacería horrible duró un minuto apenas, durante el cual ni el verdugo, que tenía los dientes cerrados y como incrustados los unos en los otros por la ira, ni la víctima, a quien el terror estrangulaba, consiguieron articular palabra.

Al fin, San Julián alcanzó a Guadalupe junto al cajón donde estuvo embalado el maniquí maldito, y con una mano la trabó por el cuello, mientras con la otra esgrimía el martillo. Ella aún pudo decir:

—Piedad..., piedad.

El martillo cayó con bárbaro golpe sobre la cabeza, crujieron los huesos y por la brecha, entre la sangre, blanqueó la masa encefálica. El porrazo fué tal, que con el desconcierto de los huesos craneales se desquijaró la mandíbula y la boca retorcióse en una mueca horrible. Frenético, en la epilepsis de una cólera sin límites, Valentín afirmó ambas rodillas sobre el cuerpo de su víctima y continuó golpeándola, machacando aquella fren-

te que tanto había pensado en él. Los ojos, enormemente dilatados de la muerta, parecían mirarle desde la máscara espantosa del rostro cubierto de sangre.

El marquesito de San Julián se puso en pie; su conciencia renacía; algo frío y fuerte, como un aletazo, le azotó las espaldas. Miró a su alrededor con espanto y tiró el martillo. Empezaba a comprender; tenía las manos y la pechera de la camisa completamente rojas; sobre la alfombra obscura y en la sombra, cada vez más densa, del estudio, el cadáver de Guadalupe y aquel maniquí grotesco y engabanado, que parecía un muerto, formaban un conjunto horripilante.

Y entonces fué el miedo, como antes fué la cólera, lo que aniquiló la razón de Valentín y le desposeyó de sí mismo.

Sin noción de dónde estaba, dióse a correr desatinadamente de un punto a otro, buscando un sitio por donde escapar. Al arremeter inconsciente contra las paredes, recibía en la cara y el pecho golpes terribles; un cortinaje se desplomó con estrépito, las sillas y los cuadros rodaban por el suelo, las estatuas caían saltando en añicos bajo los pies del fugitivo. Al fin San Julián encontró la puerta de salida, y se lanzó, casi de cabeza, escaleras abajo.

En aquel momento la portera dió luz, y la escalera se iluminó. Sorprendido el marquesito se detuvo, y vió que por las bocamangas de su traje aparecían dos manos crispadas, enteramente rojas, que no parecían suyas; lanzó un grito. Al llegar al zaguán, tropezó con varias personas que no conocía y que al verle se arremolinaron mirándole curiosas y hostiles.

—¡La he matado!—gritó San Julián—. ¡La he matado!

Alguien preguntó:

—¿A quién?

—A ella—repuso Valentín—; arriba está..., arriba, en el estudio...

Siguió corriendo a través de la noche fría, sin sombrero, bajo la lluvia que enlodaba las calles; un grupo numeroso de hombres y mujeres corría tras él...

Madrid, diciembre, 1900.

LA VIRTUD SE PAGA

LA VIRTUD SE PAGA

I

Don Juan Valdeterrín, marqués de San Froilán: Tez broncínea, bigote blanco a lo mosquetero; cejas y ojos negros; calvo, buen mozo. Lleva un vivir fastuoso y disipado, muy *four in-hand.* Edad, cincuenta y dos años cabales; él confiesa cuarenta y uno, pero nadie le cree.

Eladio, ayuda de cámara de don Juan: afeitado, moreno, corpulento, ancho de hombros y de mandíbulas. Como todos los pícaros de su calaña, Eladio es mujeriego, bebedor, pendenciero, goloso y ladrón. Tiene el labio colgante, rojo y libertino, de los cardenales del Renacimiento, y una humedad sensual enturbia la expresión de sus pupilas, de color de azúcar quemada. Treinta y cinco años. Eladio conoce y hasta comparte la vida de su amo; se fuma sus cigarros, usa sus perfumes y hereda sus trajes, sus corbatas y su ropa interior, lo que indudablemente ha conferido a sus ademanes cierta elegancia; pues si es verdad que la distinción y buena gracia de la persona influyen en sus vestidos, de tal modo que el *chic* de una ropa varía según quien la lleve, no es menos cierto que, a su vez, la aristocracia de los trajes influye en nosotros y sigilosamente nos educa, mejora y ennoblece.

La marquesa y el marqués de San Froilán habitan, en una de las mejores calles del barrio de Salamanca, un magnífico hotel, con parque, «garage», cuadras y otras dependencias; y como corresponde a gentes de su alcurnia, cada cual ocupa, bajo el techo común, habitaciones diferentes.

Esta separación de alcobas, según cuchicheos maliciosos aseguran, obedece a que la señora marquesa cuenta, exactamente, veinte años menos que su marido. Don Juan, de consiguiente, ha entrado ya en esa edad dolorosa en que los hombres, para poder seguir manteniendo en la calle su prestigio de conquistadores dentro de su casa «hacen economías».

ELADIO

(Empujando delicadamente la puerta del dormitorio.) Señor...
(Un intervalo.)

DON JUAN

(Tendido pecho arriba, la boca entreabierta, ronca con el mento sobre el embozo de las sábanas.) Gggg... gggg... ggg...

ELADIO

Señor...
(Otro silencio.)

ELADIO

(*Aparte.*) Me da lástima despertarle, pero... no hay más remedio. (*Levantando la voz.*) Señor...

DON JUAN

(*Entre sueños.*) ¡No, hombre...! No quiero más champagne... ¡Qué bárbaro! (*Ríe.*) ¿Te convences de que beber así es un disparate...? Si yo... si ya...

(Sus últimas palabras son ininteligibles; una flema le piruetea en la garganta y su monólogo se convierte en una especie de gárgara.)

ELADIO

Señor...

DON JUAN

(*Abre los ojos.*) Hola... ¿Eres tú...?

(El marqués de San Froilán no padece del hígado, y, merced a esta circunstancia, su despertar es siempre risueño y fácil como el de los niños.)

ELADIO

Yo siento darle a mi señor dos malas noticias.

DON JUAN

¿Nada menos que dos malas noticias?

ELADIO

Nada menos.
(Enciende una luz.)

DON JUAN

La primera.

ELADIO

Que es medio día.

DON JUAN

La segunda.

ELADIO

Que la señora marquesa se ha levantado ya, y no es prudente que deduzca de la hora en que el señor se levanta, la hora a que el señor marqués se recogió anoche...

DON JUAN

Tenías razón, fiel Eladio; eran las tuyas, efectivamente, dos malas noticias. ¡Canario...! Como nunca mi conciencia se halla muy limpia, el saber que mi mujer «anda suelta» por la casa, me sugiere una emoción análoga a la que produce entre los toreros la salida del primer toro.

(Eladio descorre las cortinas del balcón, abre las maderas y la rubia claridad del sol invade la estancia.)

DON JUAN

Dame ropa interior.

ELADIO

El señor se mudó de ropa anoche, para ir al banquete.

DON JUAN

No importa; una orgía ensucia más que un viaje en ferrocarril.

ELADIO

(*Examina los entrepaños de un armario de luna.*) ¿De qué color quiere el señor marqués la ropa?

DON JUAN

Según, porque un verdadero elegante no debe repetirse. ¿Cómo era la que llevaba yo anoche?

ELADIO

Heliotropo.

DON JUAN

Me parece que no. Búscala, por ahí estará... en el suelo...

ELADIO

No es necesario; me consta.

DON JUAN

¿Te consta...? ¡Caramba...! ¿Y eso? *(Ríe divertido y jovial.)*

ELADIO

Porque anoche, a los postres de la cena, el señor marqués, dicho sea con el mayor respeto y sin intención de molestarle, se quedó en calzoncillos.

DON JUAN

(Sentándose de un bote en la cama.) ¡No es posible...!

ELADIO

Yo nunca engaño al señor.

DON JUAN

Sí, Eladio; tú me engañas a cada paso y en todo lo que puedes; tú mientes sin cesar, y luego, diciéndome que no me engañas, vuelves a mentir. Eres un maestro de la ficción, de la traición y de la supercheria; por eso creo que no podría vivir sin ti.

ELADIO

(*Lleno de humildad.*) El señor marqués exagera mis méritos.

DON JUAN

¡Doce años a mi servicio y tener siempre en la punta de la lengua un nuevo embuste, una farsa virgen, con qué entretenerme...! ¡Eres inagotable...!

ELADIO

(Modesto, baja los párpados.)

DON JUAN

Bien, cuenta... ¿Pero es cierto que yo me quedase en ropas menores?

ELADIO

No se avergüence de ello el señor marqués, porque todos sus amigos estaban igual, poco más o menos.

DON JUAN

¿Y ellas, las señoras?

ELADIO

Lo mismo.

DON JUAN

¡Pero entonces la orgía de anoche fué una saturnal digna de Grecia...!

ELADIO

Eso decían todos: «¡Estamos en Grecia! ¡¡Viva Grecia!!»

DON JUAN

(Con un mohín de arrepentimiento sincero.) Sin embargo, anoche, tú, Eladio, no cumpliste con tu obligación: tú no debiste dejarme beber hasta el extremo de realizar actos deshonestos y ridículos.

ELADIO

El señor no sabe cómo se pone cuando—según vulgarmente se dice—«se le calienta la boca».

DON JUAN

(Severo, con esa adusta severidad que infunden el pleno conocimiento y posesión de la virtud.) No importa; te lo he advertido muchas veces: cuando me veas dispuesto a emborracharme, oponte a ello, rebélate, arráncame el vaso de la mano; llega, si fuese necesario, al cuerpo a cuerpo... ¡todo, menos asistir impasible a la degradación de tu amo...!

ELADIO

Yo hice cuanto pude por salvar al señor marqués; hasta llegue a beberme tres botellas de champagne marca *Cordon Rouge*, para impedir que el señor trasegase más. ¡Si esto no es sacrificarse...! El señor marqués sabe bien que el champagne no me gusta...

(Eladio adopta una actitud resignada de mártir. Pausa breve.)

DON JUAN

(*Humanizándose.*) ¡Pobre Eladio! Tienes razón... Te emborracharías, ¿verdad?

ELADIO

Bastante; sí, señor.

DON JUAN

Eres bueno, eres fiel; eres fiel como un perro. Mira, desde hoy, para llamarte, te silbaré.

ELADIO

Lo que el señor disponga.

DON JUAN

Sígueme.

(Desaparecen por la puertecilla del cuarto de baño. Momentos después el marqués prorrumpe en gritos inarticu-

lados y breves—gritos de frío—, y se oyó el murmullo de aguacero de una ducha. Cuando don Juan vuelve a su dormitorio, camina mejor, más engallado y con mayor aplomo; lleva la cabeza erguida y los ojos brillantes; un ligero carmín alegra el cobre, netamente español, de sus mejillas; diríase que acaban de quitarle de encima veinte años,)

DON JUAN

Eladio.

ELADIO

Mande usted.

DON JUAN

¿Te tiembla el pulso?

ELADIO

¿Por qué lo pregunta el señor?

DON JUAN

Para saber si estás en condiciones de afeitarme.

ELADIO

(*Riendo.*) ¡Ya lo creo...!

DON JUAN

Es que, después de beberse tres botellas de champagne, marca *Cordon Rouge,* a cualquiera le tiembla el pulso.

ELADIO

No pase apuros el señor. Hoy, como siempre, la navaja, entre mis manos, será una seda.

DON JUAN

Vamos, pues...

(El marqués de San Froilán se instala en una silla delante del balcón. De reojo se mira en un espejo; el examen que hace de su persona no parece dejarle contento.)

DON JUAN

¿Verdad que estoy más pálido que otros días?

ELADIO

A mí no me parece...

DON JUAN

(*Satisfecho de la respuesta, pero fingiendo enojo.*) ¡No seas farsante! Di la verdad.

ELADIO

La he dicho.

DON JUAN

Aquí, mira... hay una arruguita que no tenía ayer.

ELADIO

(*Aparenta interés.*) ¿Dónde?

DON JUAN

Aquí.

ELADIO

Es la sombra del bigote sobre la mejilla...
(El diálogo prosigue lentamente. Eladio enjabona la cara de su amo con notable gracejo y maestría. Luego, de un estuche, saca dos navajas, que afila diestramente dejándolas ir y venir sobre la correa del suavizador. La enojosa operación da principio; el acero resbala, con un roce de terciopelo, sobre la cara del prócer.)
¿Le hago daño al señor?

DON JUAN

Sigue. Tienes unas manos de ángel. (*Tras una pausa.*) ¿Cuál es tu sueldo hoy día?

ELADIO

(Que cobra cien pesetas mensuales.)
Setenta y cinco pesetas.

DON JUAN

No es cierto, porque cobras veinte duros. Pero, basta; tu contestación me dice que las cien pesetas te saben a poco y quieres más... Está bien; a partir de hoy cobrarás cincuenta pesetas más. ¿Estás contento?

ELADIO

(*Inclinándose ceremonioso y cortesano como si estuviese bailando un* minuet.) ¡Señor...!
(Pausa larga. Don Juan, ya afeitado y empolvado, acaba de ponerse los tirantes y comienza a anudarse, con gran esmero, el lazo de la corbata; una magnífica corbata verde que estrena aquella mañana.)

DON JUAN

(*Suspirando.*) ¡Si supieras en lo que pienso!

ELADIO

(Un gesto de solicitud.)

DON JUAN

Los gitanos, por los oficios a que se dedican preferentemente, y acaso también debido a imperativos de su raza nómada, conocen la vida como nadie. Pues bien; un apotegma «cañí» enseña: «No hagas daño donde vivas». Este consejo tu amo lo observó siempre al pie de la letra. Mi casa, mi calle y hasta mi barrio... ¡repara bien...! «hasta mi barrio»... fueron en todo tiempo sagrados para mí. Yo, en mi vecindad, jamás he contraído deudas, ni menos hilvanado amoríos. Para mí, todas las amigas de la señora marquesa fueron sagradas; ninguna podrá jactarse de que yo me haya propasado a decirla «buenos ojos tienes»... ¡y cuidado si algunas, por hermosas y por insinuantes, me dieron motivos! Igual conducta ejemplar he observado con mis criadas. ¡Y las he tenido guapas! ¿Eh...? Tú, bergante, de algunas podrías certificarlo mejor que yo...

ELADIO

(Ríe, baja los párpados y se pone un poco colorado.)

DON JUAN

¿Te acuerdas de Eleuteria?

ELADIO

(*Sin poder contenerse.*) ¡Ya lo creo!

DON JUAN

¿Y Cayetana? ¿Dónde dejamos a Cayetana? ¿Era o no hermosa la Cayetana...?

ELADIO

(Por toda contestación, lanza un suspirito y revira los ojos, como quien paladea un dulce.)

DON JUAN

Me gusta que participes de mis opiniones, porque así apreciarás mejor mi virtud y sacrificio. Pues bien: ni Eleuteria, ni Cayetana, ni Petra, que asimismo disfrutaba de un cuerpo digno de «nuestro mayor aprecio y consideración»—para decirlo en el estilo epistolar corriente—consiguieron hacerme olvidar, ni un instante, el respeto que me debo a mí mismo. ¡En fin! Cayetana, que debía de haber leído *Las tentaciones de San Antonio*, se las arregló una noche de modo que yo, sin procurarlo, la viera como su señora madre la dió a luz.

ELADIO

(Un gesto.)

DON JUAN

¡Supongo que no irás a tener ahora celos de mí!

ELADIO

(Otro gesto.)

DON JUAN

Además, que yo, castamente, cerré los ojos. Pero ahora viene lo grave: Yo, que tan prudente he sido siempre... (*Suspira.*) Es una confesión que no quisiera hacer y que, no obstante, necesito echar fuera del cuerpo para quedarme tranquilo. Yo... (*Vacila y se interrumpe. Eladio le mira fijamente. El marqués de San Froilán, haciendo un gran esfuerzo, prosigue.*) En fin, te lo diré de una vez; te lo diré aunque sólo sea para avergonzarme y con la vergüenza de mi declaración hallar medio quizá de corregirme. Sé todo oídos: de quien yo estoy enamorado ciegamente, locamente, frenéticamente; enamorado como un bruto, como un tigre, como un mono... Enamorado de manera que, apenas la encuentro en un pasillo obscuro, me rechinan los dientes y creo que mis pies adquieren la forma de la pezuña caprina de los faunos; por quien tu amo bebe los vientos—entiéndelo bien—es ¡por la doncella de mi mujer!

ELADIO

¿Por la Valeriana?
(*Ligera pausa.*)

DON JUAN

(*Severo.*) Precisamente; por Valeriana. ¿Y qué...? ¿Por ventura no es una gran mujer, una soberbia mujer, una incomparable mujer, la Valeriana?

ELADIO

(*Familiar, chasquea la lengua.*)

DON JUAN

¡Ya...! Pensé que no te gustaba la Valeriana; que te daba miedo... Pues ¡sábelo de una vez! Quien tiene miedo, pero mucho miedo, de esa mujer... ¡soy yo...!

ELADIO

¿Es posible?

DON JUAN

¿No lo oyes? (*Atajando un gesto de su criado.*) Nada de abrir la boca ni de echar las cejas por alto, como si se tratase de un despropósito. Las cualidades físicas de la moza, su carácter dulce y hasta aquella misma devoción que me demuestra, razones son que justifican, con creces, mi capricho. ¿Acaso tú también no te pereces por la Valeriana?

ELADIO

También.

DON JUAN

Entonces, ¿de qué te extrañas? (*Casi fraternal.*) Si la hubieses visto ayer mañana, arrodillada en el comedor, buscando un dedal...!

ELADIO

(*Sonríe y se frota las manos.*)

DON JUAN

(*Con la experiencia de sus muchos años.*) Convendrás conmigo en que las mujeres bien formadas, puestas de rodillas, son irresistibles.
(*Llaman a la puerta.*)
¡Adelante!

VALERIANA

(*Insinuándose entre los batientes entornados.*) La señora marquesa espera al señor para almorzar.

DON JUAN

Voy en seguida.

VALERIANA

(*Los ojos en la alfombra, y con una vocecita que es un arrullo.*) ¿Manda usted algo más?

DON JUAN

Nada.
(La sirviente desaparece. Don Juan, ya vestido, recoge sus sortijas, su fosforera y su petaca, adornada por dos cabezas de caballo en esmalte. Eladio, entretanto, le ha

perfumado el pañuelo, y acaba de abrillantarle el charol de sus zapatos con una gamuza.)

DON JUAN

(*Por Valeriana.*) ¿Eh? ¿Verdad que no es posible vivir en paz al lado de una criatura así? ¡Ah! ¡Y si supieras cuánto batallo por echar ese deseo de mi corazón...!

(*Salen.*)

II

Ocho días después, don Juan, que vuelve a su hotel a hora desacostumbrada, sorprende a Valeriana en la *serre.* Son las seis de la tarde, y el momento no puede ser más propicio; la marquesa está ausente. Don Juan, sin embargo, no intentará nada definitivo; se siente vigilado, espiado por su servidumbre, y esto le obliga a discreción y cautela.

DON JUAN

(*Abrazando a Valeriana como un condenado a muerte abrazaría una cruz.*) Esta vez no te escapas.

VALERIANA

(*Procurando ruborizarse.*) Señor marqués...

DON JUAN

¡Qué tanto «señor marqués»...! A todas horas lo mismo: «Señor marqués»... Harto estoy de haber nacido noble y de que me lo recuerden. Yo me llamo Juan. ¿Por qué no me llamas así, Juan... Juan a secas... O Juanito...?

¡Lo que yo daría porque tú me llamases Juanito...! (*Vuelve a abrazarla.*)

VALERIANA

Señor marqués...

DON JUAN

¡Dale...! (*Besándola en los labios.*) ¡Toma, toma... en castigo...!

(Valeriana, no sabiendo cómo arreglárselas para encenderse un poco las mejillas, contiene la respiración.)

DON JUAN

(Que si en sus negocios hubiese aprovechado el tiempo, como lo hizo en sus lances de amor, hubiera sido millonario.)

¡Toma, toma...! ¡Más besos...!

VALERIANA

Yo no valgo nada...

DON JUAN

¡Pues no dice que...!

VALERIANA

Yo soy muy poco para el señor...

DON JUAN

¿Pero, me quieres? O, de otro modo: ¿Serías con el tiempo capaz de quererme? ¿Sí o no?

VALERIANA

(*Suspira.*)

DON JUAN

(*Sin acordarse de que tiene el pelo blanco.*) ¿Si yo fuese viudo, por ejemplo...?

VALERIANA

(*Otro suspirito.*)

DON JUAN

O mejor: si yo no fuese el dueño de esta casa, sino el portero, o el cochero, o el cocinero, o el *chauffeur*, o el ayuda de cámara... un pobre diablo, en fin... di, Valeriana, ¿me querrías?

VALERIANA

(*Con gravedad hierática.*) Sí, señor...

DON JUAN

¡Acabemos, entonces! Valeriana; yo no puedo sufrir más, yo no puedo aguardarte más... Es necesario que tú me

proporciones el momento de estrecharte, de estrujarte, de despedazarte... hasta morir, contra mi corazón.

(Más besos.)

VALERIANA

Tengo miedo. Ya se lo he dicho...

DON JUAN

(*Sin oirla y acariciándola hasta colocar sus dos manos en aquella parte que las mujeres ponen más de manifiesto cuando se arrodillan.*) ¡Te adoro...!

VALERIANA

Yo no podría engañar así a la señora marquesa.

DON JUAN

¡Bah!

VALERIANA

No podría... ¡Lo juro...! No podría... la quiero demasiado...

DON JUAN

(*Eficaz.*) Esta noche.

VALERIANA

Por Dios...

DON JUAN

(*Con un acento que no admite réplica.*) Esta noche he dicho.

VALERIANA

(*Humilde.*) Si el señor marqués lo manda...

DON JUAN

(*Abrasado en llamas de sadismo.*) Eso; lo mando, lo exijo... ¡No faltaba más!

VALERIANA

Entonces iré; no seré amante... seré obediente...

DON JUAN

(*Victorioso y burlón.*) ¡Me es lo mismo...! Con tal de que no faltes a la cita, dale a tu conciencia la explicación que gustes.

VALERIANA

(*Siempre con esa voz de esclava que tienen las mujeres en su «noche de novios.»*) Pero conste que el acto de en-

tregarme al señor marqués lo tomo como penitencia, como sacrificio...

DON JUAN

(*Se encoge de hombros.*)

VALERIANA

Lo que yo no quiero es engañar a la señora marquesa, que tan buena es para mí; y así, como digo, no la engaño, porque no me doy a usted por mi voluntad, sino a la fuerza.

DON JUAN

(*Expeditivo y reasumiendo.*) Conformes; esta noche, a las tres en punto, te espero abajo, en la bodega, delante de la primera cuba. ¿Sabes cuál digo...?

VALERIANA

Sí, señor. (*En voz por momentos más débil.*)

DON JUAN

Allí no es fácil que nadie nos sorprenda. Yo aguardaré a obscuras; tú vé descalza y no enciendas luz ninguna. ¿Has comprendido bien?

VALERIANA

Sí, señor. (*Una pausa.*) Pero esta noche no podrá ser...

DON JUAN

¿Por qué?

VALERIANA

Porque...

DON JUAN

(*Sin fijarse en los puntos suspensivos que la moza añade a sus respuestas.*) Mañana, entonces.

VALERIANA

Mañana, tampoco...

DON JUAN

¿Tampoco mañana?

VALERIANA

Mañana no podrá ser...

DON JUAN

¡Demonio! ¿Por qué?

VALERIANA

Porque...

DON JUAN

(*Comprendiendo.*) Ya.. Aplazaremos, pues, nuestra entrevista para pasado mañana, lunes.

VALERIANA

Sí, señor.

DON JUAN

En el mismo sitio y a la misma hora.

VALERIANA

Sí, señor.

DON JUAN

A las tres... ¡No vayas a quedarte dormida!

VALERIANA

No, señor; pero conste que no voy llevada de mi gusto, precisamente, sino porque el señor me lo manda. Yo soy agradecida; no quiero traicionar de ningún modo a la señora marquesa...

(Valeriana lanza un grito y escapa. El marqués de San Froilán vuelve la cabeza. La figura epicúrea y maciza de Eladio se dibuja en el fondo de la *serre*. Don Juan sonríe con la ufanía del mozalbete sorprendido en una calaverada y camina hacia él.)

DON JUAN

¿Has visto, Eladio?

ELADIO

Algo, sí, señor...

DON JUAN

(*Echándole familiarmente un brazo por encima del hombro.*) Estoy perdido. Ahora mismo... ¡te lo juro...! Ahora mismo me parece que tengo veinte años.

III

Este rejuvenecimiento del marqués—consignado quede en honor suyo y de la verdad—duró escasos momentos. No bien el corazón recobró su latir habitual, apenas la temperatura de la sangre decreció algunos grados, la conciencia del noble caballero convirtióse en un palenque donde el Deber trabó con su eterno enemigo el Deseo, una gesta mortal. La noche del sábado, fecha memorable de su entrevista con Valeriana, y el día siguiente domingo y al otro día lunes, hasta hora muy avanzada de la tarde, don Juan, destrozado por las desgarraduras cruelísimas de la duda, comprendió el tormento de *Hamlet;* una de las obras clásicas que le habían permitido dormir más profundamente. Minuto a minuto, el alma, buena y mala, del prócer, se despedazaba entre las zarzas de todos los razonamientos imaginables.

«Ve a la cita de Valeriana»—murmuraba en su interior una voz optimista, sensual y alegre, como los cascabeles que adornan en carnestolendas los trajes de Nuestra Señora la Locura—; considera que la Vida sólo dura un instante, y que el Placer es aún más efímero que la Vida...»

Pero, a la vez, otra voz grave repetía:

«Renuncia a esa aventura trivial, digna únicamente de tus criados. Esa mujer, barragana de porteros y lacayos, apenas te pertenezca comenzará a importunarte. Te pedirá dinero, te pedirá recomendaciones para colocar a sus deudos, se creerá autorizada a tener celos de ti y te afligirá, en suma, con toda clase de impertinencias. Tu mujer se enterará y tus amigos se burlarán de ti. El hombre que se aviene a tener relaciones con su criada—por bonita y apetecible que ésta sea—es un ente degenerado y ridículo.»

Esto repetía ahincadamente la voz de la prudencia, del orgullo y del sentido común; y luego añadía, como declinando en el mal aconsejado marqués la responsabilidad de cuantos sinsabores pudiesen herirle:

«Ahora, allá tú.»

El duelo entre el capricho desbridado y el respeto a las buenas costumbres, fué recio, laborioso y tenaz. Al cabo—no en balde el impenitente aventurero pasaba ya de los cincuenta—la Moral se impuso.

Poco antes de cenar, el heredero de los egregios marqueses de San Froilán, se encerró en su despacho con su ayuda de cámara.

Eladio y don Juan se parecen: la misma corpulencia, la misma amplitud de hombros. En su indumentaria también existen semejanzas: los dos visten de smoking, aunque, ¡naturalmente!, entre el smoking de don Juan y el de Eladio hay diferencias; la diferencia capital consiste en que don Juan se endosa el suyo para que le sirvan, y Eladio se lo pone para servir...

ELADIO

(*Hipócrita.*) ¿El señor desea tomar un segundo baño?

DON JUAN

¡Ay! ¡No es para eso para lo que te he llamado; no es la *toilette* del cuerpo, sino la del alma, la que necesito hacer; porque lo que yo tengo sucio, y manchado, y echado a perros, es el corazón!

ELADIO

(*Indulgente y beato.*) Señor; de hombres es el pecar; el más justo de los hombres, dice el Evangelio, peca cien veces al día...

(*Un silencio.*)

DON JUAN

Tú sabes que la Valeriana me gusta a cegar.

ELADIO

Sí, señor.

DON JUAN

Tú sabes también que las otras tardes me tropecé con esa criatura, y, olvidándome de quien soy, me la comí a besos.

ELADIO

Eso con mis propios ojos lo he visto.

DON JUAN

Pero lo que tú no sabes es que Valeriana y yo estamos citados esta noche, a las tres, en la bodega, junto a la primera cuba.

ELADIO

(*Con los labios húmedos.*) El señor tiene suerte...

DON JUAN

(*Con ironía amarguísima.*) ¡Así parecen los hechos que examinamos desde lejos! Tú dices: «El señor tiene suerte...» y te quedas tan fresco, sin comprender que yo, desde que Valeriana cedió a mis deseos, no duermo, ni vivo. Me hubiese contestado, cuando yo la oprimía entre mis brazos: «No me espere usted en la bodega, porque no voy»; y yo me hubiese consolado de su repulsa como de otras muchas memorables calabazas que he recibido. Mientras que, al ceder ella, prendió en mí la discordia de sentimientos más honda, más cruel, más implacable, que padeció santo alguno. Al cabo, mi orgullo patricio y el respeto que debo a mi esposa, vencieron en la lucha. Has de saber que yo, esta noche, no bajo a la bodega.

ELADIO

(*Cuyos ojos se desorbitan de sorpresa.*) Señor...

DON JUAN

¿Te asombra mi resolución?

ELADIO

¡Me ha dejado frío!

DON JUAN

(*Subrayando bien cada sílaba.*) Soy un hombre, Eladio.

ELADIO

Nunca le hubiera creído capaz...

DON JUAN

(*Con la melancolía de su virtud.*) ¿Verdad?

ELADIO

¡Y con lo guapísima que está la Valeriana!

DON JUAN

¡Cállate!

ELADIO

Porque es indudable que cada día está más guapa. ¡Yo no sé lo que come...!

DON JUAN

(*Furioso.*) ¿Quieres callar, monstruo...? ¿O te echo de aquí a palos...?

(Silencio prolongado. Don Juan Valdeterrín, marqués de San Froilán, va y vuelve de un extremo a otro de la habitación, las manos cruzadas atrás y el andar nervioso y ligero. Su ayuda de cámara permanece inmóvil, cuadrado militarmente junto al balcón.)

ELADIO

¿El señor me da permiso para retirarme?

DON JUAN

Espera.

(Otra pausa. Eladio, aprovechando un instante en que su amo le vuelve la espalda, se mete un dedo en la nariz; pero inmediatamente recobra su actitud servicial y correcta.)

DON JUAN

(*Parándose bruscamente delante de su criado.*) ¿De veras te gusta la Valeriana?

ELADIO

(No puede responder, pero suspira y entorna los ojos como si tuviese la boca llena de almíbares.)

DON JUAN

En ese caso tú serás quien me sustituya esta noche en la bodega.

ELADIO

(*Con ganas de arrodillarse y de besar la alfombra que pisa su amo.*) Pero, señor...

DON JUAN

Es preciso.

ELADIO

Si el señor marqués lo dispone así...

DON JUAN

¿Irás...?

ELADIO

Iré...

DON JUAN

(Hablando consigo mismo.)

La Valeriana acude a la cita que la doy, no por gusto, sino «porque yo se lo mando». A este bergante le sucede lo propio; está rabiando por suplantarme y cuando le digo «ve»... pone cara de mártir. ¡Tiene gracia el arte con que la una y el otro se preparan la caída...! (*Sigue paseándose.*)

ELADIO

¿Qué piensa el señor...?

DON JUAN

(*Con nueva y vehemente decisión.*) Sí; es necesario que tú me ayudes... porque, de lo contrario—yo me conozco—no respondo de mi virtud. (*Pausa.*) ¿Qué hora es? ¿Las siete?... Pues bien; a las ocho, mi deseo de Valeriana será mayor, y mayor aún a las nueve... y así seguirá creciendo, creciendo.... creciendo... de manera que a las tres de la mañana, mi virtud y mis nobles propósitos de sacrificio se habrán agotado, y, más loco que nunca, acudiré a la cita. A esa hora yo sé que me tiro a la bodega de cabeza. Para evitar este derrumbamiento, que haría inútil cuanto en estos últimos días he sufrido,

necesito levantar entre Valeriana y yo un obstáculo definitivo, una pared infranqueable, y esa pared vas a ser tú. (*Sonríe.*) Realmente, la aventura, así desenlazada, puede tener mucha gracia. Es un enredo, digno de Bocaccio, que hará reir a mis amigos del Casino.

ELADIO

¿Y si la Valeriana descubre el engaño?

DON JUAN

No lo creo. Tú acudes a la bodega el primero y aguardas donde te he dicho. Como entre ella y yo todo quedó hablado, tú nada debes añadir. La entrevista ha de realizarse a obscuras y callando, y Valeriana, de consiguiente, ni por el sentido de la vista ni por el del oído llegará a conocerte. Tú y yo tenemos, aproximadamente, la misma estatura, el mismo volumen de cuerpo... y como tú te cuidas de fumarte mis habanos y de robarme mis perfumes, olemos casi igual. Nada, pues, descubrirá el engaño; lo demás... es cuenta tuya.

ELADIO

(*Maliciosamente.*) Quede el señor tranquilo.

DON JUAN

(*Palmoteando sobre las musculosas espaldas del tagarote.*) Supongo que Valeriana se llevará de mí una buena impresión.

ELADIO

(*Con el aplomo que da el poseer una salud de toro.*) ¡Oh, el señor no tendrá nada que reprocharme... ¡ni ella tampoco...! (*Transición.*) Pero... ahora caigo, ¿y el bigote?

DON JUAN

¿Qué?

ELADIO

Yo no uso bigote; Valeriana, por ese detalle, va a reconocerme en seguida.

DON JUAN

¡Canastos, es cierto...! En esta clase de lances, donde los besos son lo primero, el bigote desempeña un papel muy principal; y mi espíritu de sacrificio no alcanza al extremo de prestarte el mío... ¿Cómo lo arreglamos?

ELADIO

¿Y si el señor, así como de broma... por hacer reir a la señora... a la hora de cenar se presentase afeitado en el comedor...?

DON JUAN

¿Eres tonto? ¿Crees que, después de quedarme sin mujer, voy a quedarme también sin bigote...?

ELADIO

(Masculla palabras incoherentes, se encoge de hombros, mira al suelo con ojos estúpidos, se rasca un sobaco...)

DON JUAN

¡Ya sé lo que vamos a hacer! En cuanto cenes irás al teatro.

ELADIO

¿A qué teatro?

DON JUAN

Al de la Comedia, y preguntas por el señor Pérez Mateo.

ELADIO

¿El actor?

DON JUAN

Exacto: aquel señor alto y enjuto, con la nariz un poco colorada, que una noche cenó aquí...

ELADIO

(*Rebuscando en las tinieblas de su cerebro.*) Sí, sí... ya sé quién es...

DON JUAN

Pues, nada.... vas a su cuarto y, de parte mía, le dices que te preste un bigote.

ELADIO

¡Ja, ja, ja!

DON JUAN

¿De qué te ríes, animal?

ELADIO

¿Y cómo voy a ponérmelo?

DON JUAN

De eso me encargaré yo. Tú haz lo que digo. Después, ya sabes: la cita es en la bodega.

ELADIO

Sí, señor.

DON JUAN

A las tres, en punto.

ELADIO

Sí, señor.

DON JUAN

Junto a la primera cuba.

ELADIO

Comprendido; sí, señor...

DON JUAN

(*Suspirando.*) ¡Tunante...! Aunque vivieses cien años y los cien los empleases en servirme de balde, no me pagarías lo que esta noche voy a hacer por ti. (*Dándole golpecitos en la espalda, le conduce hasta la puerta.*) Tengo pena... una grandísima pena..., sin embargo, reconozco que, gracias a ti, voy a evitarme muchos quebraderos de cabeza. ¡Lástima de mujer!... Bueno... después me contarás algo...

(*Eladio se marcha riendo.*)

IV

Andrea Roca, marquesa de San Froilán. Alta, pelinegra, elegante y admirablemente soplada de formas, aunque sin llegar a los límites prosaicos de la gordura. Sus pies figuran entre los más pequeños de Madrid. En las solemnidades teatrales, sus descotes llaman la atención. Treinta y cinco años.

Valeriana, camarera y confidenta, por no decir amiga íntima, de la marquesa: treinta y tres años. Asombra la extraordinaria semejanza—analogía fraternal—de las dos: el mismo perfil aguileño, el mismo cuerpo, a la vez carnoso y deliciosamente ondulante. Se parecen en el modo de andar, de mirar, de sentarse, de mover la cabeza a un lado y otro. Sólo se diferencian en la color de los ojos y de los cabellos. Valeriana es rubia.

Lo demás, todo lo accesorio, es en ellas exactamente igual. Valeriana hace con la señora marquesa lo que Eladio con el señor marqués: usa sus cremas, sus perfumes, sus polvos, hereda sus corsés, sus ropas interiores y hasta sus trajes «de calle». Esto realza su belleza y contribuye a encolerizar el deseo que de ella tienen todos los criados y servidores del hotel. El *chauffeur* ha dicho: «Desnudar a la camarera, equivale a desnudar a la señora. Yo, si Va-

leriana fuese mi mujer, no tendría nada que envidiarle al marqués».

(La escena en un gabinete. Son las seis de la tarde.)

VALERIANA

¿Da su permiso la señora?

ANDREA

Adelante.

VALERIANA

Si soy inoportuna... (*Hace ademán de retirarse.*)

ANDREA

No, mujer.

VALERIANA

(*Exagerando su humildad.*) Porque no quisiera...

ANDREA

¿A qué viene eso...? Ya... Deseas pedirme algo... Desembucha.

(*Pausa. Andrea Roca se halla sentada de espaldas a la puerta y así no puede ver a su sirvienta. Esperando una explicación permanece inmóvil y desliza un índice, a modo de señal, entre las dos páginas del libro que estaba leyendo.*)

ANDREA

¿Sigues ahí todavía?

VALERIANA

Sí, señora.

ANDREA

Habla, pues.

VALERIANA

(Da un suspiro tan laborioso, tan íntimo, tan hondo, que parece arrancárselo de las plantas de los pies.)

ANDREA

¿El señor ha vuelto de la calle?

VALERIANA

Me parece que sí. *(Otro silencio.)*

ANDREA

Bueno; ¡ya hablarás cuando quieras! *(Reanuda su lectura.)*

VALERIANA

(Un sollozo.)

ANDREA

(Vuelve la cabeza.) ¿Pero, a qué viene eso?

VALERIANA

¡Ay, ay...! Soy muy desgraciada... ¡La señora me ha perdido el cariño...!

ANDREA

(Levantándose.) ¿Yo...? ¡Pues no está llorando...!

VALERIANA

(Haciendo pucheritos.) Sí... sí... la señora va a perderme el cariño...

ANDREA

¿Por qué?

VALERIANA

Y yo no he hecho nada, yo no soy responsable de nada...

ANDREA

Si no te explicas mejor...

VALERIANA

La señora marquesa sabe que, por ella, por su bien, soy capaz de los mayores sacrificios.

ANDREA

Lo sé.

VALERIANA

Durante los nueve años y medio que la señora me tiene a su servicio, ¿he dejado alguna vez de cumplir mi deber?

ANDREA

Nunca.

VALERIANA

¿No he llegado al sacrificio con tal de evitar a la señora un disgusto?

ANDREA

¿Y no he sabido yo corresponder siempre a tu fidelidad y adhesión generosamente?

VALERIANA

Es cierto. Pero permítame decir que hay servicios que no se pagan con dinero.

ANDREA

(Humillada.) Muy justo.

VALERIANA

Cosas que no tienen precio; la vida, por ejemplo; la reputación...

(*Andrea mira recelosa a su doncella y la invita a tomar asiento. Valeriana se resiste con coqueteos y melindres; al fin, cede.*)

ANDREA

¿Ves...? No dirás que no te trato como a una amiga. Cuenta...

VALERIANA

Antes la señora me permitirá recordarla lo muchísimo que la he querido...

ANDREA

¿Para qué?

VALERIANA

Porque así, luego la costará menos trabajo perdonarme. (*Ligera pausa.*) La señora no se habrá olvidado de don Enrique...

ANDREA

(*Con un suspiro.*) No.

VALERIANA

¿Cuándo fué?

ANDREA

Hace dos veranos.

VALERIANA

En San Sebastián.

ANDREA

(*Con otro suspiro.*) ¡En San Sebastián!

VALERIANA

El señor marqués había ido a curarse el reúma a un pueblecito de Santander.

ANDREA

Puente Viesgo lo llaman.

VALERIANA

Eso es, Puente Viesgo... ¡Buen susto nos dió el señor presentándose de pronto en San Sebastián a media noche y cuando menos podíamos esperarle!

ANDREA

(*Entregándose a las dulzuras del recuerdo.*) Todavía,

cuando recompongo aquella escena, se me hielan las manos.

VALERIANA

Y a mí; no es para menos.

ANDREA

Toca.

VALERIANA

Toque usted.

(Convienen en que acaban de quedarse frías, y que la presencia del marqués las produjo en aquella ocasión el efecto de un mantecado.)

ANDREA

(Que no ha necesitado leer a John Lubock para comprender «La alegría del vivir», lanza una carcajada juvenil, enciende un cigarrillo egipcio y cruza una pierna sobre otra.)

¡Verdaderamente no hemos perdido el tiempo! Amar, reir... y luego olvidar para ponernos en condiciones de amar de nuevo y de volver a reir... ¡Yo creo que no hay en el mundo nada mejor!

VALERIANA

(En cuyo sensible corazón las propinas dejan un agradecimiento infinito.)

Don Enrique valía mucho y era muy simpático.

ANDREA

¡Muy simpático!

VALERIANA

Agil, fuerte... elegante...

ANDREA

(*Precisando.*) Un hombre incansable.

VALERIANA

Y estaba enamoradísimo de usted.

ANDREA

Eso parecía; pero desde el susto de aquella noche sus ardores se apagaron de un modo...

VALERIANA

Es que el aprieto en que todos nos vimos fué mayúsculo. (*Ríe.*) Afortunadamente el golpe de tos que acometió al señor cuando cruzaba el jardín, nos informó a tiempo de su presencia.

ANDREA

El Dios que protege a los amantes lo dispuso así.

VALERIANA

Sin embargo, lo que verdaderamente nos salvó, fué la estratagema de la señora. ¡Oh, yo siempre lo digo! La señora tiene un extraordinario talento! ¿Cómo, de pronto, pudo ocurrírsele a la señora marquesa hacer pasar a don Enrique por mi amante y meterle en mi cama?

ANDREA

(*Absorta.*) ¡Ay!... ¡No lo sé!

(Continúan glosando la dramática aventura, tanto más dulce en el recuerdo cuanto más cruda y pavorosa fué en la realidad. El marqués había recibido un anónimo donde una mano leal y cruel le revelaba la traición de su esposa, relatándole, además, las horas de la noche en que podía sorprender juntos a los culpables. El señor marqués había penetrado en el dormitorio conyugal con un revólver en la mano y diciendo:

«¿Dónde está tu amante?»

Andrea Roca adoptó un gesto soberbio y magistral, un gesto implacable y hermético, de mujer ofendida.

«No comprendo lo que quieres decirme; pero la casa es tuya; regístrala.»

El marqués, efectivamente, comenzó a inspeccionar, una a una, todas las habitaciones del hotel. Al penetrar en el cuarto de Valeriana, la moza se puso de rodillas en el le-

cho; junto a ella había un hombre acostado: un cochero, sin duda...

«Perdón, señor marqués—exclamó—; lo he oído todo; la señora es inocente; aquí la única culpable soy yo.»

Comparada con el adulterio que pensaba castigar, la liviandad de la «desdoncellada» doncella debió de parecerle al marqués de San Froilán «un juego de niños». Así su rostro se edulcoró y pacificó instantáneamente, y murmurando un bondadoso y paternal «dispensen ustedes», salió de la estancia.)

ANDREA

(*Saboreando la gracia de aquella farsa guiñolesca.*) ¡Fué un lance delicioso!

VALERIANA

Lo que la señora marquesa ignora es «la segunda parte» de la aventura.

ANDREA

(*Con desconfianza súbita.*) ¡Ah! ¿Pero la aventura tuvo «segunda parte»...?

VALERIANA

Es el capítulo triste, el capítulo malo. Yo nunca había querido decírselo a la señora, porque pensaba: «¿Para qué obligar a la señora más? ¡Bastante tiene ya la señora que agradecerme!»

ANDREA

¿Y qué... «continuación» es esa?

VALERIANA

No quisiera que mis palabras desagradasen a la señora...

ANDREA

Vamos, ea... anímate... ¡Un poco de sinceridad...!

VALERIANA

Pues... bien; que apenas el señor marqués salió de mi alcoba y cerró la puerta, convencido de que el hombre a quien quería matar era mi amante, cuando don Enrique se abrazó a mí diciendo: ¿Lo digo con sus palabras...?

ANDREA

Sí, mujer.

VALERIANA

Pues dijo: «Ya que ese pobre viejo imbécil lo ha creído, hagamos que sea verdad.»

ANDREA

¡Muy espiritual!

VALERIANA

Yo, naturalmente, quise resistirme...

ANDREA

(*Celosa y sarcástica.*) Estoy segura de que resistirías como una vestal.

VALERIANA

Puede creerlo la señora; se lo juro. Pero don Enrique me tenía bien sujeta entre sus brazos, y yo no podía defenderme; yo estaba en camisa... la señora marquesa sabe lo mal que se defiende una mujer en camisa... Además, la señora recordará mejor que yo—porque tiene más motivos—la fuerza extraordinaria de don Enrique. ¡Es un hércules...! Si yo me hubiese negado a complacerle, don Enrique, que se hallaba en un momento de exaltación furiosa, habría dado un escándalo y hubiera sido peor.

ANDREA

Y preferiste sacrificarte...

VALERIANA

Sí, señora; para servir a la señora marquesa.

ANDREA

(*Mortificada.*) Te lo agradezco, pero creo que, en esa

ocasión, tu sacrificio no fué excesivo, porque don Enrique te gustaba mucho.

VALERIANA

Sí, señora; don Enrique me agradaba bastante, ¿a qué negarlo...? Pero necesito dejar bien sentado que me entregué a él tomando mi caída como un martirio, como una obligación...

ANDREA

De modo que tú haces con el buen rato que pasaste entonces, lo que el individuo que se encuentra con un billete de veinticinco pesetas en la calle: que se lo gasta, pero afirmando siempre «que no es suyo...» A la Moral, por lo visto, se la tranquiliza con palabras.

VALERIANA

(*Abusando de su facilidad para llorar apenas se lo propone.*) Pues, a eso he venido... porque no quiero... no quiero... que el caso se repita... y esta vez en circunstancias harto más graves.

ANDREA

(*Inmutada.*) ¿Qué dices?

VALERIANA

La verdad, señora marquesa; la verdad... (*Llora.*)

ANDREA

¿Has visto a don Enrique?

VALERIANA

No, señora. El peligro que me amenaza es infinitamente más grave. ¡Hi... hi... hi!

ANDREA

¡Acaba de una vez!

VALERIANA

Yo no quiero sacrificarme al marido de la señora como me sacrifiqué a su amante. ¡Bastante he sufrido ya!...

ANDREA

(Casi patética.) ¿Cómo?

VALERIANA

Sí, señora.

ANDREA

El señor marqués...

VALERIANA

Sí, señora.

ANDREA

¡Miserable! ¡Viejo miserable!

VALERIANA

Así le había llamado yo en mi imaginación, pero no me atrevía a decirlo por no ofender a la señora.

ANDREA

¿Y ha conseguido?

VALERIANA

Nada, como no sea, siempre que me sorprende en los pasillos, darme muchos abrazos y comerme a besos.

ANDREA

(*Terrible y siniestra como una heroína griega.*) ¡Canalla!

VALERIANA

¡Si viese la señora cómo el señor me tiene el cuerpo a pellizcos...! ¡Especialmente algunas partes que no enseño por respeto a la señora...! Esto es peor que la Inquisición... (*Breve silencio angustioso.*) Pero si el señor marqués no ha conseguido nada definitivo aún, ha estado a punto de lograrlo...

ANDREA

(*Los ojos llenos de llamas.*) ¿Cómo? ¿Serías tú capaz?

VALERIANA

Hace dos días, el sábado por la tarde, don Juan me encontró en la *serre*, y, según costumbre, comenzó a besarme, a palparme, a estrujarme... ¡Yo no sabía ya qué hacer! Todo su empeño se reducía, naturalmente...

ANDREA

Comprendido.

VALERIANA

El quería verme aquella misma noche... pero yo, para sosegarle y tener tiempo de reflexionar, le cité para hoy, lunes.

ANDREA

(*Con las manos crispadas.*) ¡Ah...! ¿También te gusta mi marido?

VALERIANA

¡Oh, señora...! La señora comprenderá que... yo, si aceptaba este nuevo sacrificio, era por devoción a la señora marquesa; porque me dije: «Acaso el señor, teniendo a su amante en su casa, deje de salir de noche y ordene

un poco su vida». Muchos maridos, que parecen «modelos», lo hacen así. Yo no hago nada por egoísmo, sino para mejor favorecer y servir a la señora.

ANDREA

Realmente tu espíritu de sacrificio es inagotable.

VALERIANA

¿Verdad, señora?...
(*Pausa.*)

ANDREA

¿Qué sueldo tienes, Valeriana?

VALERIANA

(*Debilitando la voz.*) Cincuenta pesetas mensuales, nada más.

ANDREA

Es poco; desde hoy cobrarás setenta y cinco; díselo de mi parte al mayordomo.

VALERIANA

Gracias, señora. Pues, como iba diciendo, yo aplacé dos días la cita del señor para tener tiempo de meditar... ¡Y lo siento, pues no me gusta hacer sufrir a nadie...! ¡Pero

era necesario...! (Pausa.) No; Valeriana no engaña a la señora marquesa, porque los remordimientos de una tan mala acción la matarían después. Es indispensable que mi señora lo sepa todo, y luego haré lo que ella me aconseje; yo estoy citada con el señor esta noche, a las tres de la madrugada, en la bodega, delante de la primera cuba.

(Silencio prolongado, lleno de tempestades.)

ANDREA

(*Con voz lenta y profunda; la voz de un «primer premio» de tragedia.*) ¡Viejo miserable y ridículo!

VALERIANA

La señora puede desahogarse insultándole como si yo no estuviese aquí.

ANDREA

(*Absorta.*) Viejo cínico... ¡Oh, qué dolor, no haberle engañado en quince años de matrimonio más que ocho veces!

VALERIANA

Si es por eso, no pase pena mi señora. Con su gran hermosura la señora marquesa puede recobrarse fácilmente del tiempo perdido.

ANDREA

Esos quince años siempre estarán perdidos.

VALERIANA

Es cierto. ¡Ay!...

ANDREA

(*Sin oir.*) ¡Viejo sátiro y grotesco!

VALERIANA

Es más; el señor me dijo: «Yo te esperaré a obscuras; tú no enciendas luz.»

ANDREA

(*Volviendo lentamente a la realidad y dominada por ideas de implacable venganza.*) Le mataré.

VALERIANA

¡Señora!

ANDREA

Le mataré. (*Sus dientes rechinan y comienza a pasearse a largos pasos por la habitación.*)
(¡Ah! ¡Cuánto hubiese dado por verla en aquellos momentos Mme. Sara Bernhardt!)

VALERIANA

(*Asustada.*) Señora, por Dios...

ANDREA

Le mataré, sí; es preciso. ¿A qué hora te espera esta noche?

VALERIANA

A las tres.

ANDREA

Muy bien.

VALERIANA

En la bodega.

ANDREA

Perfectamente, en la bodega; el sitio, para el amor como para el crimen, no puede ser más propicio.

VALERIANA

Delante de la primera cuba.

ANDREA

(Sibilina.) Ya, sí... delante de la primera cuba. *(Transición.)* ¿Por qué habrá elegido ese sitio?

VALERIANA

(*Que conoce a los hombres.*) Como es la cuba que está más próxima a la puerta...

ANDREA

(*Sarcástica.*) ¡Comprendo! ¡El señor tiene prisa...! (Nuevo silencio.)

VALERIANA

¿Sabe la señora lo que yo haría en su lugar?

ANDREA

¿Qué...? Te escucho, porque acabas de darme una prueba de irrecusable afecto.

VALERIANA

Pues yo, en vez de enfadarme, echaría la aventura a risa.

ANDREA

(Un gesto de desagrado.)

VALERIANA

Puesto que el señor marqués me aguarda a obscuras, ¿por qué la señora no acude a la cita?

ANDREA

(Al pronto se sorprende, pero inmediatamente la proposición de su doncella comienza a interesarla.)

No es mala idea...

VALERIANA

Y como tenemos la misma estatura... y la señora me permite usar sus perfumes... ¿Qué importa que el color de nuestros cabellos sea distinto si en la obscuridad eso no puede conocerse...?

ANDREA

(*Con alegría súbita.*) ¡Pero si acabas de aconsejarme una estratagema de primer orden...! (*Riendo.*) ¿Sabes lo que te digo, Valeriana? Que tú debías escribir para el teatro.

VALERIANA

(*Humilde.*) Señora...

ANDREA

Alcanzarías grandes éxitos. (*Reflexionando.*) Bien, iré... Ahora, ayúdame a buscar el desenlace de la escena. Yo llego a la bodega, me abalanzo por ejemplo, sobre el miserable y le doy un par de bofetadas... ¿Te parece bien?

VALERIANA

Psch...

ANDREA

¿Juzgas mi procedimiento demasiado dramático...?

VALERIANA

Sí, señora. Esas bofetadas, de darlas, debe de ser más tarde, al final de la entrevista. (*Maliciosa.*) ¿Para qué había de privarse mi señora de una buena emoción...? El señor, aunque sólo sea por la novedad de la aventura, ha de mostrarse en esta ocasión más activo, más apasionado, más juvenil, en suma, que de ordinario... y eso es siempre agradable...

ANDREA

Asombra tu ciencia de la vida; estás en todo... Me molesta un poco, sin embargo, conocer así, tan de cerca, tan personalmente, el entusiasmo que siente hacia ti mi marido... ¿Comprendes lo que quiero decirte...? Pero, en fin...

VALERIANA

(*Encogiéndose ligeramente de hombros.*) ¡Bah, señora marquesa...! ¿Quién repara en detalles?

V

En el dormitorio de don Juan, a las dos y media de la madrugada.

DON JUAN

(Acabando de adornar el labio superior de su criado con un magnífico bigote «a lo mosquetero», color coñac.)

¡Estás admirable! Tu bigote es perverso como una página del Aretino.

ELADIO

¿No habrá cuidado de que se me caiga?

DON JUAN

¡No seas imbécil! ¿Crees que yo no sé hacer las cosas? Además, si se te cae «después...» ¿qué importa...?

ELADIO

Hasta mañana, entonces.

DON JUAN

¿Qué dices? ¡Hasta luego...! Yo, para dormir tranquilo, necesito saber noticias de lo ocurrido. ¡Te espero!

ELADIO

Como el señor guste.

DON JUAN

Que te portes bien, Eladio.

ELADIO

No pase cuidado el señor.

DON JUAN

Procura representarme dignamente. ¡Va contigo el honor de mi raza...!

ELADIO

(Ríe.)

DON JUAN

(*Grave.*) Eladio, mi cómplice, mi *alter ego*, en esta ocasión... Confío en tu juventud...

(Le acompaña hasta la puerta, que abre y cierra sigilosamente.)

*

* *

En el dormitorio de la marquesa de San Froilán. Son las tres en punto de la madrugada.

VALERIANA

Creo que la señora marquesa no debe ponerse corsé.

ANDREA

Tú diriges.

VALERIANA

Tampoco soy de opinión que la señora lleve pantalones, ni falda; con una camisa que apenas le alcance a las rodillas y una bata, es suficiente.

ANDREA

Como quieras.
(Se endosa una bata de seda roja, con mangas perdidas.)

VALERIANA

Es lástima que la entrevista sea a obscuras porque la señora, así vestida y con el pelo suelto, está exquisita.

ANDREA

(*Mirando su reloj de pulsera.*) Han dado las tres...

VALERIANA

La señora puede marcharse ya.

ANDREA

¿Estará él...?

VALERIANA

Seguramente: el más apático de los hombres, a la primera cita siempre acude con media hora de anticipación.

ANDREA

Bien; adiós... (*Se dirige a la puerta.*)

VALERIANA

Y, mucha prudencia, mucha calma: no se irrite la señora... Las explicaciones deben surgir «después»... ¿Comprende la señora...? «Después...»

ANDREA

(Admirable, como una diosa, entre los pliegues de su bata bermeja.)

Procuraré que don Juan, mi señor, no te eche de menos... (*Sale.*)

*

* *

Hace veinticinco minutos, exactamente, que Eladio aguarda en la bodega. Una densa, impenetrable tiniebla, le circunda y parece pesar sobre sus párpados; diríase que dedos misteriosos le cierran los ojos. Es la obscuridad que debió de rodear a Jonás en el vientre de la ballena bíblica. Eladio tiene los pies helados de frío y de emoción; poco a poco, la humedad de aquel lugar subterráneo, va ganándole la carne y parece llegarle a los huesos.

«Si no viniese...»—discurre el tagarote.

De pronto, prodúcese un ruido imperceptible y en la puerta de la bodega se insinúa apenas una sombra de mujer. Unos pasos livianos—pasos femeninos—se acercan.

«Valeriana»—piensa el galán.

Efectivamente, «la Esperada» está allí. Sin decir palabra, Eladio la abraza ardorosamente, la cubre las mejillas y los labios de vehementísimos besos, y sus manos sensuales recorren enardecidas el cuerpo deseado. Bajo las ropas sofaldadas, la carne, suave y vibrante, aparece al fin.

(*Una pausa.*)

La marquesa de San Froilán piensa que, junto a la primera cuba, en la pared, está la llavecita de la luz eléctrica. Pero el momento de llamar en su auxilio a la claridad, debe venir «después», según la docta opinión de Valeriana.

El macho se sofoca y ruje. La hembra parece quejarse dócilmente. Otro silencio. Eladio se conduce con la infatigable energía de un hombre que tiene treinta y cinco años y cuarenta y cuatro centímetros de cuello. El dúo amoroso se prolonga victoriosamente durante hora y media y no lleva trazas de concluir. La marquesa de San Froilán, humillada, despechada, celosa de no ser ella, pre-

cisamente, sino el recuerdo de Valeriana, lo que inspira aquel derramamiento de pasión, resuelta a terminar la farsa, extiende un brazo, su mano busca en el muro la llavecita de la luz, y la bodega se ilumina.

ELADIO

(*Aterrado.*) ¡Ah...!

ANDREA

(*Reconociendo a su criado, a pesar de su disfraz.*) ¡¡Oh!!

ELADIO

(*Arrancándose el bigote con un gesto automático.*) Señora marquesa...

(Pero la señora marquesa se ha desmayado y no responde. Eladio, hincado de rodillas en el suelo, la humedece las sienes con un poco de vino de la «primera cuba». El mismo, para recobrarse del susto sufrido, acerca los labios a la espita y bebe largamente. Al cabo, la señora marquesa vuelve en sí.)

ELADIO

(*Tartamudeando.*) Yo creía que era Valeriana...

ANDREA

Y yo creía que eras mi marido, por más que...

ELADIO

El señor marqués estaba citado con Valeriana aquí, pero luego se arrepintió, no quiso engañar a la señora, y me dijo: «Vé tú»...

(No sucedió más.)

....

He aquí lo que le acaeció a don Juan la única vez que, atendiendo plausibles escrúpulos, renunció a burlar a su esposa. Realmente no es posible pagar más cara una hora de virtud.

EL HIJO

EL HIJO

I

A los treinta años, aburrido de vivir solo y sin afectos, Amadeo Zureda se casó. Era un hombre de mediana estatura y robustas espaldas, que tenía la color cetrina, el mirar reflexivo y el ademán lento. Toda el alma de su rostro, cortado por un bigote negro y bronco, más que en la reciedumbre de sus pómulos y de su mándibula, o en la dureza de su nariz, radicaba en la energía taciturna del entrecejo hirsuto, sombrío como un mal recuerdo. Borráranse uno tras otro los rasgos todos de aquel semblante, y mientras la línea peluda de las cejas subsistiera intacta, la expresión de Amadeo Zureda no habría cambiado; que entero su espíritu, reservado y ardiente, estaba allí.

A Rafaela, su mujer, el matrimonio la redimió de la esclavitud del obrador. Acababa de cumplir diez y ocho años, y era una morenucha de ojos negros, apicarados y muy grandes, y de labios fragantes y rojos; el talle flexible, las traviesas caderas turgentes y movedizas, el seno bien soplado, el caminar vivo, desembarazado y aventurero. A su donaire bravío, un poco canallesco, de hija

del pueblo, iba unida cierta distinción de gestos y de aficiones que aderezaba su belleza y la mejoraba; tenía las manos menudas y pulidas, y gustaba de ir finamente calzada y con enaguas bien limpias y crujientes. Y como su cuerpo era su espíritu, ágil, inquieto, incapaz de guardar durante mucho tiempo la misma actitud; mientras hablaba, sus ojos pícaros rebrillaban de contento, y en su boca, de dientes blanquísimos, ardía perenne, como lámpara santa, la luz de una risa. Amadeo adoraba en ella; cuando por las tardes, al volver del trabajo, Rafaela acudía a recibirle con jubilosas alharacas y luego se instalaba zalamera sobre sus rodillas, Zureda, poseído de inefable contento, quedábase boquiabierto y como en éxtasis, y hasta aquella cicatriz pensativa de su entrecejo parecía dulzurarse en la grave serenidad de la frente cobriza.

El matrimonio se había instalado en el piso quinto de una casa vecina de la Estación del Norte. La finca era nueva, y el cuarto de Zureda, muy alegre y soleado, con habitaciones espaciosas y dos balcones que las manos hacendosas y artistas de Rafaela cuajaron de flores.

Amadeo era maquinista del ferrocarril; dos años hacía que trabajaba en la línea de Madrid a Bilbao, y sus jefes estaban contentísimos de él: era inteligente, activo, duro en la faena; después de una jornada de ocho horas, sus ojos negros, dotados de un extraordinario poder visual, miraban sin cansancio; dentro de su traje de pana, aquel hombre musculoso, impasible y cetrino, parecía de bronce.

Zureda amaba su oficio; lo aprendió en los Estados Unidos, el país donde corren más los trenes, y habiéndose quedado huérfano en edad temprana, a su profesión dedicó íntegra la abundante savia afectiva de sus años solteros. El camino de Madrid a Bilbao lo conocía palmo

a palmo. Había grupos de árboles, barrancos, ríos, cerros y alquerías, que tenían para él la elocuencia terminante de un reloj. «Al llegar a tal sitio—pensaba—hay que frenar, porque inmediatamente después viene una cuesta abajo.» O bien: «Ahí está el puente; debe de ser tal hora...» Y la apreciación de estas nociones de espacio y de tiempo era siempre precisa, infalible. Zureda sabía que aquellos objetos escalonados a lo largo de la vía, eran a modo de amigos fieles, que no habían de engañarle.

También amaba sus máquinas. Generalmente trabajaba con las mismas: la número 187 y la número 1.082. A la primera Amadeo la llamaba «la Negra»; a la segunda, «la Dulce». Aquélla era indócil, violenta y se gobernaba mal; cuando iba venciendo alguna cuesta parecía trepidar de dolor, y en su férrea panza había ululeos extraños de amenaza; en las pendientes patinaba, y era difícil contenerla; diríase que en su interior agitábase un espíritu díscolo, eternamente rebelde a todo mandato; estaba quieta y no quería andar; si andaba, costaba trabajo detenerla; al penetrar bajo el arco tenebroso de los túneles, su silbido vibraba desgarrador, semejante a un grito humano. «La Dulce», por el contrario, era mansa, obediente, recia y voluntariosa en los momentos de subida, prudente y reservona en las cuestas abajo, cuando convenía reprimir el descenso temerario del convoy.

Siempre que Amadeo iba de viaje, lo que ocurría dos veces por semana, su mujer le preguntaba:

—¿Qué máquina llevas hoy?

Y si era «la Dulce» se quedaba tranquila.

—Con ésa—decía—no hay cuidado. La otra, en cambio, me da miedo: tiene «mala sombra»...

A Zureda, sin embargo, le gustaba bregar con las dos,

y hasta sentía inclinación por una o por otra, según el estado de sus nervios. Cuando se hallaba de buen humor, prefería «la Dulce». Esto sucedía en los días apacibles, bajo el enorme beso ardiente del sol. Pero, el fogonero que acompañaba a Zureda, era andaluz y sabía canciones picantes y sabrosos cuentos. Amadeo le escuchaba complacido, mientras sus ojos vigilantes se abismaban en el horizonte, riente y azul; los rieles que iban devanándose ante los topes de la locomotora, brillaban a la luz y parecían de plata; el aire era tibio y cargado venía de fragancias campestres; bajo sus pies el maquinista sentía retemblar la máquina, diligente, sumisa, sin bruscos sacudimientos ni lamentos insólitos, y murmuraba, ufano y cariñoso, como animándola:

—Anda, cordera...

Pero otras veces su cuerpo sanguíneo padecía cóleras recónditas, irritaciones caprichosas, que le quitaban las ganas de hablar y ahondaban la cicatriz torva de su entrecejo. Y entonces prefería llevar consigo a «la Negra», siempre amenazadora y arisca, que contradecía todas sus órdenes; y esta lucha en la que palpitaba constantemente un peligro, servía de sedante a sus nervios. Entonces Pedro, el andaluz de los cuentos atrevidos y de las canciones pícaras, enmudecía cohibido por el agrio humor del maquinista. A lo largo del camino, y como rimado por las ráfagas musicales del viento y el fragor trepidante de la locomotora, un largo diálogo de rencores se entablaba entre el hombre y la máquina. Apretando los dientes, Zureda murmuraba:

—Anda, perra... la pendiente es dura, pero has de subirla. ¡Anda con ella!...

Y abría la boca ardiente y roja del horno, y por su pro-

pia mano, sañudamente arrojaba ocho o diez paletadas de carbón. Como respondiendo al castigo, la máquina se estremecía; bramidos iracundos restallaban en su interior, y por sus lomos humeantes parecía correr una ondulación de odio.

De estos viajes Amadeo Zureda siempre volvía trayendo para su mujer algún regalo, y Rafaela, que sabía la hora de llegada del expreso, atisbaba su paso desde un balcón. Zureda, además, desde muy lejos, la avisaba con un largo silbido.

Un momento después, por entre las arboledas frondosas de la Moncloa, el tren aparecía crepitante, fragoroso, devanando su cuerpo negro y ondulante a lo largo de los rieles, bruñidos. Desde el ténder, el maquinista, alborozado, saludaba a la joven con un pañuelo; y solamente entonces su entrecejo, hasta donde jamás subía el regocijo de una risa, se desarrugaba y parecía contento.

Amadeo Zureda no deseaba nada. Su oficio era ingrato, pero aquellas dos noches que, entre viaje y viaje, pasaba en Madrid, bastaban a darle la felicidad. Toda su alma honrada y brusca se remozaba allí, bajo el techo del hogar tranquilo, en medio de los muebles modestos, comprados uno a uno. Entre los brazos amantes de la compañera, el frío que recogieran sus huesos a la intemperie, en la extensión de los caminos, disipábase poco a poco, y su alma adormecíase en el calor de un dulce bienestar sensual.

II

Dos años de matrimonio bastan para envejecer a un hombre dócil; o lo que es igual: para infudirle esas ideas trascendentes de previsión, quietud y economía, que siembra en las voluntades pacíficas el miedo al mañana.

Cierta noche, hallándose convaleciente todavía de un enfriamiento que le tuvo encamado varias semanas, Amadeo Zureda habló seriamente a Rafaela del porvenir. Sobre la limpieza de las almohadas reposaba su cabeza bronceña, de pómulos angulosos y enérgico perfil, y en la adusta serenidad de la frente, el surco vertical de la reflexión parecía mas hondo. Su mujer, sentada al borde del lecho, le escuchaba atenta, una pierna sobre otra, y sujetando la rodilla cabalgadora entre sus manos cruzadas. El discurso del maquinista iba devanándose lentamente: la vida vale poco, pues la desgracia nos cerca y sabe herirnos de infinitos modos; hoy es una ráfaga de aire frío, mañana una congestión, o una angina, o un cáncer, lo que la muerte utiliza para acabar con nosotros; la tierra en donde todos, tarde o temprano, iremos a dar, se abre a nuestro alrededor como una enorme fauce, y en esta fiera hecatombe universal nadie puede asegurar que asistirá al orto y al ocaso del mismo día...

—A mí no me asusta el trabajo, ya lo sabes—prosiguió

Zureda—; pero las máquinas son de hierro y al cabo se usan y fatigan; así los hombres... y cuando eso me suceda, que ha de sucederme, ¿qué será de ti?...

Rafaela movía la cabeza con sosiego; ella no participaba de los temores de su marido; a Amadeo, su enfermedad le volvía pesimista y medroso.

—Exageras—dijo—; la vejez está muy lejos; además, lo probable es que no tengamos hijos.

Zureda hizo un gesto negativo.

—No importa—replicó—; los hijos podrán no venir; pero ¿y si viniesen?... En cuanto a que la vejez tarde en llegar, te equivocas; hoy mismo, ¿crees que yo tengo la agilidad, el vigor y aquella sana alegría con que a los veinticinco años iba al trabajo?... ¡Quiá! La vejez se acerca, y aprisa. Por eso repito que debemos ahorrar. Así, transcurrido algún tiempo, cuando yo no pueda gobernar las máquinas, abriré un taller de mecánica; y si muriese de pronto, pero dejándote quince o veinte mil pesetillas, fácil te será establecer en sitio céntrico un buen obrador de lavado y planchado, que es de lo que entiendes.

Aún añadió Zureda a lo expuesto otras varias razones, todas bien aplomadas y discretas, con las cuales la joven se dió por convencida. Al hablar así el maquinista, ya tenía trazado un plan. Entre las personas que durante su enfermedad fueron a visitarle estaba Manolo Berlanga, unido a él por lazos de amistad fraternal. Berlanga trabajaba en una platería del Paseo de San Vicente; no tenía parientes y ganaba bastante. Reiteradas veces el platero había manifestado a Zureda sus deseos de hallar una casa honrada donde vivir recogidamente y en familia.

—Supongamos—continuó Amadeo—que Manolo nos diese

por su pupilaje treinta duros mensuales; es así que la casa cuesta ocho, pues nos quedan veintidós duros, con los cuales, y algunos más que yo ponga, podemos comer todos.

Rafaela asintió, interesada por las emociones que aparejaría aquel nuevo vivir. El platero era un boquiverde joven y simpático, que charlaba mucho y tocaba la guitarra muy bien.

—Como haber sitio para él, sí que lo hay—repuso—; ¿qué habitación le daríamos?

—La alcobita del comedor.

—En ella pensaba yo ahora mismo; pero es muy pequeña y no tiene luz...

Zureda se encogió de hombros.

—¡Para dormir—exclamó—buena es!... Si se tratase de una mujer, el asunto varía, pero los hombres en cualquier parte hallamos acomodo.

Al otro día, y por encargo del maquinista, Rafaela escribió a Berlanga, rogándole fuera a verle. El platero acudió a la cita puntual. Representaba veintiocho años; vestía limpio pantalón de pana muy ceñido de caderas y bien abotinado, y pelliza de color obscuro con cuello y bocamangas de astracán. Era de mediana estatura y sobrio de carnes; tenía el semblante pálido, el ademán inquieto, la conversación jacaresca y abundante. Rafaela buscó un pretexto para marcharse de la habitación, y los dos hombres pudieron charlar libremente y ponerse de acuerdo.

—Tratándose de vosotros—dijo Berlanga—, yo doy cinco pesetas muy a gusto por mi hospedaje, y más, si es preciso.

—Gracias—repuso Zureda—; no se trata de comerciar

contigo; sí de que todos nos ayudemos mutuamente como buenos hermanos.

Aquella noche, después de cenar, Rafaela sacó de la alcobita del comedor los muebles inútiles que allí había, y la barrió y fregó cuidadosamente. Al día siguiente madrugó para comprar en una prendería vecina una cama de hierro con su somier y un colchón de lana, que luego armó y equipó esmeradamente, hasta dejarla muy mullida y pomposa. Completaron el mobiliario de la habitación dos sillas, un lavamanos de hierro y una mesita enmajada por un tapetillo de bayeta verde. Seguidamente la joven se vistió y peinó para recibir al huésped, quien llegó a media tarde con su equipaje: consistía éste en un maletín donde el platero guardaba las herramientas de su oficio, un baúl y un barrilito lleno de cierto vinillo añejo que, según declaró Berlanga después de cenar, entre el regocijo expansivo del café y del cigarro puro con que Zureda le obsequió, se lo había regalado una tabernera amiga suya...

Transcurrieron varios días, que fueron para el maquinista y su mujer de desusado regocijo, pues el platero era hombre de alegres iniciativas y muy aficionado a levantar su vaso, con lo cual su conversación, habitualmente fértil, adquiría andaluzas exuberancias. De sobremesa, todos los donaires chulescos de Berlanga suscitaban en Amadeo sonoras explosiones de hilaridad; al reir, Zureda apoyaba su dorso macizo contra el respaldo de la silla, y a intervalos, como para subrayar los borbollones de su risa, descargaba sobre la mesa recios puñetazos. Después emitía su opinión lentamente, y si necesitaba aconsejar a Berlanga lo hacía por estilo paternal, bonachón y paciente.

Ya completamente restablecido, Amadeo volvió al tra-

bajo. Aquella mañana, al despedirse de su mujer, ésta le preguntó:

—¿Qué máquina llevas?

—«La Negra».

—¡Mala casualidad!... Veremos si te sucede algo malo.

—¡Bah! ¿Por qué?...

Abrazó a Rafaela, oprimiéndola cariñosamente contra su pechazo bravo y noble. De pronto una ocurrencia insana, cruelmente grotesca, azotó su espíritu: aquella noche él la pasaría despierto y a la intemperie, sobre el ténder del tren, mientras allá en Madrid, bajo el mismo techo que su mujer, iba a dormir otro hombre. Pero esta desconfianza bastarda duró un segundo apenas; el maquinista pensó que Berlanga, aunque bullanguero y disipado, era, en el fondo, un amigo fraternal incapaz de cometer tan fea traición. Rafaela acompañó a su marido hasta la escalera, donde tornaron a efervorizarse recíprocamente con los calientes besuqueos y apretujones de la despedida. Al recomendarle que se abrigara bien y se acordase de ella mucho, los ojos negros de la muchacha arrasáronse en lágrimas.

—¡Qué buena es!—murmuró Zureda.

Y en su ingenua nobleza, acordándose del venenoso pensamiento que momentos antes le acometiera, tuvo vergüenza de sí mismo.

La vida de Manuel Berlanga era harto desigual: le gustaban las mujeres y el vino, y muchas noches, allá de madrugada, volvía a su casa en estado de completa embriaguez. Esto ocurrió siempre durante las ausencias de Zureda. A la mañana siguiente el platero se despertaba despejado y acudía contrito a la cocina, donde Rafaela preparaba el desayuno.

—¿Está usted enfadada conmigo?

Ella le reconvenía maternalmente y le aconsejaba formalidad; él tomaba el lance a risa.

—¡Déjeme usted tranquilo!—decía—; no me gusta la formalidad; es una de tantas antipatías que echa sobre nosotros el matrimonio. ¿No tiene usted bastante seriedad con la de Amadeo?

En los hombres, el amor no es muchas veces más que la obsesión carnal que les produce la visión constante de una misma mujer. En cada risa, en cada actitud de la hembra que anda a su alrededor, hay una gracia que al principio resbala inadvertida, y luego, en virtud de un fenómeno que pudiera denominarse de «acumulación», se acentúa hasta surgir inopinadamente envolvente y conquistadora.

Una mañana Manolo Berlanga se hallaba en el comedor desayunándose para marcharse a su taller; Rafaela, de espaldas a él, fregaba el suelo del pasillo.

—¡Cómo se trabaja, comadre!—exclamó el platero festivamente.

Ella respondió a la observación con una carcajada argentina y prosiguió su faena; unas veces recogida sobre sí misma, casi sentada sobre los talones, otras con el busto extendido en una actitud violenta que deprimía la fragilidad anillada de la cintura y soplaba la turgencia de las posaderas movedizas. En aquella escena, muchas veces repetida, el platero no había reparado hasta entonces; pero apenas experimentó su poder sensual cuando alumbró en él la llama de un deseo.

—¡Es guapa!—pensó.

Y continuó mirándola, repasando en su viciosa imaginación las perfecciones de aquella flor de carne, vibrante

y mollar. Su ensimismamiento se prolongaba. De pronto, con la brusquedad de un mal humor se levantó.

—Hasta luego—dijo.

En la escalera saludó a un vecino y encendió un cigarro. Al llegar al portal ya no se acordaba de Rafaela. Pero su deseo reapareció más tarde, a la hora de almorzar, mientras observaba disimuladamente los antebrazos desnudos de la joven. Eran éstos robustos y bien torneados, y la carne se apelotonaba exuberante bajo la tela de las mangas recogidas sobre el codo.

—Hoy no se ha peinado usted—dijo Berlanga.

Ella repuso riendo con esa franqueza voluptuosa de las mujeres que poseen una dentadura bonita:

—Tiene usted razón; en todo ha de reparar usted; es que no tuve tiempo.

—No la importe—contestó el platero, galante—; así, despeinadas y al aire los brazos, es como las mujeres guapas están mejor.

—¿Habla usted con franqueza?

—Con absoluta franqueza.

—Entonces tiene usted temperamento o madera de hombre casado.

—¿Por qué?

Volvió a reir, gozosa y coqueta.

—Porque ya sabe usted que, generalmente, y para descrédito del matrimonio, las mujeres casadas, tratándose de sus maridos, se preocupan poco de mostrarse bonitas.

Continuaron charlando, y a través de la conversación intencionada y picaresca asomaba la recíproca simpatía que sigilosamente iba arrobándoles la voluntad. Ella detuvo los ojos en el reloj colocado sobre el aparador.

—Las ocho; ¿qué hará Amadeo?

—Según—repuso Berlanga—; ¿cuándo llegó a Bilbao?

—Hoy, por la mañana.

—Entonces habrá pasado el día durmiendo, y ahora estará metido en algún café, jugando al dominó. Nosotros, entretanto, aquí...

—¿Está usted mal?

—¿Yo?...

Y agregó lentamente y mirando a Rafaela con fijeza expresiva:

—¡Bastante mejor que él!

Mientras bebía su taza de café, el platero vació sobre la mesa su jornal de aquella semana:

Empezó a contar:

—Dos y dos, cuatro... nueve, once... ¡treinta y ocho pesetas! ¡Mala semana! Puedo decir que no he ganado ni para vino.

Reunió siete duros, que, apilados, formando una columna minúscula, entregó a Rafaela.

—Tome usted.

Ella replicó ruborizándose, como ofendida por aquella distancia siempre un tantico hostil, como de deudor a acreedor, que parecía fijar entre ambos el dinero.

—¿Qué me da usted aquí?

—¡Anda!... ¿Qué ha de ser? ¿No pago por semanas? Pues, eso; mi semana: siete días, a cinco pesetas, treinta y cinco pesetas cabales; ¡como éstas!...

Entre sus dedos ágiles, acostumbrados a manejar los naipes, las monedas resbalaban tintineantes. Agregó:

—Hoy es sábado, con que... la cuenta se arregla en seguida; me quedan tres pesetas para gastos extraordinarios: tabaco, tranvías... ¡Voy a divertirme!

Con gesto señoril, protector y amable, Rafaela devolvió a Berlanga su dinero.

—La semana próxima—dijo—me pagará usted. Yo, afortunadamente, si no me sobran ahora cinco duros, tampoco me faltan.

El platero reiteró su ofrecimiento, aunque flojamente y sólo en aquella comedida proporción que juzgó necesaria para quedar bien. Levantóse después de la mesa, y mientras se pasaba las manos a lo largo de las piernas para suavizar la fea convexidad de las rodilleras, y ante el espejo se estiraba el chaleco y ponía en su sitio el lazo de la corbata, exclamó jaquetón:

—¿Sabe usted lo que estoy pensando?

—Usted dirá.

—¿Y si se enfada usted?

—O no...

—¿Me lo promete usted?

—Palabra de honor; usted, diga lo que quiera, no puede molestarme.

—¡Ah, vamos!... Porque no me hace usted caso; ¿eh?... Me tiene usted en poco...

—Al contrario; le tengo a usted en mucho...

Mirábale provocativa y ufana, removida hasta en sus entrañas más hondas por un capricho tan porfiado, tan envolvente, que casi parecía un amor.

El platero repuso, orondo:

—Entonces, pues tenemos dinero y estamos solos, ¿por qué no nos vamos al baile esta noche?

Todo el cuerpo goyesco, genuinamente madrileño, de la joven, vibró de júbilo. Hacía mucho tiempo que no se divertía así; desde que se casó, Zureda, formalote y poco inclinado a fiestas, no había querido llevarla a ningún

baile, ni aun a los de máscaras. Un recio tropel de visiones alegres invadió su memoria. ¡Ah, sus buenos domingos de soltera!... Los sábados por la noche, a la salida del taller, ella y sus compañeras de obrador se citaban para el día siguiente: unas veces, en los merenderos de la Bombilla; otras, en los de Cuatro Caminos, o en las clásicas Ventas del Espíritu Santo... Y, una vez allí, qué risas, qué alegría, qué extraña emoción de curiosidad y de miedo sentían junto al hombre que se acercaba a bailarlas...

Agil, flexible, transfigurada, Rafaela se irguió.

—No sería usted tan capaz de llevarme como yo de ir.

—¿Que no?—replicó el platero—; ¡ahora mismo!... Vamos a la Bombilla y no salimos de allí hasta gastarnos la última peseta.

De un brinco la joven huyó del comedor, se puso a la cabeza un pañuelo de seda, se echó garbosamente por los hombros un mantón alfombrado. Reapareció en seguida. Al andar, sobre sus botas de charol, levantadas de tacón y de agudísima punta, sus enaguas, reciamente almidonadas y muy blancas, revolaban crujientes. Se acercó a Berlanga y, cogiéndole familiarmente por un brazo, dijo:

—Le advierto a usted que la mitad del gasto lo pago yo.

El platero titubeó la cabeza, negando. Ella agregó, categórica:

—Con esa condición salgo de casa. ¿No vamos a divertirnos los dos? Pues justo es que la fiesta la paguemos a medias.

Aceptó Berlanga aquel trato amistoso y, ya en la calle, subieron a un coche. En la Bombilla, donde cenaron abundantemente y bailaron mucho, estuvieron hasta la madrugada. El regreso lo emprendieron a pie. Con frecuen-

cia, Rafaela, que había bebido más de lo justo, necesitaba detenerse y, aturdida, apoyaba su cabeza sobre el pecho del platero. Manuel Berlanga, también borracho, se la comía con los ojos.

—¡Qué bonita es usted!—murmuraba.

—¿De veras?...

—Que me quede ciego si digo mentira. Bonita, no, que es poco; bonitísima, sí; preciosa... más preciosa que todas las mujeres juntas.

Y ella, astutamente, para demostrarle que no le había oído, balbuceaba:

—¡Qué mareada estoy!...

De súbito, Berlanga exclamó:

—Si no fuera porque Zureda y yo somos amigos...

Hubo un silencio. Animándose el platero, añadió:

—Rafaela... sea usted franca: ¿no es verdad que Amadeo nos estorba?

Ella le miró de hito en hito, y luego, por toda respuesta, se llevó su pañuelo a los ojos. No sucedió más.

Poco a poco, en el transcurso uniforme de varios días, fué cerciorándose Manuel Berlanga de que Rafaela tenía los ojos grandes y expresivos, y los pies menudos y de fino tarso, y el andar muy gracioso, y los senos bien sembrados y crecidos; y hasta creyó adivinar en ella el deseo, tentador con exceso, de parecerle bonita. El platero acabó por leer claro en su conciencia, lo que a un mismo tiempo hubo de producirle alegría y miedo.

—¡Me he lucido!—pensó—. ¡Me he lucido! ¿Pues no estoy enamorado de esa mujer como un bestia?...

Al cabo, la pasión mal encadenada desbocóse arrolladora. Aquella noche llegaba Zureda. Apenas salió del taller Manolo Berlanga se dirigió presuroso a su casa. Desde el

recibimiento, el platero, que no podía con la carga de sus malos pensamientos, preguntó:

—¿Y Amadeo, ha venido?

Rafaela repuso:

—No tardará ni quince minutos; son las nueve. El tren llegó ya; lo he oído silbar...

Berlanga entró en el comedor y vió que la joven estaba arreglándole la cama. Se acercó a ella:

—¿Quiere usted ayuda?

—Muchas gracias...

Súbitamente, sin saber lo que hacía, la cogió por el talle. Ella trató de defenderse, volviéndose de espaldas y empujándole con las caderas. El murmuró besándola ansioso:

—Anda, pronto... anda... antes de que llegue...

Y luego, tras un breve momento de lucha silenciosa:

—Mi alma... ¿te convences?... ¡Si ello había de ser!

Verdaderamente, la esposa de Zureda resistió muy poco.

Un año después Rafaela dió a luz un niño, a quien Manolo Berlanga apadrinó, y que por voluntad unánime de sus progenitores había de llamarse Manuel Amadeo. El bautizo fué espléndido; más de dos mil reales se gastaron en él. ¡Qué alegre, qué sonrosado, qué bonito estaba Manolín!... El maquinista, al que todos felicitaban, lloraba de gozo.

III

Manolín iba a cumplir tres años; era monísimo, charlador, simpático. En su carita carnosilla y blanca, más blanca por su contraste con el negro entero de los cabellos, fraternizaban rasgos fisonómicos de distintas personas: la traviesa nariz y la línea pícara de los labios pertenecían a su madre; de su padre, sin duda, heredó el frontal pensativo y la recta anatomía de los maxilares; y también recordaba a su padrino en la complexión ágil del cuerpo y en el modo que, al andar, tenía de echar los pies. Como si el astuto chiquillo, para granjearse en seguida el cariño de todos, hubiera puesto voluntad en parecerse a cuantas personas estuvieran más cerca de él en la pila bautismal.

Zureda adoraba en Manolín, reía todas sus gracias, pasaba horas echado sobre las losas del pasillo, jugando con él; Manolín le tiraba del bigote, le aporreaba, le rompía el cristal del reloj; el maquinista no se enfadaba; al contrario, le quería más, cual si toda su alma ruda y noble se deshiciese en amor. Una tarde Rafaela fué a despedir a Amadeo, que salía en el expreso de las siete y cinco; llevaba al niño en brazos. Desde el ténder, Pedro, el fogonero, hacía reir a la madre y al niño con estrafalarios visajes.

—¡La cara del dolor de muelas!... ¡La cara del dolor de estómago!...—decía.

Vibraron una campana y el silbato tremolante del jefe de estación.

—¡Dame a Manolo!—gritó Zureda.

Quería besarle. El chiquillo extendió hacia su padre los bracitos.

—¡Llévame, llévame!...—tartamudeaba su lengüecilla débil, llena de mimo y de gracia.

¡Pobre Zureda! En aquel momento la idea de separarse del niño le partía el corazón; no podía dejarle, no podía... Inconscientemente, mientras con una mano apretujaba contra su pecho a Manolín, con la otra oprimió la manivela de marcha y partió el tren. Rafaela, asustada, corría por el andén, gritando:

—¡Dámele, dámele!

Pero ya, aunque Zureda hubiese querido devolvérselo, no hubiera podido. Rafaela corrió hasta el límite del andén; allí se detuvo. Desde la negrura del ténder, Pedro reía y gesticulaba diciéndola adiós.

La joven volvió a su casa llorando. Manolo Berlanga acababa de llegar; había bebido y estaba de mal humor.

—¿Qué sucede?—inquirió.

Hipando, sin consuelo, Rafaela refirió lo ocurrido.

—¿Y eso es todo?—interrumpió el platero—. ¡Pareces idiota!... Si se han ido, tanto mejor; así nos dejarán en paz un poco; ¡mira si no volviesen!...

Pidió la cena imperativo.

—Bueno—dijo—, haz el favor de no moquear más y de darme de comer, que tengo prisa.

Rafaela se puso a encender el fuego; entretanto, no ce-

saba de llorar ni de hablar; su pena y su rabia se derretían en un monólogo interminable.

—Hijo de mi alma. ¡Llevarle por ahí, para que el angelito coja una pulmonía!... ¡Pero qué hombre tan estúpido!... Luego dicen: si cuando las mujeres somos como somos no es sin motivo. ¡Hijo de mi alma! Si no quiero acordarme del frío que el pobrecito va a pasar esta noche... ¡Hijo mío, sangre mía, corazón de su madre, corazón chiquito de su madre!...

Sus manos coléricas tropezaron la botella del aceite, que cayó del fogón al suelo, saltando en pedazos; con lo cual la furia de Rafaela llegó al paroxismo.

—¡Maldita sea mi alma, que no sé lo que hago!... Ese tío, ese lechón de marido..., el demonio quiera que no vuelva... ¿Y ahora cómo voy a guisar?... Tendré que ir a la tienda. Mira si mi madre no me hubiese parido, qué bien estaríamos todos... ¡pero qué bien!...

Cansado de oirla, el platero entró en la cocina, el paso lento, los puños apretados, dentro de los bolsillos de la pelliza, la cara fosca:

—¿Es que piensas pasarte la noche hablando?—dijo.

—La pasaré como me dé la gana: ¿qué te ha parecido?

—Que ya estás callando—gritó Berlanga—o te rompo la boca.

No pudo reprimir su cólera, y uniendo la villana acción a la torpe amenaza, descargó varios puñetazos sobre la cabeza de su querida. Rafaela dejó de llorar, y por entre sus dientes apretados los insultos más groseros pasaron sibilantes:

—¡Chulo... con mujeres te atreverás tú!... ¡Cobarde, si no tienes de hombre más que la figura!

Y él barbotaba:

—Toma... toma, cochina...

La repugnante escena duró largo rato; Rafaela, acobardada y con la nariz y los labios bañados en sangre, cesó de hablar; en el silencio de la cocina resonaban confusamente los puntapiés desatentados con que el platero magullaba a su víctima. Realizada su triste hazaña, Manuel Berlanga se marchó y no volvió hasta la madrugada. Entró en su cuarto y se acostó a obscuras, pesaroso de su mala acción. Trató de consolarse: al cabo, la culpa de lo ocurrido no era completamente suya; las intemperancias de Rafaela y el vino hicieron más de la mitad; los hombres, cuando beben, se convierten en brutos... La joven se había retirado a su dormitorio; a intervalos, Berlanga la oía respirar, con esos suspiros largos y entrecortados que tiene el sueño de los niños que se durmieron llorando.

El platero gritó:

—Rafaela...

A su voz respondió el silencio; transcurrieron algunos minutos. El platero repitió su llamamiento, y aquel nombre, entre sus labios, parecía un mandato:

—¡Rafaela!

Aún hubo de llamarla otras dos veces. Al fin, como en un gruñido, la joven respondió:

—¿Qué quieres?...

El platero sonrió ufano; aquella pregunta equivalía a un perdón; el momento dulce de la reconciliación estaba cerca.

—Ven—dijo.

Hubo otra pausa, durante la cual las voluntades de los dos amantes debieron de tropezarse y batallar, con extraños magnetismos, en la quietud de la casa obscura.

—¡Ven, niña!—repitió el platero suavizando la voz.

Y pasado un momento:

—¿No quieres venir?...

Transcurrió otro minuto; que todas las mujeres, aun las más indoctas y sencillas, poseen a la perfección el secreto hechicero de saber hacerse esperar. Después Berlanga oyó los pies desnudos de Rafaela deslizarse a lo largo del tránsito. La joven llegó a la alcoba del platero, y en las tinieblas sus manos exploradoras tropezaron con las que Manuel extendía para recibirla.

—¿Qué necesitas?—preguntó rencorosa y humilde.

—Acuéstate.

Ella obedeció. Sonaron muchos besos, dados por él, y luego la voz de Berlanga, que preguntaba dominador y mimoso:

—¿Vas a ser buena?...

Amadeo Zureda regresó dos días después; venía satisfechísimo; Manolín, durante el viaje, habíase portado como un hombrecito; no lloró, comió cuanto le dieron y durmió con sueño de marmota entre los carbones del ténder. Al besar a su mujer, el maquinista advirtió sobre su frente una mancha violácea.

—Esto es un golpe—dijo—; ¿has reñido con alguien?

Ella vaciló.

—No, hombre; ¿con quién iba a reñir... y menos a pegarme?... Es que la misma noche en que te fuiste, la botella del aceite, que estaba en un vasar, se cayó al ir yo a cogerla y me dió aquí.

—¿Y este arañazo?

—¿Cuál?... ¡Ah, sí, el del labio!... Me lo hice con un alfiler.

—¡Qué atrocidad! ¡Chiquilla, ten cuidado!...

El maquinista no vió cómo Manolo Berlanga, allí presente, se mordía el bigote para disimular una risa infame; el pobre hombre no sospechó nada, estaba ciego; aunque no hubiese querido a Rafaela, su amor a Manolín bastaba a taparle los ojos.

IV

Pero la verdad tiene mucha fuerza. Amadeo Zureda llegó a notar que algo extraño ocurría en torno suyo; lentamente y sin saber por qué, hallábase un poco distanciado de sus compañeros, que le miraban y trataban como nunca lo hicieron, cual si exigiesen de su rostro la confesión de un secreto que él sin duda llevaba muy oculto y tapado, pero que todos conocían; esto le aislaba y parecía nimbarle de una inexplicable ridiculez. Concluyó por preocuparse de aquel fenómeno.

—¿Habré cambiado? ¿Me hallaré enfermo de gravedad... o estaré muy feo y nadie se atreve a decírmelo?...

En las inmediaciones de la estación, y cerca del Manzanares, había un merendero donde acostumbraban a reunirse algunos maquinistas y fogoneros. El ventorro pertenecía al señor Tomás, que fué torero en sus mocedades y conservaba de aquel oficio de valor y gallardía el carácter aplomado y rudo y la entereza de corazón. El señor Tomás hablaba poco, y para los que le conocían íntimamente, sus palabras tenían la autoridad de lo escrito. Era un viejo alto, de espaldas atléticas, que vestía calzones de pana y chaquetillas andaluzas de paño negro, y llevaba sobre la faja, con que se abrigaba el crecido vientre, un ancho cinturón de cuero.

Aquella tarde el señor Tomás disfrutaba del sol a la puerta del ventorro, cuando pasó Zureda.

El tabernero llamó al maquinista con un gesto, y cuando éste se hubo acercado, exclamó mirándole fijamente a los ojos:

—Tenemos que hablar.

Zureda se inmutó; por sus entrañas, semejante a un viento frío, acababa de pasar la vibración helada, sigilosa, de un mal presentimiento. Recobrándose, contestó:

—Cuando usted quiera.

Subintraron en la taberna, donde a la sazón no había parroquianos. Un alto zócalo de madera pintado de rojo y coronado de botellas rodeaba la sala; de la pared pendía la cabeza disecada del toro de quien el señor Tomás recibió la tremenda cornada que, desgarrándole una pierna, le obligó a desceñirse para siempre el traje de luces; al fondo, tras el mostrador bruñido, sobre el que cantaba perpetuamente un chorrillo de agua, el medidor se había dormido.

Los dos hombres se sentaron ante un velador; el tabernero batió palmas.

—¡Eh, tú, chico!...

Acudió el medidor.

—¿Mandaban ustedes?

—Trae unas aceitunas y dos copas de vino.

El señor Tomás atizó con voraces chupadas el fuego del cigarro puro que humeaba entre sus labios; una torva preocupación endurecía su rostro afeitado, cetrino y canoso, bajo los cabellos blancos, peinados y rizados majamente sobre la frente.

—A mí—empezó diciendo el tabernero—no me gusta que dos hombres riñan, porque entre gentes de corazón no

hay riña que no sea grave; pero tampoco puedo consentir que un hombre honrado y que lleva el valor en su sitio sirva de hazmereir. ¿Tú me comprendes?...

Amadeo Zureda se puso lívido, rojo después. Sí, comprendía; habíanle llamado para comunicarle un misterio terrible; sintió que la emoción de vacío que desde tiempo atrás le acompañaba, iba a ser explicada y tembló; sobre su cabeza se cernía algo negro y enorme: una de esas verdades trágicas capaces de partir en dos una vida.

—Yo, ni sé hablar, ni me gusta hablar—prosiguió su interlocutor—; por eso no me meto en divagaciones, sino que llamo a las cosas por su nombre; porque todo en este mundo, Amadeo, fíjate bien, tiene su nombre.

—Así es, señor Tomás...

—Bueno; y yo soy de los que se van a la verdad como antes me iba al toro: por lo más derecho, que es lo mejor, porque es lo más corto.

—Eso es...

—Bueno; yo te quiero bien; sé que eres trabajador, sé que eres de los cabales que para ganarse su pan no son capaces de echarse por ningún camino feo; sé también, porque eso se lleva escrito en la frente, cómo eres un hombre que sabe cerrar el puño para reñir y ponerse el alma a la bandolera cuando hace falta. Todo eso me consta. Por lo mismo, no permito que nadie se burle de ti.

—Gracias, señor Tomás...

—Bueno; aquí, en mi casa, óyelo bien, aquí en mi casa se ha dicho que tu mujer tiene relaciones con Manuel Berlanga.

Las miradas del tabernero y del maquinista se encontraron, y clavadas la una en la otra estuvieron un instante; después los ojos de Zureda se dilataron, desorbi-

tándose. De repente se levantó y las uñas cuadradas de sus dedos se hincaron en la madera de la mesa. Sus labios blancos, cubiertos de saliva espumosa, murmuraron entrecortadamente, como un espasmo de rencor:

—Eso es mentira, señor Tomás; mentira... y a usted... y a la madre de Dios que baje a decírmelo, le parto el corazón. ¡Eso es mentira!

Muy dueño de sí, sin una mueca en el rostro, el tabernero repuso:

—Bueno; tú entérate de lo que haya de cierto o de falso en este asunto, pues ya sabes que tan importante es la verdad como la mentira que se cuenta. Y si te conviene decir que todo ello lo supiste por mí, dilo, que yo en todos terrenos sostengo mis palabras.

Calló el tabernero, y Amadeo Zureda, de codos sobre la mesa, quedóse inmóvil, idiotizado, la boca entreabierta.

Transcurridos algunos momentos sus ideas comenzaron a serenarse, y según se aquietaban y coordinaban, una irresistible curiosidad malsana de saber, de atormentarse inquiriendo detalles, le invadía.

—¿Y de eso—preguntó—se ha hablado aquí?

—Aquí mismo.

—¿Cuándo?

—Más de una vez y más de veinte; y han dicho algo peor: han dicho que Berlanga le pegaba a tu mujer, que tú lo sabías, que estabas enterado de todo desde el primer momento, y que si lo aguantabas era por conveniencia, porque ese Berlanga te ayudaba a pagar la casa.

La llegada de dos mozos de andén interrumpió la conversación. El señor Tomás concluyó:

—Con que... ¡ya lo sabes todo!

El primer impulso de Zureda al salir del ventorro fué

dirigirse a su casa, interrogar a Rafaela, y por buenas o a golpes arrancarla la verdad.

Pero se arrepintió; asuntos como aquel no debían atropellarse; mejor era proceder cautamente, esperar, informarse despacio y por sí mismo. Cuando llegó a la estación eran las seis; en el andén encontró a Pedro.

—¿Qué máquina tenemos hoy?—preguntó Amadeo.

—«La Negra»—repuso el fogonero.

—¡Maldita!... ¡«La Negra» había de ser!

Fué aquel, efectivamente, un viaje terrible, erizado de combates interiores y de luchas con la locomotora rebelde, viaje diabólico del que Amadeo Zureda había de acordarse toda su vida.

Con arreglo al plan de prudencia que se había trazado, el maquinista aplicóse a observar el modo que Rafaela y Manolo Berlanga tenían de hablarse, y tras mucho torturarse la atención no halló en la franca cordialidad de sus relaciones nada que rebasara los límites de una buena amistad. Desde que Berlanga apadrinó a Manolín, el platero y Rafaela, cediendo a requerimientos del mismo Amadeo, habían acordado tutearse; pero este tuteo fraternal, justificado por los tres años que llevaban unidos, no parecía envolver ningún secreto pecaminoso. No obstante, los celos de Zureda iban en aumento, agarrándose a todos los pretextos, sirviéndose hasta de lo más nimio para medrar y embeber vampirescos todos los pensamientos del maquinista. Era un sentimiento que crecía en Zureda por la obsesión que le causaba la visión constante de la afrenta sospechada, como por obsesión nació en Manolo Berlanga su amor a Rafaela.

Convencióse al cabo Amadeo de que sus facultades de espía eran muy cortas; faltábanle la astucia, el disimulo

y ese instinto de adivinación, especie de doble vista, que permite llegar rápida y derechamente al fondo de las cosas. Dado su carácter rudo, refractario a toda suerte de taimerías diplomáticas, mejor era abordar la cuestión cara a cara. Una vez adoptada esta resolución, sintió encalmarse sus inquietudes y derramarse por su interior una emoción sedante de paz. El maquinista esperó tranquilamente a que la noche llegase. Rafaela cosía en el comedor, con Manolín dormido sobre el regazo. Media hora antes de cenar, Zureda llegóse de puntillas a la alcoba, y de la mesita de noche sacó el recio cuchillo de monte, con mango de asta, que llevaba consigo en sus viajes. Después calóse una boina, enlazóse al cuello una bufanda, porque hacía frío, y en la oquedad del corredor, sus recias pisadas, que en aquel momento parecían llevar consigo algo fatal, resonaron seguras.

Una poco sorprendida, Rafaela preguntó:

—¿No cenas aquí?...

—Sí—repuso él—; voy a estirar un poco las piernas; vuelvo en seguida.

Besó a su mujer, besó a Manolín, despidiéndose de ellos mentalmente, y salió.

En la taberna del señor Tomás halló a Manolo Berlanga jugando al tute con varios amigos. El platero estaba borracho, y su voz, de timbre impertinente y desafiador, se imponía a las demás. Lentamente, con aire descuidado y taciturno, el maquinista se acercó al grupo.

—Señores, salud.

Al pronto nadie le contestó, que todos pendientes andaban del travieso ir y venir de los naipes. Acabada la partida, uno de los jugadores exclamó:

—¡Hola, Amadeo... no te había visto!... A quienes vi ayer

fueron a tu mujer y a tu chico; el muchacho muy hermoso está, y su madre muy guapa, ¡vaya!... No lo digo porque estés delante. ¡Bien se echa de ver que ganas mucho y que en tu mujer lo gastas!

—Y si no lo hiciera así—interrumpió Berlanga, ofreciendo a su compadre un vaso de vino—no faltaría quien lo hiciese; ¿verdad, tú, Amadeo...?

Zureda, impasible, apuró el vaso de un trago. Después pidió, para los allí reunidos, un frasco de vino.

—Te desafío—exclamó dirigiéndose a Berlanga—a una partida de mus. Antolín será mi compañero, y Pedro jugará contigo.

El platero aceptó.

—Vamos allá.

Los cuatro hombres se instalaron alrededor de la mesa, y la partida empezó.

—Envido.

—Paso...

—Tengo.

—No.

—Yo, sí.

—Envido también.

—No quiero...

De cuando en cuando los jugadores interrumpían su faena para beber, y algunas jugadas atrevidas eran festejadas con grandes risas.

—¿Quién da?...

—Yo.

De repente Amadeo Zureda, que buscaba un pretexto para reñir con su compadre, hizo una trampa que le permitía ganar un envite. Manolo Berlanga sorprendió la operación, y, muy excitado, tiró los naipes al suelo.

—¡Eso no se hace!—gritó.—Y, por muy parientes que seamos, no te lo consiento.

Todos los jugadores apoyaron airados la actitud del platero.

—¡No, señor, no... eso no se hace!—repetían.

Tranquilamente, Amadeo Zureda repuso:

—¿Qué he hecho yo?

—Tirar esta carta, el cinco de bastos—repuso Berlanga—y coger un rey, que necesitabas. Ni más ni menos... ¡Y eso es robar!

Al furioso insulto del platero apresuróse el maquinista a replicar con una bofetada; engarfiñáronse como gatos los dos hombres, y la mesa y las sillas rodaron por el suelo. Acudió diligente el señor Tomás, y entre él y los otros jugadores lograron separarles. Al salir a la calle, Amadeo murmuró al oído de su compadre:

—Te espero frente a San Antonio de la Florida.

—Está bien.

Momentos después, y en el sitio indicado, volvieron a reunirse.

—Vámonos adonde nadie nos vea—dijo el maquinista.

—Vamos adonde gustes—repuso Berlanga—; tú guías.

Cruzaron el río y llegaron a los campillos de la Fuente de la Teja. Allí, bajo los árboles, las sombras del crepúsculo eran más densas. En un lugar que juzgaron propicio, los dos hombres se detuvieron. Zureda miró a su alrededor y sus ojos, acostumbrados a registrar el horizonte de los caminos, parecieron tranquilizarse. Estaban solos.

—Te he traído tan lejos—empezó diciendo el maquinista—para matarte o para que me mates tú.

Berlanga, que había bebido mucho y tenía el vino bra-

vo, miraba a su interlocutor de hito en hito, las manos metidas en los bolsillos de su pelliza, fruncido el ceño, el mento levantado y retador. Acaba de adivinar lo que iban a preguntarle, y la idea de ser sometido a un interrogatorio sublevó su orgullo.

—Me parece—exclamó jaquetón—que vamos a tener que hablar un poco.

Y seguidamente, cual si leyese en la frente de Zureda, agregó:

—A ti te han dicho que yo tengo relaciones con Rafaela... y quieres saber la verdad.

—Sí—repuso Amadeo.

—Pues... no te han engañado; ¿a qué andar con mentiras?... Es verdad.

Calló y observó a Zureda, cuyos ojos en aquel momento, de grandes y negros que eran, habíanse tornado, por milagro de la ira, en pequeños y rojos. Ninguno de los dos hombres habló más, ni hacía falta, pues que las palabras que iban a precipitar el uno contra el otro estaban dichas. Zureda retrocedió algunos pasos y desnudó su cuchillo; el platero desdobló una navaja. Se acometieron; fué una lucha ancestral, un cuerpo a cuerpo bárbaro, silencioso, en el que Manuel Berlanga quedó muerto. Cayó de espaldas, lívido el rostro, la boca torcida por una mueca inolvidable de odio y de dolor.

El maquinista se alejó a buen paso, y ya repasaba el puente, cuando una mujer que iba siguiéndole a corta distancia, empezó a gritar:

—¡Prender a ése, prender a ése, que ha matado a un hombre!

Una pareja de guardias civiles, estacionada a la puer-

ta de un ventorro, detuvo a Zureda, quien se dejó atar sin resistencia.

Rafaela fué a verle a la cárcel, y el maquinista, por amor a ella y a su hijo, la recibió cariñosamente, asegurándola que había reñido con Berlanga por una cuestión de juego. Catorce o quince meses después, ante el tribunal, declaró lo mismo: estaban jugando al mus, y él, por embromar a sus amigos, tiró una de las cartas que tenía en la mano y cogió otra; reprochóle Berlanga la suciedad de su acción, trabáronse de palabras y quedaron desafiados para después...

Así habló Amadeo Zureda, en su caballeroso empeño de no echar sobre la reputación de la mujer que adoraba ninguna sombra... ¿Quién hubiera podido comportarse más noblemente que él lo hizo?... El fiscal pronunció un informe abrumador, implacable. El Jurado condenó a Amadeo Zureda a veinte años de presidio.

V

EMPUJADA por la miseria, que llegó pronto, Rafaela hubo de trasladarse a un pueblecito de Castilla, donde tenía parientes. Eran gentes pobres, que laboraban la tierra y defendían la vida trabajosamente. La joven, para justificar su llegada, inventó una historia: dijo que Amadeo, a consecuencia de un disgusto que tuvo con sus jefes, fué despedido de la estación y había emigrado a la Argentina, pues le aseguraron que allí los maquinistas ganaban buenos sueldos. Ella, entonces, determinó salir de Madrid, donde las casas y los alimentos eran muy costosos. Concluyó juiciosamente:

—Cuando Amadeo me escriba que está colocado. iré a reunirme con él.

Sus deudos la creyeron, y, apiadados, la buscaron trabajo. Diariamente, con las primeras claridades mañaneras, Rafaela iba a lavar al río, distante medio kilómetro del pueblecito. Así, lavando y planchando, unas veces, y otras recogiendo en el campo leña, que luego vendía, a fuerza de tesón llegó a obtener un jornal de cuatro o cinco reales.

Transcurrieron dos años. Los vecinos del lugar habían sabido por el peatón, encargado de repartir la correspondencia, que los sobres de todas las cartas que Rafaela re-

cibía iban escritos por la misma mano y llevaban el sello de la administración de Correos de Ceuta. Esta noticia alarmó al vecindario y suscitó habladurías, que la joven cortó discretamente, confesando la verdad: Amadeo Zureda estaba en presidio; le había llevado allí una cuestión de juego. Y al hablar así adoptaba la actitud resignada, humilde, de la mujer modelo que sabe perdonar. Era una desventurada; el pueblo, chismoso y compasivo, la compadeció:

Combatida por el tiempo y los disgustos, la antigua belleza, picante y menuda, de Rafaela, fué marchitándose; el sol quemó su piel; el polvo de los caminos ensució sus cabellos, antes tan limpios y undosos; el trabajo deformó y endureció sus manos, en otro tiempo mejor, ociosas y pulidas. Había perdido la costumbre de llevar corsé, y esto aceleró la ruina de su cuerpo. Lentamente, los senos se desmayaban, el vientre crecía, el talle adquirió redondeces pesadas. También sus trajes, uno a uno, fueron rompiéndose; las enaguas, las medias, los majos zapatitos de charol, comprados en días de bonanza, desaparecieron en triste desfile; Rafaela, que había perdido el prurito de coquetear, se abandonaba a la miseria, y llegó a ir por las calles del villorrio con los pies desnudos.

Esta desorientación de la voluntad coincidía con una grave flaqueza o emborronamiento de memoria. La pobre mujer iba olvidándose de todo, y los recuerdos que aún guardaba hallábanse deshilvanados y sin relieve. Ella no había querido nunca a Berlanga; tuvo por él, al conocerle, un capricho, una pasioncilla irrazonada; pero esta divagación amorosa declinó en seguida, y si duró cierto tiempo fué por miedo al platero. Así, la trágica muerte de éste, lejos de afligirla, la produjo una sorpresa agra-

dable, sedante, de liberación y descanso. El calvario de Zureda y su reclusión entre paredes de presidio, sí la hirió hondamente, mas no en su distraído amor al maquinista, sino en el ritmo confortable y orondo de su vida; porque el destierro de Amadeo representó para ella la miseria, el derrumbamiento irreparable del porvenir. Al otro lado de aquella crisis que deshizo su hogar, Rafaela, sin advertirlo, estaba vieja, desmemoriada, abúlica; los intensos sacudimientos dramáticos que sufrió en poco tiempo habían aniquilado su espíritu vulgar, y no sufría remordimientos, cual si su conciencia se hubiese desleído en un estupor imbécil. Unicamente persistía en ella el instinto de vivir para que Manolín viviese también.

Algunos días, sin embargo, la infeliz experimentaba un hondo y ahelado revertimiento de recuerdos, una epifanía ponzoñosa de negras memorias, que trepaban sofocadoras a su garganta. Ello ocurría generalmente a orillas del río, mientras lavaba, en el recogimiento espiritual de un trabajo monótono, puramente mecánico. Sus ojos entonces llenábanse de lágrimas, que rodaban lentas por sus mejillas y caían sobre sus manos, enrojecidas por el duro trajín de la faena y la caricia fría del agua. A su alrededor otras lavanderas, que observaban su pena, cuchicheaban:

—¿Ves cómo llora?

—¡Pobre mujer!

—¿Pobre?... Sí, sí... Ella lo quiso. Y el destino, que es justo siempre, le da a cada cual lo que merece. ¿Por qué no miró mejor con quién se casaba?

De cuando en cuando, al fondo del valle, que cerraba por aquella parte una línea ondulante de montañas azules, pasaba un tren, y su silbido estridente, agrandado y

repetido aquí y allá por los ecos, rompía el silencio de la llanura. Algunas lavanderas, las más jóvenes, se incorporaban, y, sentadas sobre sus talones, seguían con los ojos la marcha rauda del convoy, y en sus pupilas había una melancolía de ensueño, una visión de ciudades ignoradas. Pero Rafaela nunca levantó la cabeza para mirar aquellos trenes, cuyo grito desgarraba sus oídos con el timbre de una voz familiar, y proseguía lavando, mientras sus ojos, bañados en lágrimas, devoraban el misterio de olvido de las aguas filantes.

A pesar de la gran postración física y moral de la pobre mujer, no faltó quien pusiera en ella su pensamiento. Se atrevió a tanto un individuo, de oficio zapatero, llamado Benjamín. Pasaba ya de los cincuenta años, era viudo y tenía dos hijos al servicio del rey.

Los negocios del señor Benjamín marchaban medianamente; que ni todos los vecinos del pueblo iban calzados, ni los que usaban zapatos sentían mucha necesidad de llevarlos nuevos y bonitos. Rafaela le lavaba y repasaba la ropa, y le planchaba una camisa para los días disantos. De estos pequeños servicios, modestamente, pero también puntualmente pagados, nació la amistad de entrambos. Y este afecto, apacible y desinteresado al principio, medró hasta quemar el corazón del zapatero con fuego de amor.

—Si usted quisiera—solía decir a Rafaela el señor Benjamín—, llegaríamos a un acuerdo. Usted está sola y yo también... ¿por qué no unirnos?

Ella sonreía con ese desencanto de las almas que la vida, poco a poco, desnudó de ilusiones.

—Usted está loco, señor Benjamín.

—¿Por qué? A ver... explíquese usted: ¿por qué estoy yo loco...

Rafaela, que no quería enojarle, contestaba evasivamente:

—Yo estoy ya muy vieja.

—Para mí, no.

—Soy fea.

—Eso es cuestión de gustos. A mí, por ejemplo, me agrada usted mucho.

—Gracias. Además, ¿qué diría el pueblo cuando lo supiese? ¿Y nuestros hijos, señor Benjamín, que pensarían de nosotros?...

—Es que hay mil medios de cubrir las apariencias; usted quiérame, que yo me ocupo de lo demás.

Rafaela prometió meditar el asunto, y todas las tardes, cuando volvía del trabajo, el señor Benjamín la preguntaba, chancero, desde su portal:

—¿Y eso, vecina?

—Con ello estoy—contestaba riendo.

—Parece que la cuestión es dificililla...

—¡Y tanto!

—¿Cree usted que se arreglará?

—¡Qué sé yo, señor Benjamín! Unas veces parece que sí... otras parece que no... ¡Al tiempo!

Pero el alma de Rafaela estaba muerta; nada reverdecería sus ilusiones. El zapatero, tras muchos esfuerzos, hubo de renunciar a ella, y cuando la veía pasar suspiraba, grotesco y romántico.

Todos los días primeros de mes, Rafaela escribía a Zureda una carta de cuatro carillas, donde le refería los pequeños incidentes de su vivir manso y aburrido. Por estas cartas, escritas en hojas de papel comercial, conocía el

presidiario los rápidos progresos físicos de Manolín, que a la sazón contaba doce años: era pendenciero, rebelde y desaplicado, al extremo de andar todavía en palotes. De su afición a las pedreas no había que hablar; un día, por haber descalabrado gravemente a otro muchacho de su edad, la guardia civil puso mano en él, y a faltar la diligente y paternal intervención del cura, duerme en la cárcel. La madre terminaba siempre los párrafos en que describía las ariscas bisoñadas de Manolín con esta frase: «Te aseguro que no puedo domarle...» Era una afirmación de cansancio que parecía embozar una amenaza y una profecía.

En una carta decía el presidiario:

«El último indulto, del que no sé si tendrás noticia por los periódicos, ha liberado a muchos compañeros. Yo no he tenido tanta suerte. De todos modos, me han perdonado cinco años. Así, pues, ya no son más que seis los años que nos separan.»

Periódicamente, las cartas de Rafaela y las del prisionero en Ceuta iban y venían. Finaron otros dos años.

Pero la fatalidad aún no se había cansado de patear sobre los hombros honrados de Amadeo Zureda.

«Perdona, Rafaela querida—escribía el recluso—, el nuevo disgusto que voy a causarte; mas por la vida de nuestro hijo te juro que no he podido evitar la desgracia que, inopinadamente, y nadie sabe por cuánto tiempo, va a prolongar nuestra separación.

»Como supondrás, entre la gentuza que, procedente de todas las cárceles de España, llega aquí, vienen pocos santos. Yo, aunque obligado a vivir entre ellos, comprendo que no son mis iguales, y, por lo mismo, procuro mantenerme aislado y no intervenir ni en sus chacotas ni en sus pen-

dencias. Es el caso que, a fines de la pasada semana, vino aquí un guapo de oficio, andaluz, condenado a doce años de trena por haber matado a un hombre y herido malamente a otro. El tal apenas me vió, pensó que yo era un manso con quien podía lucirse, y no perdía ocasión de embromarme. Yo callaba, y para no chocar con él, le volvía la espalda.

»Ayer, a la hora del rancho, empezó a buscarme camorra; otros reclusos le animaban con sus risas.

—»Oye, Amadeo—me dijo—, ¿por qué te han traído aquí?

»Yo repuse, mirándole bien a los ojos:

—»Por haber matado a un hombre.

—»¿Y por qué le mataste?—insistió.

»No le contesté, y él entonces agregó algo muy feo, muy grosero, que no quiero repetir. Bástete saber que en lo que dijo iba envuelto tu nombre. Y, por ser así, fué lo último que sus labios dijeron. Saqué mi cuchillo—ya sabes que, a pesar de lo mucho que nos vigilan y registran, todos vamos armados—y le grité:

—»Defiéndete, porque voy a matarte.

»Reñimos, en efecto, y reñimos bien, porque el mozo era bravo; pero de nada le sirvió su bravura, y allí dejó la vida.

»Perdóname, Rafaela de mi alma, y haz que nuestro hijo me perdone también. Esto empeora mi situación, pues ahora volverán a juzgarme e ignoro el castigo que me impondrán. Reconozco que matando a ese hombre hice mal; pero de no hacerlo me hubiese matado él a mí, lo que habría sido para todos nosotros mucho peor.»

Meses después escribía Zureda:

«En estos días se ha visto mi causa. Afortunadamente, todos los testigos declararon en favor mío, lo que, unido

al buen concepto que mis jefes tienen de mí, ha mejorado mucho mi situación. El informe fiscal fué terrible, pero de eso no hay que hacer caso. Pronto conoceré la sentencia.»

Todas las cartas de Amadeo Zureda eran así: nobles, tranquilas, como dictadas por la más estoica resignación. Nunca deslizó en ellas nada que recordase a Rafaela su delito; en aquellas páginas, repletas de una escritura igual y vigorosa, no había reproches, ni abatimientos, ni impaciencias desesperadas. Eran el reflejo admirable de una voluntad férrea a quien la desgracia, madre excelentísima de todo saber, enseñó el difícil secreto de esperar.

VI

El mismo día en que Amadeo Zureda salió del penal, el correo le trajo una carta de Rafaela, que empezaba así:

«Ayer Manolín cumplió veinte años...»

El antiguo maquinista desembarcó en Almería, pasó la noche en una posada inmediata al muelle, y al otro día temprano, subió al tren que había de llevarle a Equis. Tras tantos años de reclusión, el viejo presidiario sentía el desasosiego nervioso, la desconfianza en sí mismo, el miedo cruel a la suerte, que experimentan los inadaptados siempre que la vida les ofrece una fase nueva. La derrota les acobarda y vuelve pesimistas. Rememoran lo que sufrieron y la inutilidad de sus luchas, y piensan: «Esto, que ahora empieza, será malo también para mí...»

Amadeo Zureda había cambiado mucho; sobre el rostro, curtido por el sol de Africa, el bigote, blanco, resaltaba tristemente; sus ojos negros expresaban un inmenso dolor: el pliegue vertical de su entrecejo se había ahondado tanto, que parecía una cicatriz; su cuerpo cenceño, antes engallado, se encorvaba un poco al andar.

El traqueteo sonante del vagón y la sucesión de panoramas trajeron a la memoria de Zureda las alegrías, har-

to emborronadas en la distancia de los años pretéritos, de sus buenos tiempos de maquinista. Se acordó de Pedro, el fogonero andaluz, y de aquellas dos locomotoras, «la Dulce» y «la Negra» sobre las cuales tanto había trabajado. Y una voz interior le preguntaba: «¿Qué habrá sido de todo eso?»

También pensó en su casa, y, al recomponer la fachada y ver los balcones, evocó el aspecto de cada habitación. Jamás su memoria, enturbiada por la vida torva y embrutecedora del penal, había buceado tan hondo en el pasado, ni desempolvado y reconstituído tan limpiamente los viejos recuerdos. Pensó en su hijo, en Rafaela y en Manolo Berlanga, viéndoles con sus caras y sus trajes de entonces, y se sorprendió de que la figura del platero no le produjese ningún dolor; en aquellos momentos, y a despecho del daño irreparable que le hizo, no sentía animosidad contra él: todos los rencores que hasta allí le agitaron se apaciguaban en una inefable emoción de olvido y misericordia. El pobre presidiario tornó a registrarse la conciencia y a maravillarse de no descubrir en ella ningún odio. Y es que, sin duda, la libertad moraliza a los hombres.

En Moreda subió al vagón un individuo, ya viejo, en cuya fisonomía el ex maquinista creyó hallar rasgos de un semblante amigo. Por su parte, el recién llegado también miraba a Zureda, como recordando. De este modo, los dos, poco a poco, iban acercándose en silencio. Concluyeron por examinarse afectuosamente, seguros ya de conocerse. Amadeo Zureda fué quien primero habló:

—Yo creo—dijo—que nos hemos visto en alguna parte... hace años...

—En eso—repuso el interpelado—vengo yo cavilando.

—El caso es—prosiguió el maquinista—que yo estoy cierto de que hemos hablado muchas veces.

—Sí, sí...

—De que fuimos amigos.

—Probablemente...

Continuaron mirándose, atados al mismo pensamiento.

—¿Usted ha vivido en Madrid?

—Sí; diez o doce años.

—¿Dónde?

—Cerca de la estación del Norte, donde estaba empleado.

—Pues no diga usted más—exclamó Zureda—, porque yo he pertenecido también a esa Compañía. Era maquinista.

—¿En qué línea?

—Ultimamente, en la de Bilbao.

Pausados, silenciosos, los recuerdos iban surgiendo y asociándose en la enorme negrura de olvido de aquellos veinte años. Amadeo Zureda ofreció tabaco a su interlocutor; y lo que hasta entonces no lograron ni el aspecto ni la voz del desconocido, lo realizó instantáneamente y como por ensalmo su modo de coger la picadura, de preparar el cigarrillo, de encenderlo y colocárselo después en la comisura izquierda de los labios. La memoria del ex presidario se llenó de luz.

—¡Acabáramos!—exclamó—. ¡Usted es don Adolfo Moreno!...

—Yo mismo; eso es...

—Usted era ambulante de la línea de Asturias cuando yo trabajaba en la de Bilbao. ¿No se acuerda usted? Zureda... Amadeo Zureda...

—¡Ah, sí!...

Los dos hombres se abrazaron.

—¡Si yo te tuteaba!—gritó don Adolfo.

—Sí, señor; y puede usted seguir haciéndolo. ¡No faltaba más!... Que por algo el tiempo ha corrido igualmente para ambos.

Apagado el regocijo de los primeros instantes, el antiguo ambulante y el anciano maquinista se entristecieron al evocar las muchas amarguras que les trajo la vida.

—Ya supe tu desgracia—dijo don Adolfo—, y la sentí. Son locuras de juventud que duran un instante y cuestan luego todo el porvenir. ¿Por qué fué?...

Aplomadamente, Zureda repuso:

—Una cuestión de juego.

—¡Es verdad!... Me lo dijeron.

Amadeo respiró; el ambulante no sabía nada y era verosímil que todos estuviesen tan ignorantes como él del verdadero motivo que ocasionó la muerte de Manuel Berlanga. Don Adolfo preguntó:

—¿Dónde has estado?

—En Ceuta.

—¿Mucho tiempo?

—Veinte años y meses.

—¡Caramba!... ¿Vienes ahora de allí?

—Sí, señor.

—Tú, evidentemente—continuó don Adolfo—, has sufrido más que yo; pero no creas que yo he sido muy afortunado. La vida es una fiera que para cuantos se acercan a ella... ¡y cuidado si nace gente!... tiene un zarpazo. Soy viudo; pronto hará quince años que mi pobrecita mujer pudre tierra; de mis tres hijas, la mayor se casó; las otras dos murieron. Ahora estoy jubilado y vivo en Equis, con una cuñada, viuda de mi hermano Juan, de quien no sé si recordarás...

Poco a poco, y a vuelta de muchos circunloquios, porque la confianza es una virtud tímida que emigra pronto de las almas muy castigadas por la desgracia, Amadeo Zureda expuso sus proyectos. El pensaba establecerse en Equis, con su mujer; del presidio traía ahorradas cerca de dos mil pesetas, con las cuales esperaba poder comprar una casita y media fanega de buena tierra.

—Yo, de agricultura, no entiendo palote—agregó—; pero eso, como todo, en queriendo aprender, se aprende. Además, mi hijo, que es un mozo y se ha criado en el pueblo, puede ayudarme mucho.

Don Adolfo había arrugado el entrecejo con un gesto reflexivo y grave, de hombre que recuerda.

—Por lo que dices—exclamó—, caigo en quién sea tu mujer.

Avergonzado, porque la imagen siempre ensangrentada de su desgracia no se borraba un punto de su memoria, el antiguo maquinista repuso:

—Sin duda; el pueblo será pequeño...

—Muy pequeño. ¿Cómo se llama tu mujer?

—Rafaela.

—¡Sí, hombre!...—replicó don Adolfo—; Rafaela, la lavandera...

—Eso es.

—La conozco mucho; y a Manolo, su hijo, también le conozco. ¡Valiente mocito!...

Amadeo Zureda se estremeció; tuvo miedo, frío; unos instantes permaneció sin saber qué decir. Don Adolfo prosiguió, con ruda franqueza:

—Mala cabeza tiene el tal Manolo, y buenos disgustos le da a su madre, que es una santa. ¡Yo creo que hasta la pega!... ¡No te digo más!...

Lívido, tembloroso, reprimiendo unos grandes deseos de llorar que acababan de asaltarle, Amadeo preguntó:

—¿Es posible?... ¿Tan malo es?

—De oro es el mozo—repuso don Adolfo—; había de morirse, y el Diablo, para cargar con él, necesitaría pensarlo mucho: bebedor, jugador, mujeriego, camorrista... ¡de todo es el indino!

Y afirmó:

—No parece hijo tuyo.

Amadeo Zureda no respondió, y, acercando la cabeza a la ventanilla, fingió distraerse con el paisaje. Las declaraciones del antiguo ambulante le aterraron; Rafaela, en sus cartas, nada le había dicho; y se admiró de ver cómo la fatalidad le asediaba y negaba ese descanso a que todos los hombres trabajadores, aun los más miserables, tienen derecho. Retrocediendo por el odioso camino de sus recuerdos, llegó al origen de su desgracia. Veinte años antes, el señor Tomás, al notificarle las relaciones de Rafaela con Manuel Berlanga, había declarado:

«Dicen que la pega.»

Y ahora, don Adolfo, refiriéndose a Manolín, repetía las mismas palabras:

«Yo creo que la pega.»

¿Qué misteriosa conexión habría entre estas afirmaciones, que parecían poner un nexo de oprobio entre el hijo y el amante muerto?... Y las palabras del viejo ambulante volvieron a sonar en los oídos de Zureda y se agarraron fatídicas a su alma:

«Manolo no parece hijo tuyo.»

Sin haber leído a Darwin, Amadeo Zureda, instintiva-

mente, buscaba en las leyes de la herencia la explicación del misterio que le mordía. El nunca, ni aun de mozo, fué aficionado a beber, ni a los naipes, ni faldero, ni menos entrometido y bravucón. ¿Quién, entonces, pudo deslizar en la sangre de su hijo tales depravaciones?...

Don Adolfo y Zureda descendieron en la estación de Equis. Declinaba la tarde; en el andén había pocas personas. El anciano ambulante exclamó, designando con la mano a una mujer y a un mozalbete que se acercaban:

—Ahí tienes a tu gente.

Esta vez, al ver a Rafaela, Amadeo no vaciló: era ella, a pesar de su vientre abultado, de su semblante carnoso y triste, de sus cabellos blancos... ¡era ella!...

—¡Rafaela!

Se abrazaron estrechamente, llorando, con la inmensa emoción de alegría y dolor que experimentan los que se separaron jóvenes y vuelven a reunirse en la vejez, al otro lado de la vida. Después el maquinista abrazó a Manolo.

—¡Qué guapo estás!—balbuceó, cuando las palpitaciones de su corazón, encalmándose un poco, le permitieron hablar.

Don Adolfo se despidió.

—Yo llevo prisa; ya nos veremos mañana.

Saludó y se fué.

Amadeo Zureda, llevando a Rafaela a la derecha y a su izquierda Manolo, salió de la estación.

—¿Está muy distante el pueblo?—preguntó.

—Dos kilómetros apenas—repuso ella.

—Entonces, vámonos a pie.

Avanzaron lentamente por el camino, que se alejaba, serpenteando, entre dos vastas extensiones de terreno laborado y rojizo. Al fondo, iluminado por el sol muriente, aparecía el pueblecito; aquel villorrio miserable en el que Zureda había pensado tantas veces, como en un bello refugio de paz, olvido y redención.

VII

RAFAELA no volvió al río. El anciano maquinista no quería que su mujer trabajase; con lo que él ganó, como herrero, allá en presidio, tenían bastante los dos para vivir. Del pasado no hablaron; creeríase que no se acordaban de él; ni ¿para qué acordarse?... Zureda lo había perdonado todo; su Rafaela, además, ya no era la misma: desaparecieron la alegría pajarera de sus ojos, la negrura ondulante de sus cabellos, la agilidad moza de su cuerpo; ogaño, en el semblante fofo y triste, en lo humildoso del mirar, en la flacidez de los senos, en las torpes redondeces adiposas del talle, había un abandono doloroso, apesgador, de remordimiento.

Por consejos de don Adolfo, el ex presidiario renunció a su idea de dedicarse a la agricultura, y en la calle mejor del pueblo, cerca de la iglesia, puso un taller mixto, de carpintería y cerrajería, donde así herraba una mula, como recomponía un carro o echaba a un arado reja nueva. A poco de establecerse, su modesto negocio comenzó a encarrilarse por caminos de bonanza; muy pronto el número de sus relaciones creció; su historia inquietante de presidiario parecía olvidada; todos le querían; era un hombre bueno, afable, de una melancolía simpática, que pagaba sus pequeñas cuentas exactamente y trabajaba bien.

Amadeo Zureda sentía pacificarse su vida, y su porvenir, hasta entonces borrascoso, comenzó a ofrecérsele hospitalario y fácil. El mañana amenazador, que desvela a los hombres, dejaba de ser un problema para él; su futuro ya estaba cimentado, reglamentado, previsto; los quince o veinte años que aún le restasen de vida los pasaría redondeando amorosamente la fortunita que desaba legar a su Rafaela.

Animado por este propósito, levantábase con el sol y trabajaba reciamente todo el día. Por las tardes, acompañado de un perro, regalo de don Adolfo, salía a vagar por los alrededores del pueblo. Uno de sus paseos favoritos era el cementerio. Zureda empujaba el viejo portón, siempre abierto, del camposanto, se instalaba sobre una piedra rota de molino que allí había, y encendía un cigarro. Entre la crecida hierba que tapizaba el suelo negreaban muchas cruces; el anciano evocaba sus recuerdos de antiguo maquinista y de recluso, y su voluntad fatigada se estremecía. Miraba a su alrededor, complacido; allí estaba su cama; ¡qué paz, qué silencio!... Y suspiraba largamente, poseído de la rara y sedante alegría de morir. Entre los viejos tapiales, dorados por el sol poniente, que rodeaban aquel huerto de olvido, se debía dormir muy bien...

Lo único que amargaba el ocaso pacífico de Amadeo Zureda era su hijo; aquel Manolo, a quien por un exceso, imprudente quizá, de amor paternal, había redimido el año antes del servicio militar, y cuyo carácter vicioso y díscolo, era fanáticamente refractario a toda disciplina. Inútilmente procuró Zureda enseñarle un oficio; súplicas, amenazas, reflexiones discretas, se estrellaron ante la voluntad vagabunda del mozo.

—Si no quiere usted mantenerme—decía Manuel—, despídame; yo sabré buscármelas.

Con frecuencia, Manolo desaparecía del pueblo, y, ausente y metido en misteriosas aventuras, pasaba los días. Individuos llegados de otros pueblos comarcanos decían que se dedicaba al juego. Cierta noche reapareció herido de gravedad; la puñalada era profunda.

—¿Quién te ha herido?—preguntó Zureda.

El mozo repuso:

—Eso a nadie le importa; a quien sea, yo me encargo, tarde o temprano, de darle «lo suyo».

Para ahorrarse complicaciones judiciales, Amadeo Zureda calló lo ocurrido. Semanas después Manolo estaba bueno. Una madrugada, a orillas del río, la pareja de la guardia civil encontró el cadáver de un hombre; el cuerpo ofrecía varias cuchilladas. Cuantas pesquisas se practicaron para descubrir al matador fueron baldías; el crimen quedó impune. Unicamente Amadeo Zureda, que, a raíz del suceso, sorprendió a Manuel lavando una camisa manchada de sangre, estaba cierto de que el autor de aquella muerte era su hijo.

Y las palabras siniestras de don Adolfo volvían a su espíritu, machacantes, enloquecedoras, horadándole el cráneo:

—«No parece hijo mío...»—meditaba.

No paró en esto el desaforado vivir del mozo. Abusando del cariño de su madre y de la mansedumbre de Amadeo, raros eran los días en que no manifestaba hallarse necesitado de dinero.

—Si vosotros no me lo dáis... bueno, en paz; yo lo buscaré. Pero acaso os arrepintáis entonces de no habérmelo dado.

Dominábale un furor de placeres. Cuando su madre le aconsejaba:

—¿Por qué no trabajas, maldito? ¿No ves a tu padre?

El mozo replicaba:

—Trabajar no es vivir; para vivir como padre vive, prefiero ahorcarme.

A Rafaela tratábala despectivamente y como a esclava; apenas si, al interpelarla, se dignaba poner en ella los ojos; a su padre también le hablaba poco y desabridamente. El peor de los hijos no hubiese procedido con mayor despego. Diríase que su alma arisca, sedienta de goces, alimentaba contra sus progenitores la llama de un rencor instintivo.

Una noche, al volver del Casino en donde don Adolfo, el boticario y otros vecinos de cierto viso solían reunirse los sábados, Amadeo Zureda encontró la puerta de su taller entornada. Esto le sorprendió, y levantando la voz comenzó a llamar:

—¡Manolo!... ¡Manolo!...

Rafaela le contestó desde muy adentro:

—No está.

—¿Sabes si volverá pronto?... Lo digo para no cerrar —exclamó Zureda.

Hubo un breve silencio. Al cabo, Rafaela repuso:

—Más vale que cierres.

En la voz de la pobre mujer había como un hipo de dolor. Alarmado por el presentimiento de algo terrible, el viejo maquinista atravesó el taller y llegó a la trastienda. En la cocina estaba Rafaela, las manos cruzadas humildemente sobre el regazo, los ojos llenos de lágrimas, los blancos cabellos en desorden, cual si una mano parri-

cida se hubiese crispado sañudamente en ellos. Zureda arremetió a su mujer y, cogiéndola por los hombros:

—¿Qué ha sucedido?—masculló.

Rafaela tenía la nariz ensangrentada, magullada la frente, las manos cubiertas de arañazos.

—¿Qué ha sucedido?—repitió el maquinista.

Sus ojos, aunque viejos y mortecinos, ardieron otra vez con aquella luz roja, relámpago de muerte, que veinte años antes le llevó a Ceuta. Rafaela trató de disimular.

—No es nada, Amadeo—balbuceó—, no es nada... yo te lo explicaré. Es... verás... es que me he caído...

Pero Zureda la arrancó, casi a viva fuerza, la verdad.

—Es que Manolo te ha pegado, ¿eh?...

Ella sollozaba, defendiéndose aún, no queriendo acusar al hijo de su alma. Vibrante de ira, el maquinista insistió:

—¿Te ha pegado?

Tardó Rafaela en responder; tenía miedo de hablar; al fin confesó:

—Sí... me ha pegado... ¡oh, qué horrible!

—¿Y por qué?

—Necesitaba dinero.

—¡Ah, el canalla!...

Y la cólera y el dolor del viejo ex presidiario estallaron en un rugido de león.

—¿Y se lo diste?—agregó.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Veinticinco pesetas. Me resistí cuanto pude, pero... ¿qué hacer?... ¡Oh, si llegas a verle, no le conoces!... Daba miedo; yo creí que me mataba...

Se tapó los ojos con las manos, como apartando de ellos,

juntamente con la sucia visión de lo que acababan de ver, la imagen de algo semejante, antiguo y terrible.

Zureda no contestó, temeroso de descubrir la agitación avendavalada de su alma. Los recuerdos más ominosos se atropellaban en su memoria. Mucho tiempo atrás, antes de que él fuese a presidio, el señor Tomás le había dicho en el curso de una conversación inolvidable, que Manuel Berlanga maltrataba a Rafaela. Y años después, al salir del penal, don Adolfo Moreno le dijo lo mismo, refiriéndose a su hijo. Recordando esta extraña conjunción de opiniones, Amadeo Zureda experimentaba un rencor acerbo, inextinguible, contra la raza del platero; raza maldita, nacida, al parecer, para ofenderle y herirle en lo que más amaba.

A la mañana siguiente Zureda, que apenas había conseguido dormir, se despertó temprano.

—¿Qué hora es?—dijo.

Rafaela, que ya se había levantado, repuso:

—Van a dar las seis.

—¿Ha venido Manolo?

—No.

El maquinista saltó del lecho y bajó al taller. Rafaela le espiaba; la aparente tranquilidad del anciano era sospechosa. Llegó la tarde y Manuel no fué a almorzar. Pasó la noche y el mozo no fué a dormir. El matrimonio se acostó temprano. Transcurrieron varios días.

Un domingo se hallaba Zureda sentado a la puerta de su taller; era mediodía y las mujeres, unas enmantilladas, otras con pañuelo a la cabeza, acudían a misa. En lo alto de la torre gótica, las campanas voltijeaban ensordecedoras y alegres. Un vecino, al pasar, dijo al maquinista:

—Ya apareció Manolo.

Flemáticamente, Zureda repuso:

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Dónde le vió usted?

—En la posada de Honorio.

—¡Vaya con el niño! Buen pez está hecho; por aquí no ha venido...

El día declinó sin incidentes. El maquinista, cautamente, se abstuvo de decir a Rafaela que su hijo había vuelto. Poco antes de cenar, y so pretexto de ver a don Adolfo en el Casino, Amadeo Zureda salió de su casa y se encaminó a la taberna donde Manolo acostumbraba a reunirse con sus amigachos. Allí, en efecto, le halló, jugando a las cartas.

—Tengo que hablarte—dijo.

El interpelado tiró los naipes sobre la mesa y se levantó. Era alto, esbelto, simpático, y en la línea delgada de sus labios y en el mirar taladrante de sus ojos verdes había algo impertinente y retador.

Los dos hombres salieron a la calle y, sin hablar, caminaron hacia las afueras del pueblo. Cuando lo juzgó oportuno Amadeo Zureda se detuvo y mirando a Manuel cara a cara:

—Te he buscado—dijo—para decirte que no vuelvas a mi casa, ¿entiendes?...

Manuel afirmó con la cabeza.

—Soy yo quien te echa de allí, ¿comprendes?... Soy yo, porque no me gusta tratar con miserables, y tú eres un miserable. Y esto no te lo digo de padre a hijo, sino de hombre a hombre... ¿sabes?... por si mis palabras te ofen-

diesen y quisieras vengarte. Por eso, nada más, te he traído hasta aquí

Según hablaba, su fiera voluntad iba enardeciéndose, palidecían sus mejillas y dentro de los bolsillos de su pelliza los puños se crispaban. A su vez, la sangre levantisca de Manuel iba alborotándose.

—No me haga usted hablar—dijo.

Hizo ademán de marcharse. Su voz, su gesto, el desdeñoso encogimiento de hombros con que subrayó sus palabras, fueron los de un perdonavidas. Diríase que en él resucitaba el platero, matasiete y procaz. Conteniendo su ira, Zureda repuso:

—Si tienes ganas de reñir, tonto serás si te quedas con ellas. Yo, a eso he venido.

—¿Está usted loco?

—No.

—Lo parece.

—Te equivocas. Es que he sabido que acostumbras a pegarla a tu madre... y eso, el pegar a tu madre, no lo pagas con toda la cochina sangre que tienes en el cuerpo...

Amadeo Zureda tuvo miedo de sí mismo. Temblaba. Todos los celos que años antes le precipitaron contra Berlanga, retoñaban ahora frescos, pujantes, trastornadores. Su corazón, una caldera de odios infernales parecía. Bruscamente Manuel se acercó a su padre, y agarrándole por las solapas:

—¿Va usted a callarse?—murmuró corajoso—¿o quiere usted perderme?

La respuesta de Zureda fué una bofetada. Entonces los dos hombres se acometieron, primero a golpes, luego a cuchilladas. En tal momento el anciano vió aparecer sobre el rostro del que creía su hijo la misma expresión de odio

que veinte años atrás contrajo la cara de Manuel Berlanga. Aquellos ojos, aquella boca desfigurada por una mueca feroz, aquel cuerpo delgado y vibrante de cólera, eran los del platero; el gesto del padre lo repetía exactamente la cara del hijo, cual si ambos semblantes hubiesen sido vaciados en un mismo troquel. Y, por primera vez, después de tanto tiempo, el antiguo maquinista vió claro...

Anonadado por la certidumbre de este nuevo infortunio, sin ánimos ya para defenderse, el infeliz dejó caer los brazos, a la vez que Manolo, fuera de sí, le asestaba en el pecho una puñalada mortal.

Cumplida su venganza, el parricida huyó.

Amadeo Zureda fué conducido, moribundo, al hospital. Allí, aquella misma noche, don Adolfo acudió a verle.

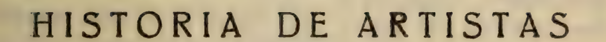
Su pena era tan grande que inspiraba risa.

—¿Es verdad lo que me han dicho —repetía llorando—, ¿es verdad?...

El herido apenas tuvo fuerzas para apretarle un poco la mano.

—Adiós, don Adolfo—balbuceó—, ya he sabido lo que necesitaba saber; usted me lo dijo y yo no quise creerle; pero ahora reconozco que usted tenía razón: Manuel no era hijo mío...

Madrid, enero 1910.



HISTORIA DE ARTISTAS

HISTORIA DE ARTISTAS

I

La escena de noche y en una «playa de moda». Entre la arboleda del jardín hay sillas repartidas discretamente por parejas o en pequeños grupos, y de modo que las personas que las ocupen se den la espalda. Iluminación tímida «a la veneciana». A la derecha del actor, lejos, el escenario de un teatrillo de «variedades», cuyo frontis blanco, profusamente alumbrado, se recorta férico del hondo terciopelo sideral; detrás un Gran Casino con los abiertos ventanales llenos de ruidos y de luz. A la izquierda, oculto por la densa fronda, un kiosco donde, a breves intervalos, suena una orquesta. Al frente, más allá de un ancho estuario, el mar, inquieto, rumoroso, magníficamente plateado bajo la serenidad lívida de la luna. Una brisa que cuchichea como unos labios galantes junto a una oreja rosada de mujer, platica entre el ramaje.

Personajes:

Augusta, ex-marquesa de Malpaso. Aunque de familia española, nació en Italia. Se halla separada de su marido, que reside en Londres. Veintiocho años; rubia,

buen talle, ojos azules y profundos. Lleva un sombrero blanco, de alas gachas, propicias al «flirteo», y siempre que algún transeunte se acerca, baja la cabeza para no ser reconocida.

Diego de Guzmán, español; treinta y cinco años. Comediante. Viste de *smocking.* Gran figura.

Diego y Augusta se disimulan tras un grueso tronco de álamo. A su alrededor hay varias sillas desocupadas que les sirven para apoyar los pies.

AUGUSTA

(*Después de un silencio durante el cual, no obstante hallarse con los ojos puestos en el suelo, se ha sentido mirada tenazmente, vorazmente.*) ¿En qué piensa usted?

DIEGO

(*Un estremecimiento.*)

AUGUSTA

De pronto ha enmudecido usted...

DIEGO

(*Como si despertase.*) ¡Es verdad!

AUGUSTA

¿Dónde estaba usted? Porque no me negará que, en

estos instantes, su alma se hallaba muy lejos. ¿Dónde estaba su alma, Diego?

DIEGO

Muy lejos, en efecto.

AUGUSTA

Lo que significa que me había olvidado. Me tenía usted delante y no me veía usted. ¡Muchas gracias...!

DIEGO

No me ha dejado usted concluir.

AUGUSTA

Va usted a decirme que la causante de su distracción era yo.

DIEGO

Exactamente; mi alma se había ido de este jardín y andaba no sé dónde, pero usted viajaba con ella.

AUGUSTA

¿Cómo en el cuadro de Bougereau, el Amor se lleva a Psiquis? *(Ríe.)*

DIEGO

¡Cruel...!

AUGUSTA

Si no alegra usted esa cara me reiré más. (*Su boca grande, de mujer meridional, rebosa hilaridad y la albura rutilante de sus dientes da a su rostro una nueva juventud.*)

DIEGO

Sufro mucho, Augusta.

AUGUSTA

¿Cuántas veces ha padecido usted de igual enfermedad?

DIEGO

Nunca.

AUGUSTA

¿Es la primera crisis?

DIEGO

La primera crisis.

AUGUSTA

En el teatro, sin embargo, los papeles de «amante», las escenas trágicas de pasión y de celos, las interpreta

usted maravillosamente: Gastón me lo ha dicho y es verdad...

DIEGO

Cuestión de temperamento, intuición.

AUGUSTA

Muchas veces viéndole a usted trabajar, he pensado: «¿A quién habrá amado así este hombre?» (*Suspira.*)

DIEGO

A nadie.

AUGUSTA

No mienta usted; hay ademanes, hay miradas, hay inflexiones de voz, que no nacen de la imaginación, sino del recuerdo.

DIEGO

Eso le sucederá a la mayoría de las personas, pero no a los artistas. En nosotros la fantasía, como es muy generosa, suele transportarnos muy lejos. Quien ha visto un lago puede representarse el mar; a quien vió un grupo de árboles no le será difícil imaginarse un bosque... Con los sentimientos ocurre lo propio: al que ha sentido un pequeño amor le es dable concebir lo que un grande y desesperado amor ha de ser... (*Exaltándose.*)

¿Cree usted que medien diferencias esenciales entre la tempestad con que un niño hace zozobrar un barquito en una palangana, y la tormenta que hunde a un trasatlántico...? Así es el corazón, y por eso nos trasladamos sin esfuerzo desde las trivialidades que conocemos a lo ejemplar y definitivo que quisiéramos conocer.

AUGUSTA

(*Pensativa.*) ¿Será cierto todo eso tan bonito?

DIEGO

Se lo juro a usted.

AUGUSTA

(*Absorta y en voz muy baja, cual si rezase.*) ¿Dónde empieza la mentira, Dios mío?

DIEGO

Yo, en escena, durante el curso de esos momentos pasionales que el público aplaude, nunca me digo: «Así he amado yo». Sino «así amaría yo... así sería yo capaz de amar»... (*Quiere apoderarse de una mano de Augusta, que ésta retira suavemente. Pausa.*) ¡Y el amor, generalmente, es malo! Amamos poco y nos aburrimos; amamos mucho y nos desesperamos.

AUGUSTA

(*Recobrándose.*) Debemos ser prudentes.

DIEGO

Sí, conviene ser prudentes, conviene saber mantenerse en el término medio; pero... ¿dónde está ese término medio?

AUGUSTA

(*Con cierta amargura.*) Aprenda usted de Gastón.

DIEGO

¿Sabe Gastón observar el término medio?

AUGUSTA

Como yo.

DIEGO

¡Usted también!

AUGUSTA

Perfectamente, y no me arrepiento de ello. Lo vulgar, lo que no es muy violento ni tampoco muy frío, lo cotidiano, en suma, es lo único compatible con la felicidad.

DIEGO

(*Lírico.*) ¡Tal vez...! Pero usted lo ha dicho: eso es «lo vulgar». Y lo vulgar no se aplaude en la vida, como no se aplaude en el teatro. Para el término medio no se

hizo el laurel. Augusta... Augusta... es necesario que usted y yo nos amemos con una pasión tan fuerte, tan loca, tan ciega, que todo el mundo rompa en un aplauso. (*Silencio largo.*)

AUGUSTA

(*Saludando con sus dedos ensortijados a unas amigas que pasan.*) Ya hablaremos de eso más adelante.

DIEGO

¿Cuándo?

AUGUSTA

¡Oh...! Hay tiempo.

DIEGO

Pero señale usted un plazo, una fecha...

AUGUSTA

Este invierno, en Madrid.

DIEGO

(*Gesto de aflicción.*)

AUGUSTA

¿No quiere usted esperar tanto?

DIEGO

No podría; de impaciencia y de celos me moriría antes.

AUGUSTA

Gastón me lleva a Niza a principios de Octubre. Allí permaneceremos doce o quince días... ¿Por qué no va usted a Niza?

DIEGO

¡En Octubre...! ¡Pero si estamos en Agosto!

AUGUSTA

(*Sonríe tristemente.*)

DIEGO

¡Antes... antes...! ¡Mucho antes! Hable usted... ¡No juegue usted conmigo...!

AUGUSTA

Por eso precisamente lo hago, Diego; porque yo no quería romper mi juguete tan pronto...

DIEGO

(*Inexorable.*) Mañana, Augusta; ¿por qué no volver a hablar de nuestro amor mañana...

AUGUSTA

(*Risueña.*) Concédame usted aún otra semanita de «flirteo»...

DIEGO

¡Siete días!

AUGUSTA

¿Y qué? ¿También le parecen a usted mucho siete días?

DIEGO

¿Y por qué no siete horas? (*Mirando su reloj.*) Son las doce de la noche... ¡Justo!... Mañana, a las siete, que todavía no hace calor, la espero a usted en la playa; nos bañaremos juntos. Puede venir Gastón, que, como es gran nadador, no me estorbará.

AUGUSTA

(*Grave.*) No; mañana no. Esta semana se debe usted a su trabajo, a su arte; se halla usted, nos hallamos todos, en vísperas de una gran batalla.

DIEGO

(*Suspira con laxitud; su frente se ensombrece.*)

AUGUSTA

Hoy es lunes... el jueves, inauguración de temporada, y el viernes estreno de *Lucha interior*. Pues bien, seamos juiciosos; aplacemos nuestra entrevista para el sábado.

DIEGO

(*Desarmado repentinamente.*) Como usted disponga. (*Pausa.*)

AUGUSTA

Se ha quedado usted triste.

DIEGO

¿Sí...?

AUGUSTA

¿Por qué? (*Afectuosa.*) ¿Le he ofendido a usted?

DIEGO

¡Augusta!.... (*Rápidamente se inclina y la besa una mano.*)

AUGUSTA

¿Entonces...?

DIEGO

Es que acaba usted de recordarme ese estreno en que, por amor a usted, porque este amor reviste todos los aspectos, hasta el de la vanidad artística, imagino que voy a jugarme, y acaso a perder, mi reputación.

AUGUSTA

¡No exagere usted así!

DIEGO

Lucha interior es una de esas obras que pueden ser la ruina de un comediante o su consagración definitiva. ¡Por eso me preocupa tanto...! Pero más que por mí mismo, repito que quisiera triunfar por usted, para que usted—en esa obra que es casi suya—me viese victorioso una vez más.

AUGUSTA

(*Evasiva y modesta.*) ¡Oh, no! La obra es de Gastón; usted sabe que yo no escribo.

DIEGO

Pero le inspira usted. Además, en estas luchas del arte vivimos tan unidos usted, él y yo...

AUGUSTA

¿No le entusiasma a usted el drama?

DIEGO

Sí... (*Vacilante.*) Sí...

AUGUSTA

El asunto es magnífico.

DIEGO

Sin duda.

AUGUSTA

El desarrollo también es magistral.

DIEGO

Indudablemente... Es el diálogo lo que me desconcierta; el estilo. Gastón no ha penetrado bien en el alma de nuestro idioma.

AUGUSTA

(*Preocupada.*) Quizás...

DIEGO

Hay frases «que no llegan», y otras, en cambio, «que se pasan». ¿Me explico?

AUGUSTA

No me sorprende; como él ha vivido la mayor parte de su juventud fuera de España...

DIEGO

Y no puede usted imaginar lo que esas frases, mal colocadas, desconciertan; porque «no las siento», y así, mis ademanes unas veces sobrepujan y otras no alcanzan a las palabras que debo decir.

AUGUSTA

(*Coqueteando.*) ¿Me permite usted hacer una observación...?

DIEGO

Diga usted.

AUGUSTA

Desde que empezó usted a hablar de arte, se olvidó completamente de mí.

DIEGO

¿Yo...? Precisamente iba a insistir en que, a pesar del estreno, debíamos reunirnos mañana a las siete...

AUGUSTA

Silencio.

II

Aparece Gastón Duprais. Su andar es lento, aburrido y elegante. Edad indefinible; treinta años... treinta y cinco... treinta y ocho... cuarenta, tal vez... Es de razonable estatura, delgado y cobrizo; parece brasileño, aunque pudiera pasar por italiano o argentino; tipo cosmopolita, en suma. Viste traje gris, muy claro, y zapatos de charol. Un monóculo aristocratiza su semblante enjuto, de líneas impasibles, cortado por un bigote negro de guías finas, largas y ligeramente caídas. Sus manos, enguantadas, juegan con un bastón liviano y flexible como un florete.

Algunos le creen marido de la ex marquesa de Malpaso y él se titula así. Tampoco falta quien diga que ella le da dinero.

GASTÓN

¡Hola!

DIEGO

Buenas noches.

AUGUSTA

¡Por fin!... ¿Te cansaste ya de jugar?

GASTÓN

Psch... No sé si estoy cansado; de lo que no me cabe duda es de que me he quedado sin dinero.

AUGUSTA

¿Cuánto has perdido?

GASTÓN

Lo que llevaba: dos mil quinientas pesetas. Luego, sobre mi palabra, he jugado otras mil y también he perdido.

AUGUSTA

(*Con una rigidez de cólera en los labios.*) ¡Muy bonito!

GASTÓN

¿Qué quieres? (*Se hunde con lentitud voluptuosa en una silla y coloca ambos pies en el respaldo de otra silla próxima. Ligero silencio.*)

DIEGO

(*Deseando quizás justificar su presencia al lado de Augusta.*) Si hubiese hecho lo que yo...

GASTÓN

(*Los ojos medio cerrados.*) ¿Qué has hecho tú?...

DIEGO

Venirme a charlar aquí con tu mujer, a la luz de la luna.

GASTÓN

(*Amargado.*) En tu caso yo hubiera hecho lo mismo, porque la esposa o la amante de un amigo siempre nos inspira una coquetería sentimental muy agradable. (*A estas palabras sucede un silencio mortificante para Diego y Augusta. En cuanto a Gastón Duprais, ha cerrado los párpados.*)

AUGUSTA

La gente nos mira. ¿No puedes cambiar tu actitud?

GASTÓN

(*Sin moverse.*) ¿Por cuál?

AUGUSTA

Por otra más correcta.

GASTÓN

¿Para qué? ¿Qué importa la opinión del público? Yo sé que soy correcto cuando quiero o me conviene serlo,

y eso me basta. (*Se hunde más en la silla de modo que, sin hipérbole, puede decirse que está sentado sobre la espalda. En esta posición su barbilla desaparece dentro del lazo de su corbata, y sus manos marfileñas cuelgan inertes, los dedos extendidos y separados.*)

AUGUSTA

Me parece que has perdido en «los caballitos» hasta la buena crianza.

GASTÓN

Antes que la buena crianza, está la comodidad. Los yanquis son muy prácticos; yo te aseguro que no conozco actitud más cómoda que ésta.

AUGUSTA

(*Irritada.*) Ni más fea.

DIEGO

(*A Augusta.*) Estamos conformes.

GASTÓN

Quizás tengáis razón; pero en ninguna otra descansan tan bien los pies... ¡Como que la inventó un pueblo que anda mucho!... Además, colocando los pies en un plano superior al de la cabeza, la circulación se normaliza, la sangre afluye al cerebro y éste trabaja mejor.

AUGUSTA

¡Qué ordinariez!... (*Continúa lanzando sobre Duprais palabras de desdén y de cólera. Diego, para demostrar que no quiere intervenir en el diálogo, empieza a silbar quedamente una canción.*)

GASTÓN

Hablen ustedes.

DIEGO

¿Y tú que harás entretanto?

GASTÓN

Yo, dormiré unos instantes. Estoy fatigado, muy fatigado... y aquí la frescura que cae de los árboles y el aliento del mar, convidan a dormir. (*Pausa.*) ¿De qué hablaban ustedes cuando yo llegué?

DIEGO

De tu obra hablábamos.

GASTÓN

(*Entreabriendo los párpados, pero siempre negligente.*) Es hermosa, ¿verdad?

DIEGO

Muy hermosa.

GASTÓN

Aquel primer acto...

DIEGO

Ya lo creo...

GASTÓN

Y la escena de Paulina y Dolores en el acto segundo...

DIEGO

¡Mucho!...

GASTÓN

(*La mirada perdida en el espacio.*) Sí; me parece que esta vez he realizado algo maestro... (*A Augusta.*) ¡Eh!... ¿Qué dices tú?...

AUGUSTA

(*Cuya irritación no cede.*) Yo no hablo contigo hasta que no te vea con los dos pies en el suelo, como todo el mundo.

GASTÓN

Voy a complacerte. (*Baja las piernas.*) Pues, señor... se me ha ido el sueño o por la emoción que me produce el recuerdo de mi obra, o por haber estado con los pies en alto. (*Se incorpora.*) ¡Mirad! La Rinaldi, despidiéndose del caballero rubio con quien fué ayer al ensayo.

AUGUSTA

¡Lástima que la Rinaldi no sepa vestirse, porque es muy hermosa!

DIEGO

Lo fué; ahora se ha puesto demasiado gruesa.

GASTÓN

No puedo transigir con las mujeres gordas.

AUGUSTA

Pues me consta que has bebido los vientos por ella.

GASTÓN

(*Indignado.*) ¿Yo?... ¿Yo?... ¿Yo beber los vientos por una belleza que seguramente pesa más de cien kilos?... ¡No me conoces!... Además, es una criatura ordinaria.

AUGUSTA

Conformes.

GASTÓN

(*Que habla a gritos.*) Tampoco transijo con los individuos que hablan alto. La Rinaldi, todo lo que te dice, parece contárselo a una tercera persona.

DIEGO

Ya viene. (*La Rinaldi se acerca sonriendo. Es alta, pechugona y estrepitosamente decorativa. Desempeña en la compañía de Gastón Duprais los papeles de* dama de carácter. *Cabellos oxigenados, ojos grandes, negros, vivaces y muy relucientes. Cuarenta años.*)

LA RINALDI

Ya iba de retirada, pero les he visto a ustedes... (*Augusta, Diego y Gastón se ponen en pie; apretones de manos, frases triviales de galantería y bienvenida, etc.*)

AUGUSTA

Siéntese usted a mi lado.

LA RINALDI

Y un poco de espaldas a luz... A mi edad la penumbra favorece. ¡Uf, qué calor!

DIEGO

Mucho calor.

LA RINALDI

¡Jesús!... ¿Usted no tiene calor, Duprais?

GASTÓN

(*Como un eco apagado.*) Mucho calor.

LA RINALDI

Yo me ahogo. Voy a incorporarme porque parece que teniendo el cuerpo separado del respaldo corre más fresquito. ¡Uf!... (*Se sienta al borde de la silla, casi en equilibrio, y con las rodillas tan abiertas como lo permite la falda; sopla, vuelve la cabeza a un lado y a otro para orearse el cuello, y se abanica furiosamente. Contra su seno exuberante, el abanico produce un ruido análogo al aleteo de una paloma.*)

DIEGO

(*Bromeando.*) Si no se apretase usted tanto el corsé...

LA RINALDI

¿Que yo me aprieto el corsé...? ¡Qué embustero...! Pero si apenas... Toque usted, Augusta.

AUGUSTA

No lo necesito; se ve. Diego es un calumniador.

LA RINALDI

Se lo ruego; toque usted; deme usted una mano... (*Se apodera a viva fuerza de una mano de Augusta y se la lleva a las caderas.*) ¿Miento...?

AUGUSTA

(*Cortés.*) Es verdad.

LA RINALDI

Y creo que con el agua que he bebido hoy debía estar hinchada. ¡Uf! El día ha sido terrible. ¡Qué sol caía cuando salíamos del ensayo...! Crea usted que en verano me gustaría ser salvaje para andar en cabellos.

DIEGO

Por nosotros...

LA RINALDI

(*Abanicándose la sotabarba.*) ¡Señores, qué calor! ¡Uf! Esto es ahogarse.

GASTÓN

(*Dormitando.*) Sí, señora; mucho calor; ya lo hemos oído.

AUGUSTA

(*A Diego.*) Verdaderamente nosotros no nos habíamos apercibido del calor hasta que la Rinaldi ha venido a decírnoslo.

DIEGO

Es cierto. (*A La Rinaldi.*) Amiga mía, con esa conversación hace usted subir la temperatura.

GASTÓN

(*Colocando de nuevo los pies sobre el respaldo de una silla y sin abrir los ojos.*) ¡Hablar del tiempo!... ¡Qué vulgaridad...!

DIEGO

(*Intencionado.*) En la temperatura del individuo influye mucho el estado moral. Si usted se halla bajo la influencia, por ejemplo, de una pasión naciente...

LA RINALDI

Ya... (*Risueña.*) ¿Lo dice usted refiriéndose a ese caballero de quien me despedía hace un momento...?

DIEGO

(*A Augusta.*) ¿Qué tal? Acaba de revelarnos su secreto.

LA RINALDI

Nada de secretos. Ese señor se insinúa, es cierto, pero tan vagamente, tan desde lejos...

DIEGO

Lo dice usted con amargura.

LA RINALDI

No negaré que es un nombre muy agradable.

DIEGO

Y si se decidiese...

LA RINALDI

Quién sabe... quién sabe... El corazón es siempre joven.

GASTÓN

(Incorporándose con rapidez desusada en él.) Se adula usted, señora: el corazón, como todo, envejece.

LA RINALDI

(Vivamente.) Será el suyo.

GASTÓN

Y el de usted. Nuestro corazón pasa por tres edades, cada una de las cuales se asemeja a un instrumento musical. ¿Usted no sabía eso...? Tenemos el «corazón flauta».

LA RINALDI

¡Qué ocurrencia!

GASTÓN

(*Que se ha puesto en pie.*) La flauta es un instrumento que suena siempre; basta soplar en ella para inmediatamente producir una nota. Así el corazón, a los veinte años, pues la menor ilusión le hará vibrar y llenará de inefables sobresaltos. (*Pausa. Duprais escuchándose.*) Después aparece el «corazón-violín».

LA RINALDI

¿Qué desatinos nos está contando? (*Augusta y Diego ríen.*)

GASTÓN

Al violín, para que suene bien, necesitamos templarlo. Templar un violín no es difícil; pero, de todos modos, la operación requiere tiempo y experiencia. Lo mismo le sucede al corazón en su segunda época; hay que interesarlo, hay que hacerle cosquillas, para despertarlo, para afinarlo.

LA RINALDI

Va usted a convencerme de que mi corazón es un violín.

GASTÓN

(*Amargo.*) ¡Qué más quisiera usted, pobre ilusa!... Usted, Rinaldi, ya no puede enamorarse de nadie; había

usted de procurarlo con todas sus fuerzas y fracasaría. Usted se halla en la tercera época de su vida sentimental. El corazón de usted se afina y se desafina a cada instante, y de modo que ni usted misma lo advierte. Lo que lleva usted en el pecho es un *corazón-guitarra;* y ya sabemos todos el trabajo que cuesta templar una guitarra... (*Risa general.*)

LA RINALDI

(*Poniendo buena cara a la broma.*) Tiene gracia; el símil tiene gracia...

GASTÓN

Con permiso de ustedes...

AUGUSTA

¿Te marchas?

GASTÓN

Voy a gozar de la luna y del mar desde el faro.

LA RINALDI

¿Y ha de ir usted solo?

GASTÓN

No es condición indispensable.

DIEGO

Entonces, te acompañamos. (*Todos se levantan.*)

GASTÓN

(*A la Rinaldi.*) Pero ha de prometernos usted no hablarnos ni de los vasos de agua que ha bebido, ni del calor reinante. (*La Rinaldi ríe y camina al lado de Duprais. Augusta y Diego les siguen a corta distancia.*)

DIEGO

(*A Augusta y en voz baja y apasionada.*) ¡Cómo la quiero a usted! (*A lo lejos suena un vals lento.*)

III

Habitaciones de Diego Guzmán. Vasto salón de trabajo adornado con divanes orientales, tapices, acuarelas, panoplias, biombos y espejos. Predominan en el mobiliario los tonos glauco y amarillo. El gran actor, que abomina de los muebles de hotel, lleva consigo los suyos a todas partes.

Diego acaba de salir del baño y relee su papel de *Lucha interior,* sentado de espaldas al balcón. Viste un pijama de colores extravagantes, que un su amigo le trajo de Oriente. Entre los dedos mayor y anular de su mano izquierda—dedos finos, nerviosos, llenos de personalidad—rueda un cigarrillo perfumado. En la cómoda holgura de las babuchas, los pies desnudos parecen de armiño. Es mediodía.

PEDRO

(*Francés, criado de Guzmán, y que es un bulto más en el equipaje del comediante.*) ¿Da el señor su permiso?

DIEGO

(*Sin interrumpir su lectura.*) ¿Qué hay?

PEDRO

El correo. (*Presenta a su amo varias cartas en una bandeja.*)

DIEGO

Trae. (*Examina la letra de los sobres que va dejando en una silla próxima. Hablando entre dientes.*) Esta es de Buencinto; ya sé lo que quiere... Esta de Rodríguez. ¡Pobre Rodríguez!... (*Sorprendido, feliz.*) ¡Cómo! ¿Ella también escribe?...

PEDRO

Esa carta es de la señora. (*Para el excelente Pedro, que vive al corriente de todas las intrigas de su amo, desde hace dos semanas Augusta es, por antonomasia,* «la señora».)

DIEGO

(*Inquieto.*) ¿Habrá sucedido algo?

PEDRO

(*También inquieto.*) ¿La vió usted anoche?

DIEGO

Sí. (*Rasga violentamente el sobre y desdobla la misiva que huele a perfumes. Leyendo.*) «Buenos días. ¿Ha des-

cansado usted bien?» (*Diego ríe; la risa es el gesto más inmediato de la felicidad.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Qué atención tan delicada...! ¡Qué broma tan ligera, tan elegante...! ¡Imposible concebir un madrigal mejor...! (*Leyendo con lentitud.*) «Buenos días. ¿Ha descansado usted bien?» (*A Pedro.*) Lee, Pedro. ¿A que no has recibido muchas cartas así...?

PEDRO

(*En voz alta.*) «Buenos días. ¿Ha descansado usted bien...? (*Boquiabierto.*) ¡Anda...! ¡Y no firma!

DIEGO

¿Para qué?

PEDRO

¿Qué querrá decir con eso la señora?

DIEGO

Nada.

PEDRO

¿Nada...? ¡Ahora sí que lo entiendo menos! Pues si no quiere decir nada ¿para qué escribe?

DIEGO

(*Arrebatándole la carta.*) ¡Dame!

PEDRO

El señor se retiraría anoche enfermo y por eso la señora le pregunta *si ha descansado bien.*

DIEGO

Eres un cuadrúpedo.

PEDRO

(Baja la cabeza como convencido.)

DIEGO

Esas palabras son una galantería, un saludo... un medio delicado para demostrarme que quien las escribió no me olvida.

PEDRO

La ha traído una muchacha.

DIEGO

¿Cuándo?

PEDRO

Hace un momento.

DIEGO

¿Era guapa la recadera?

PEDRO

Sí, señor.

DIEGO

La darías un abrazo...

PEDRO

(*Ríe, y sus gruesas mejillas se encienden.*)

DIEGO

(*Monologueando.*) Nunca me cansaré de admirar la elevación, la aristocracia espiritual de la mujer. ¡Oh...! ¡Qué raudales de poesía, de lirismo, hay en ellas...! (*Enciende un segundo cigarrillo y a intervalos comedidos se mira en un espejo.*) Estos dos renglones, verbigracia, constituyen una caricia exquisita: son voluptuosos, y, al propio tiempo, correctos y señoriles; son una prueba de amor, y para quien no se halle en antecedentes, pueden no pasar de ser un testimonio de cordial amistad... (*Pausa.*) ¡Qué ternura hay en ellos...! ¿No la sientes tú, Pedro?

PEDRO

Sí, señor.

DIEGO

Son acariciadores como los labios de una amante y castos como una mirada maternal. No acierto a traducir su emoción, su expresión, porque encierran algo de esa

solicitud con que una mano, llena de amor, cierra las cortinas de nuestra alcoba cuando estamos enfermos...

PEDRO

(Que ríe fácilmente como la mayoría de las personas que poseen un alma simple, los carrillos saludables y redondos y los dientes muy blancos.) ¡Es que el señor tiene una imaginación! Yo creo que donde otra persona no vería nada, el señor ve un mundo.

DIEGO

¡Pobre Pedro!

PEDRO

(Después de un silencio.) ¿Por qué soy «pobre», señor?

DIEGO

(Filósofo.) ¡Ah! Me da lástima que no comprendas que estas palabras: «Buenos días. ¿Ha descansado usted bien?» puedan, no obstante su sencillez, asemejarse a un rayo de sol... a un beso... a un vals Boston... a una vieja fuente que llora en la paz de un jardín lleno de luna... a una Hermana de la Caridad que, para no despertar a sus enfermos, camina de puntillas...

PEDRO

(Observa a su amo con asombro, casi con miedo.)

DIEGO

Lo que me desagrada de Augusta no es que me escriba, sino que me obligue a escribirla.

PEDRO

El señor Duprais podría enterarse...

DIEGO

¡Evidente...! Pues me consta que conserva todas mis cartas. (*Arrepentido.*) ¡Ah! Te aseguro que de aquí en adelante, ningunna mujer tendrá cartas mías; a lo sumo, un retrato dedicado respetuosamente, con una ceremonia rayana en la cursilería ¡y nada más...! (*Llaman a la puerta.*)

PEDRO

(*Se apresura a abrir y anuncia.*) El señor Duprais. (*Después hace mutis. Gastón estrecha la mano de Guzmán, que se ha levantado a saludarle con grandes aspavientos cordiales, y se deja caer en un sillón. El cansancio de una mala noche añade al cobre de su rostro un livor apasionante, bello y extraño. Es indudable que en Duprais, aunque francés de origen, hay sangre india. Viste traje de mañana, camisa de seda crema, y guantes y polainas de color de ante. Sus actitudes, como su indumentaria, son un poco afectadas, rebuscadas, como sujetas a la obsesión de parecer* chic.)

GASTÓN

¿Y mi obra?

DIEGO

(*Le muestra el manuscrito que estaba leyendo.*)

GASTÓN

¿Dominas ya tu papel?

DIEGO

Creo que sí. Después de separarnos regresé inmediatamente aquí y he trabajado y meditado en él toda la noche.

GASTÓN

¿Te gusta de veras?

DIEGO

Sí.

GASTÓN

(*Escudriñándole los ojos.*) ¿Lo «sientes» bien?

DIEGO

(*Un signo afirmativo.*)

GASTÓN

(*Calmoso.*) Así no se le responde a un autor. A mí me complacería verte entusiasmado, apasionado, de ese tipo... ¡el mejor de mi teatro...!

DIEGO

(*Le mira y no dice nada, ni hace ningún gesto.*)

GASTÓN

A eso he venido; yo quería—si tu amistad me lo permite—hacerte ciertas observaciones antes del ensayo de esta tarde.

DIEGO

(*Envolvente.*) ¿Que si lo permito? ¡Te lo ruego...! Como empresario, como director, como autor... ¡Tienes todos los derechos... todos los títulos! Habla... habla...

GASTÓN

El tipo de «Jaime» que encarnas es complicadísimo.

DIEGO

Mucho.

GASTÓN

Es un carácter que, no obstante la firmeza de sus per-

files generales, a cada momento parece emborronarse y hasta contradecirse.

DIEGO

Muy bien.

GASTÓN

Es dulce y violento, educado y grosero, confiado y suspicaz....

DIEGO

Exacto; y cada uno de esos rapidísimos «momentos de alma» debo expresarlo con un gesto, fijarlo con un ademán. Sigue.

GASTÓN

Ese continuo vaivén de conciencia, esa inquietud de ideas y de pasiones que hacen de su espíritu la imagen del mar, esa «lucha interior», es el drama, todo el drama. (*Pausa.*) «Jaime» cree en el amor de Edgarda de un modo vertical, con una pasión rectilínea que no oye ni razona, y así, cuando la casualidad le pone, a mediados del primer acto, la prueba de su desgracia delante de los ojos, no la ve.

DIEGO

Perfectamente; yo he procurado, y creo haberlo conseguido...

GASTÓN

(*Interrumpiéndole.*) En el curso de esa primera parte de la obra, estás admirable, insuperable... ¡Enorme!...

DIEGO

(*Ruborizándose de satisfacción.*) Gracias... yo...

GASTÓN

(*Doctoral.*) Tengo autoridad para decirlo: no hay ningún comediante contemporáneo capaz de igualar... fíjate que no digo «aventajar», sino «igualar»... la distinción, la naturalidad, la ligereza, el desparpajo, la simpatía, que has conseguido diluir en tu papel. Lo reconozco con gusto, y así he de declararlo en una crónica que aparecerá, simultáneamente, en la Prensa madrileña y en *Le Fígaro*, de París: «Tu *Jaime*, es superior al mío». (*Se interrumpe con pretexto de encender un cigarrillo, para que sus alabanzas surtan el efecto que desea.*)

DIEGO

(*Rebosando agradecimiento y casi arrepentido de haber querido birlarle a Gastón Duprais, «un hombre que tan bien comprende sus méritos de actor», el amor de Augusta.*) Querido Gastón... ¡no sé qué responderte!... Tus elogios tienen un mérito extraordinario para mí. Me anonadas, chico... ¡La verdad!... (*Tartamudea.*) Parezco un colegial, parezco una señorita... ¡Me anonadas!... (*En el fondo, Diego de Guzmán halla todos aquellos ditirambos

muy justificados. Así, la emoción *que le produjeron sólo dura un instante.*)

GASTÓN

En tu labor, sin embargo, hay lagunas, olvidos que importa señalar.

DIEGO

(*Cambiando de expresión imperceptiblemente.*) ¿Lagunas?...

GASTÓN

Sí; quiero decir: depresiones de inspiración...

DIEGO

(*Un gesto.*)

GASTÓN

En mi obra no has sabido hallar los gritos, las violencias de ademán, ni las miradas trágicas con que defendiste otros dramas... inferiores al mío...

DIEGO

Pero, hombre, ¿cómo quieres que en un ensayo...?

GASTÓN

Ya lo sé.

DIEGO

En los ensayos se «marca» nada más.

GASTÓN

Lo sé muy bien.

DIEGO

(*Irritado.*) Pues si en los ensayos hubiésemos de trabajar como por las noches, delante del público... (*Tose.*)

GASTÓN

De eso, no hay que hablar.

DIEGO

Como dices que no he hallado ni la expresión ni el gesto adecuados... ¡Caramba...! Tienes ocurrencias de principiante...

GASTÓN

(*Pausado y frío.*) Por lo mismo que te vi «marcar» tu papel, sé que vas a fracasar en lo más culminante, precisamente. Porque lo marcado—como en la jerga de teatros se dice—es el compendio, la abreviatura o el esbozo, llámalo como quieras, de lo que el artista hará después. ¿No es eso?

DIEGO

Exacto.

GASTÓN

Lo «marcado» es a lo «concluído», lo que los hilvanes que ponen los sastres en las prendas a la costura definitiva... ¿Verdad...? Una levita, por ejemplo, que hilvanada no cae bien, luego de cosida y planchada nos sentará mejor, pero conservará su viciosa delineación primitiva.

DIEGO

Conformes.

GASTÓN

Pues yo te aseguro que mi obra, en tu espíritu, está mal hilvanada.

DIEGO

(*Pensando que Gastón Duprais no merece el afecto de Augusta.*) Quizá... no sé... explícate.

GASTÓN

(*Con gravedad de dómine.*) En los dos primeros actos—ya te lo he dicho—te muestras como un formidable e incomparable intérprete de comedias: tu diálogo con Paulina, en el jardín; el donaire con que preparas la mesa,

la frivolidad distinguida que disuelves en todo, arrancarán calurosos aplausos. (*Con intención.*) Se trata también de escenas «marcadas», ¿eh...?

DIEGO

(*Afirma.*)

GASTÓN

Pero llega el tercer acto, en el cual la lucha interior que da nombre al drama, se exterioriza; el momento en que el fuego que lentamente iba calcinando el corazón del protagonista sube a la superficie convertido en volcán; el instante trágico, el instante color púrpura, en que la duda cesa y se trueca en acción, en que todas las energías del espíritu de «Jaime» se reunen y cristalizan en la cuchillada que asesta a su rival... y entonces tus ademanes—perdóname si te hablo rudamente—no traducen el calor de la escena, no responden al salvaje calor de la escena...

DIEGO

(*Se muerde los labios.*)

GASTÓN

Aquel episodio-cumbre de mi obra, en que «Jaime» descubre la traición y arremete contra su enemigo, exige de tus nervios una hiperestesia morbosa de cólera, una capacidad trágica, genuinamente primitiva, que todavía no

he visto en ti. (*Pausa.*) Te indignas correctamente, sin descomponerte, y matas a tu rival con elegancia, como si le matases en un duelo... (*Otra pausa.*) De esto hablaba anoche mismo con Augusta.

DIEGO

(*Estremeciéndose.*) Y Augusta ¿qué dice?

GASTÓN

Augusta opina como yo: te encuentra frío, desasido de tu papel... En una palabra: ella y yo creemos que el hombre que ama como «Jaime» ama a «Edgarda», si necesita vengarse, mata de otro modo...

DIEGO

(*Cansado de morderse los labios, ha empezado a roerse las uñas.*)

GASTÓN

Por eso mi primer cuidado al llegar aquí fué preguntarte: ¿Te gusta mi obra? ¿«Sientes» mi obra?

DIEGO

(*Decidiéndose a hablar.*) Tu drama me gusta muchísimo; pero, ya que pides franqueza, seré franco: su parte más dramática no me gusta.

GASTÓN

(*Su rostro se anubla un instante.*) ¡Ah!

DIEGO

Se advierte en el estilo falta de calor, y, por consiguiente, de sinceridad.

GASTÓN

(*Irónico.*) ¡Ah!

DIEGO

(*Dispuesto a devolver uno a uno los golpes que su vanidad ha recibido.*) Dialogas prodigiosamente; tienes un diálogo alado, saltarín, exquisitamente frívolo y multiforme; con la pluma eres como en la vida, un ironista de primer orden y un *causeur* formidable; pero llega el momento trágico, y el verbo no responde a la situación. (*Observándole y como satisfecho de su venganza.*) Tus personajes hablan demasiado... y demasiado bien.

GASTÓN

(*Impasible.*) ¡Ah!

DIEGO

El teatro es síntesis y nos obliga constantemente a la brevedad. En nuestro arte, la sobriedad es fuerza. Tam-

bién debo manifestarte que, raras veces, en las situaciones extremas, aciertas con la frase justa. De ello proviene, quizá, la frialdad, la incoherencia de ademanes que me reprochas; porque el comediante no pasa de ser, en realidad, más que el «traductor» o «comentador» del dramaturgo, y si éste no le da «la frase» oportuna, aquél no podrá hallar «el gesto» adecuado. Augusta me lo decía...

GASTÓN

(*Dominándose.*) Tu opinión es respetable... muy respetable... Pero, veamos: la escena-cumbre de la obra, aquella en que matas al amante de «Edgarda», ¿tampoco te gusta?

DIEGO

La escena, sí; el diálogo, no.

GASTÓN

¿No?

DIEGO

Es falso.

GASTÓN

(*Levantándose y sin poder contenerse.*) ¿Qué sabes tú?... Ese diálogo, en que puse toda mi alma, destila realidad y chorrea belleza.

DIEGO

¡Te equivocas!

GASTÓN

(*Despreciativo.*) ¡Cómico, al fin!

DIEGO

¿Quieres que te ponga ejemplos? ¿Quieres que te cite frases? ¿Una frase?

GASTÓN

Sí. ¿Cuál?... (*Hace ademán de coger el manuscrito que Diego estaba leyendo.*)

DIEGO

¡No es preciso! (*Orgulloso.*) Si sé la obra de memoria. Oye... fíjate... En la «escena-cumbre», como tú la llamas, de *Lucha interior*, «Jaime», que ya va a precipitarse sobre «Felipe», para estrangularle, le dice: «Mal caballero». A lo cual «Felipe» responde en «un aparte»: «Dios mío, comprendo que no podré defenderme de él, porque mi conciencia es su aliada mejor».

GASTÓN

(*Interrumpiéndole.*) ¿No está eso bien dicho?

DIEGO

Estará bien dicho, no lo niego; pero no está dicho a tiempo, que es lo que discutimos.

GASTÓN

¿Por qué?

DIEGO

¡Señor!... Porque no... porque no es de sentido común.

GASTÓN

Razona.

DIEGO

Porque nadie, puesto en el trance de matar a otro, le llama «mal caballero»; ni tampoco a nadie se le ocurre pensar del enemigo que tiene delante y que va a retorcerle el pescuezo: «Comprendo que no podré defenderme de él porque mi conciencia es su aliada mejor»... Es eso, sencillamente, ridículo.

GASTÓN

(*Ecuánime, magnífico y perfecto «gran señor».*) Creo que se excede usted en sus juicios; aquí el único que ha dicho ridiculeces es usted.

DIEGO

(*Humillado un instante por la frialdad de aquel «usted», pero recobrándose en seguida.*) Deploro que mis palabras de sinceridad le hayan molestado... pero ya están dichas.

GASTÓN

(*Tomando su sombrero y su bastón.*) No discutamos más. Yo espero que hará usted lo posible por quedar a la altura de su reputación en la noche de mi estreno.

DIEGO

(*Irritado súbitamente por el aire de superioridad de Gastón Duprais.*) Haré cuanto esté de mi parte, a condición de que cambie usted ciertas frases de su obra.

GASTÓN

No alteraré una coma.

DIEGO

(*Cediendo un noventa y nueve por ciento.*) Suprima usted, al menos, la frase «mal caballero», de que hemos hablado.

GASTÓN

(*Cerca ya de la puerta.*) ¡Imposible!

DIEGO

¿No?

GASTÓN

No, señor.

DIEGO

Pues yo antes rescindiré el contrato que nos une, que aceptar una frase contraria a mi modo de sentir. Yo no sacrifico mi nombre a la vanidad de ningún autor. (*Resoplando.*) ¡No faltaba más!

GASTÓN

Yo creo que sabrá usted cumplir su deber, para bien de los dos.

DIEGO

Precisamente hablo así para bien de los dos.

GASTÓN

Nos veremos en el ensayo.

DIEGO

En el ensayo nos veremos. (*Gastón Duprais se marcha. Guzmán, dejándose caer en un sillón, y casi llorando de rabia.*) ¡Si no fuese por Augusta...! ¡Si no fuese por esa mujer...!

IV

Escena en casa de Duprais. Augusta y Gastón terminan de almorzar y se disponen a ir al ensayo, cuando llaman a la puerta.

GASTÓN

¿Quién? ¡Adelante!

UN CRIADO

Señor, una carta urgente.

GASTÓN

A ver... (*Coge la carta, que lee, y luego entrega a Augusta.*) Es de Guzmán: se halla un poco indispuesto y no podrá asistir al ensayo; dice que irá mañana. (*Su rostro fino y cobreño, en el cual el monóculo brilla como una pupila de agorería, no ha cambiado de expresión.*)

AUGUSTA

¡Qué contrariedad!

GASTÓN

(*Impenetrable.*) ¿Por qué? Indudablemente se trata de una indisposición sin gravedad... (*Al criado.*) Telefonée usted al teatro que se suspende el ensayo hasta mañana... ¡Ah...! Dígaselo por teléfono también a la señora Rinaldi, Hotel Florencia... (*A Augusta, y risueño.*) Así ahorraremos a la pobre un rato de calor y unos cuantos vasos de agua.

CRIADO

¿Tienen los señores algo más que mandar?

GASTÓN

No. (*Mutis criado.*)

AUGUSTA

(*Preocupada.*) Por lo visto, entre tú y Diego se han cruzado palabras duras; de lo contrario...

GASTÓN

No; es que el señor de Guzmán... es un majadero...

....

A la mañana siguiente, muy temprano, Diego recibió una misiva, sin firma, de Augusta.

Decía:

«No falte usted al ensayo.»

V

Las dos de la tarde. La acción en un teatro. Va a empezar el ensayo. Algunas pequeñas ventanas, vecinas del techo, diluyen una penumbra neblinosa en la tiniebla del vasto local, donde las filas de butacas y los barandales de los palcos, se bocetan vagamente. Los comediantes se hallan en el escenario, distribuídos en grupos, unos junto a los «carros», otros a la hila del foro. La mayoría de los hombres permanecen en pie. Las mujeres, por el contrario, se han sentado, y cuchichean adelantando las cabezas. Más que otras tardes, todos fueron puntuales. Hasta la Rinaldi, que siempre acostumbraba a retrasarse, llegó a la hora precisa. Varios empleados acaban de disponer los muebles indispensables a la representación. A la derecha de la concha hay un sillón frailero, destinado a recibir la frágil figura del señor Duprais. En el comedio del escenario, el apuntador fuma un cigarrillo, mientras hojea un manuscrito. Gastón Duprais, soñoliento y elegante, va y viene, dando órdenes que subraya con los movimientos de su bastón de junco.

GASTÓN

(*Al apuntador.*) ¿Podemos empezar?

APUNTADOR

Cuando usted guste. «¿Pasamos toda la obra?»

GASTÓN

Toda. (*Duprais se instala en su sillón, cruza una pierna sobre otra, se quita su sombrero de fieltro blanco y espera.*)

APUNTADOR

(*Dirigiéndose a los comediantes.*) ¡Señores, vamos a empezar...!

GASTÓN

(*Con un hilo de voz.*) Ruego a las señoras un poco de silencio.

APUNTADOR

(*Desde la concha, y dando algunos golpecitos con los nudillos en el suelo.*) ¿Vamos?...

EL TRASPUNTE

(*Retirándose de escena y con acento claro.*) ¡Señorita López... Señorita Rodríguez... Señor Reinoso...!

APUNTADOR

(*Leyendo.*) «Es inútil; nunca me convencerá usted de que en las ciudades populosas se vive mejor que en el campo»... etc. (*Continúa el ensayo. Al fondo, Augusta y*

Diego de Guzmán secretean. A su alrededor hay varias sillas, que, una a una, fueron quedándose desocupadas. La Rinaldi se marchó la primera; después la Petra Martínez, luego la Herranz... cual si todas, tácitamente, se hubiesen puesto de acuerdo en dejar solos a la mujer de Duprais con el primer actor.)

AUGUSTA

Repito que hizo usted muy mal en no venir ayer al ensayo.

DIEGO

No hubiera podido trabajar, se lo aseguro.

AUGUSTA

¿Estaba usted ronco?

DIEGO

De cólera.

AUGUSTA

¿Es posible?

DIEGO

¡A no ser por usted...! ¡Bah!

AUGUSTA

¿Qué?

DIEGO

A estas horas estaría en Madrid... Pero la necesidad de no separarme de usted, y su carta de hoy, me han sujetado. (*Pausa.*)

AUGUSTA

Esta noche no he podido dormir.

DIEGO

Ni yo. Con una diferencia: que yo no he cerrado los ojos pensando en usted, y usted no ha cerrado los suyos pensando en el drama.

AUGUSTA

(*Le mira con una expresión traviesa, que puede significar.*) «¿Usted qué sabe?»

DIEGO

(*Traduciendo.*) No, no me engaño. Usted lo ha dicho: soy para usted un juguete. Yo... (*Un ademán de Duprais le interrumpe.*)

GASTÓN

(*Dirigiéndose a los actores que están representando.*) Cuidado, señorita Rodríguez; la vuelta esa no es por la derecha.

LA SEÑORITA RODRIGUEZ

(*Humilde.*) Por la izquierda, sí...

GASTÓN

Se lo dije a usted ayer. En cuanto al señor Reinoso, convendría que «marcase» más; el «rezar» los papeles es disculpable en los primeros ensayos únicamente; después, no. (*Pausa.*)A usted, señorita López, me permito hacerle la misma observación. (*La interpelada baja la cabeza, rubia y juvenil, en señal de obediencia.*)

APUNTADOR

(*Sacando un poco la cabeza fuera de su escondite.*) ¿Repetimos la escena?

GASTÓN

No. (*El ensayo prosigue; Augusta y Guzmán reanudan su diálogo en voz baja.*)

AUGUSTA

Estoy cierta de que Duprais no cambiará ni una línea de su obra.

DIEGO

Hará mal.

AUGUSTA

Usted...

DIEGO

No, señora.

AUGUSTA

Usted cederá un poquito, porque yo se lo rogaré. (*Mirándole dulcemente.*)

DIEGO

No conseguirá usted nada.

AUGUSTA

¿Por qué serán ustedes, los artistas, tan vanidosos?

DIEGO

No es un orgullo necio, sino mi honradez profesional, la razón de mi actitud. Yo no puedo lucirme, no puedo sobresalir en una escena «que no siento». Sin embargo, me hubiera abstenido de protestar, a no decirme Gastón ciertas frases relativas a mis condiciones de actor, que me han ofendido mucho.

AUGUSTA

Sea usted bueno.

DIEGO

Soy muy tolerante. En fin, usted ha de verlo: si en el tercer acto Gastón no me corrige nada, el ensayo acabará pacíficamente; pero si me hace la menor observación, devuelvo mi papel.

AUGUSTA

(*Severa.*) Usted no hará eso.

DIEGO

¡Ojalá no me obliguen a hacerlo!

AUGUSTA

Considere usted que Gastón es el autor.

DIEGO

(*Vehemente.*) También yo soy el autor: él lo es del drama, y yo de mis gestos: si él hace frases, yo hago ademanes. ¿Qué creía usted...?

TRASPUNTE

(*Acercándose.*) Señor de Guzmán, va usted a salir.

APUNTADOR

(*Desde la concha y llevándose una mano a la boca, a modo de pantalla, para emitir la voz más claramente.*)

«Edgarda, mi Edgarda, ¿pero estabas aquí...?» (*Continúa el ensayo, lento, monótono, aburrido por repeticiones interminables. El segundo acto transcurre sin incidentes. Al final del acto tercero, surge entre Gastón y Guzmán la cuestión que éste había anunciado a Augusta.* «Jaime» (señor Guzmán), informado de que «Felipe» (señor Reinoso) *le burla con* «Edgarda» *va a buscarle a su casa para matarle. Representando.*)

JAIME

Aquí me tienes.

FELIPE

¡Tú...!

JAIME

No me esperabas; bien me lo dicen tus ojos.

FELIPE

(*Aparte.*) ¿Qué es esto?

JAIME

Amas a Edgarda.

FELIPE

¿Yo?

JAIME

Amas a Edgarda; a traición me robaste esa mujer que era mi vida. ¿Por qué, dí, miserable, antes de cometer tal villanía, de una puñalada no me partiste el pecho...?

FELIPE

(*Rehaciéndose.*) ¿Qué insultos son esos...? ¿Te has vuelto loco...?

JAIME

De nada te servirán esta vez tus tretas de actor. Ahora no estamos en el teatro, donde todo es mentira, sino en la realidad, donde se vive y se muere de veras. (*De un salto se aproxima a la puerta y la cierra.*)

FELIPE

¡Mira lo que haces! Yo nunca me acerqué a Edgarda con deseo de amor. Mintió quien te lo dijo.

JAIME

Me lo confesó ella.

FELIPE

¡Ella!

JAIME

Ella, sí, al cabo más valiente y más noble que tú.

FELIPE

No es posible.

JAIME

Y si Edgarda no me lo hubiese dicho, estas cartas bastaban. (*Mostrándole un paquete de cartas.*)

FELIPE

¡Ah!

JAIME

(*Retrocediendo unos pasos como para luego acometer con más recio impulso a su enemigo.*) Mal caballero...

FELIPE

(*Aparte.*) Dios mío, comprendo que no podré defenderme de él porque mi conciencia es su aliada mejor.

....

GASTÓN

Un momento, señores; esta escena hay que repetirla (*Guzmán y Reinoso le miran ligeramene hostiles.*) En general, usted, señor Reinoso, está bien, porque se halla obligado a mantenerse a la defensiva. Es el señor Guzmán quien no acaba de «meterse» en su papel. (*Diego palidece.*) Esta escena es necesario decirla con violencia;

ese «mal caballero» conviene gritarlo o rugirlo... nunca hablarlo...

DIEGO

Ya he dicho a usted que he buscado inútilmente la inflexión de voz y el gesto correspondientes a esa frase: no los he hallado.

GASTÓN

Pues existen.

DIEGO

(Incisivo.) Me parece que no.

GASTÓN

Un comediante de la categoría de usted debe descubrirlos en seguida.

DIEGO

Un buen comediante, un comediante honrado, un comediante de corazón, no puede inspirarse en una frase falsa. Ya tuve el honor de manifestárselo a usted así en nuestra última entrevista. Si quiere usted bellos gestos de mí, empiece por proporcionarme escenas bellas y bellas palabras. Cada situación o cada pensamiento tienen dos hermosuras: una substantiva, que le pertenece absolutamente, y otra que se deriva del sitio donde esté colocado, o lo que es igual, de su oportunidad.

GASTÓN

(*Levemente inmutado.*) ¿Va usted a darme lecciones?

DIEGO

No doy lecciones; hablo... Modifique usted toda la escena final de su drama, aligérela usted un poco, «péinela» usted y me comprometo a representársela de un modo supremo.

GASTÓN

Agradezco su buen deseo, pero no admito colaboradores.

DIEGO

En tal caso devuelvo mi papel.

GASTÓN

Como usted guste.

DIEGO

(*Con cierta violencia.*) Buenas tardes.

GASTÓN

(*Frío, y mientras se estira con elegancia parsimoniosa los puños de su camisa.*) Buenas tardes, señor de Guzmán. (*El apuntador deja la concha. Actrices y actores saludan y se dirigen silenciosos a la calle. Augusta y Gastón salen los últimos.*)

VI

La escena a la mañana siguiente—antes de las nueve—en casa de Diego Guzmán. El actor duerme profundamente.

PEDRO

(Tocándole en un hombro.) Señor, señor... despierte.

DIEGO

¿Eh? ¿Qué quieres?

PEDRO

La señora pregunta por usted.

DIEGO

(Incorporándose.) ¿Augusta?

PEDRO

Sí, señor.

DIEGO

¿Cómo ha preguntado? ¿Por teléfono...? ¿Cuándo?

PEDRO

¡Chist...! No, señor; la señora está ahí, en la sala, esperándole.

DIEGO

¡Ah! (*Brinca de la cama.*) Dame ropa, pronto...

PEDRO

¿Cuál...?

DIEGO

La primera que encuentres; un pantalón... ¡venga un pantalón...! Los calcetines... ¿dónde están los calcetines...? Dame unos calcetines, Pedro, por amor de Dios.

PEDRO

(*Corriendo de un lado a otro.*) ¿Negros...? ¿Los quiere usted negros?

DIEGO

O amarillos... con tal que los dos sean del mismo color. (*En un santiamén se chapuza un poco la cara para aca-*

bar de sacudirse el sueño, se alisa hacia atrás y con ambas manos los negros cabellos, y queda vestido con un desaliño elegante del mejor gusto. Pedro escapa por una puertecilla escusada. Diego de Guzmán se precipita en el salón.)

DIEGO

¡Augusta! (*Se acerca a ella y le besa una mano.*)

AUGUSTA

(*Risueña.*) Perdóneme usted este atrevimiento.

DIEGO

¿Perdonarlo? Diga usted, más bien, bendecirlo. (*Se sienta a su lado.*) ¿Cómo suponer que el día iba a empezar tan bien para mí...? (*Lírico.*) ¡Ah...! Si acercase usted un oído a mi corazón, sentiría que hay campanas volteando dentro de él.

AUGUSTA

(*Evasiva.*) Ya supondrá usted el asunto que me trae aquí en hora tan matinal.

DIEGO

(*Suspirando.*) Al principio, no, francamente; ahora que dice usted eso, comprendo a lo que viene usted.

AUGUSTA

A que me prometa usted asistir al ensayo de esta tarde.

DIEGO

¡Augusta!

AUGUSTA

No hay otro remedio.

DIEGO

¡Augusta...!

AUGUSTA

Como si nada hubiese sucedido ayer.

DIEGO

Usted está loca por ese hombre, y por favorecer sus intereses no la importa humillarme. Usted no me quiere; usted no siente hacia mí ni siquiera la estimación de la amistad...

AUGUSTA

Yo le quiero a usted, Diego, y por eso le ruego que siga ensayando la obra de Gastón.

DIEGO

Imposible, señora.

AUGUSTA

No es por él, como usted imagina, sino por usted—por nosotros debiera decir—por lo que deseo que el estreno de *Lucha interior* no se suspenda.

DIEGO

(*Mira a su interlocutora tristemente, como a una empresa a la que se debe renunciar, y no responde.*)

AUGUSTA

Si duda de la emoción de mis palabras creeré que es usted un hombre vulgar. (*Pausa.*) Al reñir usted con Gastón me pierde usted. ¿Cómo nos veríamos este invierno...? Nosotros vamos a Madrid, donde ya todas las compañías que han de trabajar en la temporada próxima están constituídas. Usted tiene que venir al teatro de Gastón; de lo contrario se verá usted obligado a irse a provincias o a América...

DIEGO

(*Pavoneándose.*) Anoche vinieron a hacerme proposiciones—proposiciones excelentes—para Buenos Aires y la Habana.

AUGUSTA

(*Vehemente.*) ¿Y aceptó usted?

DIEGO

No; todavía no.

AUGUSTA

(*Moneando.*) Porque antes necesitaba usted hablar conmigo. ¿Verdad?

DIEGO

(*Grave.*) Tal vez.

AUGUSTA

(*Irresistible.*) ¡No se marche usted! Si usted se va... ¿Qué iba a ser de esta ilusión de amar que sembró usted en mí...?

DIEGO

(*Feliz.*) ¿Pero usted llegará a quererme?

AUGUSTA

Sí. (*Augusta tiene los ojos húmedos.*)

DIEGO

(*Casi vencido.*) ¡Augusta...! ¡Augusta...! ¡No juegue usted conmigo...!

AUGUSTA

Porque empiezo a quererle soy egoísta. Necesito asistir a sus éxitos, necesito verle triunfar a usted el sábado con

ese estreno del que ha de ocuparse toda la Prensa... (*Cogiendo las dos manos del actor.*) ¿Irá usted luego al ensayo...?

DIEGO

¿Para qué? Ese triunfo que usted me desea no llegará porque yo no puedo lucirme en el drama de Duprais. Es una obra que no me inspira nada, y el comediante más grande, dentro de una obra vulgar, se contagia de su insignificancia y es vulgar también.

AUGUSTA

A última hora, ya delante del público, usted sabrá hallar el gesto mago, el gesto que esclaviza y arrastra... (*Dulzurando la voz.*) Uno de esos gestos con que tantas veces, en mil noches distintas, llamó usted a mi corazón.

DIEGO

Me lleva usted a la derrota.

AUGUSTA

No fracasará usted. No trabaje usted pensando en el público; trabaje usted únicamente para mí, para enamorarme, para concluir de rendirme...

DIEGO

¡Augusta... mi adorada...!

AUGUSTA

Trabaje usted como si el teatro estuviera desierto y no hubiese en él nadie más que yo. (*Felina, apremiante, opresora como la hiedra.*) ¿Irá usted al ensayo?

DIEGO

(*Derrumbándose.*) Sí, sí... ¡Iré...! ¿Pero cómo presentarme? ¿Qué va a decir Gastón...? ¿Sabe Gastón que usted venía a verme?

AUGUSTA

No.

DIEGO

¿Entonces?

AUGUSTA

Yo le diré ahora que usted y yo nos hemos visto...

DIEGO

Eso es. ¿Dónde?

AUGUSTA

¿Dónde le parece a usted?

DIEGO

(*Colaborando, sin advertirlo, en la obra de la sirena.*) En la playa.

AUGUSTA

Muy bien: en la playa; en la playa se encuentra todo el mundo; y que yo le he rogado a usted que fuese al ensayo...

DIEGO

(*Precipitadamente.*) Que me rogó usted mucho.

AUGUSTA

Perfectamente.

DIEGO

(*Con gran fervor.*) ¡Que me suplicó mucho, muchísimo...! ¡Que le costó a usted un trabajo ímprobo convencerme, pues yo no quería...!

AUGUSTA

Comprendido.

DIEGO

(*Espantando los ojos cuanto le es posible.*) ¡Procure usted salvarme del horroroso ridículo que echaría sobre mí una claudicación de ese género!

AUGUSTA

(*Bondadosa.*) Descanse usted en mi discreción. Yo sabré arreglármelas de manera que todo el mundo sepa que us-

ted estaba resuelto a no reingresar en la compañía de Gastón Duprais, ni hecho pedazos.

DIEGO

Exacto.

AUGUSTA

Pero que yo insistí tanto... tanto...

DIEGO

(*Pavoneándose.*) Realmente, la verdad es esa.

AUGUSTA

(*Coqueta.*) Y como la gente dice que usted me quiere...

DIEGO

(*Victorioso.*) ¡Muy bien...! ¡Muy bien...!

AUGUSTA

(*Levantándose.*) Hasta luego, entonces.

DIEGO

¿Y nosotros?

AUGUSTA

Ya lo he dicho: nosotros, hasta luego.

DIEGO

¡No, no, no...! (*Con violencia extremada.*) ¡La contestación no es esa...!

AUGUSTA

(*Suplicante.*) ¡Diego...!

DIEGO

¡Hable usted, Augusta, hable usted! ¡No dé usted más treguas a mi impaciencia! Por usted dejo de tener orgullo; por usted soy dócil, manejable; por usted renuncio a mi nombre para ser un Don Nadie... ¡Augusta...! ¡Considérelo usted...! ¡Todo eso merece un premio...!

AUGUSTA

(*Dispuesta a ceder, pero queriendo declinar la responsabilidad de su derrota en Guzmán.*) Tengo miedo... miedo... a perder esa ilusión que ahora le acerca a mí.

DIEGO

(*Apasionado y ejecutivo.*) Podemos volver a vernos esta tarde, terminado el ensayo.

AUGUSTA

Imposible.

DIEGO

Al final del paseo.

AUGUSTA

No, no...

DIEGO

Mucho antes de la hora de cenar estaría usted de regreso en su hotel.

AUGUSTA

(*Escapando.*) Hoy no; el sábado.

DIEGO

¿Después del estreno?

AUGUSTA

Sí; después del estreno... (*Le entrega sus dos manos y sonriéndole le mira a los ojos.*) Después del estreno... cuando se haya usted cubierto de gloria, y yo...

DIEGO

(*Malhumorado.*) Y usted sea feliz con el triunfo de «él»...

AUGUSTA

(*Perversa.*) No; con el triunfo de usted, con el suyo no... (*Abre la puerta.*) Hasta la tarde.

DIEGO

Hasta la tarde.. (*Al quedarse solo se acerca a un espejo, se contempla algunos momentos y se deja caer en un diván, exclamando entre cómico y trágico.*) A Gastón Duprais le dices «que no» y a su mujer, horas después, le dices «que sí». Amigo Guzmán, ¡eres un tarambana...!

VII

Gastón despierta y mira a su alrededor. «No está Augusta», piensa. Sus ojos soñolientos aún, se dirigen hacia un reloj eléctrico, uno de esos relojes modernos que más parecen un río que un corazón, porque andan sin latir; son las nueve. «¿Dónde habrá ido Augusta?», vuelve a decirse Duprais. Lo que más le sorprende no es que Augusta se haya marchado, sino el cuidado, el sigilo meticuloso con que lo hizo. «Creeríase—razona Gastón—que se dirigía a un sitio adonde yo no la hubiese dejado ir.» Al mismo tiempo, sin saber por qué, se acuerda de Diego de Guzmán, y al instante el grupo de Augusta y del actor conversando en el teatro la víspera, durante el ensayo, surge en su memoria.

Transcurridos unos momentos, Gastón Duprais apoya un timbre.

CAMARERA

(*Entrando.*) ¿Llamaba el señor?

GASTÓN

¿Y la señora?

CAMARERA

Ha salido.

GASTÓN

¿Hace mucho?

CAMARERA

Serían las ocho y media.

GASTÓN

¡Sí que ha madrugado!...

CAMARERA

A mí me sorprendió verla tan temprano levantada; me dijo que iba al baño.

GASTÓN

(Hombre de mundo.) Ya lo sé.

CAMARERA

¿Tiene el señor algo que ordenarme?

GASTÓN

Descorra las cortinas y diga que me preparen el baño.

CAMARERA

Al momento.

GASTÓN

(*Levantándose.*) ¡Es raro que anoche no me dijese que hoy pensaba salir!... (*Otra vez las figuras de Augusta y de Diego, sentados y charlando, cruzan su espíritu.*) «Así deben de empezar los celos», piensa.

Despacio, con la lentitud del hombre que no tiene nada que hacer, toma su baño, se afeita y se viste. Son las diez y media. A espaciados intervalos, semejante a esas golondrinas que a la hora crepuscular pasan y repasan por los mismos sitios, dibújase en su pensamiento, cada vez más honda, más cruel, más acusadora, la interrogación:

«¿Dónde habrá ido Augusta?»...

GASTÓN

(*Dispuesto a salir.*) Creo que lo llevo todo: los cigarrillos, la cartera, el pañuelo, los guantes... el bastón.

Ninguna de estas palabras que articula distraído y como mecánicamente, suscitan en su imaginación ideas precisas, y es porque la conciencia no está allí.

Inadvertidamente, Duprais abre el armario de luna donde Augusta guarda sus ropas, y al encontrarse delante de aquellos entrepaños perfumados y cargados de finísima ropa interior, se pregunta:

«¿Qué he venido a hacer aquí?»...

Voliciones inconexas, añicos de ideas, recuerdos fragmentarios, le asaltan sucesivamente.

«Yo quería un pañuelo»—se dice.

Y después:

«No, no era un pañuelo... Una corbata quizás... Tampoco... Más bien un par de guantes»...

Se detiene a examinar los que lleva puestos.

«No necesito guantes»—murmura. Permanece unos instantes inmóvil, absorto, maravillado del inmenso silencio y de la obscuridad que hay dentro de sí mismo, y casi a la vez siente que lo que él buscaba no es suyo...

Entretanto, sus manos van indecisas, inseguras, como mareadas, de uno a otro entrepaño; sus dedos inconscientes, se crispan con rabia secreta sobre las batistas, sobre los guipures, arrugándolos, maltratándolos, cual si por el tormento quisiera arrancarles una solución. Abre una gaveta... destapa varias cajas: en una de ellas hay medias sin estrenar, en otra un corsé intacto...

GASTÓN

(*En voz alta.*) A mí se me ha olvidado algo y no sé lo que es...

De pronto, su mano derecha, la más diligente, la más avizora, tropieza debajo de un montón de ropa blanca con un paquete de cartas, fuertemente sujetas por una cinta. Una gota de lacre presta al legajo un carácter sagrado.

GASTÓN

¿De quién serán estas cartas? (*Deja el paquete, lo vuelve a coger.*) La letra es de hombre... ¿Quién sabe? (*Indulgente.*) ¡Alguna historia antigua!...

Va a cerrar el armario y se detiene. Repentinamente ha creído reconocer aquella escritura, joven, enérgica, ambiciosa, que mancha la albura de los sobres...

GASTÓN

Esta es la letra de Diego de Guzmán... ¡Pero si es imposible...! Aunque, sí... sí...

Furioso, sus dedos delgados rompen el balduque y ágilmente van sacando las misivas de sus sobres respectivos. Todas ellas, en efecto, son de Guzmán. Ante los ojos espantosamente abiertos de Duprais, se produce como un florecimiento monstruoso de frases de amor: aquellas frases se atropellan, se multiplican innumerables, se estorban...

«Inolvidable Augusta»... «En mi corazón, donde impera usted con tiranía de diosa»... «Desde que nos separamos anoche»... «Yo haría con mis labios, sobre la tierra, un camino para que usted pasase»...

Gastón lanzó un grito, un horrible grito que debió de resonar hasta en las profundidades del hotel. Amaba a Augusta... ¡Oh! ¡Cómo la amaba, cómo la deseaba... y él no lo sabía...! Por ensalmo, toda la cortesía, toda la elegancia de su estirpe francesa, desaparecieron, y la sangre india, que corría en sus venas, aquella sangre encendida por el sol de América, que era nieve en sus dientes, y en sus mejillas bronce, y azabaches fulgurantes en sus pupilas, abrasó su corazón.

Sin hablar más, rápido, ondulante, seguro, con una decisión asesina en el rostro y en el ademán, Gastón Duprais recogió las cartas delatoras, que guardó en un bolsillo, sacó de un maletín un puñal y salió.

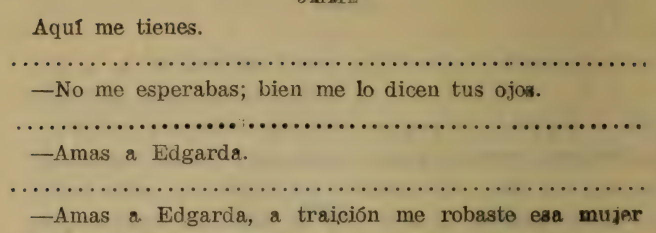
La puerta de la habitación quedó abierta, llena de una elocuencia extraña...

VIII

DIEGO de Guzmán se pasea nerviosamente por su cuarto de trabajo, examinando los momentos más difíciles —difíciles porque le parecen irreales—de su papel. Apenas Augusta se marchó, cogió el manuscrito de ***Lucha interior***, y ni un instante ha interrumpido su estudio. Tan pronto va y vuelve recitando en voz alta, como se sienta a reflexionar, o se detiene ante un espejo a refinar un ademán, o corregir acabadamente una expresión.

DIEGO

¿Por qué no he de poderme «meter» dentro de este papel? ¿Por qué no vencerlo?... El primer acto ya es mío, completamente mío; lo menos tengo en él cuatro aplausos. El segundo, también lo domino. Sólo el tercer acto es irreductible; el maldito puede más que yo; no lo siento... es ilógico... las frases que debían apasionarme, me hielan, me inspiran ganas de reir... ¡Qué desgracia...! En fin, vamos a repetir; alguien ha dicho que el genio es, en muchos casos, un alarde de voluntad. Pues yo he de realizar ese alarde; es necesario que la noche del estreno yo sea genio. ¡Todo por Augusta...! Insistiré hasta volverme loco, si es preciso, en la escena última. (*Leyendo.*)



JAIME

Aquí me tienes.

....

—No me esperabas; bien me lo dicen tus ojos.

....

—Amas a Edgarda.

....

—Amas a Edgarda, a traición me robaste esa mujer que era mi vida. ¿Por qué, dí, miserable, antes de cometer tal villanía, de una puñalada no me partiste el pecho?

DIEGO

(*Comentando.*) Sobran palabras; indudablemente en este parlamento hay palabras de más. Sin embargo, todas son sinceras y pueden decirse. (*Gesticulando.*) «¿Por qué, dí, miserable, antes de cometer tal villanía, de una puñalada no me partiste el pecho...?» Debo decirlo gritando y ponerme horriblemente pálido. Bien... bien... así. Este es el ademán. (*Se levanta, se observa en un espejo y vuelve a sentarse.*) Prosigamos.

JAIME

«De nada te servirán esta vez tus tretas de actor. Ahora no estamos en el teatro, donde todo es mentira, sino en la realidad donde se vive y se muere de veras.»

DIEGO

(*Furioso.*) Este parlamento es idiota; yo no he matado a nadie, pero imagino que en trance de tanto riesgo y

gravedad, los hombres no hablan o hablan mucho menos. ¡Este «bocadillo» no me lo sabré nunca de memoria! ¡No podré...! ¡Me repugna...! (*Lo lee varias veces y luego lo recita echando la cabeza hacia atrás y con los ojos cerrados, según hacen los muchachos cuando estudian sin ganas una lección. Prosigue.*)

JAIME

Me lo confesó ella.

....

—Ella, sí, al cabo más valiente y más noble que tú...

....

—Y si Edgarda no me lo hubiese dicho, estas cartas bastaban.

....

—Mal caballero.

DIEGO

(*Arrojando el manuscrito al suelo y poniéndose en pie.*) ¡No es posible...! Esta exclamación no tiene sentido común. ¡Se lo he dicho a su autor y se lo diría a Shakespeare...! (*Deteniéndose enfrente de un espejo.*) ¿Qué cara pondré para decir este «mal caballero»...? (*Hace diversos guiños.*) ¡Nada! (*Arqueando las cejas y echando los brazos hacia atrás.*) «Mal caballero». No, no está bien. (*Frunciendo el entrecejo y con voz profunda.*) «Mal caballero». (*Una pausa.*) Tampoco está bien. (*Alborotándose los cabellos y con las manos crispadas.*) «Mal caballero». No, peor, mucho peor. Estos son visajes, no son expresiones... Soy

una medianía, una despreciable medianía. (*Fuera de sí comienza a mesarse el pelo, y a puntapiés derriba algunas sillas.*) ¿Dónde hallar la expresión, el gesto, el gesto supremo...? ¿Dónde...?

(*La puerta de la estancia se abre violentamente, como de un empujón.*)

DIEGO

¡Gastón! (*Por el espejo le ha visto entrar.*)

GASTÓN

¡Ah...!

(*Es el suyo un grito indefinible, un rugido atávico de odio y también de placer: el placer de vengarse. Está lívido; el bronce de su rostro se ha hecho mármol.*)

(*Guzmán comprende que algo implacable y fatal le amenaza, pero su devoción al arte puede más en él que el instinto de conservación.*)

DIEGO

(*Gritando.*) ¡Espera...! ¡No te muevas...! ¡Ese gesto...! ¡Tu gesto... es el que yo necesitaba...!

GASTÓN

(*Jadeante.*) ¡Mira! (*Arroja a los pies de Guzmán las cartas que éste escribió a Augusta. En segudia, de un tirón, se arranca la corbata y el cuello de la camisa, que le sofocan, y se agacha como los tigres hacen para saltar. Está hermoso, está horrible.*)

DIEGO

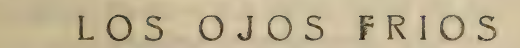
(*Fascinado y artista ante todo.*) ¡Deja que te copie...! ¡Aguarda...! ¡Dame ese gesto y salvo tu obra...! ¡No me mates aún...!

GASTÓN

¡Ah!... (*Se arroja sobre Diego y le clava el cuchillo en el corazón.*)

* * *

Por esto Diego de Guzmán no es glorioso, porque la tierra le llamó sin dejarle realizar el gesto estupendo que luego nadie hubiese olvidado. Aquel ademán magistral fué en su vida como un presentimiento, como una fiebre de perfección; lo buscaba, lo rozaba a veces, pero no lo poseyó nunca. Por unas horas fracasó: si Gastón Duprais le hubiera permitido vivirlas, aunque le hubiese asesinado después, le habría dado la inmortalidad.



LOS OJOS FRIOS

LOS OJOS FRIOS

I

Ante el mirlado ademán de la linda marquesita, Jacinto Espartel, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, inclinóse en un gesto correctísimo de docilidad.

—Perdone usted, Luisa...

—Yo le perdonaría a usted con una condición.

—Adivino cuál es.

—¿Y usted la acepta?...

—No.

—¿Ve usted? Pertenece usted a la familia de los incorregibles.

El volvió a humillarse respetuoso y cortesano, como solicitando el perdón de su nueva desobediencia.

—No sé vivir sin la alegría de amar a usted, Luisa... Tampoco puedo renunciar al consuelo de decírselo de cuando en cuando...

Se hallaban en la albura marmórea de la escalinata que conducía al parque. Tras ellos alzábase el hotel, lleno de músicas y de luces, palpitando como algo vivo con el jubiloso estrépito de la fiesta. La larga cristalería de la «serre» reverberaba deslumbrante. Ardían magníficos los

arcos voltáicos. Bajo la negrura solemne de la noche, las callejuelas arenosas del parque y los árboles copudos parecían de plata. A nardos olía la atmósfera tibia.

Para las últimas palabras de Jacinto Espartel, la joven tuvo un gesto enigmático: nada turbó la euritmia de sus músculos faciales; en sus labios no hubo ironía ni desdén; ni el más leve temblor cabalgó sobre el doble arco de sus cejas; los ojos azules y grandes permanecieron suspensos, casi hostiles, en la quietud de una expresión impenetrable. Después sofaldóse pulcramente y bajó la cabeza, complaciéndose coquetona en ver cómo sus pies, finamente calzados, recortaban su perfil diminuto sobre la blancura bruñida de los peldaños. Jacinto la ofreció una mano, que ella aceptó, y todos los nervios del galán vibraron al recibir la suave presión de aquellos dedos puntiagudos, terminados en uñas rosadas y pulidas. Preguntó:

—¿Qué hora es?

—Pronto serán las doce.

Y como el diálogo volviera a interrumpirse, él agregó:

—¿Ya quiere usted marcharse?

—Sí; es tarde; me esperan...

—No diga usted eso. Si su marido no está en Madrid, nadie debe esperarla a usted.

—Me espero a mí misma. Hay dentro de mí otra «yo»: una alma, la mía, muy diferente del alma vulgar que usted y todos conocen. Ella es quien me aguarda. ¡Y si viera usted cómo se entienden las dos y qué gustosamente charlan por las noches, luego de bien cerradas las puertas de mi dormitorio!...

Pasearon cogidos del brazo, cambiando saludos y sonrisas con otros invitados que, como ellos, habían bajado a solazarse al jardín. El propuso:

—¿Quiere usted que nos sentemos?

—Como usted guste.

Su ofrecimiento era interesado. Desde hacía rato pretendía reanudar con Luisa un discreteo amoroso y no sabía cómo. Esperaba que aquel cambio de actitud imprimiese a la conversación un rumbo nuevo: la misma frase puede tener más o menos valor según la posición en que estemos al pronunciarla; la palabra que, dicha de cierto modo, sería emocionante, en otro momento podría llegar a ser decisiva, sobre todo cuando es una mujer quien escucha. Son estos ligeros fenómenos de psicología experimental que los negociantes y los «profesionales del amor», especialmente, conocen muy bien.

Acomodáronse sobre un banco colocado bajo un grupo de árboles. Luisa Verin, aun sin parecer preocupada, mantenía aquella actitud espectante, indescifrable, habitual en ella. Era alta, y los movimientos de su cuerpo exquisitamente ondulado, habían una lentitud y una elasticidad extrañas. A la luz blanca de los arcos voltáicos, su abundante y crespa cabellera rubia parecía un gran broche de oro. En el livor eucarístico de la frente, las cejas, tranquilas como las de una Venus clásica, pintaban dos líneas finas y apacibles, de ininteligible expresión. Todo reposaba en el óvalo de aquel bello rostro: la nariz aguileña, la boquirrita roja y hermética, el mento voluntarioso, recogido, vertical como un juramento. Y sobreponiéndose a estos rasgos, en cada uno de los cuales el observador hallaba un silencio que parecía una pregunta, resplandecían los ojos de un inseguro color azul; ojos largos, quietos, tenaces, un poco asombrados, que al mirar lo hacían espaciosamente, cual si descifrasen en las personas y objetos cualidades ocultas; ojos grandes, fríos, ojos crueles, entre

cuyas pestañas nadie vió jamás suspendida la dulzura femenina de una lágrima.

Bajo la luz de aquellas pupilas azules el seductor perdía el dominio de sí mismo. Un silencio plácido les rodeaba; en la penumbra musgosa del jardín cantaba una fuente, y el chorro argentino del surtidor que subía recto, luego se desmoronaba, roto, como la punta hecha pedazos de un florete; por las ventanas abiertas del hotel salían el hilo cadencioso de aristocráticas elegancias, las notas de un vals. Jacinto Espartel sacó un cigarrillo que encendió y chupó ávidamente.

—¿Hace mucho tiempo—dijo— que no tiene usted noticias de Jaime?

—Al contrario, me escribe con frecuencia. Su última carta la recibí ayer.

—¿Y usted, le escribe?

—Casi todos los días.

—¡Después de nueve años de matrimonio!

—¿Le parece a usted imposible, verdad?...

Callaron. El, preguntó:

—¿Es cierto que Jaime irá agregado a nuestra Embajada en Roma?

—Así dicen y eso quiere él; pero yo no deseo salir de Madrid.

—¿Por qué?...

Los ojos fríos de Luisa Verin clavaron sobre el indiscreto una mirada punzante, pero las cejas y los labios permanecieron mudos. Jacinto, a pesar de sus cuarenta años, experimentó ese malestar que producen a los mozalbetes las mujeres de mundo. Y era que algo magnético, turbador, se desprendía de Luisa y la rodeaba y defendía como una armadura. Recobróse, no obstante, y con habili-

dad encauzó la conversación hacia donde le apetecía llevarla. Tímidamente al principio, y luego con certero desenfado, atacó a la joven de distintos modos, reiterándola sus anhelos de amor.

—Todo eso—exclamó la marquesita de la Trocha, con un suspiro de cansancio—estaría muy bien si yo tuviese desocupado el corazón.

—¡Ah!... ¿Pero es que su corazón no está vacío?... Yo creía que sí... lo creía... y aún sigo creyéndolo. Seguro estoy de no equivocarme. El marqués, con sus cincuenta años bien corridos y llenos forzosamente de desilusión, es demasiado viejo para usted.

Los ojos fríos no contestaron y hubo un breve silencio. Atrevidamente, con la osadía de la impaciencia, Jacinto Espartel agregó:

—A no ser que en ese corazón, que el recuerdo de Jaime no puede llenar, viva otro amor...

Tampoco esta vez los ojos fríos respondieron, y su silencio despectivo lo sintió el seductor en las mejillas, flagelador como una bofetada. Rehecho, continuó:

—En la brevedad de nuestra pobre vida hallamos la razón que más eficazmente ha de disculpar todos nuestros pequeños errores. ¿Para qué atormentarnos con trabas inhumanas y artificiosos deberes, cuando de lo que fuimos pronto no quedará nada, ni siquiera la entelequia de un recuerdo? ¿A qué rodearnos de fantasmas? ¿Para qué erizar la existencia, de suyo harto difícil, de inhospitalarias cortapisas?... Además, la experiencia demuestra que cuanto los legisladores y moralistas presentan como abominable, es lo lógico ante la suprema inteligencia de la Naturaleza. Buena prueba de ello es que los movimientos genuinamente libérrimos de nuestra carne, se rebullen y triunfan al cabo

sin que basten a destruirlos ni las religiones, con todo el formidable poderío de sus castigos eternales, ni los códigos, con toda su atávica fiereza.

Satisfecho de su abundante peroración, Jacinto Espartel continuó:

—Y no crea usted que una condescencia amorosa, como la que yo imploro de su bondad, aminore en un ápice el concepto excelente que de su recato tengo ya formado. No imagine que acepto aquella vulgarísima opinión, según la cual, «lo que una mujer me concede a mí, puede también otorgárselo a otro», pues sólo puede discurrir así quien se considere el último y más inferior de los hombres...

Espartel arguyó largo rato. sin obtener respuesta. Luisa Verin permanecía inmóvil, y sobre el fondo obscuro del parque mal alumbrado, su cuerpo mórbido y esbelto, vestido de blanco, se recortaba con perfiles lapidarios, en una serie de ondulaciones armoniosas. Sus largos ojos azules no expresaban agrado ni disgusto, ni tampoco fastidio: nada que tuviese el gesto definido de un sentimiento. Entre sus manos finas, pródigamente enjoyadas, un abanico de nácar con figurillas Watteau, ceremoniosas y polícromas, se cerraba y abría con ris-rás tranquilo.

De pronto, la joven se puso en pie.

—Perdone usted; no puedo detenerme más.

Jacinto Espartel se levantó también, respetuoso.

—Estoy a sus órdenes. Y, sea lo que fuere, nunca olvidaré la bondad con que me ha escuchado usted esta noche.

—Agradézcamela usted.

—¿Cómo?... ¡Es usted cruel! ¿Acaso mis palabras la han ofendido?

Ella no contestó: como siempre, su opinión última se perdía como desleída en el silencio.

Al salir del hotel, delante del landó que esperaba a Luisa, y en medio de la algazara frívola y cordial con que los invitados a la fiesta se marchaban, Jacinto Espartel se despidió.

—Adiós, Luisa. Perdóneme usted si no la olvido.

Ella subió al coche, y un lacayito, rígido y un poco cómico, bajó su escarapelado sombrero de copa, cerró la portezuela.

Sin poder contenerse, Jacinto Espartel se acercó a la ventanilla.

—Estaba pensando, marquesa...

—¿Qué?

—En la extraña manera que tiene usted de mirar. Seguramente Lucrecia, la romana, miraba así...

Luisa se echó a reir.

—Creo que no...

Y el landó se alejó silencioso y rápido, sobre la blandura de sus ruedas engomadas.

II

Apenas arrancó el vehículo, Luisa Verin cerró los ojos, abandonándose a un vago sopor.

Un momento, la imagen, a la vez implorante y gallarda de Jacinto Espartel, volvió a su espíritu. Indudablemente era un buen mozo, y sus amigas Enriqueta Roldán y Agustina Castillo hubieron para con él benevolencias vituperables, según malas lenguas aseguraban. También se decía que la vizcondesa de San Cirilo, a pesar de sus cuarenta años, le recibió una tarde de julio, a la hora de la siesta, en su cuarto de baño...

Durante un invierno las bravas aventuras emprendidas por Jacinto Espartel sirvieron en los salones aristocráticos de golosa comidilla. En valentía, en gentileza, en libertinaje elegante y conquistador, en todo sobresalía aquel calavera endiablado. Apenas llegó a Madrid, su aparición puso en la existencia gris de los salones una franja roja de escándalo. Manejaba el florete como un maestro y montaba a caballo como un «jockey». Lo que no lograba su simpatía, lo avasallaba su mucho dinero. Sus noches de embriaguez eran temibles, tuvo desafíos de los que siempre libró bien, y los hombres le miraban con recelo, mortificados bajo el mirar impertinente de sus ojos ariscos. Cuando paseaba por Recoletos a caballo, las doncelli-

tas y aun las casadas, volvían la cabeza hacia él con coquetería. A Luisa Verin, sin embargo, nunca le interesó aquel hombre. ¿Por qué?... No hubiera podido decirlo, que el desamor, como el amor, en la mayoría de los casos es inexplicable. Para la marquesita de la Trocha, Jacinto Espartel era un vanidoso que buscaba en el amor, más que la satisfacción de un deseo, el aplauso público, la admiración y la envidia de «la galería». El acatamiento que sus amigas rendían a Espartel no la emocionaba. Luisa Verin sabía que la humanidad es superficial, y que quien intente burlarla lo conseguirá sin otro trabajo que el de disfrazarse bien. Para ella, mujer de mundo, la mitad de los héroes venerados por la Historia no pasaron de ser unos comediantes, unos admirables histriones que conquistaron la posteridad embarcados en la mentira de un bello gesto.

Merced a esta condición reflexiva y fría que la ponía a cubierto de las sigilosas sorpresas de la impresión, la marquesa de la Trocha, a pesar de su ociosidad, de sus aburrimientos y de su hermosura, no tuvo amores. Casáronla sus padres a los veinte años con don Jaime de la Torrecilla, que a la sazón frisaba en los cuarenta. Luisa, que fué al matrimonio sin entusiasmo y acaso también sin curiosidad, no amó nunca al marqués, no obstante su amable trato y su buena discreción. Ni los blancos bigotes, ni la perilla de plata, ni las manos, un poco tardas para la caricia, del viejo aristócrata, podían interesar el corazón de Luisa; el tiempo les divorciaba al ofrecerles el panorama del mundo desde dos puntos de vista diametralmente opuestos; nada podía acercarles; la boda, que para ella traía púrpuras de amanecer, vestía para él tristuras de desenlace, reflejos desmayados de crepúsculo vespertino.

Y ese fracaso, del que quizás Luisa Verin no tuvo cabal conocimiento, acabó de endurecer su alma, de suyo cerrada y poco asequible a la emoción. Más allá de la noche nupcial, esa noche bruja en que las vírgenes deletrean llorando el secreto del Paraíso perdido, prodújose alrededor de la joven como un gran silencio: los días, los meses, pasaban ante ella mudos, apacibles, tediosos, semejantes a un desfile de religiosos encapuchados; nada se rebullía en torno suyo; nada imprevisto inquietaba el equilibrio somnífero del conjunto; diríase que su vida, detenida de pronto, se hizo cristal. Poco a poco, la marquesita de la Trocha fué olvidando la costumbre de reir, hablaba despacio y accionaba sobriamente; su cuerpo armonioso tuvo actitudes estatuarias; en su manera de andar, de cruzar los brazos, de fruncir el entrecejo para oir, había un gesto de reconcentración. No obstante, los hombres la solicitaban, porque vislumbraban en ella algo enigmático y fuerte. Su alma, como las grandes llanuras, tenía una expresión intensa, perforante, nacida de su propia quietud; y el vigor sobrehumano de aquella voluntad, que, aunque nada punible hubiese hecho hasta entonces, debía de ser capaz de llegar a todo lo malo, palpitaba en la inmovilidad añil de las pupilas.

....

Una vez, sin embargo, los ojos sondeadores y extáticos, los ojos fríos, de Luisa Verin, ardieron de pasión.

El landó de la marquesita de la Trocha llegaba al final de la calle de Velázquez; torció luego a la derecha y se detuvo frente a la verja de un jardín. Luisa Verin, arrancada bruscamente al curso de sus meditaciones, incorporóse rápida y descendió del vehículo sin esperar a que el espolique abriese la portezuela. El coche partió. La jo-

ven empujó la cancela, que estaba entornada, y avanzó con caminar reposado bajo la penumbra de los árboles. Al fondo alzábase coquetón un hotel de dos pisos: sobre la fachada bañada en luz lunar, las ventanas, con sus persianas herméticamente cerradas, pintaban misteriosos rectángulos verdes.

Esteban Saldagni salió a recibirla, y sus manos impacientes se crisparon con un gesto voraz de garra, sobre la espalda y el talle de la Deseada.

—¡Las dos!...—murmuró—. Creí que ya no vendrías... ¡Oh!... ¡Qué impaciencia!... ¿Cómo tardaste tanto?

—No pude escapar antes; no me dejaban marchar; el baile ha durado hasta ahora mismo.

Comenzó a besarla, con besos callados, vampirescos, sobre los labios, entre los cabellos.

—Luisa... corazón...

Ella reclinó sobre el hombro del galán su cabeza de oro y esta vez los ojos fríos se aterciopelaron con una expresión de humildad, de voluptuosa docilidad y de supremo amor, que ningún hombre, excepción hecha de Esteban Saldagni, conocía.

Por la escalerilla alfombrada subieron al piso principal y penetraron en un salón tapizado de azul turquí. Una claridad lechosa anegaba el ambiente, bruñía el perímetro de los espejos, rebrillaba sobre las figulinas de mármol y los sutiles entrepaños de laca y cristal de los jugueteros, tejía un halo luminoso alrededor de los muebles forrados de seda blanca. En los jarrones languidecían nardos odorantes y rosas de te.

La joven se había desembarazado de su larga capa de encajes, y en el encanto añil y nieve del salón, el oro de su crespa cabellera parecía más puro, más fresco el rosa

discreto de sus mejillas nacarinas, más limpia y aterciopelada la nieve cálida del cuello. El volvió a trabarla por el talle y a cubrir su garganta y sus labios de besos sonoros.

Era un mozalbete que apenas pasaba de los veinte años; pequeño, delgado, ágil; vestía un elegante traje de franela blanca y zapatos de charol; tenía el pelo negro y lacio, partido en dos porciones iguales sobre la frente; una frente de poeta, tersa y joven, por la cual no había pasado aún la sombra de ninguna melancolía. En los grandes ojos negros llameaba la voluptuosidad, la terrible diosa sagrada, melancólica y ardiente, que vive de sí misma; la nariz era recta y fina, el rostro enjuto; la boca, de labios delgados, parecía vibrar constantemente en una mueca desvergonzada y cruel.

Esteban Saldagni era italiano. La marquesita de la Trocha le conoció en el circo de Price, en la función inaugural de una compañía de acróbatas. Saldagni, el más pequeño de los que se apellidaban en los carteles «Hermanos Talverg», era quien dando en el aire dos vueltas seguidas rompía el papel de otros tantos aros separados entre sí por un espacio de cuatro metros. El joven gimnasta vestía aquella noche un leve traje de malla verde, con adornos de plata, que modelaba los menores esguinces y temblores de su carne dura, vibrante, prodigiosamente flexible y elástica.

Varias noches consecutivas, la marquesita de la Trocha, unas veces con su esposo, otras con amigas, fué al circo de Price. Aunque nunca había tenido aventuras galantes, era en cuestiones amorosas una psicóloga astuta, una «teórica» que conocía, de referencias, cuantos ardides pueden conducir en tan abstruoso y recóndito terreno a las

más altas y eterizadas emociones. A través de sus gemelos de nácar, Luisa Verin, inmóvil y extática, avizoraba los más imperceptibles movimientos del acróbata: su modo de presentarse en público, el gesto seguro y simpático con que levantaba la cabeza para saludar, la constante ondulación tigresca de sus músculos. Evidentemente, la cualidad más inmaterial de los cuerpos es el movimiento: de tal manera, que nunca la carne se acerca tanto al espíritu como cuando se mueve. Persuadida de esto, la marquesita de la Trocha procuró deducir el alma de Saldagni del ritmo de sus ademanes favoritos. Aquel hombre de talle mimbreante y de una anatomía muscular tan complicada y perfecta que le permitía adoptar actitudes inaccesibles para la generalidad, debía poseer un espíritu raro, dócil como su espina dorsal, vigoroso y ágil como sus miembros, y capaz, en suma, de las más intensas y perversas pasiones.

—¡Sería un amante ideal—meditaba Luisa—si yo le educase!...

Y esta exclamación, repetida muchas veces en el curso de sus largos soliloquios, creció, invadió sus pensamientos, acabó por enseñorearse de su espíritu.

Cierta noche, al salir del circo, Esteban Saldagni vió que desde la ventanilla de un modesto coche de alquiler una mano femenina le llamaba. Tímidamente, sobrecogido por ese miedo que suelen inspirar las mujeres a los atletas, el joven se acercó. Enrojecieron sus mejillas y su lengua italiana, poco familiarizada aún con el rotundo y viril idioma de Castilla, balbuceó:

—¿Es a mí?

—Sí. ¿No se llama usted Esteban Saldagni?

—Sí, señora.

—Entonces no me he equivocado. Hágame el favor de subir al coche. Una señora, amiga mía, desea conocerle a usted.

Saldagni obedeció. El cochero, cumpliendo una consigna, fustigó al caballo y el vehículo descendió por la calle del Barquillo, hacia la de Alcalá.

—¿Le he estropeado a usted la noche, verdad?—preguntó la desconocida.

—¿A mí?... ¡Al contrario!

Y agregó, galante:

—¿Cuándo pude soñar una aventura mejor?

Contemplaba con ojos voraces a su interlocutora: era alta, señoril; iba vestida de negro y sencillamente; tenía el rostro carnoso y blanco, la boca muy pequeña, la nariz fina, los ojos grandes, de un mirar perforante y sereno: eran sus cabellos rubios, ardientes como una llamarada de oro y de sol.

Preguntó Saldagni:

—¿Es cierto que una amiga de usted me espera?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque, después de conocerla a usted, yo... ¡palabra de honor!, no me importa ninguna mujer. Si usted es bondadosa con los que la aman y su amiga acostumbra a servirse de usted como intermediaria para sus aventuras galantes, seguro estoy de que habrá recibido muy graves chascos. Es usted demasiado hermosa para ser cambiada.

Los ojos de la desconocida le miraban con expresión fría, y al responderle, su voz de contralto tenía modulaciones cálidas que mordían su carne.

Saldagni continuó:

—¿Cómo se llama usted?

—Luisa.

—¿Y el apellido?

Ella se detuvo, vacilante; mas vencida por el mirar implorante del enlabiador, repuso:

—Verin.

—Me gusta, suena bien... «Verin»... parece extranjero...

Efectivamente, era ella, la marquesita de la Trocha, en persona, que no atreviéndose a hacer partícipe de sus debilidades a ninguna amiga, arrostraba valientemente los peligros a que su capricho la exponía.

Aquella noche Esteban Saldagni fué muy feliz; todos sus deseos se cumplieron y cuanto pidió le fué otorgado munificamente.

Terminado su contrato con la empresa del Circo de Price, Esteban Saldagni se despidió de sus compañeros de farándula para irse a pasar la otoñada en una finca que Luisa Verin poseía en tierras de León. Hallábase situada la casa en la cresta de un cerro y ante una llanura que derivaba hacia el horizonte con ondulaciones blandas. Aquí y allá blanqueaban pintorescas alquerías, y en las encrucijadas de los caminos, sobre la paz de los campos verdeantes, una cruz mostraba a los vagabundos el misterio consolador de sus brazos piadosos.

Aprovechando una ausencia del marqués de la Trocha, quien, cumpliendo obligaciones diplomáticas, se hallaba en Portugal, Luisa Verin y su amante permanecieron allí dos meses. A principios de invierno regresaron a Madrid. Ella no quería que él trabajase.

—Se trabaja—decía—cuando hay necesidades a qué atender, y a ti nada te falta, puesto que yo te quiero y soy rica.

El cedió, cerrando los ojos a la vergüenza y rebajamiento que había en el fondo de su condescendencia. Durante las

primeras semanas se reunían en casa de ella, por las noches, adoptando toda clase de precauciones para no ser vistos. Pero como esto siempre ofrecía dificultades y peligros, Luisa Verin decidió buscar a su pasión refugio más seguro. Muy lejos, en una de las últimas calles del barrio de Salamanca, lo halló. Era un hotelito afincado en el centro de un jardín. Tomólo en alquiler la marquesita de la Trocha, y para mayor secreto, el contrato de inquilinato se extendió a nombre de Esteban Saldagni.

El antiguo gimnasta, convertido repentinamente por un capricho icario de su feliz estrella en «hombre de placer», vivía ociosamente, sin otra preocupación que el amor de Luisa. Nada le faltaba al italiano: en su cartera siempre había dinero, sus trajes eran elegantes, su carne, más que satisfecha, colmada y ahita de caricias, no padecía el aguijón de ningún apetito.

La marquesita de la Trocha, cuyos ojos, por lo fríos y austeros, eran populares en las tertulias del Madrid aristocrático, reservaba para Saldagni infernales fervores. Las mujeres pierden en acicalarse una gran cantidad de energías sensuales. Luisa Verin, por el contrario, puso todos sus vigores espirituales y físicos al servicio de su frenético amor. Desde que conoció a Saldagni, los colores de sus trajes y la forma de sus sombreros dejaron de preocuparla: caminaba sin coquetería y no había en su risa intención tentadora; parecía asexual; bajo la mirada glacial de sus ojos los conquistadores más animosos titubeaban. En cambio, ¡cómo se transformaba, con qué supremas energías sus nervios gozadores se desquitaban entre los brazos de Saldagni, de las horas tediosas de castidad y recogimiento!... Y para mejor exaltar su hermosura y ofrecer con ello mayor regalo y embriaguez al amado, fué

para lo que decoró de blanco y azul el hotelito hechicero de sus citas. Ella lo ordenó todo: el color de los muebles, la disposición voluptuosa de los espejos, la distribución de los divanes, blandos, profundos, propicios a los antojos repentinos del deseo...

Así transcurrieron varios meses, sin que el fiero enamoramiento de Luisa Verin decreciese. Amaba en silencio, amaba con rabia; por aquel amor sentíase capaz de lo más negro; diríase que este recio derramamiento pasional de su alma era como un desquite que quisiera tomarse de los años que vivió sin cariño. Pero todo ello sin alardes impúdicos, disimuladamente, tras la fría máscara de su semblante impasible.

Los misterios de que se rodeaba la marquesita de la Trocha, no produjeron, sin embargo, el efecto apetecido; la curiosidad pública es grande, y los felices tienen en el fastidio envidioso de los que se aburren un terrible enemigo.

Varios vecinos aseguraban que, ya de madrugada, habían visto salir de casa de Luisa Verin un hombre...

III

SE hallaban en el comedor y acaban de servir el café. La marquesita de la Trocha, reclinada entre los cojines de un diván oriental, muelle, ancho y profundo, entreteníase en ir abriendo con una plegadora las hojas de un libro. Rosita Merino y Paz Delgado continuaban sentadas a la mesa, riendo y charloteando bulliciosas, alborotadas las nerviosas cabecitas por el espíritu vigilante del café y el humo perfumado de los cigarillos egipcios. Las dos eran solteras. Rosita Merino tenía poco más de veinte años; Paz Delgado no pasaba de los veinticinco; su mímica, llena de pequeños ademanes ilógicos y traviesos, era turbulenta y meridional; en la elocuencia de sus ojos que iban sin cesar de una emoción a otra, en el regocijo carcajeante de sus labios bermejos, en el trajín frívolo de sus manecitas enjoyadas, palpitaba esa alegría desbordante, matizada de atrevimientos impúdicos, que caracteriza la conversación de las mujeres solteras cuando no las oye ningún hombre, y que es para ellas como un desquite.

Habían fumado mucho; el ambiente cálido de la estancia empurpuraba las mejillas; en las copas brillaban licores verdes, licores amarillos, atrayentes como pupilas. Rápidamente el alcohol enardecía las voluntades, desencerraba los instintos, desataba las lenguas parleras. Paz y Rosa

tenían sed de diversiones, fiebre de aventuras extravagantes y hazañosas. Ambas estaban de acuerdo en que una muerte temprana es mejor y más artística que una existencia sin risas. Rosita Merino, que cuando abusaba del curasao o del coñac, empezaba a destoser y a decir que sufría del pecho, exclamó con un largo suspiro de desengaño:

—Ignoro si viviré poco o mucho; ¿qué importa?... Además, eso nadie lo sabe, porque la duración de nuestra vida guarda relación constante con el uso que de ella hacemos. Es vano preguntarle al médico: «¿Viviré mucho?...» Como es cándido tratar de saber lo que durarán los zapatos que acabamos de adquirir. «Eso—nos responderá el zapatero—depende de que ande usted mucho o poco, y de la clase de caminos por donde vaya, pues a camino breve y bueno no hay calzado malo.»

—Es verdad—replicó Paz sentenciosa.

—¡Ah! ¡Si yo fuese libre!...

—¡Y yo!

—Andaría, andaría siempre, aunque los pies se me hiciesen pedazos... y preferiría los caminos más difíciles... porque generalmente son los más bonitos... El Destino dispuso que lo bello y lo doloroso nunca se separen.

Luisa Verin había acabado de abrir el libro y, los brazos cruzados bajo la nuca, miraba al techo; sus ojos fríos, punzadores, impenetrables, tenían esa inmovilidad, toda reflexión, que asombra en los retratos de Pantoja.

Paz Delgado interrogó:

—¿En qué piensas?

La marquesita de la Trocha, sin responder, se encogió de hombros. Lo que en aquellos momentos ocupaba su imaginación era inconfesable: rememoraba su hotelito de la

calle de ***, y las escenas de amor desarrolladas en el saloncito azul y blanco, y la dulzura con que Saldagni, medio en español, medio en italiano, la despedía asegurándola que su pasión era su vida y que no la olvidaría nunca.

Rosita Merino preguntó:

—¿Hace mucho que no veis a Espartel?

—Anoche—repuso Paz—le vi yo en la Comedia.

—¡Qué hombre tan guapo!

—Y tan simpático.

—Sí. Un poco petulante, tal vez...

—Quizás.

—Pero de ese defecto adolecen casi todos los buenos mozos.

—Verdad.

Rosita miró a Luisa Verin, con intención avizora.

—¿Y tú?—preguntó al advertir que para su ojeo interrogador la marquesita de la Trocha no tenía respuesta—; ¿también has visto a Espartel?

Displicente, la joven repuso:

—Casi todos los días.

—¿Dónde?

—Aquí; desde mis balcones.

—¿Te pasea la calle?

—Sí.

—Dicen que está enamorado de ti.

La marquesita de la Trocha hizo un mohín desabrido.

—Eso dicen, en efecto...

Paz Delgado y Rosita cambiaron una mirada maliciosa. En todas partes se había hablado del tenaz asedio que Jacinto Espartel puso al señoril recato de la marquesa, y nadie dudaba de que un galán tan ducho en lides amoro-

sas como él no hubiese llegado en su empeño muy lejos. Por otra parte, alguien dijo, y la injuriosa noticia propalóse rápida de tertulia en tertulia, que más de una vez, a altas horas de la noche, ojos curiosos vieron salir de casa de Luisa Verin un hombre embozado...

—¿Y vosotras creéis que a mí puede gustarme Espartel? —preguntó la joven.

—¿Por qué no?... ¡Bah! Y no sería yo quien te lo censurase. La mujer que, cual tú, vive separada de su marido las tres cuartas partes del año, tiene derecho a todo.

Sobre los ojos fríos, los párpados, guarnecidos de largas pestañas, cerráronse enigmáticos. Luego hubo una pausa, un grave silencio, que así podría ser una negativa como una confesión.

Después hablaron del marqués de la Trocha, cuyo inmediato regreso anunciaban los periódicos de la mañana.

—En efecto—replicó Luisa—, ayer recibí carta suya, y le espero de un momento a otro.

Cuando Rosita y Paz Delgado se marcharon era media noche. Inmediatamente Luisa Verin volvió a su cuarto, vistióse y salió sigilosamente por la escalerilla de servicio. Muy lejos, allá en las alturas arboladas del barrio de Salamanca, la imagen de Esteban Saldagni brillaba para ella como una luz.

Al día siguiente regresó a Madrid don Jaime Arbiol, marqués de la Trocha. Era un hombre cincuentón, alto y elegante, sobrio de ademanes, con la perilla y el bigote enteramente blancos. Desde el primer momento, la joven advirtió en su marido algo anormal: había desconfianza en sus ojos, en sus palabras reticencias extrañas y exploradoras. Más de una noche salió después de cenar, diciendo que iba al teatro, y regresó inopinadamente, fingiéndose

enfermo. Desde su alcoba, Luisa le oía subir la escalera de puntillas, introducir sin ruido el llavín en la cerradura y luego cruzar las habitaciones pausadamente, deslizando los pies, como quien va de caza.

Durante una semana, la marquesita de la Trocha no pudo ver, ni siquiera escribir, a Saldagni. La primera entrevista que los dos amantes tuvieron, después de esta larga separación, fué muy dulce; él, infantil y nervioso, lloró de alegría; ella, más fuerte, pero también muy conmovida, le sentó sobre sus rodillas y le besó y meció como a un niño. Todo aquel frío entono que caracterizaba las palabras y actitudes de Luisa Verin trocábase para Saldagni en lagoterías, en frases de cariño, en una serie interminable de palabras convertidas caprichosamente en diminutivos para mayor regalo y caricia.

«Te quiero muchito... vidita mía, chiquirritico mío... ¿De quién soy yo, si no tuyita siempre?...»

Era un hablar primitivo y pueril, sensual, caliente como un derretimiento de amor.

A la tarde siguiente volvieron a reunirse en su hotelito. Como siempre, Luisa llegó en coche de alquiler. Apenas la vió Saldagni advirtió en su rostro—aquel rostro tan besado, tan suyo, que jamás tuvo antifaces para él—la palidez de una preocupación. Era un semblante nuevo.

—¿Qué tienes—balbuceaba—, qué sucede? ¿Sospecha Jaime «lo nuestro»?...

—Ignoro si lo sospecha o no—repuso la marquesita gravemente—; sea lo que fuere, nada me ha dicho.

—Entonces, ¿por qué estás triste, por qué ese mal color?... Alma... ¡dímelo!...

Se había incado de rodillas y temblaba en sus cejas una

expresión aguda de curiosidad y de amor. Ella detuvo en Saldagni una mirada firme.

—Es que anoche he meditado mucho. No me preguntes en qué.

Durante la entrevista estuvo fría, distraída; ni un momento sus sentidos, otras veces tan ardientes, despertaron; una obsesión llenaba de negruras su espíritu. Al marcharse apoyó sus manecitas, a la vez cariñosas y fuertes, sobre los hombros de Saldagni, y mirándole fijamente a los ojos:

—Si yo fuese soltera, o si enviudase... ¿te casarías conmigo?

El repuso vehemente, aunque algo sorprendido:

—Con toda mi alma.

Se despidieron y Esteban Saldagni no volvió a acordarse de esta pregunta, un poco extraña, de la joven. Fué necesario que Luisa insistiese para que él rememorase aquella interrogación, que fué como un sondaje.

—He reflexionado mucho en lo que me dijiste los otros días—insinuó ella.

—No recuerdo...

—En que, si yo enviudase, te casarías conmigo.

—¡Ah, sí!...

Contestó distraídamente, pero luego la joven, con la insistencia y razonada lentitud de sus palabras, le hizo temblar.

—Es que si yo llegase a ser libre y tú no quisieras casarte conmigo... No sé lo que haría... Me creo capaz de matarte...

Cuando Luisa se hubo marchado, Esteban Saldagni pensó, por primera vez, en su porvenir. Durante aquellos dos años de molicie, sus músculos se habían debilitado y en

su voluntad se quebrantó la afición al trabajo. Ahora, realmente, le hubiese costado un gran sacrificio volver a la agitación de los circos; mejor y más cómodo era vegetar así, a la sombra de una pasión generosa que le permitía estar confortablemente instalado y vestido. ¿Pero duraría aquel amor lo que su vida durase? Y entonces comprendió que una boda con la marquesita de la Trocha, una boda que legalizase y diera solidez definitiva a lo que por el momento permanecía oculto, podía asegurar la tranquilidad de sus años viejos. Después se encogió de hombros. Eran aquellas conversaciones «de camino»; ¿acaso Luisa Verin no estaba casada, y el marqués de la Trocha, tieso y ágil dentro de su larga levita, no gozaba de perfecta salud?

Las preguntas de Luisa no carecían, sin embargo, de intención, ni fueron hechas con el solo objeto de registrar el ánimo del antiguo gimnasta, de cuyo amor estaba bien segura, sino que eran como siniestro reflejo o eco macabro de cuanto la marquesita había discurrido en el transcurso de aquellas últimas noches.

Como Luisa había dicho a Jacinto Espartel, en ella convivían dos almas: una caliente, impetuosa, anárquica, que sólo Esteban Saldagni conocía; y otra, ordenada, burguesa, temerosa de lo instituído, esclava de la opinión ajena.

Luisa adoraba en Saldagni y esta adoración no necesitaba de incentivos para medrar; antes bien, como era vigorosa, tenía en sí misma la razón de su duración y crecimiento. ¡Oh, si ella pudiera casarse con Esteban! ¡Si supiese trocar su amor criminal en cariño legítimo y respetado!.. Sería ésta la única manera de que sus dos almas, la indócil y la mansa, se reconciliasen en el sedante regocijo de un sentimiento tan grande, tan firme, que fuese legal sin dejar de ser poesía.

Y, pensando en esto, Luisa Verin comprendió que en el camino de su felicidad había un obstáculo: el marqués; un obstáculo que podía suprimirse... La idea del crimen, después de aterrarla, huyó, y oculta anduvo varios días; luego reapareció, y, aunque tornó a esconderse, fué para volver cada vez con mayor tenacidad y espacio.

Su prestigio rojo iba apoderándose del espíritu de la joven; ya no la asustaba; llegó a ser para ella como una caricia, como un camino de esperanza. ¡Enviudar... ser libre... reir, pero legalmente, entre los brazos del hombre que eligió su corazón!...

Hubo momentos en que el propósito de desembarazarse del anciano marqués llegó a definirse en la imaginación de Luisa Verin con perfiles rotundos. La iba en ello, no ya su felicidad, que feliz no puede ser la mujer que perteneciendo a un hombre adora con alma y sentidos a otro, sino también su reputación, hasta entonces intachable, de esposa. Era indudable que a su alrededor los maledicentes empezaban a murmurar; nada concreto sabían aún, pero la sospecha existía ya, y el espacio que separa la sospecha de la certidumbre la malévola condición humana lo recorre pronto. Luisa Verin adivinaba que, de prolongarse aquella situación, su nombre no tardaría en convertirse en objeto de mofa y ludibrio; las desvergonzadas insinuaciones de Paz Delgado y de Rosa Merino se lo habían demostrado así, y contra ese derrumbamiento su orgullo se rebelaba.

Para ser dichosa, con alegría total, en la que no hubiese humillaciones ni remordimientos, Luisa Verin necesitaba conservar incólume su prestigio señoril; pero como no podía renunciar al amor de Saldagni, sentíase forzada a casarse con él. Y al llegar a este punto de sus cavilacio-

nes, la idea de desembarazarse del marqués volvió a ofrecerse como algo ineluctable, que la obligaba a levantar los ojos, cual si aquella sentencia de muerte viniese de lo alto.

Mas, ¿cómo lograrlo?... ¡Saben tanto los médicos y los jueces, y es tan difícil borrar bien los rastros de un crimen!...

Luisa Verin sonrió; acababa de sorprender un absurdo, un contrasentido: ¿por qué la sociedad, que deja morir de hambre a tantos individuos, castiga a los criminales tan severamente?...

IV

¿Te marchas?—preguntó Saldagni—; es temprano; aún no han sonado las siete.

—No importa. Jaime me ha dicho que hoy cenaremos pronto. Vamos a la Comedia. ¿Te espero?

—¿Acaso he dejado de acompañarte, aunque de lejos, a todas partes?

—Es verdad...

Con los brazos en alto, la marquesita de la Trocha acababa de ponerse el sombrero ante el gran espejo, con marco de felpa azul, colocado sobre la chimenea. Vestía un traje muy ceñido. En aquella actitud, los senos parecían más altos, más largo el talle, más amplia la pomposidad sensual de las caderas. Esteban Saldagni, a horcajadas sobre una silla, contemplaba, sumido en un éxtasis de voluptuosa gratitud, la armonía estatuaria de aquel cuerpo que tantas veces le rindió toda la gama enervadora de sus complacencias.

Luisa Verin cogió su paraguas y sus guantes.

—Ea, ya está—murmuró—. Ahora veremos si encuentro un coche. ¿Llueve?

Saldagni se acercó a la ventana y miró primero al cielo y luego a la calle. Sus mejillas, de pronto, palidecieron.

—¡Luisa—exclamó—, Luisa!... Tú no me quieres... No me quieres... y esa ingratitud va a costar una vida.

En la voz del antiguo gimnasta había un trémolo fiero, gutural, amenazador. Luisa Verin se acercó a él precipitadamente.

—¿Por qué me hablas así?—dijo—. «Estebita»... ¿qué tienes?...

Y los ojos fríos, los ojos duros, volvieron a aterciopelarse con una expresión de infinito amor. Había en su semblante asombro leal y alegría; una alegría de mujer primitiva, llena de instintos atávicos de esclavitud, para quien los golpes suelen ser dulces como caricias.

—No te comprendo—repetía—, no te comprendo... ¿Por qué hablas así?

Esteban Saldagni hizo un gesto.

—Mira.

Ella siguió el movimiento del amado. A la terminación de la calle, cerca de la de Velázquez y refugiado en el quicio de una puerta, aparecía la figura conquistadora de Jacinto Espartel. A su vez, Luisa Verin palideció.

—Me lo habían dicho—prosiguió con voz ronca, trepidante de cólera, el italiano—; como nuestras relaciones son un secreto para todo el mundo, nadie se abstiene de hablar delante de mí... Y me aseguraron que Espartel era tu amante... pero yo no lo había creído...

Se interrumpió, porque la ira le apretujaba la garganta, y continuó:

—No, yo no lo creí... me parecía imposible... pero ahora, Luisa, francamente... ahora ¡no sé qué pensar!...

Ella, temblando de gozo, le echó los brazos al cuello y le cubrió de besos el rostro. Más que defenderse, tra-

taba, maternal, de consolar a Saldagni del dolor de aquella sospecha.

—¡Cómo me quiere!—pensaba gozosa—. ¡Cómo me quiere!... ¡Qué felicidad ser amada así!

Viéndola tan sinceramente risueña, Esteban Saldagni se tranquilizó.

—¿Entonces—murmuró—por qué está ese hombre ahí?

—Ven; voy a decírtelo.

Fué leal. Desde hacía mucho tiempo, Jacinto Espartel la cortejaba con una asiduidad manifiesta. Aquella tarde, al salir de su casa, le vió. Trató de esquivar su saludo, pero no pudo, y el indiscreto fué siguiéndola a corta distancia. Entonces, para despistarle, subió a un coche, mas él debió de hacer lo mismo, por cuanto estaba allí.

—Eso—exclamó Saldagni—es demasiado.

Se levantó, frotándose las muñecas, como hacen en los circos los luchadores antes de empezar la pelea; todo su cuerpo nervudo y ágil de acróbata trepidaba.

—¿Quieres que te desembarace de él?

Iba a abrir el balcón, pero ella se opuso.

—¡No, no!... ¡Te lo suplico!... Yo sé lo que debo hacer... pero tú, no; tú no hagas nada... ¡Todo menos un escándalo!

Cuando le vió sosegado, añadió:

—No, yo no quiero que riñas con nadie... Yo no tengo otra alegría que tú, ¿sabes?... Y si te ocurriese algo malo, ¿qué iba a ser de mí?... Además, dicen que ese hombre es un espadachín terrible, un perdonavidas que ha empleado la suya en aprender a tirar toda clase de armas...

Acabó de serenarle dándole muchos besos. Bien sabía ella que el asedio indiscreto de Espartel era motivo de

murmuración, pero esto terminaría cuando aquél se convenciese de que sus pretensiones eran vanas.

—Yo iba a decírselo a Jaime—agregó—; y no me atreví. Jaime, como sabes, tiene el carácter violento, y entre hombres estas cuestiones siempre son graves...

Calló bruscamente, cual si una mano invisible la hubiese cerrado la boca, y sus mejillas rosadas palidecieron hasta la lividez; blancos quedaron los labios, la nariz pareció afilarse, hondas ojeras violáceas rodearon los ojos, los magníficos ojos, hondos y fríos. Aterrado, Esteban Saldagni se incorporó de un salto.

—¡Luisa, Luisa!... ¿Qué tienes?...

Ella permanecía muda, yerta, trágica, en su demacración repentina. Fué como un desvanecimiento. El repitió enloquecido:

—Luisa... ¿te sientes mal?... ¡Habla!

La marquesita pareció despertar; moviéronse sus párpados y llevóse a la frente una mano trémula, blanca, con blancura de lirio. Después, sus ojos, velados por una expresión cruel que Esteban Saldagni ignoraba, clavaron sobre el italiano una mirada interminable.

—¡Ay, Esteban!—exclamó—. ¡Esteban, Esteban!... ¡Si tú supieras!

El multiplicó sus preguntas, pero ninguna obtuvo respuesta. Estaba asustado, consternado, fuera de sí. Hubo un silencio. Luisa Verin continuaba sentada, las manos cruzadas sobre el regazo, los ojos dilatados, quietos. A largos silencios, repetía:

—¡Si tú supieses!...

De pronto se levantó, cual si acabase de adoptar una resolución, y seguidamente, bajo la tiranía de la voluntad, sus facciones se serenaron y sus ojos recobraron

aquella impasibilidad que los engrandecía y magnificaba. El la acompañó hasta la puerta, sumiso, comprendiendo que con ella se le escapaba un secreto.

—¿Qué ha sido eso?—balbuceó—. ¿No me lo dices?

—No ha sido nada.

—Me engañas.

—No... pero hoy no puedo decírtelo. Sé discreto. Algún día lo sabrás... Entretanto vive seguro de que te quiero con toda mi alma, y de que, por ser tuya hasta la muerte, no retrocedería ante nada.

Transcurrieron varias semanas; las fiestas pascuales eran ya pasadas, y por los salones aristocráticos empezaba a circular la alegría de los primeros bailes.

Aquella noche los marqueses de la Trocha ocupaban una platea en el teatro de la Comedia. Era noche de moda. Un público selecto invadía el patio de butacas; arriba, sobre los cortinajes obscuros que cerraban los antepalcos, destacaban espléndidos, lujuriantes, los hombros desnudos, leche y rosa, de las mujeres. Luisa Verin vestía un traje de gasa blanco, que dejaba al descubierto el descote opulento y la mitad de la espalda. Un cintillo de diamantes refulgía en la morbidez aterciopelada del cuello; un cuajarón de sol parecían sus rubios cabellos rizosos, artísticamente recogidos; la inmovilidad de las largas cejas y de los labios endurecían el rostro, bello y austero como el de Isis. A su lado, don Jaime Arbiol lucía, bajo el frac, su busto sólido y elegante aún, de hombre de mundo. En una platea cercana, Rosita Merino, Paz Delgado y otras dos señoras, conversaban alegres y comían bombones. Desde las butacas a los palcos volaban sonrisas, miradas que eran citas, saludos frívolos lanzados con las puntas de los dedos...

La sinfonía había terminado. En aquel momento apareció por el pasillo central de la sala la figura gallarda, retadora, de Jacinto Espartel. Pisaba recio, y, mientras se atusaba las guías del bigote con prosopopeya vanidosa, miraba a todas partes, solicitando la atención del mujerío. Después dirigió descaradamente sus gemelos hacia la platea de los marqueses de la Trocha. En el palco de Rosa Merino hubo un revuelo de cuchicheos y de sonrisas.

—Ahí está «ese»...

—¡Cómo había de faltar!

—¡Y con qué desvergüenza la mira!

—Está loco por ella y no puede ocultarlo. Luisa, en cambio, disimula muy bien.

—Y el pobre marqués, entretanto...

—Camino de Babia.

Espartel continuaba con los gemelos puestos en Luisa Verin. De pronto, la marquesita de la Trocha se puso densamente pálida, y sus manos se crisparon.

—¡No puedo resistir más!—exclamó.

Su marido volvióse hacia ella.

—¿Qué es eso?—dijo.

Cual si hubiese estado en antecedentes de lo que ocurría, sus ojos se dirigieron hacia Jacinto Espartel. Por su rostro, la cólera extendió instantáneamente su blancura homicida; bajo su mento, lleno de voluntad, temblaba iracunda su perilla de plata. Don Jaime Arbiol se había levantado.

—¿Qué es eso?—repitió.

—Que ese hombre—repuso Luisa Verin con acento fiero y señalando a Espartel, que la miraba impasible y desafiador—me persigue constantemente. ¡Oh, es horrible! Todo

el mundo lo sabe y estamos en ridículo... ¡Yo no aguanto más!

Instantáneamente, de un modo rectilíneo, el marqués de la Trocha saltó de un brinco, con la agilidad de sus años mozos, al pasillo que separaba las butacas de los palcos y plateas, y se dirigió hacia donde Espartel parecía esperarle.

—¿Es a mi señora a quien tiene usted la desvergüenza de mirar así?—exclamó Arbiol.

El interpelado contestó sin inmutarse:

—Sí, señor.

El marqués se arrojó sobre el insolente, con tanto coraje y brío, que le derribó al suelo. Los circunstantes intervinieron, separando a los contendientes. La representación empezaba...

Don Jaime regresó a su palco, acompañado de dos amigos que se ofrecieron a servirle de padrinos en el lance que indudablemente iba a tener. Así fué, en efecto: a la terminación del primer acto, el anciano marqués recibió la visita de los padrinos designados por Jacinto Espartel.

Este, invocando su calidad de agraviado, había elegido la pistola como arma de combate. Todo quedó concertado allí mismo. El encuentro se realizaría al día siguiente, a las nueve de la mañana, en los alrededores de El Pardo.

Entre tanto, Luisa Verin permanecía en el palco, ecuánime, sin una contracción en el bello rostro, dejando resbalar sobre la concurrencia la mirada dura y fría de sus ojos de turquesa.

Al salir del teatro, los marqueses de la Trocha subieron a su landó.

—¡A casa!—ordenó don Jaime al cochero.

Durante el trayecto, y como si su conciencia le censurase lo hecho, Luisa Verin dijo al anciano:

—Comprendo que he cometido un imprudencia, mas no pude contenerme. Perdóname... Ese miserable estaba burlándose de nosotros.

Amablemente, casi risueño, heroico ante el peligro, don Jaime repuso:

—Nada, hija mía, anda; hiciste muy bien.

Pasó la noche encerrado en su despacho, ordenando sus papeles y añadiendo a su testamento algunas cláusulas que escribió con pulso firme. Después estuvo en la sala de billar ejercitándose en tirar al blanco. Ya de madrugada se acostó, encargando a su criado que le llamase a las siete en punto. A las ocho se desayunó, encendió un cigarro puro y fué a despedirse de Luisa. La abrazó estrechamente, con una vehemencia en la que, seguramente, había muchas lágrimas.

—Yo—exclamó—sospechaba que ese botarate te perseguía... y, si he de serte franco, confesaré que hasta llegué a dudar de ti. Pero, lo acaecido anoche, me ha demostrado lo contrario. Gracias. Eres como yo quería que fueses.

La besó con efusión en los labios, sobre los párpados; y sucesivamente sus manos oprimieron la espalda de la amada, los senos, el talle, las caderas, como despidiéndose de todo aquel cuerpo con cuyas perfecciones fué dichoso tantas veces.

—Toma—agregó—otro beso, el último, el último... por si no volvemos a vernos.

El marqués de la Trocha, que sabía que su rival era un tirador excelente, estaba seguro de morir. El tenía mala vista; a Espartel, además, le tocaba disparar pri-

mero. Apenas llegó al lugar del combate y antes de ocupor su puesto, don Jaime, cuyo buen humor habitual no había flaqueado, despidióse de sus padrinos alegremente, como quien va a emprender un viaje de recreo. No había en sus palabras ni en sus actitudes la menor tristeza.

—Hasta la otra vida—murmuró.

Fueron estas sus últimas palabras. El juez de campo dió la señal. En el acto, Jacinto Espartel extendió el brazo con ademán desdeñoso y disparó, y el marqués cayó muerto. No tuvo agonía; el balazo lo recibió en el corazón.

V

MAS de dos meses estuvo la marquesita de la Trocha sin poner en la calle los pies. Clérigos elegantes, de ademanes cordiales, y señoras enlutadas que hablaban en voz baja, la visitaban diariamente, y ella recibía a todos con esa afabilidad triste de las personas distinguidas que han sufrido mucho. Vestía de luto, llevaba los hermosos cabellos partidos simétricamente sobre la frente; en sus manos aristocráticas, manos viudas en las que el arte de acariciar ya debía ser inútil, no quedaban sortijas.

El escándalo que ocasionó la muerte del marqués puso a la opinión, tantas veces injusta, de parte de Luisa Verin. Todos la compadecían; era un mujer noble, orgullosa, enamorada fanáticamente de su marido, y a quien un fatuo había querido manchar. Esta vez los «profesionales» de la murmuración quedaron chasqueados: Luisa Verin era «una virtud», y su castidad y recogimiento parecían tanto más grandes, cuanto que Espartel, adornado por todas las excelencias de la hermosura física, del dinero y del valor, era un verdadero «Don Juan».

Cierta noche, ya de madrugada, Esteban Saldagni oyó detenerse un coche ante la puerta de su hotel; del vehículo descendió una mujer alta, vestida de negro. Era Luisa.

Los dos amantes se abrazaron frenéticamente, y sus labios magulláronse en la presión de un beso salvaje.

—¡Por fin!—murmuraba él, los ojos anegados en lágrimas.

Y ella:

—Tuya... «tuyita»... ¡y ahora para siempre!

Trató Saldagni de llevarla al dormitorio.

—No—replicó la joven—; es muy tarde, no me conviene detenerme; ya ves que no he despedido el coche. Toma...

Desabrochóse el cuerpo del vestido, y de las profundidades fragantes del corsé sacó un fajo de billetes del Banco.

—Aquí tienes veinte mil pesetas... No discutamos. Es preciso que inmediatamente salgas de Madrid. Hoy mismo despides a tu criado, cierras la casa y te marchas a San Sebastián. Tan pronto llegues me envías un telegrama sin firma y que sólo contenga las señas de tu domicilio, ¿comprendes?... Nada más que las señas.

—¿Y tú?

—Yo te escribiré cuando pueda, y lo haré con toda la frecuencia que las circunstancias me lo permitan. Tardaremos en reunirnos cinco meses, seis... ¡qué sé yo!... Pasado ese tiempo, yo iré a buscarte; ahora, adiós.

El procuró retenerla.

—Espera, me dejas asombrado. ¿A qué motivos obedece este viaje repentino? Dímelo... Esto parece una fuga; ¿nos amenaza algún peligro?

Ella le interrumpió:

—No quieras averiguar nada; cumple ciegamente mis encargos y vive tranquilo. Conténtate con saber que estamos en lo que podría llamarse el «segundo acto» del

drama de nuestra vida, y que para este drama necesitamos hallar un desenlace cómodo, noble, gallardo... digno, en fin, de nosotros.

Saldagni aún quiso insistir.

—Dime algo... una palabra...

—Imposible. No quiero... podrías asustarte de mí, aborrecerme... La verdad de lo acaecido la conocerás después que estemos casados.

—Asustarme... odiarte...—repitió el italiano—¿tan grave es?

—Muy grave, mucho...

Iba a contestar y no pudo, tan dura fué la mirada que irradiaban sobre él los grandes ojos fríos de Luisa Verin. Aquella expresión enigmática, a la vez indiferente y apasionada, era nueva para Saldagni. Las pupilas húmedas, dulces, aterciopeladas por la voluptuosidad, que él conocía, habían cambiado, y eran siniestras, imperativas, irresistibles, como un decreto de la Fatalidad. Ellas prepararon todo aquel enredo de traición y de sangre; ellas armaron el brazo de Jacinto Espartel y empujaron hacia la muerte al viejo marqués; ellas, en fin, habían sabido disimular bajo su tranquilo azul la existencia «del otro», del «dueño,», y acercarse a él sin exponerle a riesgo alguno.

Junto a Luisa, bella y fuerte, con esa fortaleza de las mujeres hermosas que se impusieron un camino, Esteban Saldagni se sintió desvaído y pequeño.

—Como tú quieras—dijo.

—Sé discreto, «Estebita», sé discreto—repitió ella—; no hables de mí con nadie.

—Con nadie; vé tranquila.

—Y, sobre todo, quiéreme... con todo tu corazón; quié-

reme... aunque estos piececitos que tú has besado tantas veces, para traerme a ti definitivamente hayan tenido que mancharse de sangre.

Se despidieron. Ocho días después llegó de San Sebastián el telegrama esperado. Contenía solamente el nombre de una calle y un número.

Una tarde la viuda de don Jaime Arbiol recibió la visita de Paz Delgado y de Rosita Merino. La reciente desgracia de Luisa sirvió de asunto a la conversación. Se hallaban las tres en el comedor y este detalle trajo a la memoria de Rosita el recuerdo de un diálogo que sostuvieron allí mismo, pocos meses antes.

—¿Te acuerdas, Luisa—exclamó—cuando yo te dije que por ahí se hablaba de tus relaciones con Espartel?...

—Me acuerdo... porque me hizo daño.

—Es que yo creía que Jacinto...

—Ya lo sé.

—Lo repetían todos...

—Lo sé... por eso hice lo que hice...—agregó suspirando—. El mundo es infame. Ya veis... con una calumnia así se deshace un honor.

Sus ojos fríos no parpadearon, pero una gran risa debía de llenar toda su alma cruel. ¡Oh...! ¡Si el mundo supiese que la puerta de su calabozo la abrió Jacinto Espartel, y que la pistola con que éste mató al marqués fué para ella llave libertadora!...

Poco a poco la atención tornadiza del público iba olvidando la trágica muerte de don Jaime. A este olvido coadyuvó eficazmente la desaparición de Madrid de Jacinto Espartel, a quien su triste hazaña había colocado en una situación poco airosa. Luisa Verin, con su riguroso apar-

tamiento de todo trato social, contribuía también a que lo pasado fuera borrándose en el silencio de las cosas idas.

El anciano marqués de la Trocha fué enterrado en la vieja Sacramental de San Justo; Luisa Verin iba a visitar su tumba con frecuencia, y como daba a los empleados del cementerio propinas generosas, todos aparentaban creer en la sinceridad de su dolor y la compadecían.

La joven gustaba de pasear por aquellos fúnebres patios, bajo las bóvedas sonantes de las altas galerías, a las que las ordenadas ringleras de los nichos daban aspecto de biblioteca. En aquella enorme estantería de piedra, cada lápida era como el tejuelo de un libro, y Luisa Verin pensaba que todos esos nichos donde los hombres entierran primero un gran dolor y luego un gran olvido, guardaban una historia, acaso una tragedia...

Poco a poco los remordimientos de la marquesita de la Trocha, si algunos tuvo, iban debilitándose, apagándose en la alegría de los días nuevos. Afortunadamente el dolor es menos fuerte que la ingratitud, porque aquél, por sincero que sea, se resuelve irremisiblemente en olvido, mientras éste es eterno, pues caben en él todas las horas que están por llegar.

A principios de agosto, la marquesita de la Trocha vendió sus muebles, cerró su hotel y se trasladó a San Sebastián, donde, según dijo, tenía parientes.

Al arrancar el tren, Luisa Verin se estremeció y sus ojos magníficos, sus ojos fríos, se llenaron de lágrimas. Lloraba de alegría: se sentía fatigada, aniquilada moralmente, pero feliz. El terrible drama que había empezado a componer seis meses antes tocaba a su desenlace.

Luisa Verin iba a casarse con Saldagni, a legitimar aquella terrible pasión por la cual llegó al crimen. Sí, «al

crimen», pues las palabras con que precipitó a su marido sobre Jacinto Espartel, equivalieron a una puñalada, porque con ellas le arrojó a la fiera, a la muerte...

Era aquel, efectivamente, un drama en el que todos los papeles fueron bellos: el esposo caballero que sucumbe defendiendo su honor; el aventurero que mata en defensa propia y gallardamente; y en segundo término, la viuda joven y virtuosa, llorando en el silencio de la alcoba vacía...

Porque nadie sospechó que tras estos tres personajes estaba «el otro», el favorito, el verdadero traidor, esperando a «la libertada» con los brazos abiertos...

VI

Cía la tarde; bajo el cielo rosa y azul las gaviotas vagabundas enderezaban su vuelo hacia la costa; blanqueaban en el horizonte las velas latinas de algunas barcas pesqueras que tendían sus redes; el sol poniente pintaba sobre el océano inmenso, rizado por la brisa, un ancho y refulgente camino de plata.

Al trasponer la barra y recibir en la proa tajante el primer embite franco del mar libre, el trasatlántico se estemeció; crujieron las cuadernas poderosas, vibraron los mástiles y el recio cordaje y la mole del buque cabalgó gallarda sobre las olas. Las chimeneas lanzaron al espacio convulsos remolinos de negro humo; allá abajo, muy lejos, la hélice ululaba roncamente, barrenando el abismo.

A popa, apoyados sobre el blanco barandal de la toldilla, la marquesita de la Trocha y Esteban Saldagni miraban alejarse las costas españolas. Ella vestía un traje color de ante, corto y muy ceñido a las caderas, y una boina roja, bajo la cual ardían triunfales sus cabellos rubios, dorados por el sol. Había en su erguida actitud una especie de baladronada o desafío, y como él suspirase, la joven preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Estás triste?

—No... ¿Por qué, si en esta renovación de nuestra vida me acompañas tú?...

Hablando así la rodeó el talle con un brazo y la estrechó apasionadamente contra su pecho. A su lado, un inglés alto y seco, con largas patillas bermejas a las que se agarraba la brisa, ojeaba impasible el horizonte.

Aquel viaje, en efecto, constituía para ellos una «renovación», una especie de «segunda parte» añadida a su historia aventurera. Quince días después desembarcarían en Buenos Aires; pero, ¿se quedarían allí o irían a otro punto?... Nada les importaba, todo les era indiferente, puesto que siendo ricos la vida dejó de parecerles un problema y la inmensidad criminal de su amor bastaba a hacerles dichosos.

La joven continuaba mirando al mar; sobre la costa que menguaba rápidamente en la lejanía, los destellos postreros del crepúsculo cernían una gran claridad roja, un brochazo trágico; y la imagen sangrienta del anciano marqués pasó por la memoria de la joven. Un segundo, sólo un segundo, los ojos fríos tuvieron un parpadeo extraño; en seguida recobraron su impasibilidad augusta. Y Luisa Verin se oprimió el corazón, pensando ufana, que bien vale una muerte la felicidad de una vida.

UNA BUENA ACCION

UNA BUENA ACCION

I

En una de las calles céntricas más ruidosas de la gran ciudad y a la hora del anochecer, el escaparate de la joyería de Ornátua, triunfaba desde muy lejos, blanco y rútilo, con la alegría atrayente de un faro.

Todos los objetos pueden, sin padecer demérito, ser revendidos; los muebles, los libros, los cuadros; hasta las ropas.... Las joyas, no; las piedras preciosas que han llevado a las negras entrañas de la tierra la fastuosidad multicolor de los jardines, se marchitan al igual que las flores. Las joyas que aparecen en las subastas de los Montes de Piedad, y las que conocieron el cautiverio infamante de las Casas de Préstamos, son melancólicas; por bien limpias que estén, lucirán menos; su brillo es incierto como el de los ojos que han llorado; creeríase que el drama de miseria que las condujo allí, las amustió y adhirió a ellas una pátina de *jettatura.*

¿Será que las lágrimas tienen la propiedad de entristecer el oro...?

Nada, por el contrario, tan cálido, tan alucinante, bello y jocundo como una exposición de joyas nuevas. Es el mi-

lagro de la luz hecha piedra, el prodigio de ver prisioneros, uno a uno, los siete divinos versos del espectro solar: son los zafiros, azules como gotas de rocío de un cielo vernal; son las esmeraldas, semejantes a las verdes salpicaduras de una ola; los rubíes, que parecen conocer el misterio vital de la sangre; las perlas, poseedoras del enigma, ungido de silencio, de la niebla; los topacios, que inmovilizaron la mirada amarilla y terrible del león... De día, sin embargo, las joyerías interesan poco; la cruda lumbre del sol las empalidece, las humilla; flaquea el ardimiento de sus gemas; vacila su valor; parecen enfermas; son como pupilas soñolientas. Hasta que el crepúsculo se avecina y se encienden los primeros faroles. Entonces, repentinamente, los escaparates de las joyerías fulguran, arden; el espíritu aventurero de la noche las inflama; parecen la entraña de un horno; parecen también, con sus chispazos rojizos, verdosos y dorados, el ojo abrasador de un tigre en acecho. Fascinan, emborrachan: tienen el alma orgiástica de esos grandes casinos cosmopolitas donde las monedas de oro dan a las mesas, sobre las que piruetea la Fortuna, el aspecto de una cola de pavo real. Son el pecado: acercarse a una joyería, es pedirle una cita a la Tentación.

Las escasas personas que conocían a don Javier Ornátua le suponían poseedor de una fortuna, en pesetas, de cinco millones.

Era un hombre fibroso y alto, ligeramente encorvado, en una actitud que acendraba la expresión de su entrecejo meditativo. Frisaba en los sesenta años; pero sus ojos grises, de un gris enmelado, como manchado por la luz áurea de los tesoros que pasaron ante ellos, conservaban íntegramente su imperiosa vivacidad moceril. La cabeza

pequeña, la frente deprimida, la línea curva de la nariz, los labios sinuosos y el mento agudo, trazaban un interesante perfil fenicio. Tenía las manos huesudas, inquietas y grandes; manos pedigüeñas, codiciosas, insaciables; manos que, al cerrarse, tenían una expresión sórdida de raqueta.

De Ornátua se sabía que nació en un pueblo de Guipúzcoa y que, huyendo del servicio militar, embarcó para América. Estuvo en Cuba, después en Panamá, desempeñando diversos oficios—todos humildísimos—llegó a Colombia, donde unos aventureros italianos y españoles con quienes trabó relaciones, lleváronle a trabajar en los entonces casi ignorados yacimientos de esmeraldas, de Santa Fe de Bogotá. Allí comenzó su fortuna, y una sombra rojiza planeaba sobre aquellos años lejanos.

Decía la leyenda que Ornátua y sus compañeros trabajaban por cuenta de cierto individuo que—nadie explicaba cómo—ejercía jefatura sobre aquellos terrenos apenas explorados. La labor era ruda: teñidas de verde por el óxido de crono, las piedras que buscaban aparecían dispuestas en estratos horizontales y paralelos sobre la caliza bituminosa del criadero, y como se hallaban blandeadas por el agua de la cantera, rompíanse fácilmente. Precisaba cogerlas delicadamente, sin golpearlas, cual si fuesen flores. Pero, ¿qué importaba el dolor de la brega comparado con la largueza de la ganancia...? Y no se hable de las alegrías estéticas con que aquellas gemas acariciadoras y enigmáticas, cual ojos femeninos, abrasaban el corazón de los mineros. Como sobre el negro lienzo de nuestra melancolía fulge siempre una ilusión, así las esmeraldas emblemáticas brillaban en la vastedad fuliginosa del filón, y si alguna se quebraba, antes multiplicaba

su hermosura que la perdía, semejante a esas grandes esperanzas, de las que al romperse brotan otras esperanzas más pequeñas.

Varios meses transcurrieron, y el botín arrancado a la tierra era ya considerable. Ornátua y un italiano, apellidado Bressi, se habían hecho muy amigos, y como el campo une a los hombres más que la ciudad, a poco de tratarse no hubo entre ellos nada secreto. Uno y otro ardían en deseos de marcharse de allí; mas no considerándose aún bastante ricos, decidieron robar el tesoro que su patrón—según referencias fidedignas—guardado tenía en los sótanos de una Casa de Banca, de la capital. La tarea era difícil, pero realizable, y de los medios que ambos se valieron para llevarla a buen término la murmuración nada dice. Lo probable es que Bressi y Ornátua consiguieron su propósito merced a un escalo, que la operación la verificaron de noche, y que, al hallarse en presencia de la riqueza buscada, tan exorbitante les pareció, tan formidable fué el esplendor con que las barras de oro y los sacos llenos hasta la boca de esmeraldas, rutilaron súbitamente a la luz de la linterna sorda que les alumbraba, que allí mismo, de la emoción de codicia que, semejante a un puñal, le traspasó el alma, Bressi quedó muerto de bruces sobre el tesoro verde, como un ahogado a orillas del mar. Otros narradores aseguran que no fué la alegría, sino una cuchillada en la espalda lo que mató a Bressi...

Lo único cierto es que Javier Ornátua desapareció de Colombia, que años después le vieron en Lima y que, mucho más tarde, ya casado y padre de dos lindas mozas, regresó a España.

Su trato afable, su encendido amor a la familia y sus prestigios de multimillonario, le granjeaban en todas par-

tes relaciones y simpatías. A poco de llegar a Madrid abrió una joyería, que pronto fué la predilecta del mundo elegante. Poseía don Javier cualidades excepcionales para aquel tráfico. No solamente hablaba de las joyas en comerciante, sino que también las examinaba y quería como artista. Treinta y cinco años de práctica habíanle descubierto minuciosamente los mil secretos, trampas y zancadillas de su oficio, y aturdía la rapidez con que, casi a primera vista, determinaba las cualidades de una piedra. Las esmeraldas, sin embargo, fueron su especialidad, y se vanagloriaba de conocerlas sin necesidad de mirarlas.

—Yo, al tacto—decía—sé distinguir un berilo de Finlandia o de Sajonia, de una «agua marina» o de cualquiera de esas esmeraldas asombrosas con que, de cuando en cuando, la Siberia o el Brasil hacen temblar de envidia a los reyes del oro.

Ornátua, que había recorrido los Museos principales de Europa para estimar, por sus propios ojos, las esmeraldas históricas más célebres, experimentó una turbación inefable, parecida al éxtasis, cuando vió la que adorna la tiara de los Papas desde el pontificado de Julio II; y durante los tres meses que permaneció en Roma le atormentó la idea de hallar aquella otra esmeralda enorme, a través de la cual—cuenta Plinio—igual que si fuese una lente, contemplaba Nerón las escenas del Circo.

También solicitaban su amor los rubíes, que brillan en la obscuridad después de haber estado expuestos al sol, y que, según los nigromantes, preservan de los venenos y de la peste, y evitan la melancolía. Los topacios, conque los caldeos adornaban las gargantas de sus mujeres, y que poseen la rara virtud de impedir que hierva el agua. Las

perlas, de que habla la mitología indostánica, hermanas de aquella que Cleopatra bebió disuelta en vinagre y que cayó, semejante a una lágrima de la Fatalidad, sobre el mundo antiguo. Las amatistas, una de las doce piedras sagradas que señorearon el pectoral del Sumo Sacerdote de Israel, y que hoy adornan, con la melancolía morada de unas ojeras de dolor, el anillo pastoral de los obispos. Los brillantes, rocío misterioso del subsuelo; las turquesas, que viven la vida azul de los cielos y palidecen para morir; las ágatas, que exasperan el brillo del oro; los azabaches, que dan el triunfo; los corales, que encalman las tempestades y permiten al viajero cruzar los ríos sin ahogarse, y otras muchas piedras a las que la ciencia peregrina de los alquimistas tantas alucinantes maravillas ha atribuído.

Don Javier habitaba con su familia un cuarto entresuelo que una escalerilla de hierro, dispuesta en espiral, relacionaba con la joyería. Don Javier pasaba en la tienda la mayor parte del tiempo, y no era precisamente el deseo de lucro, sino el cariño a su oficio, lo que le retenía allí. De noche jamás salía a la calle. Vivía aislado y como aparte de sus familiares, a quienes nunca hablaba de sus asuntos. Respecto de esto su hermetismo era absoluto. Nadie sabía lo que compraba, ni lo que vendía, ni la cifra exacta de su fortuna. Unicamente de tarde en tarde—una o dos veces al año, tal vez—su mujer y sus hijas le veían aparecer inopinadamente por el hueco de la escalera, frotándose las manos y sonriendo con una mueca de buen agüero que ellas ya conocían. Después se plantaba delante de ellas y pausadamente, como si le costase trabajo ser generoso, decía:

—He subido para deciros que quiero regalaros algo; pensad lo que queréis.

Y se iba. Las muchachas reían felices; la madre comentaba refunfuñadora:

—Se conoce que hoy, vuestro padre, ha hecho un buen negocio.

Una mañana de las primeras del mes de noviembre, muy temprano, apareció en la joyería de Ornátua un individuo de tez aceitunada y ojos negros magníficos, cuya procedencia oriental don Javier olfateó en seguida. Era un tipo obscuro. Vestía pobremente y en su modo de hablar, bien se echaba de ver que conocía varios idiomas. Con el andar silencioso y felino de los hombres de su raza, se acercó al mostrador.

—¿Te convendría comprar una esmeralda...?

Los indostánicos, como los moros, no emplean jamás el substantivo común «usted».

Don Javier tembló ligeramente: las esmeraldas constituían su mayor pasión, su vicio único; la idea de ver una esmeralda le desasosegaba y producía una agitación casi sensual. Pero, enmascarando su gozo lo mejor que supo, replicó:

—Quizás... según...

El recién llegado sacó del bolsillo, envuelta en un papel de seda, una esmeralda; apenas la depositó sobre el paño del mostrador, cuando pareció que en el interior de la joyería producíase una luz nueva. A pesar de su inmensa experiencia, los ojos de Ornátua sufrieron un deslumbramiento. Era una piedra admirable por su transparencia y disposición, y que no mediría menos de veintiocho milímetros de diámetro por veinte de altura. A don Javier se le habían secado los labios.

—No es fea—balbuceó.

—Es algo—interrumpió el desconocido con un gesto de impaciencia—que vale lo que se pida: diez mil, quince mil, veinte mil pesetas... Ocho quilates pesa. Yo te aseguro que en España, a no ser en algún Museo, no hay otra igual.

—Repito—contestó don Javier ya recobrado y en plena posesión de sí mismo—que la piedra me gusta. Pero has de saber que la ley nos prohibe comprar joyas cuya procedencia ignoramos.

—No te preocupe eso. Esta esmeralda viene de Terán... Además está hechizada; pruébalo. Te dará la suerte.

El asiático, que leía en el rostro de Ornátua, agregó:

—Quiero diez mil pesetas por ella.

Los dos hombres se miraban a los ojos, escrutándose las conciencias; y aquel trato adquiría la severidad de un duelo. El vendedor añadió:

—Dame ocho mil. Obedéceme: quiero hacerte rico.

Ciego de codicia, don Javier replicó:

—Doy tres mil.

—No; aunque fuese robada, no la dejo en tres mil.

Recogió la piedra con ademán fatigado, y por sus pupilas pasó una sombra.

—Cuatro mil—exclamó Ornátua—; si quieres, decide.

—Seis mil.

—No.

—¡Dame mil duros! ¡Vaya! ¡Mil duros! Te regalo la Felicidad; la bendijo un fakir. Fíjate: ¡ocho quilates!...

Sus ojos negros volvían a animarse.

—No—afirmó don Javier—; pierdes tu tiempo; no doy más de cuatro mil pesetas. ¿Quieres? Ahora mismo...

El otro se rindió.

—¡Vengan!...

Todo el día anduvo don Javier con la esmeralda en el bolsillo; sentía un placer dilecto en palparla para cerciorarse de que estaba allí, y de vez en cuando la miraba a hurtadillas con la fruición del que respira un perfume exquisito:

—Si puede decirse que la he robado—meditaba—, también es seguro que quien me la vendió se la robó a otro. ¡Estamos iguales!...

Noches después, en el escaparate, profusamente iluminado, de la joyería de Ornátua, apareció la esmeralda montada en un sencillo anillo de oro, dentro de un estuche de raso blanco y con un letrero que decía: «Cuarenta mil pesetas».

En pocas horas millares de personas se detuvieron a verla. A su lado, las otras gemas palidecían celosas. Aquella piedra excepcional era como una pupila enigmática, como un ojo verde de tentación, de perdición, de crimen, abierto repentinamente sobre la capital.

II

El cristal del escaparate de su joyería era para don Javier Ornátua como la lente de un microscopio de almas. Su experiencia colocaba el imperio del dinero por encima de los más decisivos impulsos del corazón; donde el amor y el talento fracasan, el oro triunfa; nada resiste a su sugestión amarillenta. El oro abrasa como el fuego y ahoga como el agua, y hasta los dioses mismos buscan su favor.

—A yo querer—suspiraba Ornátua—toda esa muchedumbre que pasa ante mi tienda, me juraría obediencia.

Durante horas incontables de perseverante observación, no sólo pudo familiarizarse con la fisonomía de centenares de personas, sino que llegó a clasificarlas en grupos ateniéndose a sus diversas expresiones. ¡Porque es curioso advertir las semejanzas fraternales que la identidad de pensamientos o de apetitos establece entre los rostros!...

Al atravesar la ancha franja de claridad que las luminarias del establecimiento proyectaban sobre la acera, muchos transeuntes, maquinalmente, se detenían y acercábanse como los peces al cristal de un acuarium. Generalmente los ojos alucinados cesaban de parpadear y un rictus de avaricia entreabría los labios. Aquello era un muestrario de conciencias. Había mujeres elegantes que,

mirando las joyas, parecían recordar una historia; y obrerillas para quienes aquel Eldorado representaba una invitación y un camino; y hombres, cuyos semblantes el deseo de riquezas, la codicia, tan fuerte como la lujuria, descomponía en una gama de expresiones trágicas.

Entre los tipos que a diario don Javier veía desfilar, llamó su atención una joven de buen talle, que exactamente a la misma hora de la tarde, pasaba siguiendo igual dirección. Unas veces deteníase ante la joyería; otras no. Vestía modestamente y era su ademán honesto y recogido. Representaba veinticinco años. Interesaban sus ojos por lo negros y pestañosos, y su boca por lo bien dibujada. Los cabellos de obsidiana, crespos, ensortijados, fuertes, ponían al rostro un notable marco sensual. Tenía el seno rollizo, la cintura pequeña, las caderas sueltas y poderosas, fina la pierna, el pie diminuto, y, al caminar, un extraño ritmo armonioso y lujuriante.

Durante mucho tiempo Ornátua la llamó en sus soliloquios «la señorita de la boina». Supo luego que trabajaba en *El Tulipán*, tienda de modas de gran lujo, y que su esposo tenía treinta años más que ella. Se llamaba Marcelina Sanz. Otro día, siempre a la hora de costumbre, Marcelina se detuvo a curiosear la joyería acompañada de un hombre pequeño y cetrino, mal afeitado y casi viejo. Mientras miraban cambiaron algunas palabras; luego siguieron su camino cogidos del brazo, el aire indiferente y laxo.

—Debe de ser su marido—pensó Ornátua.

Entre los tipos que, al anochecer, y con el solo objeto de ver mujeres y preparar citas, se estacionaban en aquel trozo de calle que ya el Madrid elegante y ocioso denominaba «la acera de Ornátua», el más constante y el más

envidiado por sus amorosas aventuras era don Alfonso Pérez-Yáñez, unigénito de los riquísimos condes de Pino-Seco.

Movidos a ello por la frivolidad pueril de su carácter y por su jovial simpatía, sus amigos le llamaban «Alfonsito». Representaba treinta años, aunque hubiese cumplido algunos más, y las costumbres ligeras de los *supertango* donde pasaba la mayoría de las noches, y su comercio con «ondulantes» y artistas, habíanle inoculado una pintoresca feminidad en sus actitudes y modales. Tenía el trato cordial y libertino, la palabra abundante, gaitera y mordaz, la carne turbulenta, la mano dadivosa. Perecíase por las mujeres, que no solían mostrársele esquivas. Era de mediana estatura, delgado y flexible; sus corbatas, sus pantalones, sus sombreros blancos, sus chalecos en forma «de corazón», eran siempre «los últimos», y cuando se detenía a hablar en la calle o bajo el pórtico de algún teatro con un amigo, trenzaba las piernas y adoptaba actitudes llamativas de figurín. Tenía ojos de hetaira y manos finas y blancas de princesa; y en su semblante pálido, blanco, depilado escrupulosamente y cubierto de voluptuosa fatiga, las ojeras hondas, color de lirio, ponían una emoción nazarena.

Sobre «la acera de Ornátua», en invierno, de cinco a ocho de la tarde, Alfonso Pérez-Yáñez era «el rey». Su silueta elegante, risueña, movediza, no faltaba jamás. «Alfonsito», feliz cazador de bellezas, cazaba «a espera», y su coto era aquel. Las aventureras lo sabían y, sin demostrárselo, iban a buscarle allí; a cada rato, desde el misterio obscuro de los automóviles, una manecita enguantada movía los dedos en el aire, diciéndole adiós. Por ellas, por aquel amor de amar en que se consumía «Alfonsito»,

no tardó en ser uno de los aliados mejores de don Javier. El viejo joyero le veía «operar» desde detrás del mostrador y por una rendija de las graves cortinas negras que servían de fondo al escaparate. Esto le divertía. Apenas una mujer bonita se acercaba a la tienda, Pérez-Yáñez, disimuladamente se ponía a su lado, y dirigíala palabras que, por el gesto de que iban acompañadas, comprendíase que eran de cortesía e invitación. «Alfonsito», ofrecía: «Lo que usted desee, es suyo...» Las más de las veces, ellas, intimidadas u ofendidas, no respondían, y se iban solas; pero otras, la solicitada contestaba, y, al marcharse, el galán la seguía.

Desde que don Javier puso en el escaparate aquella soberbia alhaja que, de modo tan insólito, llegó a sus manos rapaces, el número de curiosos inmovilizados ante la joyería había aumentado. Su poderoso reflejo verde tenía una fuerza de imán; la luz de las lamparillas producía en ella vibraciones fugaces extrañas; algo brujo temblaba en su cristal; a intervalos cortos parecía mirar, parecía vivir... Varias personas quisieron examinarla de cerca, con lo que sus anhelos de adquirirla crecieron, pero su precio les pareció exagerado, y, al cabo, se fueron sin comprarla.

—Tiempo tengo de venderla—decíase don Javier—; por ahora, me sirve de reclamo.

La primera vez que Marcelina Sanz vió la esmeralda, experimentó una emoción tan ruda, un deslumbramiento tal de conciencia, que necesitó apoyar una mano en el cristal de la joyería. Don Javier, que la avizoraba desde su escondite, advirtió aquel pasmo y sonrió contento. No era el fausto de la gema soberana lo que suspendió el ánimo de Marcelina, sino su hermosura, su limpidez, su

volumen... ¡y también su precio! ¡Cuarenta mil pesetas!... ¿Era creíble que las sucias entrañas de la tierra criasen maravillas así?... Y, además, ¿sería posible que alguien las pagase a precio tan alto?...

La joven no se formaba idea exacta de lo que fuesen ocho mil duros; sabía escribir la cantidad, pero no medía bien su importancia. Los billetes más grandes que había visto eran de quinientas pesetas. ¿Cuántos billetes de quinientas pesetas hacían falta para reunir ocho mil duros? Y empezó a contar, ayudándose con los dedos: uno..., dos..., tres..., cuatro..., pero se embrollaba y no pudo terminar la suma. Desde luego, reconoció que se trataba de un capital enorme, inaccesible para una pobre empleadita como ella. Era calzarse bien, tener trajes bonitos, amueblar su casa, tan fría en invierno, y, llegado que fuese el verano, irse a un puerto de mar...

Marcelina suspiró y continuó su ruta. Pero inútilmente procuró distraerse; la obsesión verde volvía, testaruda, alucinadora, cual si aquella luz de maleficio brotase de su propio cerebro. Y ya no pudo olvidarla. Cotidianamente, al salir de su trabajo, encaminábase con paso ligero a la joyería de Ornátua, ante la cual nunca permanecía menos de doce o quince minutos. Admiraba la sortija, la deseaba con fiebre, con sed, con ganas de llorar; y si por acaso pensaba en lo que sería capaz de hacer por obtenerla, temblaba de miedo. Aquella esmeralda era un «¡quién vive!» desconcertante, que a diario daba a su fidelidad la Tentación.

Durante los primeros días, el temor de que la gema amada hubiese desaparecido, la hizo sufrir mucho. Más tarde, insensiblemente, fué convenciéndose de que nadie

se atrevería a comprarla, y de que esas joyas que valen millones son patrañas de novelistas y de poetas.

—Ningún hombre, por reñido que esté con su dinero —pensaba—es capaz de dar cuarenta mil pesetas por un pedazo de cristal.

Una tras otra, Marcelina llevó a todas sus compañeras de taller a admirar la esmeralda.

—Estoy enamorada de ella—las decía—y, a poder, me la comería a besos. Ved cómo nos mira. Esa esmeralda está hechizada. ¡Lo juro! No es una piedra, es un alma. ¿Os reís?... ¡Necias! Si algún hombre me mirase con unos ojos así, yo me volvería loca...

Su preocupación fué medrando de tal modo, que empezó a sentirse enferma.

Un anochecer, después de asegurarse de que en la joyería de Ornátua no había gente, Marcelina aventuróse a entrar en la tienda; y, apenas hubo empujado la puerta, cuando una frigidísima sensación de timidez paralizó su ánimo. Saludó.

—Buenas noches.

Don Javier, que leía un peródico, ambos codos sobre el mostrador, levantó la cabeza, y maquinalmente se puso en pie.

—Buenas noches.

Compungida, súbitamente desorientada, vacío el magín de ideas y hasta de palabras, Marcelina balbuceó:

—Una señora me ha encargado... Dígame... ¿Realmente, el último precio de esa esmeralda grande que tiene usted ahí fuera, es cuarenta mil pesetas?

Ornátua, sonrió. Acababa de reconocer a su cliente.

—Sí, señora.

La joven se halló insignificante, casi ridícula. ¿Qué

añadiría para justificar su presencia en aquel establecimiento, donde únicamente los muy ricos, los que no saben qué hacer de su fortuna, tenían derecho a entrar...? Instintivamente, sus ojos primero y luego sus pies, dirigiéronse hacia la puerta.

—Entonces, usted dispense—musitó—; es muy cara...

Don Javier, la interrumpió:

—Se equivoca usted; es barata. Ha de saber usted, niña, que las esmeraldas poseen dones teúrgicos extraordinarios. Oígame...

Marcelina, suspensa, abúlica, fuera de sí, habíase detenido; y su belleza, ingenua y sensual a la vez, despertaba en don Javier un regocijo sádico. Ella le contemplaba trémula, sin color en los labios...

—Las esmeraldas—prosiguió el joyero—dan talento y memoria, curan las mordeduras venenosas, colocadas debajo de la lengua, otorgan a su dueño el don profético, y ayudan a las mujeres a vivir en edificante continencia; y tan cierto es esto último que acabo de decir, que en el mismo momento de quebrantar la mujer su castidad, la esmeralda se rompe.

No sabiendo qué responder a este inesperado discurso. Marcelina Sanz hizo un gesto desvaído y por segunda vez trató de marcharse. Pero, con un guiño risueño y paternal, don Javier la retuvo:

—Pues la esmeralda a que nos referimos—añadió—encierra otra virtud muy superior a todas esas, y es la del éxito. Hablamos de un talismán. El indio a quien se lo compré me lo dijo: «Te doy el triunfo». Reconozca usted, señora, que tasar en ocho mil duros la llave de oro de la felicidad, no es excesivo.

Ornátua, que leía en el nublado espíritu de su colocu-

tora, estaba cierto de que ésta no le respondería, como así fué. La joven murmuró algunas palabras confusas de disculpa, abrió la puerta y huyó. Don Javier se reía y, bonachonamente, se frotaba las manos. Le hacía gracia el aspecto sibilino de nigromante que adoptara en aquella breve entrevista; parecíale haber hablado con una chiquilla.

—¡Verdaderamente—exclamó—, la muchacha es bonita, pero... muy bonita!

Y, sin advertirlo quizás, meditó vagamente en la posibilidad de cambiar aquella esmeralda por el rubí—fuego y mieles—que Marcelina Sanz llevaba en los labios. En seguida, obedeciendo a un presentimiento, entreabrió los pesados cortinajes que cerraban la vidriera. Marcelina, la linda nariz aplastada contra el cristal del escaparate, yacía absorta.

De pronto, la silueta menudita, galante y conquistadora de Alfonsito Pérez-Yáñez, se acercó a ella. Sus dos figuras, fuertemente iluminadas por el resplandor alechigado de la joyería, destacábanse rotundas sobre la obscuridad nocturna. La acera, mojada por la lluvia, era negra también, y brillaba; parecía de asfalto.

—Cuando usted quiera—murmuró el galán—esa esmeralda, que tanto nos gusta a los dos, será suya...

Marcelina conocía de vista al aristócrata; al oir sus palabras levantó la cabeza, y como tenían igual estatura, sus ojos se encontraron frente a frente. Ella tembló. ¿Qué encerraban los ojos de mujer de aquel hombre? ¿O sería que en tal momento reflejaban la luz felina de la esmeralda?

Suavemente, con el acento que los «príncipes azules» de las leyendas empleaban para hablar, el seductor repitió su invitación:

—Esa sortija será suya cuando usted quiera. ¿Me honra usted aceptándola...?

Ante rendimiento tan pulido, la interpelada se creyó obligada a decir:

—Muchas gracias.

El replicó doblándose en una reverencia, respetuosa y gentil:

—Comparado con el afecto que usted, acaso, llegue a dispensarme, mi ofrecimiento no vale nada. ¡Una esmeralda...! ¡Bah...! Es como si la regalase una hoja de hiedra...

Ella le atajó, prudente, con una sonrisa que parecía una excusa:

—Buenas noches.

Y continuó su camino. Pero el galán, ya enardecido, la siguió, pues hay ocasiones en que una negativa cautiva y embruja más que un consentimiento. Su parla romántica, se desbordaba copiosamente.

—¿Por qué separarnos sin conocernos mejor?—decía—. Acaso la felicidad de usted está en mí, y la mía en usted. No es posible prescindir de ese factor que llamamos Suerte. Nos parecemos las personas a los sobres de una misma caja, que, siendo iguales todos, unos sin embargo, se quedan en la ciudad donde estamos, y otros se van muy lejos. Y nos asemejamos también a los relojes. Supongamos dos relojes perfectamente idénticos: uno lo compra un tonto; el otro, un hombre ilustre. Dije que eran iguales, y, no obstante, el primero será un reloj vulgar, puesto que únicamente señalará horas vulgares; mientras la historia del segundo será egregia, porque irá marcando, paso a paso, todos los momentos de una vida fuerte, arrolladora, luminosa como la estela de un gran navío... Al

margen de nuestra vida, y sobre ella, el Azar abre sus alas. El Azar ha querido que nuestros caminos se crucen; oigamos su consejo... Crea usted, señora, que el Azar es, casi siempre, la mano derecha de Dios...

Media hora después Pérez-Yáñez reapareció en «la acera de Ornátua», y su rostro perverso resplandecía con la recia alegría de una ilusión. Acudieron amigos suyos a recibirle, y él estrechó ufanamente las diestras de todos. Don Javier le espiaba desde su observatorio, y se congratulaba de que «Alfonsito» estuviese contento. Todos los éxitos sentimentales del joven, tan espléndido con sus queridas, beneficiaban al joyero. El férvido corazón del mozo y la bolsa del comerciante tenían, en cierto modo, intereses comunes. El primero, sin pretenderlo, favorecía al otro. Alfonsito simbolizaba la tentación, la manzana en que tantas mujeres, caprichosas o necesitadas, mordían. Para don Javier—comparándole a un pescador de caña—aquel Pérez-Yáñez, plantado en la corriente de la ancha vía viciosa y galante, era un anzuelo.

III

Ya bien al amparo del zaguán, don Pedro cerró su paraguas y sacudió las haldas, mojadas por la lluvia, de su gabán. Acercóse a la portería.

—Buenas noches; ¿la señora vino ya?

Acudió la portera diligente:

—No, señor, todavía no. Aquí tiene usted la llave...

Don Pedro comenzó a subir la escalera, cuyos escalones, de año en año, le parecían más altos. Era un viejecillo parvo y avellanado, fatigado por el trabajo, y de cabellos blancos. Su andar, sin embargo, era ágil, y sus ojos relucían aún con cierta vivacidad juvenil. Al pasar ante una ventana del segundo piso, oyó decir a unas mujeres:

—Ahí viene el marido de la Marcelina; deben ser las ocho...

A don Pedro no le ofendía que todos los habitantes de la casa—como puestos de acuerdo—le conociesen a través de su mujer y como algo adjetivo y dependiente de ella. Estos eclipsamientos son muy frecuentes. A un personaje ilustre nadie le dice que es «hijo de don Fulano», sino que los términos se invierten, y don Fulano pasa a ser «padre del personaje ilustre». Lo propio le sucedía a don Pedro, que perdió su personalidad para convertirse en «el marido de la Marcelina». Muy limpia, muy hacendosa,

muy «mujer de su casa», y por añadidura joven y bellísima, Marcelina Sanz había obscurecido y anulado completamente a su esposo. Pero esto halagaba a don Pedro. El, después de consumir su existencia en destinillos insignificantes, reconocía que sin aquella compañera, que aportaba al hogar un sueldo superior al suyo, sus últimos años hubieran sido demasiado tristes. Marcelina era su alegría, la luz y la risa de su corazón, la razón de su vida. A ratos la abrazaba con encelados arrebatos de amante; y a veces también, recordando que tenía seis lustros menos que él, la besaba como a hija. Verdaderamente, lo único interesante, el solo hecho transcendental, que mejoraba la dilatada y vulgar biografía de don Pedro, era su boda con Marcelina.

Llegado que hubo al piso cuarto, don Pedro entró en su casa y encendió las luces de la cocina y del comedor, y se dispuso a preparar la cena. Como no tenían criada, el matrimonio se repartía, casi por igual, las faenas domésticas. Todas las mañanas, al levantarse, la esposa disponía, al par del desayuno, las colaciones del mediodía y de la noche, y así, más tarde, sólo habían de recalentar lo hecho. A la hora del almuerzo volvían a su casa, él de su oficina, ella de su taller, y quien primero llegase debía encender la lumbre y aderezar la mesa. Por la tarde sucedía igual. De noche, exceptuando algún sábado que otro, no salían nunca, y hacía más de cinco años que vivían así, resignados alegremente con su suerte, sin ambiciones ni enojos turbadores, asombrándose a veces de que el mundo no fuese tan malo como cuentan los libros.

En el comedor, ante el blanco mantel que al reflejar la luz de la lámpara aumentaba la claridad de la habitación, don Pedro se sentó a esperar. El moblaje era sen-

cillo y exornaban las paredes cromos de escaso precio, metidos en marcos dorados sin cristal. Faltaban quince minutos para las nueve. Nunca Marcelina se retrasaba tanto. Semejantes a murciélagos, ideas lúgubres comenzaron a revolar por el espíritu de don Pedro. ¿Y si al cruzar una calle, a su mujer la hubiese atropellado un automóvil...? El suelo, con la lluvia, estaba resbaladizo...

—Debía ir a buscarla—pensó.

Se levantó, fué a la cocina, removió maquinalmente los carbones que empezaban a cubrirse de ceniza, y volvió al comedor. Prendió un cigarrillo y quedóse inmóvil, el oído atento a los ruidos de la escalera. Dieron las nueve. Don Pedro salió al pasillo y cogió su sombrero.

—Me voy—murmuró—no espero más...

Pero, en lugar de irse, penetró a obscuras en el gabinete y acercóse al balcón. Llovía torrencialmente, y de la calle, estrecha, subía un claror inseguro y rojizo; las casas fronteras, con sus ventanas herméticamente cerradas, aparecían vestidas de tristeza.

A las nueve y diez minutos apareció Marcelina, y don Pedro, que desde lejos reconociera sus pasos, acudió a recibirla sin darla tiempo a llamar. La joven entró diciendo:

—En este momento salimos del taller.

El la abrazó estrechamente como si viniese de muy lejos, y la besó, poniendo en sus labios todo su corazón. La joven agregó, refiriéndose a doña Matilde, la dueña de *El Tulipán*:

—Es una mujer insaciable. Nos ve trabajar como bestias y la sabe a poco. Siempre quiere más... más...

Al día siguiente, Marcelina también llegó a su casa después de las nueve; y, según las razones que expuso, du-

rante dos o tres semanas sucedería lo mismo. La clientela había aumentado, y precisa despachar los encargos pendientes. A don Pedro le entristecía y humillaba que su mujer trabajase tanto. Ella le alivió de tales resquemores con optimistas y bien concertados argumentos, y al cabo decidieron que mientras aquel exceso de labor persistiera cenarían a las diez.

Pero hablando así—y por primera vez en su vida—Marcelina mentía; porque eran los peligrosos galanteos de Pérez-Yáñez, que no el trabajo, los que la retenían fuera de su casa hasta tan a deshora. Todas las noches, al pasar por «la acera de Ornátua», el aristócrata la abordaba. Ella, al principio, resistió bien; clavaba en el suelo los ojos, apretaba el paso y oponía a las frases doradas del galán un silencio absoluto. Así recorrían varias calles. Otra vez, quizás contra su voluntad, cometió la ligereza de contestarle, y este fué el principio de su derrota. El, en el curso de su conversación, siempre abundante y salpicada de pintorescos puntos de vista, acertó a decir algo espiritual, muy hilarante, y ella se echó a reir. Pérez-Yáñez explotó aquel regocijo:

—¡Ría usted—exclamó—porque esa risa infunde a su rostro, tan joven, una juventud nueva! ¡No se arrepienta usted nunca de reir! Lo único que no debemos tomar a risa es... ¡la risa....! La risa—créame—es lo único serio que hay...

A «Alfonsito»—en quien la mucha hermosura y recato de la joven habían encendido un férvido capricho—no le fué difícil averiguar en qué taller trabajaba, y dónde vivía y cuál era su estado. Y, convencido ya de no habérselas con una aventurera vulgar, su apetito exasperado pa-

reció echar a vuelo todas las apasionadas campanas de su corazón.

Otra noche Marcelina no supo resistir a las palabras, cada vez más apremiantes, más rendidas y elocuentes, del cortejador. Empezaba a sentirse vencida, alucinada, arrancada a sus deberes. Entonces, desmayadamente, con un vuelo de ave cansada, trató de ponerse bajo el amparo de la ley. Nunca, nadie, le había hablado así...

—Le ruego a usted, caballero, que se retire. Yo no puedo oirle a usted. Soy casada...

Pérez-Yáñez replicó con gran aplomo:

—Lo sabía.

Ella, repitió desvaída:

—¿Lo sabía usted?

—Sí; y esa circunstancia, más que otra ninguna, ha contribuído a espolear mi amor. El matrimonio es, para la mayoría de las mujeres, un gran fracaso; el peñasco contra el cual la mejor de sus ilusiones se hace trizas. Yo me he informado de que se halla usted unida a un marido separado de usted por treinta años de edad. Un hombre sin juventud, sin risas... y también sin dinero. Nada de lo que usted merece, puede dárselo él. ¿Conoce usted el mar...?

Interrumpióse astutamente para medir el efecto de sus palabras. Marcelina Sanz no contestó: oía... oía...

—Una vez—prosiguió Pérez-Yáñez—desde las murallas de Ceuta observé cómo las olas, después de chocar contra las rocas, se retiraban calmadas, rotas, espumeantes, y como desengañadas de la inutilidad de su esfuerzo; se retiraban, usadas, viejas...; y al hacerlo dificultaban el avance ilusionado de las olas intactas, de las olas jóvenes, que llegaban al asalto de la costa. Así, en el mar de

la vida, las generaciones que se retiran, estorban a las generaciones que vienen... Y usted es la ola que llega, y él la ola que se va; y por eso usted no debe estar con él, sino conmigo, porque yo, como usted, llego ahora. «El», con sus cabellos blancos, es la ola muerta, cubierta de espumas; mientras nosotros no tenemos heridas y somos verdes... verde como esa esmeralda que yo quisiera ver lucir en sus manos, y ha de ser en nuestra vida como una estrella...

Este asedio persistió varios días. La joven gustaba de Pérez-Yáñez; hallábale distinguido, envolvente, fascinador, y tan separado de ella por imperativos de educación y de categoría social, que consideraba imposible interesarle verdaderamente. Alfonso era tornadizo, voluble; la impresión le guiaba; olvidaba pronto, olvidaba bien. Acerca de esto no podía dudar. Además, él se lo había dicho:

—Si mis riñones eliminasen el ácido úrico como mi memoria elimina los malos recuerdos, mi salud física sería admirable...

No obstante, día por día, Marcelina Sanz reconocíase más cerca de él; a su lado hallábase protegida, fuerte, cual si tuviese en las manos un talismán. «Si yo quisiera —pensaba— sería rica, tendría un automóvil, habitaría una buena casa, comería bien...» Y estas cábalas iban sirviendo de horca a su fidelidad. Porque si Pérez-Yáñez no era el amor, era lo que sigue en poder al amor: el dinero...

Un anochecer, el joven aristócrata apareció en la tienda de Ornátua, y mientras se quitaba sus guantes de ante con ademán pausado, manifestó su deseo de ver de cerca la esmeralda que señoreaba el escaparate.

—Debemos sentirnos avergonzados—exclamó—de que en

Madrid no haya amantes capaces de gastarse cuarenta mil pesetas en una joya.

Don Javier comenzó a hacer signos aprobativos.

—Imposible negar que descendemos de moros—prosiguió Alfonso—; aquí, cuando un hombre ofrece su dinero a una mujer, el vulgo dice: «¡Qué tonto...!» Y cuando la mata de una puñalada, ese mismo vulgo necio, exclama: «¡Cómo la quería...!» Y se enternece.

Prosiguió, cambiando de tono:

—¡Claro es que el galán, por enamorado que esté, tiene derecho a regatear! La piedra de que hablamos me gusta mucho, pero con treinta mil pesetas creo pagarla bien.

La cabeza pequeña, enjuta y de perfil corvo—cabeza de ave de rapiña—de don Javier Ornátua, esbozó un suave ademán negativo. Al mismo tiempo su boca cínica de antiguo trujamán, sonreía. Pérez-Yáñez agregó:

—¿La deja usted en treinta y cinco mil?...

Apoyado en el mostrador sobre las puntas de los dedos, alto, seco, ligeramente encorvado dentro del prestigio negro de su levita, el joyero continuó repitiendo su gesto de desahucio. Aquella negación silenciosa y aquella sonrisita impacientaron al aristócrata.

—¡Es igual!—exclamó jovial—. Hace tres semanas que el público, no comprando esta alhaja, acredita su mal gusto y le ofende a usted. Créame: Madrid le debía esta reparación que yo le traigo ahora. Tome usted...

Extendió un cheque por valor de ocho mil duros, cogió la joya, que metió con aire indiferente en un bolsillo del gabán, y se fué. Don Javier, que no solía equivocarse en sus cálculos, murmuró irónico:

—Me parece que está de enhorabuena «la señorita de la boina».

Al día siguiente, pretextando un exceso de trabajo, Marcelina Sanz no almorzó en su casa...

Y así conoció Alfonso Pérez-Yáñez—un poco aburrido de sus fáciles y pedigüeñas queridas de café-concierto—el amorío más interesante de su vida. Marcelina era ingenua, dulce, y, en el abrazo, vehemente y leal. Además, no le molestaba con celos ni le espiaba; su condición de mujer casada se lo impedía; en aquel esposo, que para otro amante cualquiera hubiese constituído un estorbo, el condesito de Pino-Seco tenía un aliado.

Después, Pérez-Yáñez, que era un bonísimo cliente del comercio de modas de doña Matilde, puso a ésta al corriente de cuanto ocurría, y solicitó su favor. Según explicó, a espaldas de la murmuración todo podía hacerse, pues el pecado está, más que en el delito mismo, en el escándalo que suele acompañar al delito. Marcelina, presente a la delicada entrevista, bajaba los ojos, y la sombra de su magníficas pestañas extendía por su rostro una placidez mística. Doña Matilde, que comulgaba en las holgachonas teorías de sus amigos, prometió ayudarles en aquel su noble deseo de no causarle disgustos a don Pedro, y así los tres convinieron en que Marcelina diría a su esposo que eran de doña Matilde los diversos regalos—sombreros, abrigos, ropas interiores—con que Pérez-Yáñez, por generosidad limpia y también para mayor estímulo y satisfacción de sus sentidos, se proponía feriarla. Asimismo acordaron que Marcelina dejaría de ir al taller dos veces por semana.

Y dió comienzo la peligrosa farsa.

Durante un mes, cada tres o cuatro noches, para disimular mejor el engaño, Marcelina Sanz comparecía ante don Pedro con un nuevo obsequio de doña Matilde bajo

el brazo: hoy eran unas camisas-pantalones tan sutiles, que apenas se advertía su presencia sobre la carne; mañana era una caja de medias de seda, o un sombrero... o un corte de vestido... Para hacer más verosímil aquella insólita dadivosidad de su patrona, Marcelina, astutamente, se ponía en el taller, durante varios días, ciertas prendas, de manera que cuando las llevaba a su casa ya parecían usadas. Esto hizo con un corsé y con dos pares de zapatos.

—Como ves—decía la infiel a su marido—todo está nuevecito. Doña Matilde se quita la ropa casi intacta; a mí no me da asco de ella. ¡Es tan limpia...!

Tales novedades encantaban a don Pedro, y por las mañanas, mientras Marcelina iba y venía a medio vestir por el dormitorio, sus ojos no sentían la hartura de mirarla. ¡Cómo triunfaban ahora las líneas de su cuerpo! ¡Qué bella estaba así...! Y experimentaba un acerbo remordimiento por haberla dejado languidecer tantos años en la plebeyez odiosa de las camisas largas y de las medias de algodón.

El ardid de los dos culpables había surtido, de consiguiente, el efecto deseado. Sin embargo, la joven no se atrevía a presentarse en su casa con un abrigo de pieles, perfecto de confección y de color, por el que Pérez-Yáñez pagó cuatro mil pesetas.

—Dile a tu marido que doña Matide no te lo regala, sino que te lo vende en mil pesetas, y que se lo pagarás a plazos—propuso el amante.

Marcelina aprobó la idea, que sin dilación expuso a don Pedro. Como ella suponía, éste no formuló objeción ninguna.

—Si el abrigo te gusta—dijo—quédate con él. Yo te lo

regalo. Ahora, precisamente, podré ganar un sobresueldo con unos trabajos extraordinarios que van a darnos en la oficina.

Y merced a esta superchería, el abrigo, demasiado fastuoso para la humilde posición social de Marcelina, pudo entrar en casa de ésta sin alborotar sospechas.

Lo que Marcelina no había mostrado nunca a su esposo era la esmeralda. Se la ponía al salir a la calle, para lucirla durante todo el día en el taller, donde era asombro y envidia de parroquianas; pero de noche, al volver a su casa, se la quitaba mientras subía la escalera y luego la escondía entre los colchones. Tanto la preocupaba, tantos ásperos sobresaltos la causó, que llegó a aborrecerla. Estaba pulida y a veces, sin embargo, la pinchaba los dedos. Parecía embrujada. Simbolizaba el adulterio, la traición. De noche, en la alcoba, a obscuras, Marcelina pensaba que aquella piedra verde, siempre alerta como un ojo insomne, tarde o temprano sería su desgracia.

IV

Un anochecer, de vuelta de la oficina, sorprendió mucho a don Pedro hallar la puerta de su cuarto entornada. La llave aparecía, como olvidada, en la cerradura. ¿Qué significaba este descuido...? El anciano empujó la puerta, avanzó a obscuras por el tránsito, y al oprimir una llave de la luz, vió a Marcelina en el comedor, echada de bruces contra la mesa, llorando. El dolor con que llegó de la calle sacudía sus hombros, y era tan convulsivo y apremiante, que ni siquiera la dió tiempo a quitarse el sombrero. Hallábase caída, más que sentada; inerme, vencida, rota, bajo la pena; y en el silencio de la casa, su hipar tenía una emoción indefinible.

Quedóse lívido don Pedro, como sin sangre. Y luego corrió, a zancadas trágicas, hacia aquella mujer que era toda su vida.

—Marcelina... ¡mi alma...! ¿Qué es eso...? ¿Qué tienes...? Dí... Dí... ¡por Dios...!

Daba vueltas en torno de ella, pugnando por levantarla la cabeza, y, frenético, la palpaba el seno, la espalda, los brazos, las piernas, temeroso de descubrir en el cuerpo idolatrado alguna rotura, alguna herida...

—¿No me oyes...? ¿Qué te ha sucedido...? ¿Un disgus-

to...? ¿Un golpe...? Habla... ¿Qué ha sido...? Habla, para que yo no muera...

Consiguió descubrirla el semblante y comenzó a besarla los ojos, que ella mantenía cerrados obstinadamente sobre su aflicción. La cara, mojada en lágrimas, tenía una expresión hostil; el entrecejo era duro; amarga y cruel la línea de los labios. De pronto, la joven le rechazó y se puso de pie.

—¡Déjame...! ¡Déjame...!

Habló con tal rencor, que de entre sus dientes, rechinantes de odio, las tres sílabas de aquella palabra salieron entrecortadas, desflecadas, como mordidas.

Afortunadamente para don Pedro, esta escena increíble sólo duró segundos. El había retrocedido buscando un apoyo en el muro; mas ya el mirar de los inyectados ojos de Marcelina había cambiado. De feroz hízose indiferente; luego, compasiva. Serenóse la frente, los labios crispados recobraron el movimiento, y al moverse, tornaron a ser jóvenes, y con toda esta sucesión de impresiones, la cara se aniñó.

—Perdóname—sollozó—; perdóname; te he recibido mal; fuí injusta; tú no tienes culpa de nada.

Y como estas palabras de indulto la hubiesen enternecido de nuevo, copiosamente sus lágrimas volvieron a correr. Con frases de cariño y con multiplicados besos trató el esposo de consolarla.

—No te aflijas—interrumpió ella misericordiosa—; no ha sido nada grave; un disgusto con doña Matilde. Mañana te lo contaré; ahora no podría; estoy muy nerviosa. Quisiera acostarme... ¿Me dejas...? Cena tú solo...

Don Pedro la acompañó al dormitorio, ayudóla a desnudarse, la arropó bien, como a una niña enferma, y volvió

al comedor. Percatóse entonces de que los batientes del balcón estaban abiertos, y de que hacía frío. Esparcidos por el suelo había algunos trocitos de papel blanco, que parecían pedazos de una carta. Don Pedro apenas reparó en ellos, y sentóse a la mesa decidido a comer; mas no logró probar bocado, y tras de fumarse un par de cigarrillos, se acostó. Al meterse en la cama advirtió que Marcelina, sigilosamente, vuelta de cara a la pared, lloraba todavía.

A la mañana siguiente la joven no pudo levantarse; tenía fiebre, y por la noche escribió a doña Matilde una misiva—muy afectuosa, contra lo que don Pedro esperaba—diciendo que, por hallarse enferma, hasta el lunes de la semana próxima no iría al obrador.

En aquellos días Marcelina no salió a la calle. Por las mañanas, sin ganas de levantarse, dejaba a don Pedro hacer el desayuno; el almuerzo lo preparaba ella rápidamente, de cualquier modo, y, sin desnudarse, volvíase a acostar. De regreso de su oficina, don Pedro la encontraba en el lecho y a obscuras, y siempre despierta. No sucedió más. Ella después volvió a sus quehaceres, y el matrimonio reanudó su vida ordinaria, desequilibrada pasajeramente por algo que la joven no supo explicar bien.

Unicamente la conciencia de don Pedro no recobró la antigua paz. A su alrededor el anciano percibía la sombra de un secreto; un magnetismo adverso. Nada, aparentemente, había variado, y, sin embargo, él estaba cierto de que en torno suyo todo era distinto y amargo. Marcelina reía menos; su voluntad para el trabajo declinaba, y ensombrecía su rostro una preocupación que antes parecía de rencor que de pena. Enflaqueció, envejeció...

Segurísimo de que sus inquietudes tenían fundamento

y razón, don Pedro aplicóse a espiar a su mujer. Por las mañanas la acechaba desde lejos, camino de *El Tulipán*, y por las tardes, a la hora en que ella dejaba el taller, hacía lo mismo. Pero nada descubrió: Marcelina iba siempre sola, y al dirigirse a su casa seguía invariablemente la línea más corta. ¡Ni siquiera deteníase a curiosear en los escaparates!

No obstante, las insanas sospechas de don Pedro mordíanle más y más. Aunque poco conocedor de los misterios del alma, advirtió que la joven mostraba repugnancia a vestirse aquellas ropas interiores finas que antes tanto la complacían. So pretexto de no romperlas, apenas las usaba; volvió a calzarse sus antiguos zapatos de obrera; el abrigo de pieles, que aún no estaba pagado, lo había guardado en un baúl, entre papeles de seda y bajo una capa de naftalina, como si no pensara volver a ponérselo. ¿No envolvía todo esto un rencor?

Instintivamente, el anciano hacía derivar estas mutaciones de aquella noche en que encontró a Marcelina llorando sobre la mesa del comedor. Evocó, agrupándolos ordenadamente, todos los pormenores de la escena. La joven debió de llegar de la calle presa de una angustia horrible que la puso fuera de sí, puesto que no se acordó de cerrar la puerta de la escalera, ni siquiera de retirar la llave de la cerradura. Tampoco encendió luz. A pesar del frío, el balcón estaba abierto, y esparcidos por el suelo varios trocitos de papel. Don Pedro empezaba a ver claro, y esta terrible claridad que iba metiéndosele alma adentro, era rojiza, porque era de celos. Punzadas buídas como puntas de envenenados alfileres, le atarazaban el corazón. De repente comprendió, cual si el hollín del enigma se hubiese inundado de luz: desde aquella noche, Marcelina

nada vituperable había hecho; sus días de ahora eran tan impolutos como los de antaño. El misterio vitando, de consiguiente, terminó precisamente «aquella noche», y su explicación habíase perdido en una carta que, indudablemente, la joven arrojó destrozada por el balcón, y de la que el viento de la noche devolvió unos fragmentos. Estos pedazos eran el rastro de una traición, la estela de un infame amorío, hecho pedazos también...

Don Pedro, con ese pasmoso instinto adivinatorio de los que quieren, había reconstruído, efectivamente, toda la verdad.

Hacía una semana que Marcelina no veía a su amante; doña Matilde tampoco sabía de él, y la culpable comenzaba a inquietarse. Un anochecer, al salir del obrador, la portera la entregó una carta. Era de Pérez-Yáñez. Marcelina la recibió temblando; flaqueaban sus piernas, palpitaba desaforadamente, como para romperse, su corazón.

—Me deja...—presintió.

Y allí mismo, a la luz débil del zaguán, rasgó el sobre. La misiva, afectuosa, aunque escrita deprisa, era de adioses.

«Para evitarnos la pesadumbre de la despedida—concluía—, prefiero no verte. Esta noche saldré para el extranjero, donde permaneceré un par de años. No me olvides del todo. Te quiero siempre y te deseo la Felicidad.»

La abandonada siguió su camino, llorando; las gentes la miraban; pero ella, metida en su dolor, a nadie veía. No era el amor, ni el dinero del ingrato, lo que sentía perder, sino la alegría misma de lo prohibido, la emoción de las citas, la acre inquietud de ser deseada, de ser esperada, de tener un misterio en su vida vulgar.

Y esta fué la carta maldita, el pliego estrujado, mordi-

do, bañado en lágrimas, que Marcelina Sanz, cuando subió a su casa, lanzó, hecho trizas, por el balcón.

Continuó don Pedro observando a su esposa, y cada vez se persuadía mejor de que en la conducta presente de Marcelina, más cariñosa que nunca con él, había como el deseo de borrar una falta.

—Se da prisa en quererme ahora—meditaba el anciano con amargura—para lavarse ante su propia conciencia del tiempo en que quiso a otro.

Porque el viejo don Pedro estaba cierto—¡oh, implacable dolor, oh, certidumbre, mil veces más cruel que una espada!—de que Marcelina, arco-iris de su alma, había pertenecido a otro hombre. ¿A quién...?

—¡Qué imbécil fuí al no leer los trozos de aquella carta!—se decía—. Quizás en alguno de ellos el nombre de su amante estaba escrito.

Y el pobre burlado padecía tanto más acerbamente, cuanto que en la mesa, delante de su mujer, su cara no transparentaba sufrimiento ninguno.

Una tarde, que la fiesta onomástica del jefe de su oficina le dejó libre, don Pedro regresó a su domicilio con propósito de registrarlo hasta descubrir algún nuevo indicio que le llevase adelante por los caminos de su amargura. Pero, aunque aplicó a este empeño toda su astucia, no halló cartas, ni retratos, ni mechones de cabellos, ni ninguna de esas divinas puerilidades con que los amantes primerizos se comprometen. Sus manos removieron iracundas los vestidos, las blusas, las medias; los pañuelos y los guantes, ordenados en montoncitos; las camisas y los pantaloncitos transparentes; los cubre-corsés... toda aquella ropa sutil, perfumada, sibarítica, adornada de ligeros encajes, pregonera de un mundo de galanterías que él

ignoraba. De súbito, en el exacto momento de renunciar a sus pesquisas, vió rutilar en el fondo de una caja la esmeralda que descarrió a Marcelina; y con tal fuerza le hirió en los ojos, que creyó «oirla» también. Aquella gema maga parecía hablar. Don Pedro, trémulo, cogió la sortija.

—Tengo la clave de lo que busco—murmuró—: he aquí por lo que la miserable vendió lo que era mío...

En la palma de su mano derecha, la esmeralda fulgía, y él la miraba de hito en hito, con la atención del naturalista que examina un insecto. Aquella piedra maldita tenía la luminosidad de una dentadura joven y parecía reirse.

De repente un pensamiento limpio, noble, consolador, vivificador como una fuerte ráfaga de aire, oreó su espíritu y disipó los celos mordedores. ¿A qué dudar de la fidelidad de Marcelina? ¿Y si aquella piedra, cuyo posible mérito él desconocía en absoluto, fuese falsa? ¿Y si aquellos trapitos delicados de que ahora desconfiaba, fueran, efectivamnete, regalo de doña Matilde? ¿Qué vió él sospechoso en la conducta de su compañera? Nada. ¿En qué se cimentaban sus sospechas? En nada. Entonces, ¿por qué desconfiaba de ella...? Y ante esta interrogación, a la que ninguna contestación categórica respondía, sintió don Pedro llenarse su corazón de un silencio dulce, alentador, inefable.

—¿Si habrá sido todo un mal sueño?—pensó.

Un reloj lejano contó una hora que él no oyó bien, y a poco el timbre de la puerta le sacó de su embebecimiento, que debió de ser muy largo. Automáticamente, obedeciendo todavía a un resto subconsciente de duda, guardóse la sortija y corrió a abrir. Era Marcelina.

—¿Por qué parpadeas tanto? ¿Estabas a obscuras?

Y le besó los labios con una vehemencia tan cordial, tan saludable, que el desconfiado tuvo vergüenza de sus recelos.

A pesar de lo cual, don Pedro no reintegró la sortija a su escondite. En la oficina, en la mesa, en el lecho, a todas horas, el desdichado sentía hincarse en sus sienes las uñas del mismo angustioso pensamiento:

—Yo debía informarme de si esta piedra es buena o mala...

Lo primero era indicio harto suficiente para comprender que Marcelina le había sido infiel. Lo segundo desvanecía toda conjetura infamante, pues muy bien la joven podía haberla comprado con sus ahorros. Este lancinante deseo «de saber» atosigóle mucho tiempo. Don Pedro estaba ávido de verdad. Era una sed, casi física, que no le dejaba trabajar con sosiego, ni comer, ni dormir; una sed que le entumecía la boca y, sin embargo, no se atrevía a satisfacerla, porque, idolatrando a Marcelina, la duda parecíale menos cruel que la certidumbre de su infortunio.

Al fin se decidió, pero de un modo inconsciente, esto es, sin saber que estaba decidido. Salió de su oficina un anochecer, y ambuló a través de Madrid, deteniéndose aquí y acullá, ante la resplandeciente ufanía de los escaparates. En uno de los profundos bolsillos de su gabán, don Pedro llevaba la sortija, y, sin sospecharlo, platicaba con ella.

«Yo debía averiguar lo que tú eres»—pensaba.

Así vagó larguísimo tiempo de calle en calle, hasta que, maquinalmente, sus pies le llevaron a «la acera de Ornátua», lugar que él frecuentaba poco por efecto de ese horror—inconsciente también—que las personas mal

vestidas y de cierta distinción sienten hacia los lugares donde hay mucha luz.

Sin que su voluntad tomase parte en ello, don Pedro entró en la joyería. Unos instantes quedóse junto a la puerta, para dar tiempo a que dos señoras que platicaban con el dueño, se marchasen. Después, muy aplomado, muy amo de sí mismo, se acercó al mostrador:

—Buenas noches...

Don Javier, con su mirar certero, casi infalible, le había reconocido apenas le vió.

«Este debe ser—pensó—el marido de «la señorita de la boina.»

Y en seguida se inclinó, saludando con todo el cuerpo, y ceremoniosamente.

Don Pedro sacó la sortija, y, sin preámbulos, se explicó:

—Perdone usted mi atrevimiento. Como yo no entiendo de alhajas...

Ornátua le arrebató la palabra vacilante:

—Desearía usted saber si esa esmeralda es buena.

—Sí, señor...

Instantáneamente el joyero presumió la última historia íntima de aquella piedra que de tan arbitraria manera volvía a sus manos; y adivinó también la tragedia, toda la feroz tragedia que en aquellos instantes destrozaba las entrañas de su interlocutor. Don Javier se acordó de Pérez-Yáñez, y comprendió, y recordó a la vez las palabras cabalísticas del indio: «Te regalo la Felicidad.» Al mismo tiempo despertaron sus viejos instintos rapaces; aquellas ansias con que sus uñas arrancaron de la tierra la Suerte...

Ornátua dejó caer sobre la esmeralda una mirada de insultante desdén:

—Esta piedra es falsa.

Miró a don Pedro, cuyo semblante, después de palidecer y de empurpurarse varias veces, aparecía cubierto de luz.

—¡Es falsa!—repitió el anciano.

Don Javier afirmó:

—¿No lo ve usted?... Mírela por aquí. Es un trozo de vidrio... ¡Bien tallado, ciertamente, pero vidrio al fin...! Puede haber costado, cuando más, quince o veinte duros...

Ornátua pensaba:

«¡Pobre hombre! ¿Por qué hacerle infeliz? Mintiéndole realizo una buena acción.»

Luego, repentinamente, una idea impúdica, digna de su pasado aventurero, cruzó su espíritu.

—Si no tiene usted empeño en conservarla, le doy por ella cincuenta pesetas. Me servirá para regalársela a una niña.

Estas palabras, señoreadas por un acento de absoluta honradez, removieron a don Pedro. Aquella piedra, aunque convertida repentinamente a sus ojos en quincalla, seguía pareciéndole aborrecible. La odiaba, y la idea de verla rutilar en las manos de Marcelina, le era insoportable.

«Con esas cincuenta pesetas—reflexionó—puedo comprarla un relojito de pulsera... y si alguna vez me habla de su sortija, yo me echaré a reir y le contaré la verdad...»

Y mientras don Pedro discurría así, Ornátua meditaba:

«Este asunto no envuelve peligro para mí: porque Pérez-Yáñez no dirá nada, ni «ella»..., ni tampoco el marido...

—Si usted quiere...—balbuceó don Pedro, claudicante.

—Sí, señor; y le advierto que no habrá quien le pague por una baratija así más de diez duros.

—Pues.... Conformes: démelos usted.

Al salir de la joyería, don Pedro miró de reojo a Ornátua, y vió que éste cogía la esmeralda, y, después de contemplarla unos instantes, la arrojaba despreciativamen en un cajón.

Camino de su casa, brincando de una acera a otra con esa ligereza de pájaro que la alegría pone en los pies, don Pedro, completamente dichoso, se frotaba las manos.

....

Media hora antes que de costumbre, Ornátua mandó a los dependientes cerrar la joyería, y subió a su casa. Sorprendiéronse su mujer y sus hijas de verle llegar tan pronto.

—Vestíos en seguida—ordenó don Javier—, porque esta noche quiero llevaros al teatro. Hoy ha sido el día mejor de mi vida. He ganado dinero... ¿Oís...? ¡Mucho dinero...! Sin hacer daño a nadie...

TERMINA EL LIBRO SEGUNDO

INDICE

RENACIMIENTO ofrece a sus lectores de España y América la primera Colección Completa de las obras de este insigne novelista, uno de los predilectos del público.

Se trata de una reimpresión cuidadísima, seria y definitiva, vigilada por el propio autor, que quiere ofrecerse en ella sin mixtificaciones de ninguna especie. Todo cuanto pudiéramos decir de la chabacanería con que fueron tratadas en distintas épocas las obras del ilustre autor de *Europa se va...* está resumido en la «Advertencia» que insertamos a continuación, suscrita por el mismo Zamacois y a la que remitimos a lectores y libreros:

DECLARACION INDISPENSABLE

Mis doce o quince primeros libros: *La enferma, Punto-Negro, El seductor, Duelo a muerte,* etc., fueron escritos a vuela pluma bajo la presión de la Necesidad, y vendidos a precios irrisorios a la Casa Editorial Sopena; la cual, después de veinte años, continúa publicándolos con los mismos errores, y envueltos en los mismos deplorables andrajos literarios con que aparecieron.

Pero yo, persuadido de que no merecían este mal trato, acudí a corregirlos, y tan honrada y perseve-

rante aplicación puse en ello, que casi «he vuelto a escribirlos».

De consiguiente, la única edición que me atrevo a recomendar a mis lectores es ésta, de RENACIMIENTO. Todas las anteriores—especialmente aquellas de la Casa Editorial Sopena—son execrables y únicamente merecen olvido. Yo no las reconozco; no las autorizo; yo no escribiré jamás sobre la primera página de esos volúmenes una dedicatoria...

Por rescatar los millares de ejemplares que de esas ediciones se han vendido, daría el autor su mano derecha...

EDUARDO ZAMACOIS.

Febrero 1923.

UNICA EDICION DEFINITIVA DE LAS OBRAS COMPLETAS DE EDUARDO ZAMACOIS

I.—LA ALEGRIA DE ANDAR. (*Croquis de un viaje por tierras de Puerto Rico y Cuba, Estados Unidos, Centro América y América del Sur*) .... 5 ptas.

Relación amenísima de paisajes, tipos y costumbres, trazada con singular donaire y delicioso buen humor. Podría decirse de este libro, que «es una sonrisa paseada por un continente». También ofrece retratos maestros, como los de Estrada-Cabrera y Juan Vicente Gómez, el tirano de Venezuela.

II.—EUROPA SE VA... (*Novela.*) .... 5 ptas.

El asunto se desenvuelve en el admirable escenario cosmopolita de un trasatlántico que marcha a Buenos Aires, cargado de emigrantes: españoles, italianos, turcos, rusos, griegos, sirios, argelinos, etc. Hay escenas supremas, como la muerte, por amor, del millonario «Jorge Bridsbach»; y figuras sirenas, como la de aquella «Susana Massim», que lleva el cadáver de su marido a bordo.

III.—EL OTRO. (*Novela.*) .... 5 ptas.

En este libro, que ha sido cinematografiado y del que van vendidos *ciento setenta mil ejemplares*, hallará el lector páginas calofriantes, insuperables, de terror supersticioso y de flagelación por sadismo, y una razonada explicación de la supervivencia del alma. Su ilustre autor lo dedica: «A los muertos».

IV.—DUELO A MUERTE. (*Novela.*) .... 4 ptas.

Obra de rebeldía; torneo implacable entre un gran artista que hizo de su libre amor su Credo, y la hipocresía social. El desenlace, por lo grandioso, hubiese solicitado la inspiración de un Wágner.

V.—MEMORIAS DE UNA CORTESANA. (*Novela.*) 5 ptas.

Historia desgarradora de pasión y dolor—de risas también—en la que su autor sospechamos que deslizó episodios reales acaecidos a hetairas y aventureros que él conoció y acaso vivan todavía.

VI.—LA OPINION AJENA. (*Novela.*) .... 5 ptas.

Obra formidable de ironía: los tipos, el argumento, las escenas, una a una, son magistrales; chorrean gracia.

En Eça de Queiroz no hallamos nada superior. Este libro señala en el espíritu de su autor una modalidad nueva, y también una cumbre.

VII.—PUNTO-NEGRO. (*Novela.*) .... 4 ptas.
(Traducida al francés por Xavier de Ricard.)

Durante muchos años Zamacois fué, por antonomasia, «el autor de *Punto-Negro*», y más de una artista adoptó este nombre como pseudónimo. Este libro, romántico, ardiente y sensual, como *Werther*, como *Manón*, como *Safo*... será siempre «la novela que leemos a los veinte años y nos hace llorar»... porque siempre hallaremos algo «nuestro». Con *Punto-Negro* dió Zamacois «el primer paso» hacia la victoria.

VIII.—EL SEDUCTOR. (*Novela.*) .... 4 ptas.
(Traducida al francés por Ch. Docteur.)

La mayoría de las cartas líricas, exaltadas, alucinantes, que integran la mejor parte de este libro, han sido «historia» después, porque muchos amantes, modificándolas convenientemente, las hicieron suyas. En esta novela el espíritu triunfa de la belleza física. El alma encendida de *El seductor* es la misma de *Cyrano de Bergerac*.

IX.—SOBRE EL ABISMO. (*Novela.*) .... 4 ptas.

Novela de marineros; cuadro rembranesco hecho de rojo y de hollín; espantosa tragedia en la cual la lujuria y el instinto de conservación—supremos impulsos del alma—luchan a muerte.

X.—CONFESIONES DE «UN NIÑO DECENTE». (*Autobiografía.*) .... 5 ptas,

Campea a lo largo de este libro, impregnado de fragancias infantiles y de aguda ironía, una sonrisa inter-

minable. Es dulce, es hondo; nos regocija, nos hace pensar, nos humedece los ojos... La crítica lo ha comparado a las páginas maestras de *David Copperfield,* de Dickens, y de *Petit-Pierre,* de Anatole France.

XI.—TIK-NAY «EL PAYASO INIMITABLE». (*Novela.*) .... 4 ptas.

Estudio admirable al par documentado y novelesco, de un caso real de «ataxia locomotriz ascendente». Los últimos momentos del viejo clown tienen un relieve enorme.

XII.—MEMORIAS DE UN VAGON DE FERROCARRIL. (*Novela.*) .... 5 ptas.

Es una de las obras maestras de su autor. En ella las escenas más diversas se multiplican en *film* interminable y prodigioso. El asalto de un tren realizado por varios *apaches,* los amores de «Raquel» y «Rodrigo» y el crimen de «Emma Sansori», son capítulos de suprema emoción. También merecen señalarse las descripciones de las principales regiones españolas: Cataluña, Valencia, Andalucía, Galicia, provincias Vascongadas y Castilla.

XIII.—EL MISTERIO DE UN HOMBRE PEQUEÑITO. (*Novela.*) .... 5 ptas.

Pertenece, como *El otro,* a las novelas dictadas por la obsesión del «más allá». La vida de los «íncubos», la sugestión a distancia, los «desdoblamientos», etc., aparecen descritos con aquella fuerza calofriante que dictó a Maupassant sus cuentos de terror. Este libro es una de las mejores ventanas que el Arte ha sabido abrir sobre el Misterio.



